

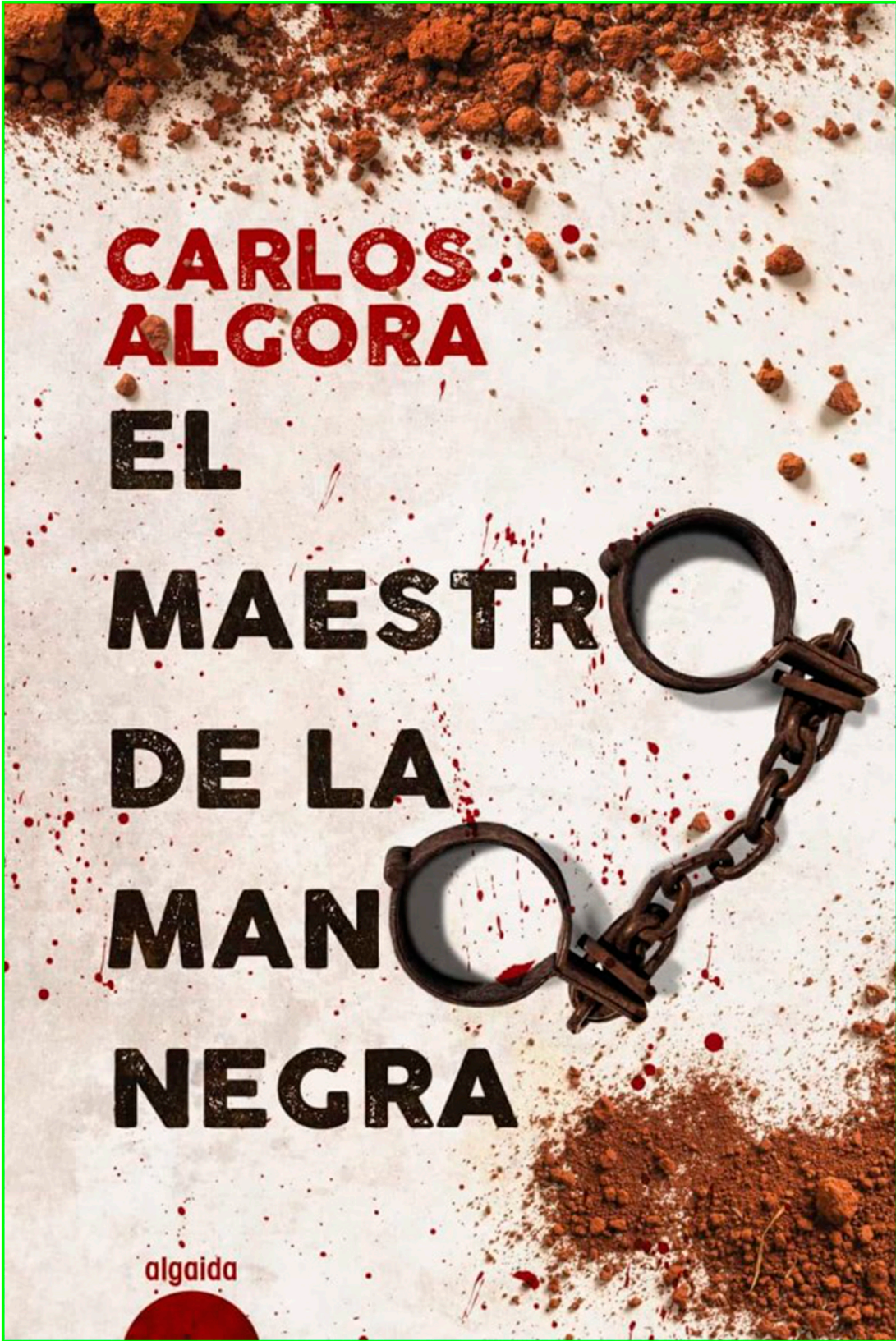
Libro deriva de liber, que en latín significa libertad. Libro..., liber..., libertad.

Saber leer y escribir es un gozo privilegiado para los humanos y un camino de redención para que los campesinos dejemos de ser esclavos...

En 1882 se celebró un Congreso Obrero en Sevilla que tuvo fuerte impacto entre los jornaleros andaluces. Ese mismo año, la sequía hizo que la cosecha se redujese al mínimo, lo que provocó que en plena recolección miles de trabajadores hubieran de salir a los caminos a buscar trabajo. Las carreteras andaluzas se llenaron de personas que huían del hambre.

Las autoridades realizan un montaje represivo con el que detienen a más de tres mil campesinos acusados de pertenecer a una sociedad secreta anarquista denominada La Mano Negra.

El "maestro" de esta espléndida novela es uno de ellos.



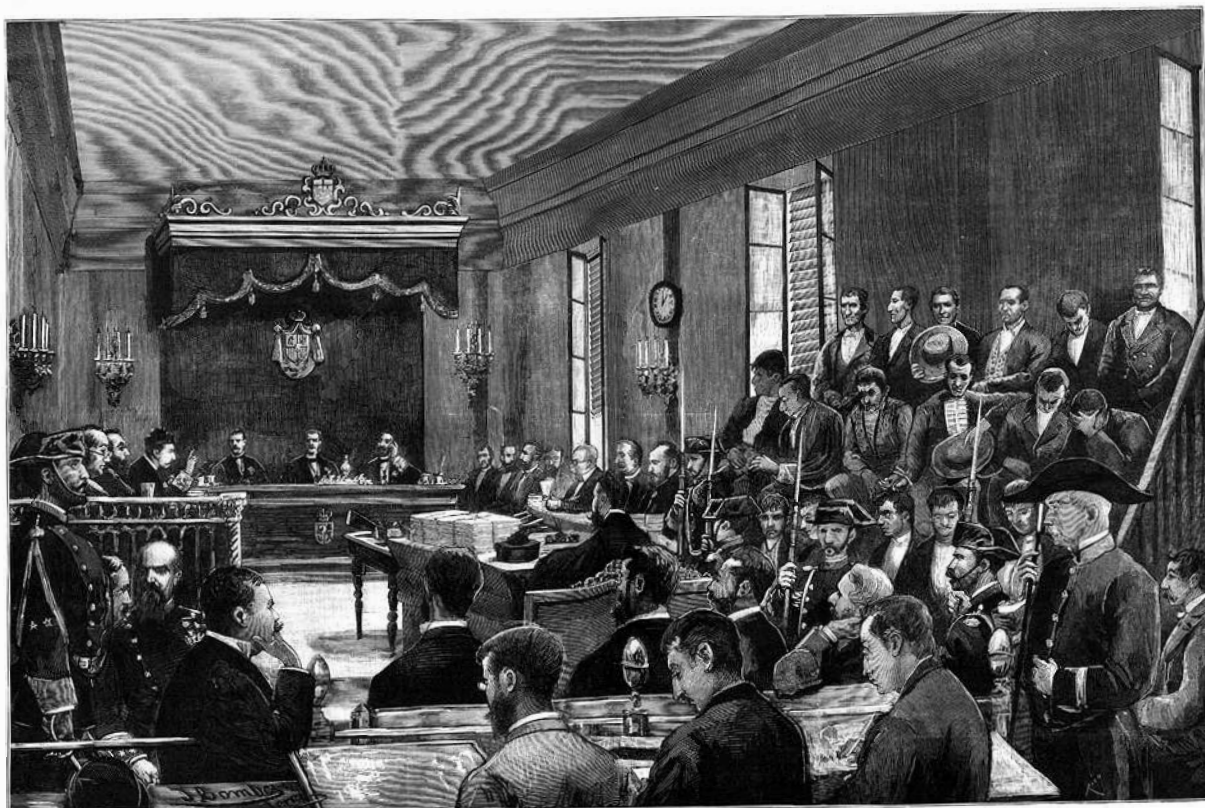
**CARLOS
ALGORA**

**EL
MAESTRO
DE LA
MAN
NEGRA**

algaida

Carlos Algora

EL MAESTRO DE LA MANO NEGRA



JORGE DE LA FRONTERA—JURADO ORAL Y PÚBLICO EN LA CÁMERA CON MOTIVO DEL ASSESATO DEL «DOLANO» DE FENOLICAZA—LA SALA DE AUDIENCIA EN EL ACTO DE LA ACUSACIÓN FISCAL.
(COMPLETADO: D. VÍCTOR PARRA)

A Leo Algora Beghin

Aprovecha el día.

No dejes que termine sin haber crecido un poco, sin haber sido feliz,
sin haber alimentado tus sueños.

No te dejes vencer por el desaliento. No permitas que nadie te quite el derecho de expresarte, que es casi un deber.

No abandones tus ansias de hacer de tu vida algo extraordinario...

No dejes de creer que las palabras y la poesía, sí pueden cambiar al mundo; porque, pase lo que pase, nuestra esencia está intacta.

Somos seres humanos llenos de pasión, la vida es desierto y es oasis.

Nos derriba, nos lastima, nos convierte en protagonistas de nuestra propia historia.

Walt Whitman

En este instante estoy escribiendo junto a la chimenea de mi casa. Laska está a mis pies y oigo cómo afuera cae la lluvia: no imagino mayor plenitud. Madera para quemar, libros para leer, vino que catar y amigos con quienes compartir todo esto. No hace falta mucho más para la verdadera felicidad.

Pablo d'Ors. *Biografía del silencio*

PRELUDIO

En el camino de Jerez a Trebujena,
4 de diciembre de 1882

El invierno, a las puertas, asomaba ya sus fauces mortecinas, en la noche había helado. El sargento divisó a menos de media legua el augurio de la muerte que tan bien conocía, como guardia civil acostumbrado a cabalgar por los campos y la sierra. Un buitre sobrevolaba en círculo, pronto llegarían otros más y se darían el festín. Tal vez el cadáver de cualquier bestia de carga que hubiese pasado a mejor vida, o de algún desgraciado de los que morían orillados en el camino reventados por el hambre y el frío.

Sí, desde que había llegado a Jerez unos diez días antes, avanzado el otoño de 1882, había encontrado un panorama desolador: una ciudad rica llena de mendigos, unos campos fértiles poblados de vagabundos, bandidos, anarquistas y pobres diablos que morían sin más techo que las estrellas. El sargento no estaba allí por casualidad, formaba parte del centenar de beneméritos del XIV tercio de la Guardia Civil escogidos para reforzar la guarnición de Jerez. Venían con la misión especial de acabar con el bandidaje y el terrorismo subversivo que asesinaba, quemaba cortijos y cosechas, cortaba cepas...

Los tibios rayos de sol alegraban la fría mañana cuando llegaron a un mísero ventorrillo en el camino de Jerez a Trebujena. El guardia que lo acompañaba y él bajaron al unísono de sus caballos que soltaban por los ollares bocanadas de vapor. Con desconfianza, por un extraño presentimiento agarrado a la tripa, tomó su fusil Remington que estaba sujeto a la silla. Avanzaba con cautela unos

diez pasos por delante de su compañero de gran mostacho que le cubría la espalda.

La venta era una choza de trenzados juncos muy deteriorados que requería un buen apaño para resistir el próximo invierno. Junto a un lateral del chozo, un habitáculo pequeño de tapia con el frontal encalado y unas tejas rudimentarias, la casita, si así podía llamarse a esa estancia tan pequeña, tenía un aire más cuidado. En una olla de puchero rota modelada con barro tosco, asomaba una planta de geranio, detalle que revelaba la presencia de una mujer.

El sargento había estado en aquel lugar una semana antes y en apariencia todo seguía igual, salvo un extraño silencio que empapaba el entorno. Unas chumberas, apostadas a ambos lados del camino, junto al ventorrillo, mostraban sus afiladas púas que las convertían en muros infranqueables. Alrededor, unas ralas hierbas señalaban que las lluvias aún no se hacían notar. ¡Maldita sequía! Por suerte, o porque todo tiene un límite, unos días antes había llovido. La mujer había puesto un lebrillo para recoger el agua bendita del cielo.

Al mirar hacia arriba sus cavilaciones se esfumaron. El buitre sobrevolaba en las alturas, la carroña no debía estar lejos. Fijó su vista en tierra y divisó en una hondonada junto al camino unas toscas botas camperas. Se aproximó; no estaban vacías. Yacía semiculto un cadáver de unos veintipocos años con un trabucazo a quemarropa en el pecho. Parecía un campesino vestido de domingo, afeitado, con chaquetilla y chaleco de pana gris, una faja negra y a menos de dos zancadas del cuerpo el sombrero de ala ancha caído tras el impacto.

Con recelo entró el sargento en la choza del ventorrillo, una bofetada de olor a vino derramado, aguardiente y orines le golpeó la nariz. Comprobó su arma reglamentaria preparada, no quería llevarse una sorpresa como la de su amigo Teodoro, tiroteado y muerto por Los Niños de Guadix cuando merodeaba a un viajero al que acababan de robar y apuñalar. A sus ojos, la desolación más completa se abría en la penumbra: banquetas y toscas mesas

tumbadas, un lebrillo utilizado como fregadero hecho añicos por el suelo, cachivaches y odres de vino esparcidos. El movimiento brusco de un animal sorprendido con su sigilosa entrada lo sobresaltó. Una orza con aceitunas cayó con gran estrépito. El guardia, asustado, dio un respingo mientras su dedo índice tensionado rodeaba con fuerza el gatillo de su fusil, a punto de disparar. El corazón desbocado parecía querer buscar salida por la boca. Con un maullido feroz escapó por la puerta entreabierta un gato negro. Tomó aire para serenarse, ya no era un novato, estaba en el escenario de una pelea de borrachos de terribles consecuencias o, más bien, con los tiempos que corrían, un robo violento. La oscuridad estaba impregnada de una atmósfera espesa ahíta de vapores etílicos, y alfombrada con aceitunas danzantes que movía o estrujaba a su paso. Un rayo de luz filtrado por el techo iluminaba unas pequeñas huellas de sangre. El rastro continuaba hacia el mostrador de madera de álamo, por donde había pasado el felino, y conducía hasta donde estaba el ventero. Su imagen parecía una pesadilla, inmersa en un charco de sangre, con los ojos desorbitados, vidriosos y vacíos de vida. Su cuerpo aparecía acribillado por varias puñaladas que le afectaban el pecho, las manos y la cara.

Detrás del mostrador le esperaba una sorpresa más desagradable, encogida en un rincón, envuelta en tinieblas como un acordeón roto, estaba la pobre mujer del ventero vestida con saya de dormir. Había sido cosida a cuchilladas con rabia inconcebible. En un barrilete de madera caído, la misma víctima parecía haber dibujado con su sangre un burdo corazón, atravesado con un trazo grueso.

«¡Malditos cabrones!, como os eche el guante no os va a quedar un diente vivo», pensó, al tiempo que sintió una fuerte angustia al acordarse del pequeño de los venteros que había visto una semana atrás. «¿Y la criaturita dónde está?». De sobra sabía que los asesinos no tenían miramientos, con el alma en vilo y con las venas

del cuello a punto de reventar, miró a todos lados. El silencio seguía imperturbable.

I

PARIAS DE LA TIERRA

UN HOMENAJE A LA ALEGREPOLVO

Tierras de Jerez, 1882

Qué triste es tener que pasar una Navidad en la cárcel, ausente de la ternura de mi mujer y los besos de mis hijos. Me han interrogado y mi cara está llena de moretones de los golpes recibidos. Me acusan de atentar contra los ricos, de instigador para destruir viñedos, incendios, asesinatos y desgracias como las que en estos tiempos ocurren. Este año de 1882 ha sido terrible, de los peores conocidos. Hay mucha desesperación y locuras desatadas. El hambre es la peor tortura lenta que puede sufrir un ser humano, aunque hay quienes se empeñan en superarla, de forma brutal, para escuchar solo lo que quieren oír.

¿La vida? La vida es muy cabrona y pese a todo no me puedo quejar. Desde que asumí mis ideas sabía que la lucha iba a ser larga. La existencia me bendice también con buenos momentos, a ellos acudo para confortarme cuando mi ánimo está carcomido como estas frías paredes que me engullen.

He conocido el amor en dos mujeres, a las que me he entregado con entusiasmo. El más duradero, la madre de mis hijos, pobrecitos míos ¿cómo estarán ahora? Mi mujer y compañera, María Frasca Vargas, es gaditana, de Arcos de la Frontera, una morena caoba de aire calé y unos ojos profundos, una campesina sencilla, bella y sacrificada como son las de nuestra tierra.

Ella me acompañó este verano de 1882 para la siega con la cuadrilla del cortijo de Alcornocalejos. Cuando el hambre aprieta no

puedes exigir el pago de unas perrillas para dar enseñanzas a los hijos de los jornaleros, si no las tienen. A pesar de la penuria no dejé de dar lecciones hasta San Juan, cuando llevaban ya dos semanas de faena. A estos campos sedientos nos lanzamos con ilusión dos treintañeros, que nada teníamos ya de jóvenes. Dejamos nuestros retoños y unas gallinas con los padres de María Frasca en Arcos.

De Alcornocales fuimos caminando a San José del Valle, pedanía rural de Jerez, aunque distante a unas cinco leguas. Subimos por la larga cuesta de San Antonio, a nuestra izquierda dejábamos el soberbio paredón oscuro que formaba el monte de la Cruz, el más alto de este entorno de colinas suaves y llanos ondulados. Tras el ascenso por un camino polvoriento llegamos a una extensa altiplanicie.

—María Frasca, contigo voy yo al fin del mundo —la piropeaba mientras la cogía de la mano. Bromeaba con ella y hasta le di un ligero achuchón en el trasero.

Procurábamos llevar la alegría, que nada pesa en nuestro equipaje y hacía liviana la miseria que corroía todo a nuestro alrededor.

Colgaba de mi hombro una calabaza bermeja y alargada de las llamadas de peregrino. La había curado enterrada en una barranquera desde el otoño hasta la primavera. Cuando estuvo lista, le abrí un boquete con un tizón a modo de pitorro. Con la ayuda de un palo y unos chinarrros con agua la dejé bien hueca, sin la pulpa y sin las semillas secas, y la endulcé cambiando el agua varios días, como hacemos con las aceitunas. De esta manera mantenía la frescura del agua que cogía en manantiales o pozos.

En nuestro hato llevábamos una hogaza, un tarro de corcho con azúcar y una pequeña calabaza con aceite recubierta en su interior con piel de testículos de macho cabrío, como se hace también con el vinagre y el vino para conservar bien sus sabores.

Cobijados bajo un grueso alcornoque comimos con satisfacción un trozo de pan con un hoyito para el aceite y el azúcar, acompañado de un buen trago de agua que cogimos con paciencia

de un venero sombrío. Del manantial cristalino salpicado de musgos y fragancias de hierbabuena y poleo, apenas escapaba un hilillo de líquido transparente. Antes de la sequía, el mismo aguadero vaciaba un caño con el espesor de un puño.

—¿A que sabe bueno?

—Mientras tengamos pan y aceite para comer no nos podemos quejar —me respondió Frasca, siempre con una sonrisa que la hacía más hermosa.

Como no había moscones a nuestro alrededor, me comí a besos a mi María Frasca y le repetí una y mil veces que la quería. La suave brisa del poniente removía el verde oscuro del ramaje y la torridez del mediodía. El rostro de ella resaltaba con sus mejillas acaloradas y ojos negros brillantes de satisfacción. Parecíamos dos mocitos enamorados que retozaban en la paja de una era animados con las miradas que lo dicen todo y los besos que sabían a gloria. Sentía tan cercano el cuerpo de mi mujer, el vértigo de sus curvas que hasta la vista se me nubló por el deseo. A nuestra manera éramos felices, sin aspavientos ni comodidades. Al igual que la Engracia, queríamos disfrutar del sexo como una de las bendiciones de la vida, que de calamidades estaban las espuelas llenas; eso sí, más discretos que ella. La Engracia era ya una anciana de sesenta años, de Arcos de la Frontera, que enviudó dos veces, amó con intensidad a sus maridos y formaba tanto jolgorio en la cama que nadie al referirse a ella la llamaba por su nombre, sino por el de la Alegrepolvo.

Algunos varones gustaban de acercarse a la ventana del dormitorio de la Engracia y, si notaban meneos, se sentaban en la acera para escuchar como si fuese un espectáculo. Ella gritaba, jadeaba, animaba, reía, jaleaba y lo mejor de todo es que disfrutaba con el sexo sin prejuicios ni desgana.

«¡Qué buena corrida anoche! ¿Cortaste orejas y rabo?», preguntaban algunos guasones a Anastasio, su primer marido. La Engracia, si se enteraba, salía al quite: «A donde haya una buena corrida que se quiten los saraos y... hasta los toros», añadía con

una carcajada. Y si algún interesado se le insinuaba, ella lo paraba sin miramientos: «No te equivoques conmigo, que puta no soy. Tengo a mi hombre y con su rabo me basta». Y si persistía, lo ponía de vuelta y media con su lengua afilada hasta que el buscador de favores se retiraba avergonzado.

Cuando estaba seria y en cualquier corrillo, no se recataba en mostrar su filosofía de la vida: «Para los pobres es siempre un alivio poder tomar algo caliente por la noche y es mucho mejor un polvo alegre que la puta miseria», argumentaba antes de ganarse el apodo que no la ofendía. De ella, las más guasonas argumentaban que era más ardiente que las alpargatas de un calero, que da nombre al oficio de hacer la cal y al horno más caliente que un infierno.

Con el recuerdo de las palabras chispeantes de la Engracia y nublado ya por la pasión, toqué el fruto de mi mujer y estaba jugoso. Miré como pude, con los ojos llenos de chiribitas, a un extremo y a otro. Me pareció que el lugar era discreto y apartado del camino. «¿Qué te parece si le hacemos un homenaje a la Alegrepolvo?», le pregunté. Ella, picarona, accedió con una sonrisa convulsa. Ni corto ni perezoso descubrí lo justo que había que destapar para empujar con ardor, como si me fuera la vida en ello. María Frasca acogió mi acalambrado cuerpo, que se esparció dentro, con una pasión que no desmerecía los arrebatos de la Engracia. Y continué voluntarioso hasta que ella alcanzó su gracia. Eso sí, huyeron alarmadas todas las avecillas y criaturas terrestres que había a nuestro alrededor, porque en mi celo inconsciente imité el berrido del venado antes de penetrar su cuerpo.

JOPUTA, ESTAMOS EN PAZ

En aquel día de caminar sin prisas y después de sestear, tras el homenaje que hicimos a la Alegrepolvo, torcimos María Frasca y yo a la derecha. Llegamos a un caminito con algarrobos de troncos altos y retorcidos que daba entrada al cortijo de la Parrilla. Nos encontramos también con algunas cuadrillas de portugueses, «golondrinas» los llamábamos porque llegaban todos los años avanzada la primavera, y tampoco faltaban extremeños. El señorito de la Parrilla, don Eduardo, podía elegir sin problema las condiciones más beneficiosas para sus haciendas, que siempre había *pelaos* o muertos de hambre dispuestos a aceptarlas. *Pelaos* sin más sustento que las algarrobos e higos chumbos que comían por los senderos que recorrían.

Charlamos con el casero Antoñón y esperamos el regreso de la que sería nuestra cuadrilla. Acompañaban al lucero de la tarde algunas estrellas cuando llegaron al cortijo los jornaleros que esperábamos. En su andar cansino y en los rostros reflejaban el extremo cansancio, pero también la alegría de haber terminado la fatigosa jornada. Habían iniciado la siega al norte de Alcornocales por el Chaporrillo, la Parrilla la Baja junto al río Guadalquivir y en el Mimbres. A la vuelta, hacía un par de días, cuando pasaron cerca de Alcornocales para tomar la dirección sur me dio el aviso Bartolo, a través de uno de sus hijos, para decirme que iban a llegar a la finca de la Parrilla, donde ahora nos hemos encontrado.

La cuadrilla era un grupo variopinto. El mayor de todos rondaba la cincuentena, el viejo Casimiro, enjuto como un espárrago triguero,

pequeño y fuerte como un chaparro. Viudo, honesto y siempre dispuesto a ayudar a los demás, iba acompañado de su hija Rosa. Esta gustaba de usar corpiño y blusón de amplio escote que mostraba sin recato unos pechos redondos y apretados, como si quisieran escaparse, que eran imanes para las miradas de los hombres, con los que ella galanteaba sin rubor. Pero era mujer casada, con Antonio el Miserio, mucho mayor que ella; una componenda para recoger a la chiquilla y darle un padre a la criatura que venía en camino cuando la Rosa estaba embarazada, aunque después la niña nació muerta. El que más mando tenía, el manijero del grupo era Bartolo de Benaocaz, acostumbrado al trato con otros encargados. Le acompañaba su hijo mayor Bartolín, aguador del grupo, y su hermano Manuelillo, unos diez años más joven, soltero, un mala cabeza y pendenciero cuando probaba el vino, con un punto colérico que ardía como la pólvora. Completaba el grupo José María el Petenera, apodado así por ser de Paterna de Rivera y aficionado al cante, socialista libertario como yo, de genio alegre y a veces todo lo contrario, triste, melancólico y con la rebeldía a flor de piel.

No nos recibieron con palmas, desde luego. Las cosechas estaban muy menguadas por la sequía, y peor aún en las zonas ardientes donde las espigas azurronadas sin haber granado bien no se segaban. Habían perdido días de un sitio a otro sin poder ganar nada.

—No cabíamos en casa y parió la suegra —comentó jocoso Manuelillo al vernos.

—Estos son de la misma cepa que nosotros y también tienen derecho a comer —atajó su hermano Bartolo.

La sierra, con tantos vericuetos y escondites, tenía también muchos oídos y ojos a los que el conocido bandolero Miguelillo Ajorcajambre pagaba por sus servicios. Así dio con el rastro del Liebre en un cortijo cercano a Medina Sidonia. Lo tuvo a tiro con su fusil Berdan

en un recodo del camino, pero le pareció que si disparaba tendría buena muerte y no sería justo.

La mañana despertaba luminosa entre olivos, higueras y chumberas que arañaban las laderas. El Liebre, subido a un pollino, casi rozaba el suelo con sus botas; aún soñoliento, sin haber dormido bien, regustaba el sabor del café negro de puchero que había bebido en la madrugada. Cerraba los ojos cuando la que era su peor pesadilla apareció de súbito en carne y hueso. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, la somnolencia se esfumó con la misma rapidez que le agarró en el vientre un miedo profundo que lo dejó paralizado y lo devoraba por dentro.

Su pesadilla de los últimos meses, ahora presente y real, lo encañonaba y lo obligaba a descabargar de la montura. Descompuesto su cuerpo y agitado por el pánico, no pudo evitar manchar sus pantalones con una ventosidad de puro miedo. Aturdido, logró reaccionar con lloros y súplicas. «Perdón, perdón, Miguelillo». Ajorcajambre, sin que moviese una ceja o hiciese un gesto, lo obligó a moverse hasta atarlo con fuerza a una higuera que escalaba el barranco. Le atragantó la boca con un pañuelo y después de mostrarle una faca sevillana con cachas de hueso, que bien conocía el Liebre, ejecutó con frialdad y soltura varios cortes en los brazos y las piernas como si se los diera a un melón. El Liebre emitía sonidos guturales de dolor y espanto. Su verdugo lo observaba con una mirada fría, sin piedad ni regocijo, solo con curiosidad para ver cómo se retorció. Cuando le pareció más calmado, le escupió con palabras cerca de su cara antes de quitarle la mordaza.

—Anda, Liebre, por qué no te ríes un poquito ahora, o prefieres cagarte encima. Cuando termine contigo no te va a conocer ni el coño de tu madre, *joputa*.

—¡Ay! ¡Dios mío! ¡Ayyy! Perdón, perdón, Miguelillo, por los viejos tiempos, ¡Dios mío, piedad! —logró balbucear el Liebre conteniendo el dolor—. Te lo juro por mi *mare* que es una santa, los guardias me obligaron, si no lo hacía me mataban sin más miramientos.

—*Joputa*, traidor, además te quedaste con el dinero que daban por el Benito.

Miguelillo Ajorcajambre sacó unas bolsitas de cuero de su faja roja y buscó por el suelo una piedra dura a falta de pedernal. Limpió el cuchillo con las ramas cercanas y con él picó sobre un tronco caído una hoja de tabaco. Después lio la picadura con parsimonia, no tenía prisas. El Liebre, retorcido con espasmos por el dolor, le suplicaba por su vida. Ajorcajambre, sin mostrar emoción, golpeó con el acero de la faca sobre el fuerte guijarro, recogido a unos pasos, hasta prender con una chispa la yesca de alcornoque que llevaba. Sopló con suavidad para avivar el tenue resplandor rojizo que desprendía un hilillo de humo. Al acercar su rostro, brillos dorados de bronce jalonaron fugaces sus ojos oscuros, antes fríos como un témpano. Tranquilo, con todo un ritual, encendió el cigarrillo. Miró ahora con satisfacción, entre bocanadas, cómo su víctima gemía e imploraba por su miserable vida. No bastaba con verlo sufrir, quería que tuviera los retortijones que él había padecido hasta maldecir por haber nacido y querer morir. Antes de marcharse, cuando ya el Liebre desesperado desvariaba con insultos y gritos de socorro, le amordazó de nuevo la boca y lo acuchilló en el vientre, sin profundidad, para que viviera tal vez una hora más, sin cura posible. Antes de irse le susurró al oído.

—*Joputa*, estamos en paz, el que me busca me encuentra. Saluda de mi parte al Benito, a mi gemelo y al Juanón en los infiernos.

El Liebre pudo ver cómo por fin su pesadilla se alejaba, silenciosa y difusa entre el clareo verde ceniza de los olivos, al mismo tiempo que un ratón de campo corría a su madriguera. Se marchaba para su alivio, pero él agonizaba sin remedio. En su vientre sentía los cortes ardientes de la faca sevillana con cachas de hueso y un dolor insoportable, su sangre empapaba ya la tierra. Sin fuerzas y a punto de desmayarse ya no podía gritar ni pedir socorro. La vida requetecabrona le daba un nuevo escarmiento, por fortuna sería el último.

EL SOL PODEROSO CABALGABA SOBRE NUESTROS LOMOS

Todos los de la cuadrilla éramos viejos conocidos de la colonia del cortijo de Alcornocalejos. Allí vivíamos en chozones que nos cedieron los hermanos Corbacho, los propietarios. Habitáculos de paja y ramajes sujetos con troncones, sin mucho mareo ni cuidado, salvo mi choza transformada en la primera escuelita fija que tenía y en la que nos esmeramos con la ayuda de todos. ¡Qué ilusión tenía! Qué alegre me encontraba, mi escuela tomaba forma con la ayuda y el ingenio de los padres y yo lo agradecía.

Bartolo me había prometido hacerme un hueco en su cuadrilla para segar en el verano. Los padres de mis pupilos, aunque no pagasen lo convenido, se portaban bien conmigo y si cazaban una liebre o cogían espárragos, bellotas, unos berros, tagarninas o berzas para hacer un buen cocido, siempre compartían con nosotros lo que podían. De ahí que lo que es hambre, hambre de no tener nada para llevarnos a la boca, no llegamos a pasar, hasta llegamos a tener una cabra montejaqueña para darle leche o queso jugoso a nuestros hijos, pero la pobre, a la que llamábamos Bonita, murió sin saber nosotros por qué. Como si no supiéramos que los hilos de la vida y la muerte son muy frágiles en todo lo que rodea a nuestra condición mísera. El año antes había parido tres preciosidades de chotos, jaspeados de ocre con tonos rojizos, blancos y negros. Daba alegría verlos acurrucados unos con otros en las frescas mañanas del otoño, pero con la hambruna a nuestro alrededor no me podía

permitir quedárnoslos y los regalé a otras familias que de todo carecían, con el disgusto de mi Mariquilla y mi Juanito, mis hijos, que le habían tomado mucho cariño. Escasez sí pasamos, mucha, como todos los *pelaos* que nos rodeaban.

Ahora, en la cárcel donde me hallo, el cubo donde hacemos las necesidades es un lugar hediondo y rebosante que apesta y me revuelve el estómago, pero del que no puedo alejarme.

Evoco en los recovecos de mi memoria el olor a tomillo y romero de la sierra, el dulzón del grano de trigo y el sabor de la paja en la boca que me recuerda la siega de este verano, que por todo lo que aconteció marcaría mi vida.

Miguelillo Ajorcajambre estaba satisfecho. Tenía que hacer un recado personal en Medina Sidonia y bien que lo hizo, José el Liebre pagó con creces su traición. Para un bandolero disponer de buenos caballos, conocer bien los vericuetos y veredas que surcan la sierra, además de contactos entre arrieros y gañanes, era esencial para asegurar la supervivencia, y de ello él sabía mucho desde que se tiró al monte.

Los recuerdos de niñez de Miguelillo, aunque lejanos, destilaban aún en su boca un regusto amargo. Su familia vivió en un chozo en la sierra del Endrinal, entre Grazalema y Benaocaz. Su madre, según contaban, había sido violada por un cabrero del que nada más se supo. Permaneció como madre soltera con sus padres hasta que el dueño de aquellas tierras, don Rosendo, decidió echarlos. «Aquello era un coto para los bichos y no para las personas», les dijo; por lo visto, estas tenían menos derecho a vivir allí. Era un terruño montaraz con piedras agrietadas surcadas por cabras montesas, por el que pagaba el abuelo Miguel una renta de ocho reales al mes. Con su esfuerzo convirtió el pedregal en un vergel,

después de quitar el monte bajo y amontonar peñascos para formar majanos.

Entre los frondosos majuelos, que por allí tanto crecían y que la abuela utilizaba para curarse de muchos males, tenían una pequeña huerta y algunos frutales que regaban con el agua de un pozo profundo excavado a pico y pala y entibado con piedras. El abuelo, espuerta a espuerta, había subido la tierra desde la hondura por una larga escalera de chopo, hasta que alcanzó un curso de agua subterránea. El pozo era un primor, como una herida redonda cicatrizada en la tierra que exhalaba frescura. Más tarde obró un pilón rebosante de agua fría, donde nacían los tritones. Los abuelos bien sabían aprovechar todos los recursos que las agrestes sierras les proporcionaban. A los endrinos, con su fruto azul oscuro metalizado, añadían anís y maceraban en alcohol para obtener un licor que vendían en las tabernas.

Tanto trabajo de años se deshizo por el antojo de don Rosendo que le echó el ojo a la huerta tan cuidada. Se encaprichó el aburrido señorito con el sitio labrado con el sudor y los sueños de los abuelos, que vivían en un sencillo aprisco con paredes de la abundante piedra y el techo de ramaje y paja. Primero dijo que pagaban poco, después don Rosendo quiso hacer un caserío, donde descansar de sus escopetazos y refocilar con amores furtivos, en aquel lugar rico de agua con sabor agradable y mineral que mostraba a la luz del sol un brillo dorado reflejado en su transparencia.

Los fantasmas del pasado visitaban en estos días a Miguelillo Ajorcajambre, bien sabía que tenía que liquidar todas sus cuentas pendientes para estar en paz. Por lo pronto, cabalgaba satisfecho, la brisa acariciaba su rostro, había saldado la deuda que tenía con el Liebre, como en su día lo hizo con el *joputa*, Juanón. Para las próximas jornadas tenía a la vista negocios de cuatrería antes de llegar a Gibraltar y después del verano cumpliría uno de sus anhelos: secuestrar al señorito don Rosendo y mientras no pagasen

el rescate trocear sus dedos y devolverlos en paquetitos. Quien se la hacía se la pagaba, Miguelillo no perdonaba.

Antes del amanecer, en la madrugada estábamos la cuadrilla de Alcornocales en el tajo. Los grillos cantarines deseosos de amor acompañaban nuestros pasos soñolientos. José María el Petenera tarareaba a media voz una petenera, un arrullo triste a la luz mortecina de la luna atrapada por las nubes. Desde el año anterior, con el hambre mordiendo los estómagos, se había extendido por nuestras tierras este canto quejumbroso, que algunos gitanos supersticiosos decían que tenía mal bajo.

Cómo olvidar este primer día de siega y las jornadas de fatiga que siguieron después. Siempre había prisa por terminar y llegar a otro campo antes que otra cuadrilla te arrebatase la faena. Los viejos no recordaban una cosecha tan esmirriada como la de este estío de 1882.

Despertaba la naturaleza con las luces tibias del alba y estábamos ya cortando las espigas pálidas del trigo. El frescor agradable de la madrugada acariciaba nuestros rostros, el mío cubierto de un sudor ligero por la acelerada faena. Cada uno en su surco batía su frontal. Situado entre Casimiro y Bartolo que marcaban el ritmo, apuraba al máximo el mío para no quedarme atrás. Agradecí la primera parada para desayunar, un gazpacho frío con vinagre, y la sonrisa de Frasca que disipaba mis temores. Después, sin dilaciones, al tajo.

Con el cuerpo encajado por el alimento, el Petenera, coreado a veces por la Rosa, Bartolín y mi mujer, entonaba algunas coplas, como un quejido que destilaba amores desgraciados, destinos sin esperanzas, melancólica soleá y cantos alborozados por bulerías jerezanas y alegrías que iniciaba con un «Tirititrán, tran, tran».

El sol poderoso cabalgaba sobre nuestros lomos y el sudor resbalaba a espuestas por los cuerpos. Con la calima solo resonaban las chicharras en los olivares cercanos. Agradecía

cuando llegaba Bartolín con el cántaro de agua que se rezumaba como nuestras bastas camisas empapadas. Bebíamos en un cucharro de corcho o en un jarro de lata. El primer trago, largo, con ansiedad, sin espera, como si quisiéramos ahogar en agua nuestra garganta reseca. Más calmados, ya repetíamos una o dos veces, para saborear la frescura en nuestra boca y apurábamos la última gota con la textura del corcho o de la hojalata prendida en nuestros labios agrietados.

Cuando el sol estaba en lo más alto, parábamos a comer un gazpacho caliente, una sopa muy aguada con pan, un poquito de aceite, sal y un diente de ajo por persona.

—De unos años *p'acá* ni tenemos unas lonchas de tocino *de papá* ni morcilla de entraña con pan para encajar mejor el gusanillo, al que solo le damos agua, ni tan siquiera un traguillo de vino —se lamentaba Manuelillo.

—Ni *ná de ná*. —Que era una de las expresiones preferidas del Miserio.

Sin que el cuerpo se acomodase a la pausa volvíamos rápido al tajo. Avanzar y avanzar. Deslomarse y echar el hígado por la boca antes que quedarse atrás. Ya habría tiempo de descansar.

El campo sesteaba bajo un agobiante aire tórrido. El sol, como un picador inclemente, te achuchaba al surco una y otra vez hasta vomitar la hiel. Las chicharras mantenían su clamor en la distancia. En las mieses doradas, enflaquecidas de sed, éramos esclavos postrados y, al mismo tiempo, deseosos de que estas, el pan nuestro de cada día, no faltasen. Pese a que Bartolo me había prestado una zoqueta de madera para la mano izquierda que me resguardaba cuatros dedos, tenía pequeños cortes y llagas ensangrentadas en la otra mano de empuñar la hoz. Con los ojos hinchados por el calor, avanzaba absorto con la mirada fija en los tallos espigados. Una vez traspasado el límite del agotamiento, insensible al sufrimiento, más muerto que vivo, la inercia sin conciencia me conducía envuelto en el aliento dulzón del trigo y las espigas recién cortadas. Casimiro, con su cuerpecito flaco, puro

tendón, segaba casi siempre el primero. Al verme al borde de la inconsciencia, cuando llevaba ventaja pasaba unos pasos por delante de mí para que no me quedara atrás. Manuelillo protestaba.

—No ayudes al maestrito, que después va a cobrar igual.

—Él aguanta solo. Pero es su primer día y no está curtido en estas faenas como nosotros —me justificaba el entrañable Casimiro.

LA OSCURA MARRONA LA DEJÓ CAER EN SU BOCA

El hambre asfixiaba en Grazalema a la familia del fiero Miguelillo Ajorcajambre cuando el señorito don Rosendo la echó de su terruño. Los abuelos encontraron un apaño para la madre y así tener dos bocas menos que alimentar. Le buscaron un marido y a su vez un padre para Miguelillo. El primer año no les fue muy mal, el carbonero Juanón era un bruto con malas pulgas cuando su condición miserable prendía con el aguardiente que bebía desde la madrugada. Como de la leña sale el carbón, el alma del carbonero quemada por el alcohol y el rencor ennegrecía poco a poco. Transcurridos unos meses de novedad, ya no contenía su cólera ni su desesperanza. No quería a Miguelillo por no ser hijo suyo, un asqueroso bastardo lo llamaba. Una noche, enloquecido, dejó brotar toda la inquina que llevaba dentro. Suponía que su mujer no le respetaba lo suficiente y temía que pronto lo abandonaría.

—Ya te enseñaré modales, zorra, que de Juanón no se ríe nadie. Cualquiera sabe con los que te habrás revolcado, puerca —a golpes contra ella, empujones y fuera de sí le gritaba—, puta, ¿qué te has creído?

En el espacio minúsculo del mísero chozo que habitaban, Miguelillo le rehuía con espanto mientras asistía impotente a la paliza que daba a su madre. Cuando se hastió de pegarle a su mujer, Juanón dirigió su rabia hacia él. Su presencia le molestaba, el gañán era el fruto del pecado y el testimonio vivo de sus temores, la

prueba de que su mujer era una zorra. Mientras lo miraba con los ojos sanguinolentos y con gesto de repugnancia, lo abofeteaba y le daba patadas. Aturdido por todo lo que pasaba, Miguelillo arrastraba por el suelo su cuerpo maltrecho y la ira que lo sofocaba, mientras su madre, apalizada y a punto de desmayarse, se interponía para recibir ella los golpes antes que su desgraciada criatura.

—Este asqueroso bastardo es una sanguijuela cobarde. So zorra, coja te tenías que quedar. Apártate de este miserable que te mato y no creas que te vas a ir con cualquiera, antes te rajo...

La violencia de Juanón, al empujar a su mujer, volcó el candil sobre el ramaje de la choza. Las llamas ávidas distrajeron por instantes la bestialidad enloquecida y celosa del carbonero. A la buena mujer le había partido una cadera y se quedaría lisiada para el resto de su vida.

En la siega entregaba mi empeño para no quedarme atrás, desde niño había faenado en el campo y sabía lo que era padecer y aguantar hasta reventar, pero necesitaba unos días para poner la resistencia de mi organismo a punto. Además, mi cuerpo estaba desacostumbrado, en los últimos años había trabajado como maestro y como empleado municipal en el cobro de los impuestos de consumos en Arcos de la Frontera. Aprovechaba las *cigarrás*, no más de cuatro al día, que duraban el tiempo apresurado de liar y fumar un cigarrillo, para que María Frasca limpiara y vendara mis heridas sin que ella dejara de acariciar mis manos doloridas y regara mi ánimo con una sonrisa.

¡Qué largo se hacía el día! José María el Petenera, desinflado por el esfuerzo y la calima, ya no cantaba. Las chicharras sí chirriaban. Las mujeres iban por detrás de nosotros, amontonaban las gavillas, preparaban los haces que ataban con el tallo de centeno puesto en remojo un día antes en el pilón del cortijo. Todos los dueños solían tener alguna parva de centeno que servía para el amarro. El grano más menudo y alargado, ya cocido en agua, era buen alimento para

los cochinos cuando no había bellota y también mal consuelo para los pobres en tiempos de escasez. El pan negro era mucho más barato que el de trigo, con precios imposibles para nosotros los jornaleros.

A media tarde volvíamos a comer un aguado gazpacho de vinagre y cuando el sol oculto mostraba los destellos rojizos, después de diecisiete horas en el tajo y con las sienes que me martilleaban por el cansancio, parábamos para cenar una sopa caliente como al mediodía.

—Se acabó ya el puchero de garbanzos *pa* acostar al gusanillo contento esta noche —volvía a lamentarse Manuelillo.

—¡Ni *ná de ná!* —exclamaba el Miserio, mientras la Rosa se ajustaba con las manos el corpiño.

—Yo con una mujer como esta —susurraba entre dientes Manuelillo mirando con fijeza la hendidura que separaba los prietos pechos de la Rosa y después al Miserio— ni me importaba el gusanillo ni *ná de ná*.

—Reservemos nuestras fuerzas para mañana —cortó con autoridad Bartolo—. El que sepa rezar que rece para que no nos falten días de trabajos como este.

Con mi cuerpo exhausto por el esfuerzo, y enfebrecido, entrábamos caída la noche por la puerta del cortijo señorial de la Parrilla de paredes almenadas. El Petenera, con la alegría del fin de jornada, entonaba algunos ayes que acompañaban las mujeres con palmadas sordas.

El cortijo de la Parrilla tenía dos grandes patios. El más elegante, de empedrado fino con una gran palmera en el centro, estaba reservado a don Eduardo y su familia, rodeado de un jardín privado en el que había pavos reales y una alberca para recreo como tenían los reyes moros. El otro patio cobijaba las cuadras y dependencias en las que guardaban los aperos de labranza, los aparejos para los borricos, los arneses y las sillas de montar para las yeguas y caballos. Todo el fondo estaba ocupado por el molino de aceite.

El molino era nuestro aposento nocturno, gracias a Bartolo, ya que el lugar usual para las cuadrillas de fuera eran las cuadras, entre la paja y los cagajones. Los que permanecían la mayor parte del año en la finca disponían de unos chozos hechos por ellos y por los que pagaban una renta. Nuestro manijero se llevaba bien con el administrador de la Parrilla, don José Santos, que lo consideraba trabajador serio y siempre encontraba allí sitio para él. Además, Santos le había prometido que sería su próximo jefe del molino de aceite, con ello podría tener un buen jornal fijo para el próximo invierno. Bartolo, muy contento por la noticia, nos mostró orgulloso el día que llegamos el lugar que sería su próximo reino en la temporada de recogida de la aceituna.

Al entrar en el molino te azotaba el espeso olor a alpechín y aceituna reseca de las capachas apiladas que habían contenido la pulpa de la oliva. En el recinto destacaba la magnífica prensa de viga, inactiva hasta el próximo invierno. El Petenera aún tuvo ánimo para encaramarse en el doble madero de más de diez metros y con el quintal de piedra de dos o tres toneladas en un extremo que, a modo de palanca, servía para presionar la aceituna y extraer su jugo. En una estancia contigua y cerrada bajo llave, a la que solo accedían los criados de confianza, guardaba el señorito el aceite en grandes tinajas enterradas en el suelo con tapaderas de madera.

En nuestra segunda noche, muertecito y sin resuello, no tenía fuerzas ni para mirar la prensa de viga que tanto había admirado el día anterior. Me tomé una mezcla de salvia con corteza de sauce que le había enseñado a preparar a María Frasca para la fiebre y los dolores. Le di un beso y al instante me quedé dormido, en el lugar que unos minutos antes ella había adecentado y sobre el que colocó nuestra manta. Unas pocas horas después, antes de que cantase el gallo, había que continuar en el tajo, aunque no pudiese con mi alma y estuviese hecho un guiñapo.

Cinco días agotadores estuvimos en la siega de la Parrilla. No dormíamos más de cinco horas, descansábamos unos cuarenta minutos para las *cigarrás* y otro tiempo medido para las comidas y

desplazarnos al tajo. Más de dieciséis horas deslomados vivos para sacar cada uno media hogaza de pan negro, hecho con harina de centeno, sin trigo alguno y con pedruscos triturados en el molino, y un cuartillo de vinagre para todos, que si querías más lujo tenías que pagarlo aparte. El jornal resultante para tantas horas era irrisorio: una peseta con veinte céntimos por día. Pago que rondaba los cinco reales diarios, pero no alcanzaba para comprar tres panes redondos de a kilo, porque este costaba ya casi dos reales cada uno, ni dos litros de aceite que salían ya por ocho reales¹.

Don Julio, de calvicie precoz, pulcro y con aires de señorito, era el agrimensor que medía las aranzadas segadas. Calculaba y redondeaba siempre a favor del propietario, que era quien le contrataba, para escatimarnos parte de lo que tanto sudor nos había costado. La menudencia del grano bien que la pagábamos. Si protestábamos, teníamos que despedirnos de segar en la finca los próximos años, la mano de obra barata sobraba. Además, existía un acuerdo tácito entre señoritos y medidores, que si los segadores reclamaban otro agrimensor, este decidía siempre a favor del propietario para evitar que las protestas corrieran entre las cuadrillas.

Don Julio, antes de su cómputo final, ya advertía a los manijeros para que fuesen dóciles y confiados, que ello era asunto de mucha conveniencia:

—Si yo te digo cinco aranzadas y me disputas seis, vendrá otro que te dirá cuatro y el año que viene no trabajarás estas tierras por desconfiado. Si no hay confianza mutua, se rompen los compromisos y los únicos que salís perdiendo sois vosotros — afirmaba con aire paternalista.

El administrador de la Parrilla, don José Santos, asentía a las palabras del agrimensor. Santos no era de los peores sanguinarios, pero su misión era mirar con los ojos del patrón, don Eduardo, y engordar sus rentas.

Una cucaracha se encaramó a mi tobillo y espantó con brusquedad mis recuerdos de la siega del pasado verano y los abusos de los agrimensores. Mi sobresalto fue mayúsculo al sentir el alpargatazo de otro preso, el Cabra, que atrapó raudo a la oscura *marrona* atontada por el golpe. Sujetándola por las antenas se la dejó caer en su boca desdentada mientras con mirada turbia y una mueca de sonrisa me espetó: «Son proteínas *pa* sobrevivir».

Con mi rostro tumefacto contemplé la escena sin quejarme ni decir nada. Hace apenas unas horas los guardias me han interrogado para obtener una confesión de culpabilidad. La sangre de mi nariz ha regado mi cara. La hinchazón desfigura mi rostro y enturbia mis ojos. Les he dicho lo que ya saben y nunca he negado. Soy socialista libertario y de la Federación de Trabajadores de la Región Española, una asociación legal constituida a raíz del Congreso de Barcelona de 1881. Que nunca he ordenado ni participado en actos delictivos que no admite mi conciencia, como incendiar, robar o cortar cepas. Barbaridades de las que me acusan, atrocidades que perjudican a los jornaleros y son más bien fruto de la desesperación y del hambre. Mi explicación no les ha gustado y lo manifestaron con contundencia al golpearme con más fuerza. Quieren las listas de asociados de la Federación de San José del Valle y les digo que no las tengo y les insisto en que es una asociación legal. Quieren nombres y eso no lo voy a decir, ¿para qué, para que los detengan y los apaleen como a mí? Me recriminan entonces que somos una sociedad secreta y me humillan más.

El comandante de la Guardia Rural de Jerez me tiene enfilado desde que le soplaron que fui uno de los que asistieron al congreso de la Federación en Sevilla. A veces creo que no aguanto más y ansío decirles todas las patrañas que quieren oír para que dejen de torturarme.

En mi calabozo vuelvo a los recuerdos una y otra vez, como único asidero a este encierro cruel, y rememoro los últimos meses transcurridos, por si encuentro alguna explicación a tanta locura, a

tanto desatino. Una soleá triste como una *puñalá* y otros *quejíos* rompen el silencio de barrotes y miserias.

¹ Datos reales de jornales y precios correspondientes al verano de 1882.

EL JUANÓN ARDE EN LOS INFIERNOS

Miguelillo Ajorcajambre no podía olvidar, en su memoria persistía el dolor de los golpes que Juanón dio a su madre sin que él la ayudara. En aquel lejano día de hace veinte años cambió para siempre el sino de su vida.

Con el primer clareo difuso de la madrugada aún olía a chamuscado en el chozo. El aullido lastimero de un gato desventurado en su noche de correría atravesó las primeras luces. Juanón, sin haber dormido, abrazaba una botella de aguardiente sobre un boliche encendido. Requería, como otras veces, con voces e injurias, la ayuda de Miguelillo. Se mantenía tambaleante en la montaña ardiente.

—Bastardo de mierda, no pienses que te voy a mantener sin ganarte el pan. Ven con rapidez para vigilar el fuego o te parto el careto que tienes... hijo de zorra, que queréis robarme lo que gano...

Acudió Miguelillo con un odio que le rebosaba, como su rostro inflamado por las patadas recibidas en la noche.

—Mi madre está muy mal, tendría que avisar al médico.

—No me vengas con historias, ya sola se pondrá bien, qué cuentos vas a explicar tú por ahí. Como te muevas de aquí la mato, bastardo de mierda, y a ti te pico después como al carbón.

El sol naciente, poderoso entre las montañas, se asomaba como un gran disco de luz y de fuego. El gato, después de su correría nocturna, ronroneó y se enroscó ajeno a todo. Miguelillo, más

humillado, enfurecido y dolorido, contemplaba absorto el boliche humeante sobre el que se movía tambaleante por la borrachera el odiado Juanón. Cuando le dio la espalda el carbonero, con una carcajada envuelta en insultos, la tentación de golpearle le oscureció el pensamiento y se aferró a su garganta hasta quedarse sin respiración.

Contuvo unos segundos su ira, parecía que todo transcurriría como un día más. Miguelillo guardaría su rencor, como tantas veces..., tragaría su miedo sin abrir la boca. Pero el odio lo ahogaba, tantas vejaciones, palizas, insultos... Le faltaba el aire y creyó morir. Su respiración entrecortada era cada vez más angustiosa. Sentía una rabia reconcentrada por sus silencios, por no haber sido capaz de defender a su madre, solo había sido un testigo atemorizado. El aire no le entraba a los pulmones, tenía que expulsar y después tragar, pero no atinaba a nada. Le faltaba la vida, no sabía cómo respirar. Juanón le volvía a reclamar con injurias. Allí quedaría para siempre hundido el aterrado Miguelillo, ahogado en su propia miseria, pensaba. El semblante bermejo y sin aire dentro quería ceder al impulso primitivo que sentía. Pero a Miguelillo le faltaba el valor, «soy un cobarde», decía, mientras cogía un largo palo de los utilizados en el boliche. «Soy un mierda cobarde», repetía, «no seré capaz...» cuando, sin creer en lo que hacía, le atizó con fuerza en la cabeza a su padrastro. Juanón, borracho como estaba, apenas pudo evitarlo y solo tuvo tiempo de mirarlo con estupor. El chasquido del madero sobre el cráneo y el sordo aullido fueron espantosos. Una llamarada de fuego de la botella de aguardiente rota prendió el cuerpo. Miguelillo, convulso por la rabia y la ira, volvía a aspirar con fuerza el aire frío de la mañana.

Sentado sobre los rastros cercanos al cortijo de la Parrilla, refunfuñaba entre mis compañeros después de saber lo que íbamos a cobrar tras habernos dejado la piel por el esfuerzo y la gran

cantidad de horas echadas en la siega. Peor aún era sentir el amargor de una gran injusticia.

—Hemos de luchar contra el destajo, es un sistema que solo beneficia al patrono —les decía con enfado—. Trabajamos el doble, a un ritmo de asfixia y apenas sacamos un jornal. Siempre a la hora de medir barren para adentro, nunca redondean a favor del segador, cuando nosotros nos quitamos el hambre a hostiazos con la vida.

—Maestrito, qué *quies* tú que hagamos, si los amos tienen la sartén por el mango —replicaba Casimiro con resignación.

—No podemos hacer nada —sentenciaba Bartolo que movía la cabeza de un lado a otro— y este año con la cosecha perra que hay, menos que nada. Solo agradecer. A mí, don José Santos me ha ofrecido el puesto de manijero en el molino de la Parrilla para este invierno y a la otra hija de Casimiro, la Juanita, la ha colocado de criada con el señorito don Eduardo. A todos nos ha dado trabajo en estos días de necesidad.

—No sigas por ahí —le interrumpió el Petenera—, solo se trata de exigir lo que es nuestro.

—No podemos reclamar nada —insistía Bartolo—. Hay muchas cuadrillas tiradas por los caminos que muerden las hierbas sin nada que llevarse a la boca. Esos segarían el grano casi por la comida. Por aplacar la *jambre* haces lo que sea, hasta limpiarle el culo al señorito si hiciese falta...

—*Ná de ná* —respondía el Miserio con su peculiar estilo que no gastaba en palabras de balde.

La tarde sin nubes, como un espejo azul, declinaba. Una pareja de jilgueros revoloteaba juguetona entre unos pastos cercanos. Saqué mi cuadernillo y di unos primeros trazos, pero sin dejar de dar vueltas al asunto que nos preocupaba, quería buscar una alternativa.

—El hambre tiene mucho poder de convicción, pero hemos de buscar una salida digna a nuestra situación. Es preciso que nos organicemos —insistía—. Al menos, hacer un frente común para la siega próxima y exigir a los propietarios el pago de un jornal decente

por ocho o nueve horas de siega. Si supiéramos el valor de nuestra fuerza, si actuáramos unidos, se doblegarían como corderos ante exigencias justas. Los hacendados sin nosotros no son nada y no podemos permitir los abusos que cometen los agrimensores.

—No podemos ser animales sumisos que llevan al matadero —me apoyaba el Petenera ajustándose el pañuelo de hierbas que le cubría la cabeza—. Tal vez la cosecha próxima no sea tan mala como esta y si nos unimos todos podemos convocar una huelga contra el destajo. A los señores se les puede enseñar también los dientes.

—El jornalero es como una hormiga que ha de trajinar en verano para guardar en invierno —aseguraba Casimiro—. Y no importa que te roben un poco si consigues una buena temporada de siega. Así podemos guardar para que nuestras familias no pasen tanta penuria en el invierno. La huelga no la veo, porque con tanta necesidad siempre habrá esquiroles y los golondrinas después de las leguas que recorren para venir de Portugal, seguro que no quieren hacerla.

—*Ná, aguantá* —cerró la conversación el Miserio, que embobado no quitaba ojo a los jilgueros retozones que perfilaba en mi cuadernillo.

Tendido quedó para siempre Juanón, cociéndose con estertores de muerte entre el carbón, con tanto alcohol en la sangre que ardió en aquel infierno como una erupción demoníaca. Los vellos erizados de Miguelillo y los ojos abiertos de nuevo hasta el espanto contemplaban absorto aquel caos que destruía, entre llamaradas rojizas e iridiscencias violetas, amarillas y azuladas, a su odiado padrastro.

Con solo quince años, la edad que tenía cuando Juanón cayó borracho en el boliche, eso fue lo que todos contaban, Miguelillo se tiró al monte para hacerse contrabandista. Aquel día renació Miguelillo Ajorcajambre, como el ave fénix, pero de las cenizas de su padrastro. Él se prometió a sí mismo que nunca más pasaría

necesidad, ni miedo, ni sería un cobarde, que la puta vida poco le importaba, y menos la muerte. Nada le aferraría a la existencia. Antes se dejaría ahorcar que pasar hambre. Repitió tanto su promesa que empezaron a llamarle Ajorcajambre. Aprendió bien las argucias de contrabandista, tuvo muchos maestros que lo hacían para ganarse la miserable vida o porque ya no conocían otro oficio. Fardos con tabaco de Virginia, telas de algodón y sedas, café y azúcar que le compraban los ricos, los principales clientes, y los pobres en lo que podían. Cuando el dinero escaseaba, asaltaba en los caminos. Formó una partida con el Benito, el Liebre y el Viejo. Todos están ya muertos, menos el Viejo, que es el único de los antiguos que sigue la correría. Entre los nuevos que acompañaban a Miguelillo destacaban el Lagartijo, un habilidoso ratero muy escurridizo para el escape, aunque blando a la hora de disparar, y el Vivillo, apenas un gañán, pero bien hacía honor a su apodo, era más listo que el hambre.

LA MUERTE REVIEJA LE HURGABA EL PIE

A la mañana siguiente de cobrar en la Parrilla continuamos nuestra andanza. De las labores de trilla en la era se encargaban los jornaleros que trabajaban con asiduidad en el cortijo. Durante un trecho nos alegró el canto de un herrerillo que rameaba entre los jarales cercanos que orillaban el sendero. Cogí de la mano a Frasca para sentir más su cercanía, pasábamos por tierras de rastros, olivares y viñas, campos ondulados ahitos de sol y de luz resplandeciente. Apostada en unos maderos retorcidos, junto a un regajo, una abubilla de penacho elegante y largo pico nos contemplaba. Bartolín le apuntaba con su tirachinas.

—No es buena de comer, huele mal. —El ave desconfiada con nuestra presencia, emprendió un vuelo rastrero mientras entonaba su up up up singular—. Es curioso —me dirigí de nuevo a Bartolín, al que yo había enseñado a leer—, el hedor que desprende le sirve de defensa para sobrevivir.

—Ni peste ni *ná*, pájaro que vuela a la cazuela —sentenció el crío de aspecto esmirriado por el hambre y precoz cazador. En su cintura portaba orgulloso cinco gorriones y un mirlo atados con un cordel.

Surcábamos el camino polvoriento de Gigonza. Cerré los ojos para distinguir algunos cantos y el arrullo de la naturaleza; a veces, silbidos fugaces y lejanos entre encinas y alcornocales; otras, gorjeos cercanos que levantaban mi ánimo, ¡bendita sinfonía! Conocer y apreciar todo el enjambre natural que nos rodea es una de mis pasiones. Frasca, siempre más práctica y en lucha continua

para sacar a su familia adelante, solía bromear conmigo al verme tan soñador.

—Juan, querido, que tienes toda la cabeza llena de pájaros.

Yo la perseguía dispuesto a darle un beso, mientras jovial le decía:

—Ahora verás lo que esta cabeza de chorlito va a hacer contigo...

La cuadrilla de Alcornocales seguíamos el camino polvoriento de Gigonza, por olivares y tierras amarillentas de labor. La suerte, que no nos dio de lado, y la habilidad de nuestro manijero hicieron que pudiésemos faenar un par de días más antes de llegar a un castillo medieval. Resultaba extraña la fortaleza en aquella llanada, conservaba bien su torre del homenaje, cuadrada y de gran porte. El dueño había añadido al recinto amurallado unas dependencias que utilizaba como cortijo y había reservado un habitáculo para la Guardia Civil, que todos llamaban el cuartillo de la guardia.

En el entorno del castillo había un manantial, que tal vez explicaría la existencia de aquella construcción guerrera en el llano. El caudal era pobre por la sequía. Allí nos limpiamos el polvo amarillo oscuro del camino, incrustado en nuestros cuerpos por el sudor. Unos pasos más adelante brotaban unos chorros sulfurosos de agua, muy conocidos desde antiguo como lugar de baños. En la actualidad también se utilizaban para este fin, en unas albercas pequeñas donde había personas que se refrescaban con las aguas medicinales. En un recodo más escondido, entre zarzas y espesura de vegetación, nos aseamos mi mujer y yo. Nos lavamos por partes, también nuestra ropa sucia. Tendidos después sobre la manta nos acariciamos y nos besamos. Embrujado con las chipas de satisfacción que reflejaban sus ojos negros, grandes y profundos, los bucles de su pelo recién lavado y la voluptuosidad de sus curvas femeninas, le dije que era lo mejor que había en mi caminar. Y era verdad, cuando dos personas conviven durante tantos años y saborean los momentos dulces y amargos de la vida crean una

entrañable complicidad. Musitaba lo hermosa que me parecía, como el vino que gana con la solera, que quería envejecer con ella y con el calor de nuestros hijos. Y era verdad, que todo esto y más lo sentía mientras la amaba insaciable, para buscar la eternidad. Porque la amaba y la amo y guardo sus fragancias en mi memoria que ahora destapo entre tristes barrotes para resistir aferrado a mis recuerdos.

Los buitres sobrevolaban en el azul nítido de aquella mañana cuando los civiles le dieron el alto a toda la vieja banda de Miguelillo Ajorcajambre en el Salto del Cabrero, camino de Grazalema a Benaocaz. Todo hacía presagiar la detención de los bandoleros. No había escapatoria posible en aquella encerrona. Miguelillo Ajorcajambre, con las manos levantadas en señal de rendición, relajó por unos instantes a los guardias. Sin que lo esperaran, sacó de sus hombros dos pistolones ocultos en la manta alpujarreña. Como un gato montés saltó sin importarle su vida al tiempo que esquivaba los primeros fogonazos. Mató a bocajarro antes de alcanzar el suelo a dos civiles, aún absortos por la sorpresa, y levantó tras de sí una nube de humo de pólvora para seguir huyendo entre rocas de hirientes filos. Aulló como un loco, con chillidos que estremecían. Ajorcajambre sabía que esos pasos los conocía desde niño, estaba cerca del terruño de sus abuelos. Los silbidos de los disparos acariciaron su cabeza sin llegar a hacerle ningún rasguño. Pronto escurrió el bulto entre pedruscos blanquecinos llenos de recovecos y oquedades. «Buscadme ahora, *joputas*, que antes de que deis conmigo os mato uno a uno», pensó, cuando pudo pensar. Como una serpiente deslizó su cuerpo hasta encontrar un refugio que bien conocía, un viejo quejigo con un tronco ancho y con una gran oquedad oculta por dentro en la que podía guarecerse una persona. Accedió por una antigua madriguera de zorro que él había agrandado cuando era contrabandista y cuya entrada estaba oculta por una piedra que logró deslizar con maña.

Los civiles estaban furiosos, aunque habían herido en una pierna al Liebre. Concentraron su búsqueda en el jefe que había huido a pie. Hasta la caída de la noche rondaron cerca del escondite, pero al maldito Miguelillo Ajorcajambre se lo había tragado la tierra y no había dejado rastro. A escasos pasos de los rabiosos guardias enfadados, sonreía seguro y bien cobijado en las entrañas del arcaico quejigo.

Desde aquel día, los guardias civiles incrementaron su celo contra la partida, que había logrado escapar. El médico de Benaocaz curó al Liebre y proporcionó la pista a los guardias. Lo atraparon un mes después. Acosado, el bandolero aceptó el trato que le propusieron: su vida y la libertad a cambio de la del jefe y de algún otro compinche. Eso sí, puso la condición de hacerlo a su manera, quería evitar que los picoletos le diesen un tiro en una emboscada y exterminarlo a él y a toda la cuadrilla.

Como muchas veces el Liebre había preparado el rancho, los invitó en un cortijillo para celebrar su regreso a la partida, ya recuperado de su herida. Preparó un guiso de arroz con conejo y apartó una fuente de comida para él. El resto lo envenenó con arsénico y lo fue sirviendo en platos. El Viejo no acudió, porque estaba con su mujer y su hijo que vivían en Jerez. Pero la pieza codiciada por la Guardia Civil era Miguelillo Ajorcajambre. Comieron todos contentos, con la alegría que da el vino, con un gusto que no recelaron en demasía, ya que el veneno no tenía olor ni sabor, salvo un ligero toque dulzón que bajaron con las copas que el Liebre no dejaba de llenar.

—El arroz está en su punto, algo meloso —alabó el Benito, siempre más tragón.

—Ese toque final me lo enseñó mi tía Teresa, tenía mucha mano para los pucheros. ¿A que está bueno el guiso? —animaba José el Liebre.

Comían protegidos bajo un emparrado por el que se filtraban cálidos rayos de sol. Alrededor de los racimos de uvas blancas

revoloteaban algunas avispas, a las que miraba con desconfianza el Benito porque le habían picado de pequeño.

—Bueno sí está, pero tiene un no sé qué... ¿No nos habrás envenenado? —bromeó de súbito el jefe, que dejaba sobre la mesa uno de los pistolones y cogía su faca sevillana de cachas de hueso para cortar el pan.

—¡Qué ocurrencias tienes, Miguelillo! —exclamó con una sonrisa el Benito.

Todos rieron la gracia. El Liebre, aliviado después del susto inicial y de darle una patada a un mastín que con meneo de cola se acercó al olor de la comida, estalló en una carcajada compulsiva que no sabía cómo detenerla. Detalles que Miguelillo Ajorcajambre después nunca olvidaría. «Ríete ahora, *joputa*, en los infiernos con el Juanón», murmuraba siempre al recordar esa risa tonta del Liebre.

Ajorcajambre tenía prisas por marcharse para estar con la Josefa y confortar su hombría. El Liebre le insistió para que comiera hasta hartarse y quedar bien satisfecho, que sabe Dios cuándo haría otro arroz tan bueno. Miguelillo sentía el reclamo de la hembra antes que el de la gula. En el camino, al encontrarse con gran malestar y desasosiego, fue hacia el arroyo para ver si mejoraba. Allí se dejó caer del caballo. Pasó unos días con vómitos y más muerto que vivo. Entre adelfas con flores rosáceas y piedras redondeadas por el arrastre del río, permaneció revolcado de dolor. Qué mal estuvo Miguelillo, hasta el extremo de perder la conciencia y querer darse un tiro para acabar con los retortijones y las náuseas que le provocaban espasmos cuando ya en su cuerpo no quedaba ni hiel para arrojar.

En la oscuridad de las estrellas, con temblores súbitos movió su cuerpo estremecido hasta cobijarse bajo un puente cercano donde crecía una higuera bravía y mirlos de agua pasaban la noche. Volvían de nuevo los retortijones y perdió la conciencia. Cuando volvió en sí empuñó el pistolón, decidido a ser el único dueño de su vida. Si acudía a su lado la vieja canina de la guadaña, le daría un tiro a quemarropa o se mataba antes él si fuera menester, que no

estaba dispuesto a soportar más temores, que también podía *ajorcar* el miedo y vencerlo, pensaba bravucón.

El sopor le nublaba la mente, «será eso la muerte que me rodea de *callaíto*». Por si acaso, colocó el pistolón sobre su sien derecha. A Miguelillo Ajorcajambre no lo mataba nadie, ni su gemelo pudo, solo él tomaría esa decisión. El sueño volvió a invadirle y quedó dormido. Una pesadilla le atormentó: Juanón le daba patadas envuelto en llamas sobre un ardiente boliche hasta acabar hundiéndose en aquel infierno. Una mano de su gemelo muerto con cabeza de canina lo agarró por el tobillo. «Eso sí que no», se dijo empapado de sudor, mientras una nueva sensación le acuciaba: la muerte revieja le hurgaba el pie y le pellizcaba el tobillo. «Eso sí que no, tengo que despertar», pero no podía. Continuó con requiebros intentando liberarse de la canina que le mordía ya una pierna, sería otra vez el engendro de su gemelo o la muerte quien lo devoraba. Por fin sintió el tacto frío del pistolón y abrió los ojos para matar a sus fantasmas. Aturdido y con los ojos entreabiertos vio que allí no había nadie, pero de su pantalón roído sí salía una rata gorda como un conejo. Esperó a que se alejara un poco y la reventó de un disparo, mientras otra que por allí rondaba huía despavorida hacia el agua. Se arrastró hasta el charco por el lado contrario para saciar su sed.

Entre arcadas y sudores fríos tuvo tiempo de pensar lo que había sucedido. Cada uno tenía su plato de comida, tanta finura por parte del Liebre hubiera sido suficiente para sospechar lo que tramaba. El muy astuto les dijo: «Hoy vamos a comer igual que los señores, que hasta tengo cucharas de plata que las he robado al señorito de Vistahermosa». Pudo haberlos envenenados, el Liebre comía de un plato diferenciado, cavilaba Miguelillo.

De esta malura tendría que escapar porque intuía que aún no había llegado su hora. Debía ajustar cuentas con el Liebre, terminarlas con don Rosendo y muchos negocios pendientes. La venganza de sabor agridulce le daba fuerza y el aire que necesitaba para respirar. La misteriosa historia con su hermano gemelo por él

estaba ya resuelta, este había fracasado para arrastrarlo a los putos infiernos.

José el Liebre pudo entregar a los civiles el cuerpo del Benito. Fue hasta la Josefa y solo encontró de su jefe el caballo que hasta allí llegó obediente. Lo buscó por los alrededores del camino para encontrar su cuerpo o rematarlo. Lo buscó y lo buscó, pero al maldito bandolero nadie lo había visto. Miguelillo, agazapado entre las adelfas, barruntaba la venganza que le daba aliento para moverse: «*Joputa*, te rajaré a pedacitos y me comeré tus entrañas, como hice con mi hermano». Cuando el Liebre sospechó que Ajorcajambre no estaba en los infiernos, le entró pánico. Sabía que este era capaz de matar al barquero de la muerte, robarle las monedas y regresar por él. «Seguro que no lo ha matado el veneno, ese cabrón tiene aguante», murmuró convencido. El Liebre, muertecito de miedo, solo pensó en escapar sigiloso hasta otro lugar. Era preferible que lo capturasen los picoletos, pero tenía la certeza de que ni la cárcel era ya un lugar seguro para él. Así fue como dio comienzo la pesadilla que le asolaba desde entonces todas las noches. Empapado en sudor gritaba: «Miguelillo, por Dios, no me mates... los civiles me obligaron...» y Miguelillo Ajorcajambre, con la mirada atravesada, cogía su faca sevillana con cachas de hueso y lo rajaba una y otra vez, mientras él no podía hacer nada y moría sin morirse. En ese trance despertaba angustiado, con el corazón desbocado, y la ropa mojada de un sudor amarillento. Se tocaba ansioso su vientre para asegurarse de que todo había sido un mal sueño. La vida cabrona para los pobres desgraciados era un círculo de fatalidades: *jambre*, tirarse al monte, sobrevivir y morir. Con este sinvivir debía poner tierra de por medio y confiar en que un balazo de los picoletos, que habían traído su perdición, acabase para siempre con su pesadilla antes que esta diese con él.

TE PONE LOS CUERNOS CON CUALQUIERA

En la entrada de los pueblos, la Guardia Civil no dejaba pasar a ningún jornalero forastero. Si logramos llegar a Paterna de Rivera fue porque el Petenera era de allí y con esa excusa logramos entrar todos. Con razón desviaban los civiles a los de fuera, la situación en los pueblos era calamitosa.

Los campesinos esperaban en la plaza de Paterna desde la madrugada, antes de que despuntase el alba. El desvelo lo daba el hambre. Llevaban la misma ropa raída que nosotros, chambras y camisas de basto lienzo fruncidas con veteranos y nuevos remiendos. Las caras surcadas por la resignación, desencajadas por las incertidumbres y ásperas por la barba de varios días. Un brillo de esperanza fulgía en sus rostros cuando algún caballista altanero hacía acto de presencia. Una masa expectante con la mirada ansiosa y sumisa esperaba en el tenso silencio.

El capataz de don Eusebio, el propietario mayor de la campiña jerezana, consciente de su importancia, se dirigió al centro de la plaza. Con su escopeta en bandolera, miró a su alrededor con desdén. Tenía bien aprendida la lección: nada de endebles, enfermos, ni altivos que sostenían la mirada, ni menos aún agitadores, que había donde escoger. Después, con actitud arrogante, como si eligiese liberar a unos pocos y orgulloso de su trascendencia, marcaba distante con la mano diestra y el dedo índice: «Tú..., tú..., tú..., tú no, ya tuviste oportunidad el año pasado y te comportaste como un gallito exigiendo más perrillas, ahora te aguantas. Tú sí, tú...». La lección era pública y el mensaje claro: el

poco trabajo que había era solo para dóciles y agradecidos. Faenar como poco de sol a sol y sin querer ganar más de lo que se ganaba.

Un brillo de alegría cruzaba los rostros de los elegidos. La desesperación que da el hambre y la resignación fatalista abatían a la mayoría. José María el Petenera estuvo en la plaza, los demás nos mantuvimos a distancia. Como era un anarquista conocido en el pueblo sus posibilidades eran escasas.

—Lo siento, José María, para ti no hay trabajo. En su momento no supiste dejar la bragueta cerrada ni la lengua tampoco. Y el que manda es el señorito —le espetó el capataz al Petenera, que en otro tiempo fue su amigo.

Aquella parada en el pueblo sirvió para que el Petenera abrazara a sus padres y que las mujeres descansaran en un camastro. Como era de esperar, continuamos todos a la desesperada por la escasez de jornal y ya por la vía de Tarifa, cercana al mar.

Quien se la hacía se la pagaba, Miguelillo Ajorcajambre no perdonaba. El Liebre se llevó su merecido, «Ríete ahora, *joputa*, con el Juanón en los infiernos». El cortijillo serrano de don Rosendo, el señorito que había echado a su abuelo y causado las desgracias que asolaron su familia, lo prendió años antes por los cuatro costados, poco le hubiese importado que el engreído dueño y alguna de las fulanas que frecuentaba hubiesen ardido también, pero estaba vacío. Como él de vacío, sin sus abuelos ni su madre, ni su gemelo, todos muertos. Nadie le importaba ya en este mundo. Mientras estuviese vivo, no tendría miedo ni pasaría necesidad.

Miguelillo quería ajustar cuentas con todos los fantasmas del pasado, incluso con su hermano, cuya historia envuelta en misterio casi nadie conocía, ni tan siquiera su madre, y él no quería contar. A veces, en su soledad, parecía charlar con él, sin dar nunca explicaciones.

Unos cinco años atrás sintió Miguelillo un ahogamiento que le oprimía el pecho. Al palparse notó un bulto extraño cercano a su

cuello. Como se ahogaba, el bueno de Benito se presentó un día con un matasanos que había secuestrado a punta de pistolón cuando iba a la estación de tren en Jerez.

El médico, después de reconocer con detenimiento a Miguelillo, determinó que si quería salvar su vida tenía que operarlo, por suerte él era también cirujano. Según su diagnóstico, padecía de un extraño tumor que tenía que extirpar en un hospital y aun así no daba un duro por el éxito de la operación. Si estaba muy afectado el pulmón, lo mejor que podía hacer era cerrar y encomendar su alma a Dios.

Miguelillo Ajorcajambre lo escuchó con relativa calma. Le apuntó en la sien con su pistolón y le entregó al apurado cirujano su afilada faca sevillana con cachas de hueso:

—Hágalo usted ahora mismo.

—No puedo hacerlo, lo siento, pondría su vida en peligro y sería una locura.

—Mi vida está siempre en peligro, ahora está también la suya —le espetó Ajorcajambre con determinación—. Si no mato ahora a este matasanos —se dirigió al Benito— es porque ha decidido operarme. Si logra salvarme en tres días, le das mi bolsa de cuero llena de duros de plata. Si muero antes, le disparas al corazón.

—Gracias —contestó el doctor sin alterarse mucho—, pero si he de operarle ahora prefiero mi viejo bisturí, así que tome su cuchillo. Necesito fuego, la mesa despejada, trapos limpios y poner agua a hervir. Usted parece aguantar bien el dolor, veremos cómo lo hace. Una vez que empiece, ha de dejarme terminar.

Tres días estuvo Miguelillo más para allá que para acá. Hasta una semana permaneció el médico junto a él con un interés especial por salvarle la vida. Se quedó cuando pudo haberse marchado pasados los días acordados y a pesar de que su mujer Andrea, con un hijo pequeño, le esperaba preocupada en Cádiz. La sorpresa de todos fue terrible, incluso para el propio Miguelillo cuando lo vio bajo los efluvios del alcohol y el despertar de la inconsciencia. El tumor que le habían extirpado tenía dientes. Era una cabeza repulsiva,

momificada y enana. Era un engendro adherido a su cuerpo. Según el doctor, que dijo llamarse Mateo, correspondía a su hermano gemelo. La naturaleza que es sabia, al ver que su madre no podía llevar los dos embarazos hacia adelante, había sacrificado a uno. Este engendro había quedado adherido a su cuerpo. Por fortuna no había sido un tumor ni estaba profundo, pero la operación fue muy complicada.

Miguelillo Ajorcajambre, cuando deliraba, incluso medio despierto, parecía dialogar con el pequeño monstruo: «Te he llevado conmigo, no quieras tú arrastrarme a los putos infiernos. Solo iré cuando llegue mi hora y, antes, he de ajustar cuentas con el cabrón de don Rosendo».

Desesperados ante la ausencia de jornales, subimos a la sierra para segar recortes de espigas abandonados entre pedruscos. No éramos los únicos, otras cuadrillas también lo hacían. Dejamos a un lado Vejer y nos aproximamos hasta tierras cercanas a Tarifa. Escasas mieses doradas, raquílicas por la sequía, asomaban ya entre las peñas y campos ondulados junto a encinares, alcornoques y olivos. Otras tierras eran de pastizales, donde pacían las vacas retintas en cercados delimitados con troncos retorcidos, bajo la vigilancia estrecha de dueños y pastores armados con escopetas de caza. Eran frecuentes los robos cometidos como consecuencia de la hambruna.

Perdidos entre terruños serranos, poco fértiles, apenas sacábamos para comer. Una mañana nublada, después de subir una retorcida cuesta que lamía las nubes apalancadas en la cumbre, bajamos por la ladera contraria atravesando apretados campos de rastrojos y un lentiscal. A nuestra vista se abría una hermosa ensenada azul y unos aislados chozones habitados por familias de campesinos y pescadores. Llegamos antes del atardecer.

Una lengua de mar bebía en la costa. María Frasca estaba cogida a mi brazo emocionada por la vista de las aguas. La Rosa abrazó contenta al Miserio, después al Petenera y, por último, al Manuelillo. Este, sin poder contener el impulso, le besó los labios. Ella, sin dejar de sonreír, se soltó sin darle importancia, ante la mirada severa de Casimiro y la resignada del Miserio.

—¿Qué pasa? —gritó desafiante la Rosa—. Es que no puedo estar contenta. La maldita siega está ya más que terminada, me encuentro pegajosa de tantos días y de tanta calor sin poder quitarme ni las legañas. Cuando llegue me voy a dar un baño y el que no quiera mirar o le escandalice una mujer desnuda que no mire. Y a Manuelillo no le he dicho yo que me bese, ha sido él.

—Ná, no pasa ná —respondió el Miserio para tratar de zanjar la polémica.

Bien conocía a la Rosa, hasta su padre lo advirtió un año antes:

—Antonio, eres buen amigo mío y no te quiero engañar. La Rosa es una buena chiquilla, algo locuela, tal vez por la falta de su madre que murió al nacer ella. Te puede hacer muy feliz, pero tiene mucha ardentía y te pone los cuernos con cualquiera. O la tomas así, o la dejas y te olvidas de este asunto. Pero si te casas, te lo agradezco por la criatura que viene en camino y por ella, ojalá puedas meterla en cintura.

—Bueno —respondió entonces el Miserio. Ante la incertidumbre de su respuesta reflejada en el rostro de Casimiro que parecía preguntar ¿bueno y qué más?, añadió sin inmutarse—. Bueno, sí..., me quedo con la Rosa.

Conforme bajábamos la ladera, Bartolo, siempre protector de su hermano, le reprendió:

—Manuelillo, la Rosa tiene dueño, así que ahueca el ala y aléjate de ella.

—Bartolo, es que esa mujer juega conmigo y me incita a que le dé un revolcón. Con el hambre de hembra que tengo...

—Te repito que esa mujer no está libre. Bastantes problemas nos ha dado ya por este asunto tu primo el Blanco. Te alivias tú solito, si

quieres continuar con nosotros.

—No me compares con mi primo, que es un degenerado. La Rosa me provoca y se divierte porque sabe que me pongo ciego y dispuesto a hacer cualquier locura.

—Lo dicho, dicho está y no espero tener que repetirlo —zanjó el asunto Bartolo.

A nuestra vista cercana aparecía Belón o Bolonia, el lugar al que recalamos, alejado de las rutas de paso de otras cuadrillas. Ni tan siquiera era una aldea, solo escasos chozos aislados, no más de tres o cuatro familias. Nos recibieron con amabilidad y allí decidimos descansar dos o tres días, antes de emprender el fatigoso regreso.

La mar tranquila, sin oleajes y como un lago inmenso, acogió el chapoteo de la Rosa, a la que seguimos los demás como locos. El polvo acumulado de tantos días nos rechinaba entre los dientes e impregnaba nuestra sucia ropa. El agua, transparente y fresca, era como un bálsamo para nuestros cuerpos, castigados de esfuerzos y calor. La arena tan suave, una delicia para los pies ampollados de recorrer los duros caminos. Zambullirnos en el agua fue un bautismo de alegría para alejar las penas sufridas y buscar fuerza para el duro regreso. Nos arrojábamos agua unos a otros, como personas lastimadas que recuperan por momentos la alegría y vislumbran juegos olvidados de la infancia. Las salpicaduras nos envolvían y los chorros salados escapaban de nuestras manos como la risa contagiosa de nuestros rostros.

María Frasca estaba radiante, morena aceitunada, con esa sonrisa tan suya que enamora, pechos grandes, redondos, ostensibles a través de su blusa mojada, los labios húmedos y sensuales. Siempre he observado con admiración la mirada poderosa de dos jóvenes enamorados, hay brillos y alegría que lo denotan. Descubrir esa mirada en ella, una mujer madura y esforzada, me llenaba de gozo, de vida. Todo su ser me atraía con la fuerza de un viejo hechizo. Nos alejamos del resto y nos besamos, como si el mundo también hubiese acabado con todas sus miserias y solo existiese nuestro amor. Sus ojos como espejos

profundos mostraban un calidoscopio singular, un universo de reflejos con nuestras caras hasta el infinito. Nos besamos tantas veces que la noche acudió a nuestro encuentro. Era como un elixir de vida y de felicidad, ahítos de sentimientos, la pasión nos arrebatava hasta humedecer nuestros ojos.

De pronto, sin esperarlo y sin causa aparente, su cuerpo cálido comenzó a temblar junto el mío.

—Ha sido una ráfaga de intranquilidad que me ha recorrido el cuerpo. He sentido pánico de lo que nos pueda ocurrir, hay tan poco futuro para nuestros hijos, y sin poder contenerme me he puesto a temblar como una tonta.

Yo le besaba los ojos, la boca, el cuello y le susurraba palabras cariñosas para serenarla.

EL OLÓ DEL QUESO ES COMO EL SUDOR DE CRISTO QUE ALIMENTA

La cuadrilla de Miguelillo Ajorcajambre galopaba veloz como un galgo por El Esparragal en el término de Paterna. Habían robado un potro blanco de pura raza, aún sin marcar, que habían quitado a mano armada en un cercado de don Eusebio. Lo vendieron por la cuarta parte de su valor al señorito del cortijo de Gigonza. Todo un atrevimiento por ambas partes, porque un cuartillo del bajo del castillo lo utilizaban patrullas rurales de la Guardia Civil. Pero un negocio siempre entrañaba riesgos, mucho más cuando los caminos estaban infectados de civiles y jornaleros cabizbajos por la pésima cosecha, capaces de dar un chivatazo. Miguelillo evitaba los caminos principales y arrojaba unas pesetas para sellar las bocas de los pobres infelices que peleaban por ellas.

—¡Cómo han cambiado los tiempos! —exclamaba lamentándose el Viejo—, la Guardia Civil nos atosiga y los negocios ya no son tan seguros como antes.

—Unas veces se gana y otras se pierde. Si no escapo, el que trate de detenerme debe importarle muy poco su alma, porque nos vamos los dos al infierno —argumentaba el fiero Miguelillo Ajorcajambre mientras enderezaba, con su mano izquierda, el sombrero calañés de bordes recogidos sobre el pañuelo de hierbas que cubría su cabeza y, con la otra, revisaba su arsenal, un fusil en la montura, un pistolón cargado, una faca sevillana con cachas de

hueso en la faja y dos pistolones escondidos en la manta alpujarreña que portaba al hombro.

Mucho antes del atardecer buscaban un cobijo donde pasar la noche. Si se sentían seguros, encendían un buen fuego. El Viejo se emborrachaba si no salía a cazar. La oscuridad parecía enmarcada por un resplandor azulado, el firmamento removía los sentimientos. El Lagartijo se sentía tan pequeño ante la inmensidad de la noche cuajada de estrellas. La vida no había sido apacible para ninguno de la partida. El joven bandolero trataba de animar al Viejo, sumergido en un estado de melancolía por el vino, le contó algunas peripecias de su sinvivir. Su silueta difusa estaba apenas iluminada por los rescoldos rojizos de la leña de encina. Miguelillo Ajorcajambre y el Vivillo ya dormían. Un lobo solitario aullaba en la noche.

El Lagartijo tenía impreso a fuego en su memoria el padecimiento de la *jambre* que había sufrido desde que existía en el vientre materno. Eran nueve hermanos vivos en el pueblecito de El Bosque, su madre había tenido casi el doble de partos. Si ella llegaba a tener la exquisitez de un pedazo de queso y un mendrugo, había siempre un ritual que ni la misa del domingo de gloria igualaba. Los hijos, como apóstoles famélicos, estaban situados expectantes alrededor de la mesa. El queso, como sagrado cuerpo de Cristo, lo pasaba la madre de nariz a nariz tapado con un colador para que escapara sus esencias, sin el peligro de desaparecer por un mordisco de los hambrientos comensales. Lo enseñaba a cierta distancia, con prevención. Lo daba a oler por turno, mientras algunos desfallecían entre lagrimones de apetito. El pan lo repartía después en trocitos pequeños que debían dejar en su boca sin engullirlo ni darle bocado, porque les decía que era pecado. Ella, seria y grave, con voz rota sentenciaba: «*In Dei nomine*: el oló del queso es como el sudor de Cristo, que alimenta». Hasta tres vueltas llegaba a dar con toda la solemnidad de un acto de fe para que saborearan bien las esencias, repitiendo siempre las mismas palabras sagradas y mágicas. Los pedacitos de mendrugo, tan minúsculos, los partía para dos o tres rondas acompañadas en abundancia con agua del

botijo. Al terminar, como algunos la miraban con desespero, ella concluía el ceremonial: «Hijos, hay que buscarse la vida, que ya hoy no hay más manjar ni sustento».

Al rayar las primeras luces del día, con liendres y cubiertos de harapos salían descalzos Manolo y sus hermanos, menos el pequeño que aún no andaba. Su tarea desventurada era pedir limosnas, realizar mandados o guardar cabras, ovejas o cochinos por un cachito de pan, y raramente lo conseguían. El queso, cuando lo tenían, podía durar unos días, bajo candado, para alimentar como acto de fe con sus esencias y agua, que esta no faltaba para llenar el buche. El padre, siempre a escondida de todos, se zampaba el manjar en dos o tres mordiscos. «Cuando seas padre comerás queso», le sermoneaba el bribón a los hijos cuando estos protestaban. Ellos, rabiosos, cuando en su rebusca diaria no encontraban nada, chupaban los juncos, masticaban raíces y se peleaban por una bellota, una algarroba seca, un espinoso higo chumbo o las apreciadas pencas de tagarninas, hierbas y frutos esquilados por tantos hambrientos.

Cuando una rata repugnante agujereó el escondite del queso, los aprendices de gañanes, con gran griterío y aspavientos, encontraron a la ladrona y la mataron a golpes para comérsela sin ascos, como hacían ya con grillos y lagartijas que churruscaban al fuego. La rata, con sabor en sus tripas a queso, les supo a delicia salida de la tierra. Desde entonces, más de una vez buscaron estas ricuras peludas entre las inmundicias que alimentaban más que las hierbas del campo, el mendrugo para todos y el o/ó del queso pestoso, por muy sudor de Cristo que fuese.

Los pies de Manolo y de sus hermanos estaban encallecidos de andar descalzos, como era usual en los parias de esta tierra. Eso sí, la agilidad del muchacho era especial y causaba admiración. Acuciado por la hambruna, aprendió a robar con habilidad frutas y verduras de los huertos y mercados callejeros para sobrevivir. Su cuerpo canijo, escurridizo y alargado, los rizos de su pelo castaño y sus pies con marcadas costras negras le daban un aire peculiar.

Una mañana concurrida de mercado, en el pueblo vecino de Arcos, sisó una hogaza de una tahona en la plaza del Cabildo. El compadre del panadero descubrió el hurto, lo persiguió con gran saña. Una cola serpenteante de gente se sumó a los gritos: «Al ladrón, al ladrón». Manolo saltó una tapia y a punto estuvo de lisiarse para siempre. Subió después hasta un tejado aguantando el dolor, medio cojo, casi sin respiración. Su huida no fue fácil, arrastró su cojera, entre una nube de gritos. Nadie quería perderse el espectáculo del ladrón cojitranco que escapaba con gran ligereza por los tejados, pese a su lesión. El rapaz logró saltar a un cercado más alejado. Por fin estaba lejos de sus perseguidores. Campo a través llegó hasta al río Guadalete para perderse con alivio entre los verdes cañaverales. Pero ya no pudo ir otro día, porque hasta la misma Guardia Civil tenía una descripción detallada del ladronzuelo.

El padre aprovechaba la menudencia y habilidad del crío para colarlo por minúsculos huecos o ventanas para abrir después desde dentro o bien para hurtar lo que fuese capaz de cargar con sus manos. Tanta agilidad demostró por las paredes con su cuerpo escurridizo para dar la espantada cuando el peligro acechaba, que le llamaron el Lagartija. Un día su padre, aficionado a los toros, le cambió el nombre por Lagartijo, como el popular torero cordobés que alcanzaba ya renombre. Con este apodo se quedó.

El progenitor, siempre de hurto en hurto de pequeña monta, terminó en la cárcel. El Lagartijo acabó especializándose en robar casas de ricos mientras dormían, sin llevar armas, ni siquiera una navaja. Si era sorprendido, escapaba. Escalaba con agilidad felina hasta los tejados, los ventanales y huecos más altos para introducirse por sitios inverosímiles. Lo primero que aseguraba en su exploración inicial era la vía de escape. Buscaba dinero y joyas que aligeraba hasta de la mesita de noche y cómodas de los dormitorios, bien conocía las respiraciones, ronquidos y desvelos mientras él caminaba sigiloso como su sombra. En un par de ocasiones, un despertar brusco le había descubierto, pero en alerta desaparecía en segundos antes de que el sobresaltado dueño

reaccionase o no diese crédito a su fantasmal visión, ya que se ocultaba y desaparecía en un abrir y cerrar de ojos.

Si la visita discurría sin alteraciones terminaba en la cocina para buscar el queso, el vino y el pan con el recuerdo siempre presente de su madre, que no había sobrepasado los cuarenta años. Recordaba su perfil, como una escoba seca, raquítica y abultada por la preñadura. El Lagartijo primero olía con concentración las viandas más ricas para alimentarse con los olores hasta sentir el lagrimeo de deseo en los ojos, como en su infancia, mientras repetía como un rezo: «*In Dei nomine*: el oló del queso, como el sudor de Cristo, alimenta». Comía después hasta hartarse, y combinaba cuando era posible uvas y queso que sabían a besos, a los besos de su madre Eulalia, que también se lo decía.

La Guardia Civil le seguía la pista, su forma de actuar era precisa. Tenía, como afirmaba el sargento de Arcos, un *modus operandi* en los delitos que cometía que inducía a pensar que era el mismo ladrón habilidoso quien los realizaba. Cuando los civiles ataron cabos y sospecharon de él, fueron a prenderlo mientras dormía. Lo interrogaron y lo golpearon en el cuartel sin que nada confesara. La segunda vez no se dejó atrapar. Huyó de los disparos por los tejados, pero escapó como un gato al monte para terminar en la cuadrilla de Miguelillo Ajorcajambre.

—Como verás —le decía el Lagartijo a Juan el Viejo después de contarle algunos episodios de su existencia—, mi vida no ha sido un camino de rosas, sino de zarzas, palizas y forzados ayunos, como nos ha ocurrido a la mayoría de los que hemos terminado en el monte.

En una colina baja, en la base de la sierra más alta que servía de paredón a la playa de Bolonia, destacaban unos misteriosos promontorios que dejaban ver semienterrados sillares de areniscas labrados. Los que vivían en los chozones habían rebajado en un lateral la arena que los cubría para aprovechar una cavidad, que

mostraba una bóveda bien formada con piedras y pilares de ladrillos gruesos. Los campesinos utilizaban también otros huecos similares como cuadras para los borricos. Este lugar antiguo y semienterrado fue el refugio de los que prefirieron dormir bajo techado.

Nosotros elegimos la mullida arena, cubiertos con la raída manta y como techo las estrellas. Hablamos de nuestros hijos e ilusiones.

—Si no hubieses dejado el puesto que tenías en el Ayuntamiento de Arcos —me reprochó sin tristeza—. Bien sabes que para mí sola no quiero nada, todo lo que anhelo es para mi familia, es para nosotros.

—Frasca, trabajar en el impuesto de consumos, como sabes bien, me revolvía las tripas. Lo mío es dar clases como maestro. Ahora la situación es muy penosa para todos, por eso no puedo sacar más ganancias que la que pueden ofrecerme. He de buscar otros jornales.

En las pupilas de Frasca surcó el reflejo de una estrella fugaz del cielo y en su semblante adiviné un gesto de resignación.

—Sí, todo eso lo sé, pero hemos hablado de ilusiones y te soy sincera. Te quiero con toda mi alma y por eso sé que he de aceptarte como eres, pero a veces tengo miedo, un miedo difícil de precisar que me despierta angustiada en la noche. Temo que llegue el día en el que no tenga nada para que coman nuestros hijos, temo que ocurra alguna desgracia.

—Anda ya, no seas tonta, ¿qué más va a ocurrir? Son tiempos duros y hay que adaptarse. Bien sabes que yo también te quiero y que nuestros hijos crecen sanos.

El destino es como un río tumultuoso, quieres controlarlo, puedes intentar desviar su cauce, hacer una presa, pero una simple crecida, el despeñe fortuito de una roca, puede desbordarlo todo y obligarnos a empezar o conducirnos hasta el abismo. Los temores de María Frasca no eran infundados. Esta mañana en la cárcel de Jerez en la que me hallo ha ocurrido una desgracia y todos somos

culpables. Un joven incapaz de aguantar más se ha ahorcado con su propia ropa, desnudo, en su cuerpo están las vejaciones de los carceleros y las burlas de otros presos comunes. Los interrogatorios y las palizas son frecuentes, a veces somos lobos o corderos: nos despedazamos para sobrevivir, achacamos las culpas a los demás, o buscamos morir, porque ya no soportamos más.

El azul es uno de mis colores preferidos, el azul del cielo y del mar, del horizonte y de las aves, para mí el azul que entreveo entre unos barrotes es el color de la libertad. A ese azul que guardo en mi memoria me aferro para no enloquecer.

GUARDARON SUS TESTÍCULOS EN UN TARRO DE CORCHO

Cuando la mañana bostezaba y abría sus luces al mar azul, nos despertamos con el susurro de las olas. El Petenera repasaba un paño de red que le había alquilado la tarde anterior a una familia de pescadores por un real al día. La Rosa, el Miserio y Casimiro habían dormido en una de las cuadras de las extrañas ruinas.

Al interesarme por aquellas misteriosas construcciones, un pescador me contó que eran los restos de una fortaleza del moro Tarik. Me resultaba increíble, pero no imposible. En el horizonte podíamos divisar algunas montañas de África con bastante nitidez. Aquí, en Bolonia, se formaba una pequeña bahía donde las olas no batían con fuerza, podía ser un buen puerto natural. Las viejas piedras atraían mi atención, merodeé el entorno y descubrí el trazado de lo que podía ser una muralla y unos arcos semienterrados con conducción de agua, formaban parte de un acueducto. Estaba ensimismado con aquellos hallazgos cuando la voz de Bartolo me reclamó para la pesca.

El Petenera era el más entendido en asuntos de capturas. El mejor momento, nos advertía, era cuando subía la marea, entonces oteaba las aguas para descubrir los movimientos en la superficie que desvelaran un banco de peces. «Cuando hay reviro, hay vida dentro», decía al percatarse de las hileras de burbujas. Otros signos podían ser el salpiqueo del agua o los alcatraces que se avistaban sobre todo en mar adentro. En la orilla las posibilidades eran muy

limitadas, un aleteo o un brillo plateado eran las principales evidencias.

En la playa de Bolonia, la pesca para el Petenera era cuestión de ingenio y de suerte. Dispusimos de una red cuyos extremos estaban unidos a un madero de su misma longitud que la mantenía extendida, en el centro formaba una especie de buche donde los peces quedaban apresados. A la señal del Petenera, el manijero en estas lides, el Miserio y Manuelillo, que eran los más altos, se internaban veloces con un extremo de la red, seguidos de los demás hasta formar un arco y cerrar la trampa. Con los palos de las puntas y la malla tocando fondo, jalábamos hasta la orilla con la ayuda de las mujeres que nos animaban divertidas.

Poco a poco, expectantes, descubríamos la captura: alguna baila prendida entre las redes, algas también y, por último, el buche central de la red. Si el lance había sido bueno, bullía de vida agitada, sardinas, lenguados... la Rosa y María Frasca saltaban de alegría, pero la mayoría de las veces los peces nos daban el esquinazo. Los muy atrevidos hasta nos tocaban las piernas antes de escaparse y la bolsa final aparecía con algún resto de la mar, caparazones de choco sin vida y hasta decepcionantes conchas marinas que abundaban por doquier. Estaba claro que no íbamos a hacer fortuna con la pesca, pero nos conformábamos con tratar de yantar día a día sin gastar nuestras monedas de reservas y con reponer fuerzas.

Juan el Viejo conocía bien todas las covachas de la zona para guarecerse en la noche, aunque en el verano no importaba dormir al relente, siempre era más seguro la protección de una madriguera, que incluso podía tener otra vía de escape. La fogata crepitaba con la leña seca y soltaba una llamarada que encendía aún más los rostros de la cuadrilla de bandoleros. Alegres, bebían de un pellejo de vino de Jerez y cortaban con una faca rebanadas de pan moreno y lonchas de tocino entreverado, las rajaban con finos cortes para

formar tacos grasosos y salados que acompañaban de aceitunas de año con sabor amargo.

El Viejo seguía a Ajorcajambre desde los inicios de formar la partida con el Benito y el Liebre. Él sabía que tenía más de sesenta años y que desde mucho tiempo atrás ya le conocían con ese apodo. Salteador de caminos, cuatrero, contrabandista, aficionado al vino, al juego y a las prostitutas que le habían contagiado una enfermedad venérea que lo llevaría pronto a la tumba, si no lo mataba antes el plomo de la Guardia Civil. Lo único sagrado y bueno de su vida fueron su mujer y su hijo, nacido cuando era muy joven. Después, según su parecer, él lo estropeó todo. Abandonó las tierras que trabajaban su padre y su abuelo, al subirle las rentas el nuevo dueño que las compró en pública subasta al Estado. Buscó refugio a las penas en la bebida y fortuna en el juego. Para pagar sus deudas cayó más en el agujero de los miserables. Terminó en la cárcel y abandonó a su familia, a la que no dejó de mandarle dinero y muy de tarde en tarde visitaba. Que nadie hablase mal de su Dolores o de su hijo, que mataría por ellos.

Cuando estaba ebrio, solía entrar en un estado de melancolía con un monólogo quejoso: «Yo soy un mal bicho, pero mi Dolores es una santa. Ella lo dio todo para sacar a su hijo *p'álante*. Yo solo sé hacer daño a los que me quieren, por eso los abandoné...».

—Hombre, Juan, a veces rodamos por el atajo más corto, reviente lo que reviente. Así es la vida, la tuya y la nuestra.

Una vez más, el Lagartijo intentaba consolarlo, con una mano sobre el hombro y con palabras suaves, mientras los demás, risueños, dirigían sus burlas a la cantinela triste del viejo bandolero.

—Esa copla de tu mujer y tu hijo ya la sabemos. Cántate otra por alegría, Viejo, y que te acompañe el Lagartijo —ironizó el Vivillo.

—O se vive a lo grande, sin miedos ni hambrunas, pensando en vino y mujeres, o te mueres de una puta vez —filosofaba Miguelillo Ajorcajambre, molesto—. Así es nuestra existencia, intensa y corta. Yo lo aprendí el mismo día que maté a mi padrastro, ese día volví a nacer de nuevo. Lo que tenga que ocurrir ocurrirá de todas formas,

hasta que llegue nuestra hora, ¿por qué preocuparse? Nada de lamentaciones, no hay posibilidad de recular. A lo hecho, pecho. Todo está escrito en las estrellas antes de que ocurra. Viejo, tal vez tú hayas vivido demasiado y ese sea tu problema.

—La vida con riquezas es un vidón, mientras dure dura y no se descalabre por un navajazo. Con miserias, la existencia es una calamidad —medio bromeó el Vivillo.

Manuelillo, Bartolo y Casimiro, al verme merodear en aquellas ruinas antiguas, empezaron a excavar entre las piedras y ladrillos gruesos en busca de tesoros. La fantasía popular imagina cofres o cántaros con oro, joyas y monedas enterradas, palacios y riquezas fabulosos que los convertirían de la noche a la mañana en ricos y poderosos como el personaje de Dumas, el conde de Montecristo. Allí los dejé como topos en la arena en busca de sus sueños dorados.

Cogí de la mano a mi María Frasca, mi tesoro real, la mujer a la que amaba. La ensenada nos parecía hermosa, fina arena blanca, agua transparente que cubría los pies y mostraba el fondo, de un color verde gema alrededor y en el horizonte azul marino. Cuando los rayos del mediodía se estrellaban sobre las aguas, parecían diamantes.

Tras descansar, nos encaminamos a unas dunas que resplandecían al atardecer como un enigmático desierto. Dunas cansinas de subir, devoradoras de pinos con su lento movimiento hasta ahogarlos. La vista que contemplamos recompensó nuestro esfuerzo. Un mar de pinos de copas verdes exultantes al sol, a un lado y otro, la ensenada plácida, verde y azul, y más al fondo el horizonte, con cordilleras difusas que pertenecían a otro continente; detrás de nosotros, otras montañas nos rodeaban. A mí me parecía un círculo mágico y nosotros, puntos diminutos en él. Absortos contemplamos tanta maravilla.

—Frasca, ¿no te parece que estamos en el fin de nuestro mundo?

—Vámonos con nuestros hijos a buscar una vida nueva donde tú quieras —me retó impulsiva—, en las islas que están junto a África o en las Américas donde no haya tanto sufrimiento ni miseria.

—Querida María Frasca, no podemos huir, no pensemos en quimeras, sino en la dicha que tenemos hoy.

Si le hubiese hecho caso, tal vez la pesadilla en la que estoy sumergido no se hubiera producido, tal vez mi vida ya no tenga futuro, pero ¿puede huir uno de un destino incierto si tiene una senda que seguir? ¿Podemos salvarnos nosotros sin pensar en los que quedan atrás? Nadie, nadie..., ni los más pesimistas, imaginaba lo que iba a suceder unos meses después.

La besé mientras el reloj de arena, imperturbable, seguía su curso, el cielo teñía de violetas, rosas y rojos unas nubes escapadas de la mar.

El destino de cada uno es incierto, tal vez una lotería. ¿Por qué el Petenera entendía de asuntos de pesca? Por cuestión de amores y de política, tuvo que marcharse de su pueblo, habían puesto precio a su cabeza por cortejar a María Dolores, la rubia hija y prenda querida de un terrateniente amigo de don Eusebio. Para colmo del hacendado, el Petenera se había hecho internacionalista.

Cuántas locuras hizo por María Dolores, hasta que ella se rindió a sus deseos. A él por poco no lo matan, a ella se la llevaron contra su voluntad a Madrid con una tía. Malditos todos los poderosos, creen que el mundo es de ellos. El amor no entiende de ricos ni pobres. En Jerez, donde se veían a escondidas, ella le dijo que se fuera, que su relación no podía seguir. Él, sin más disputa, se cruzó en la vía del tren, tendido y cantándole su querer. De allí no se movería hasta que María Dolores lo rescatase. Su vida sin ella no valía nada, le decía. La joven vacilaba, pero el pitido de una

locomotora la asustó y corrió desesperada para salvarlo, besarlo y abrazarse a él.

Poco después ocurrió el escándalo, los sucesos del tren corrieron de boca en boca por el pueblo, sucedió la primera paliza para él y el alejamiento forzado de ella. José María sintió crecer su odio a los poderosos y sus peteneras fueron más desgarradas que nunca. Buscó a María Dolores por todo Madrid sin que la fortuna le sonriera.

Cuando el hacendado se enteró de las pesquisas del indeseado pretendiente tramó una dura venganza. Decidió darle un escarmiento que nunca olvidaría. En una noche oscura lo atraparon cinco sicarios en un lugar solitario de Jerez. Lo llevaron a una cuadra ruinoso y amenazadora como la boca de un lobo. Después de golpearlo sin medida, le quitaron los pantalones. Lo ataron a unos postes con las manos en cruz y las piernas abiertas.

—¿Qué me vais a hacer, cabrones, no me habéis golpeado ya bastante?!

El silencio fue la única respuesta cuando vio aparecer ante sí a Domingo el Capaó, todo tembloroso y encañonado por el pistolón de un rufián que le apuntaba a la sien.

—O te lo hace él, que es un profesional, o te lo hacemos nosotros.

—¡Malditos todos! ¿Qué queréis hacer, cabrones?! ¡Dejadme, os lo ruego! —les imploró lloroso.

—Lo siento, José María, tú me conoces bien. Si me opongo me dan un tiro... Si lo hacen ellos, tú te vas a desangrar... Yo al menos puedo curarte y podrás vivir... En este puto mundo que nos ha tocado vivir no hay tantas diferencias entre los cerdos y las personas..., en el asunto de huevos menos de lo que se piensa —le susurraba entrecortado por el miedo Domingo el Capaó.

Los gritos desgarradores de José María rajaron la noche. Los sicarios le grabaron a bofetadas un mensaje cuando aún estaba consciente.

—Si no dejas en paz a la *ceñorita*, la próxima te rebanamos el gaznate.

Guardaron sus testículos sanguinolentos en un tarro de corcho para entregarlos al señorito que los había requerido.

—Esto te pasa por querer *jincarla* donde no debes —le espetó otro bestia mal encarado con los dientes semipodridos—. Ahora el patrón podrá dormir tranquilo sin que un don nadie desgracie a su hija.

Domingo el Capaó cumplió su promesa y todos los días acudió a curar a José María hasta que pudo sanar. Avergonzado y sin recursos, se fue a Ayamonte para dar un vuelco a su vida y faenar en la pesca de la sardina. Allí salía con otros pescadores al oscuro, en las noches sin luna, mientras maldecía su suerte. En la negrura, al topar con el pescado, el agua ardía dejando un rastro fosforescente. Aquello le parecía fantástico y por instantes olvidaba sus desdichas. De Ayamonte volvió al campo, al cortijo de Alcornocalejos y a la cuadrilla de Bartolo, donde trataba de sobrevivir. Muy pocos sabían la verdad de su castración. A mí me la contó una tarde de desesperanza con lágrimas de rabia. Domingo guardó silencio, como le habían exigido. El Petenera quiso continuar su vida con dignidad, refugiado cuando estaba triste en su cante de desgarrados amores y, eso sí, un fuerte odio a los grandes hacendados.

EL ENCUENTRO

Entre lances de pesca, los hermanos Gago, como se apellidaban Bartolo y Manuelillo, continuaban la búsqueda de tesoros antiguos, abriendo algunos hoyos al azar. Una mañana levantisca y cerca del camino, fuera de lo que parecían restos de murallas, encontraron al escarbar un extraño ídolo de piedra labrada. Entre sorprendidos y contentos con el hallazgo me lo enseñaron para ver mi parecer, pues me consideraban entendido en leyendas y escribanías. Yo no supe qué decirles. Era una cabeza tosca, con ojos, una gruesa nariz y una especie de torso. El muñeco, como ellos lo llamaron, lo encontraron mirando al océano. Al seguir ahondando descubrieron una cajita de piedra basta con forma de cofre, pensaron locos de alegría que habían dado con un tesoro lleno de monedas como el de Alí Babá en la gruta. Expectantes, lo abrieron y encontraron, con gran decepción, polvo que se arremolinó hacia fuera con el fuerte viento y unas extrañas piezas pequeñas. Al mostrármelas, observé que eran fragmentos de hueso. Pensé que podían ser unos restos que habrían incinerado en tiempos antiquísimos, anteriores a los cristianos y musulmanes, los cuales inhumaban los cadáveres.

Un viejo con fama de sabio, al que llamaban el Brujo, era el único que sabía leer entre los bolonios, como llamaba la Rosa a los escasos lugareños. Guardaba con celo un tratado de Aristóteles con tapas oscuras de cuero heredado de su bisabuelo. Leía con un solo ojo, el otro tenía la pupila turbia. Tres gruesas verrugas adokinaban su ancha nariz de patata. El Brujo era todo un personaje, vestido de negro y con un mayúsculo anillo de oro en el

dedo anular de la mano derecha. Su relato hablaba de una ciudad fundada por el mítico Hércules, en aquella misma ensenada, cuando estuvo en el jardín de las Hespérides. Un lugar próspero por la pesca del atún en los tiempos legendarios de los fenicios y romanos. La disertación del viejo discurría de forma placentera hasta que, agitado como una pluma de ave en un vendaval, nos insufló el miedo entre pecho y espalda al descubrir el extraño ídolo destapado por los hermanos Gago. En cólera súbita nos recriminó con alarma y aspavientos:

—¡Necios, habéis alterado la paz de los muertos! Yo, que tengo casi tantos años como el bíblico Matusalén, os digo que habéis violado una tumba y desenterrado el maleficio que protegía al difunto. ¿No veis, mentecatos, cómo os mira? Los dioses del Olimpo y de la vieja Roma estarán enfurecidos. El Gervasio desenterró uno y murió de repente tres días después. La Manuela, su mujer, parió una criatura muerta que más parecía lobeño que persona. El Teófilo, que encontró otro, enloqueció unos meses después... — continuaba el viejo brujo con una retahíla de desgracias.

—¡Me cago en diez muñecos como este! —exclamó con miedo Manuelillo mientras arrojaba lejos la extraña figurilla.

—Nada de maldiciones y fuera el mal de ojos —replicó apresurado Bartolo al tiempo que hacía varias veces la señal de la cruz para espantar los augurios funestos.

—Vosotros, con vuestra codicia, lo habéis provocado — continuaba el viejo con su cantinela.

Los hermanos Gago eran de los tipos que dicen que no son supersticiosos porque trae mala suerte. Por mi parte, inquieto con tantas desgracias sin fin como largaba el Brujo, me limité a colocar el extraño muñeco y la urna de piedra donde estaban. De esta forma terminó la búsqueda de tesoros, nadie quería molestar a los difuntos y menos aún a genios, duendes o dioses protectores, que no quedaba claro el asunto tras las diatribas del viejo. Yo no creo en estos maleficios ni supersticiones populares que son fruto de la ignorancia, pero si hubiéramos llegado a conocer entonces nuestro

futuro inmediato, un pasmo de temblor y pánico habría sacudido nuestros cuerpos.

Cuatro jinetes cabalgaban sobre caballos jadeantes y sudorosos por una senda de la sierra hasta los chozos. En la montura llevaban el rifle o la escopeta de caza, un trabuco en bandolera, y en la faja, además, pistolones y navajones. El que parecía ser el jefe caminaba en primer lugar. Superaba la treintena de años, ojos pequeños y penetrantes, el cabello le cubría media frente, en las patillas de boca de hacha asomaban algunas canas.

—Buenos días, a la paz de Dios.

—Buenos días —le respondimos temerosos, por las armas que portaban. Nos miraron de arriba abajo, nuestra pinta mostraba a las claras la condición de parias. El que encabezaba el grupo contempló la red.

—¿Nos podéis vender un poco de pescado?

Nadie se iba a atrever a negarle nada a unos extraños con aspecto de forajidos, cuando con sus armas podían tomar lo que quisieran. La Rosa llenó un canasto de varetas de olivo trenzadas con los pescados que habíamos cogido hasta ese momento y lo ofreció sonriente. El que llamaban Miguelillo, desde la montura de su caballo blanquinegro, detuvo la mirada en la cara alegre de la muchacha y en las perlas de sudor que correteaban tentadoras por el apretado surco de sus agitados pechos.

Tras afirmar la muchacha con la cabeza y esbozar una sonrisa, le lanzó un duro de plata a la pechera al tiempo que musitaba:

—Para que los prepares tú. —La moza cogió al vuelo la moneda con la mano y le respondió con una sonrisa más sonora y un gesto de agradecimiento.

Los jinetes se dirigieron a los lugareños en busca de más provisiones. Ante el miedo expectante de todos, Miguelillo tintineó unas monedas que guardaba en una bolsa. Otro, al que llamaban Lagartijo, regresó a donde estábamos:

—No robamos a los pobres ni les hacemos daño si no nos traicionan y saben mantener la boca callada. De nosotros nada tenéis que temer.

Parecía sincero, aunque nunca se sabe. Mientras miraba a hurtadillas a la Rosa limpiando el pescado, cogió un palo. En la arena húmeda garabateaba con esfuerzo, mordiéndose la lengua, para escribir el nombre de Manuel. Me aproximé y le dije que era maestro.

—Me gustaría aprender a escribir mejor —me respondió.

Ante la urgencia de su mirada, le dediqué parte de la tarde. Le enseñé algunas claves para mejorar el trazo de algunas letras de corrido sin levantar el lápiz, en nuestro caso el palo del suelo. Le regalé la *Revista Social* que tenía para que practicara en la lectura de algunas palabras. Mientras nos afanábamos en nuestra tarea, Miguelillo había conseguido un pellejo de vino, pan, chorizos, tocino y aceitunas. Al olor de las viandas concentradas en un sombrero cercano a la playa, acudieron muchos de los chozos como avispa dispuestas a saborear los manjares, hasta el viejo brujo, ya más calmado, merodeó. Nos invitaron a los de la cuadrilla, en principio estuve algo receloso, pero allí estaba también nuestro pescado del día. La Rosa, con la ayuda de Frasca, lo había preparado en una parrilla humeante, al arrimo de ascuas de troncos de pinos, salpicados con ramas pequeñas de romero y tomillo que desprendían aromas del monte. El Petenera empezó a cantar por alegrías. La Rosa comenzó a bailar descalza en la arena. Sus manos y brazos arremolinaron el aire, sus contoneos no dejaban impasibles a los hombres. El Lagartijo parecía extasiado. Ella entrecruzaba guiños y sonrisas de complicidad con Miguelillo. Un mozalbete regordete al que llamaban el Vivillo, con la cara redonda como un pan y el pelo negro jaleaba con gracia cada requiebro: «¡Toma, que toma y que tomaa! ¡Toma, que toma y que tomaa!».

Un campesino sacó una garrafita con un aguardiente casero. Miguelillo se lo compró a precio de oro, tenía para él un sabor de

nostalgia antigua, como el que hacían sus abuelos con anís y los endrinos de la sierra.

Aquella noche nos divertimos, que las penas siempre tienen lugar de llegar. El Petenera dejó de cantar, no quiso excitar más el ambiente y la sensualidad de la Rosa. Ocurrente entonó, como si fuera un romance de ciegos, los caminos o encrucijadas del jornalero andaluz.

*Si eres pobre en esta tierra,
¿qué puede ser mejor?
Jornalero y morir de hambre,
o anarquista y luchador.*

*Criado y servir a los patronos,
o torero, banderillero y picador.
Obrero y jincar la rodilla,
o bandolero y cuatrero mejor.*

*Jornaleros, pobrecitos jornaleros,
cada vez estamos peor.
Si eres pobre en esta tierra,
¿qué puede ser mejor?*

—¡Olé! —exclamó el Vivillo, quien comenzó a dar mulatazos al aire y saltó sobre los lomos del Lagartijo como si fuera un picador—. A mí me va más lo de torero, prefiero marear al toro y a los civiles, montado a caballo, antes que enfrentarme al hambre.

—Jornaleros siembran estos campos —continuó después el Petenera con ritmo de copla—, recogen las cosechas, sin más interés que seguir *p'alante*. Ante tantas miserias e injusticias, yo me hice anarquista. Morí de amor por la hija de un hacendado, un amor imposible, pese a que ella me quería. ¿Cómo puede ser un amor imposible? ¿Porque uno sea rico y el otro pobre? Qué locura, este

mundo es cruel, al cuerno con el Estado, fuego a la opresión y a la avaricia de los ricos. Los campesinos solo queremos tierra y libertad.

—Pues yo lo tengo claroooo —replicó flamenco el Vivillo—, antes prefiero que me den un tirooo..., por contrabandista, timador o cuatreroooo... que vivir muertecito de hambre, si no logro se picador o toreroooo.

—De algo hay que morir —sentenció sonriente Miguelillo.

La leyenda de Diego Corrientes, el bandolero del siglo pasado que nunca mató a nadie y robaba a los ricos para repartir entre los pobres, aún hacía mella en nuestros ánimos de míseros campesinos, aunque los tiempos habían cambiado para empeorarlo todo. Ante tantas calamidades y abusos, muchos soñaban con un justiciero que a toque de espada o de pistola restableciese la dignidad de los parias. Para nosotros, los socialistas libertarios, ese no era el camino, por mucho que nos gustase la osadía de los que se oponían a los poderosos. A veces la existencia nos conduce a callejones de difícil salida; no obstante, prefiero pensar e inculcar en mis jóvenes discípulos que no somos esclavos de nuestro destino, que podemos y debemos luchar para cambiarlo.

Cuando no existan las injustas desigualdades que ahora nos esclavizan, no habrá tanto afán de rapiña, ni tanta violencia. Cada uno buscará su camino en pos de la felicidad y al unísono para la de todos. No habrá bandoleros ni muertos de hambre. Las palancas necesarias para que pudiéramos soñar con ese horizonte mágico eran muy claras para mí: la tierra para los campesinos que la trabajan y escuelas para niños y mayores. Con esas poderosas llaves podemos cambiar el mundo. «Niños y muchachos —los animaba emocionado con mi corazón ardiente de fe— aprovechad esta oportunidad de enseñanza que os brindan vuestros padres con su sacrificio. Ellos sueñan con un mañana mejor y vosotros tenéis la responsabilidad de no desperdiciarla. Aprender es maravilloso y nos hace libres».

CARROS DE FUEGO SURCABAN EL CIELO

Evoco aquel atardecer en la ensenada de Bolonia con fugaces reflejos de bronce en el cielo, con las luces difusas de las primeras estrellas, con el color y calor de la fogata que coloreaba aún más nuestros rostros retintos por el sol. Disfrutamos de la alegría, esta no hay que desperdiciarla cuando viene y hay que saborearla. La Rosa, exultante en la noche estrellada, bailaba una zambra con vibrantes movimientos de vientre y cadera y cantaba su amor por un gitano cuando nos retiramos a dormir. La juerga duró hasta la madrugada.

Con el calor de la mañana ya avanzada nos despertamos. Miguelillo se había ido con sus hombres por donde había llegado, pero la Rosa no aparecía por ningún lado. Nuestra primera sospecha fue que la habían raptado; sin embargo, Manuelillo la había visto subirse en el caballo del jefe y abrazarse sonriente a su cintura. Si él hubiese encontrado un caballo a mano, habría galopado con ellos, que ya estaba harto de ir con muertos de hambre.

—No seas tontaina y no hagas ninguna locura, dentro de pocos meses podrás trabajar conmigo en el molino de la Parrilla —le cortó tajante su hermano Bartolo.

Quien más se disgustó fue Casimiro, pensó seguirla; pero lo convencimos de lo contrario, la Rosa ya no era una niña. El Miserio, sin inmutarse y con el sentimiento de que nada puede evitarse, susurró: «*Ná, tenía que pasá*». Más locuaz que otras veces añadió: «Se veía *vení*». Y es que la Rosa, desde que perdió la criatura que

llevaba dentro, quería volar sin ataduras. Liado en un pañuelillo había dejado en el hato de su padre el duro de plata que le había dado el bandolero.

A Miguelillo Ajorcajambre aún le quedaba una cuenta pendiente, secuestrar a don Rosendo y exigirle el pago de miles de reales, los que le debía a su abuelo como compensación. Cuando volviese de Gibraltar con dinero fresco prepararía el secuestro. No había prisas, pero no lo demoraría más. Para sus planes tendría que reforzar el grupo. El Viejo era ya un descalabro. El Lagartijo, capaz de penetrar por cualquier ventanuco, era incapaz de abrir en canal a quien se interpusiera en su camino. El más astuto, el Vivillo, tampoco le sería útil, se quería encargar de la distribución del contrabando por la comarca de Estepa, por lo que no continuaría hasta Arcos, donde vivía el señorito.

Después de todo, aquel camino de Tarifa, aunque pintaba mal, no resultó para Miguelillo Ajorcajambre un mal negocio. Sí es cierto que para evitar un control de civiles tomó el desvío hasta la bahía de Bolonia, perdida entre las montañas y el mar. Un carretero que iba en dirección contraria le dio el aviso. A una legua más adelante había tricornos apostados. Ajorcajambre lo recompensó con unas monedas de plata, como hacía siempre. En la bahía de Bolonia repostaron víveres y, sin esperarlo, encontraron una buena hembra, nada mojigata y dispuesta a irse con ellos sin preguntar ni exigir nada a cambio. La Rosa encajaba bien para sus planes después de Gibraltar. En Arcos levantaría menos sospechas para vigilar a don Rosendo o para tenderle una trampa al putero. Una vez atrapado, les entregaría a sus hijos como carta de presentación uno de los regordetes dedos del señorito para exigirles un rescate. Y si no le pagaban pronto sería la mano, con ese rico no estaba dispuesto a contemplaciones.

La Rosa cabalgaba contenta en la cuadrilla de contrabandistas. La fresca brisa de poniente removía su pelo con una sensación

agradable tras el calor de los últimos días. Sufría un poco por su padre y por el Miserio, buenas personas, pero ella quería vivir y solo se vive una vez. No podía soportar tanta miseria y no tenía vocación de monja para estar recogida por un hombre mucho mayor que ella que no le procuraba ningún placer. Irse con ellos fue una locura, pero no tuvieron que convencerla. En su cabeza rondaba una idea fija desde que comenzó la siega con la cuadrilla de Alcornocalejos: una oportunidad para escapar. Lo mismo daba con unos titiriteros de circo, cómicos de la legua, cuatreros o pastores de oveja. No lo pensó dos veces cuando Miguelillo con su porte aguerrido le susurró al oído:

—Preciosa, vamos a Gibraltar. ¿Te vienes conmigo?

Afirmó con la cabeza, sin dudarlo. Le gustaban los hombres, qué había de malo en ello. Nada podían hacerle que ella no controlara. Sabía cómo tratarlos e incluso dominarlos con sus atractivos de mujer. Más temía a María Frasca, que la miraba recelosa y como a un animal en celo, «A mi Juan no te acerques, perra, siempre con las tetas al aire», parecía insinuarle. Bien sabía interpretar ella las miradas; en la de Miguelillo había deseo, pero también frialdad en sus ojos pequeños como puntas de navajas. En todos los demás, hasta el mozo que llamaban Vivillo, notaba en sus semblantes el apetito de hembra, pero la mirada más persistente era la del Lagartijo, aunque disimulaba cuando se cruzaban. Pero ninguno desafiaría al jefe por ella, al menos eso pensaba.

Era hora de volver a casa, al cortijo de Alcornocalejos, nuestros hijos nos esperaban. Llevábamos algunas pesetas de ahorro, pero menos de las que pensábamos. Cogimos nuestro hatillo y emprendimos el regreso. Pronto nos dimos cuenta de que éramos muy afortunados, comparados con otras cuadrillas que arrastraban ya su hambre por los suelos.

En el camino nos topamos con un panorama desolador. Familias completas de segadores con niños pequeños y ancianos que no

tenían lugar ni amparo marchaban a la deriva. Ejército de harapientos y hambrientos que buscaban qué comer. Arrasaban con las esquilmadas higueras o las chumberas que orillaban los cercados, comían bellotas verdes, sin madurar, chupaban el jugo de juncos o de hierbas y luego las masticaban.

Regresar sin nada a sus aldeas significaba la derrota ante el hambre y no poder resistir el invierno. Guardias civiles con fusiles o sable en mano rondaban para evitar pequeños hurtos e incendios por doquier. Los propietarios, vigilantes y armados, nos miraban hostiles.

Uno de los días, cuando caminábamos por un campo de rastrojo, el aire roló hacia nosotros, de pronto nos invadió un humazo espeso que nos hizo lagrimear. El temor nos recorrió las entrañas, sabíamos que arrestaban u hostigaban a los que merodeaban cerca de los fuegos. Con el corazón encogido por la ansiedad, nos apresuramos para alejarnos de allí. En el mejor de los casos sería una quema de rastrojos; en el peor, un incendio provocado. La cálida luminaria espesa de humo incendiaba el cielo y nuestra angustia. Si atrapaban a un jornalero en las inmediaciones del lugar terminaba en el cuartelillo, lo culpabilizaban y, como poco, se llevaba una paliza.

Para Miguelillo Ajorcajambre seguir el camino a Tarifa para continuar luego hacia Algeciras era lo más cómodo, pero también lo más arriesgado. Los guardias acechaban aquella ruta por donde familias de segadores deambulaban desesperadas buscando comida. El bandolero no dudó en apartarse de aquella vía principal. Se encaminó por donde sale el sol, tierras serranas y apretados senderos donde sobrevolaba el buitre y cazaban el águila imperial y el lobo. Tierras de rocas grises y montaraces, carcomidas por surcos y relamidas por frondas verdes de encinares, algarrobos y quejigos. Llegaron a las Caheruelas. Buscaron una covacha para pasar la noche, si hacían una hoguera no habría problemas de ser avistados

en la lejanía. No había mejor chivato para los civiles que una columna de humo en el monte, se divisaba a leguas de distancia. Comieron la carne que habían cazado, conejos y la joven cabra montesa que había atrapado el Viejo.

Al amanecer continuaron por trochas y vericuetos, siempre hacia el este, hasta llegar a la zona más llana de El Cobre, al norte de Algeciras. En esta tierra, familias enteras vivían del contrabando de tabaco. Se valían de barcazas ligeras que surcaban la bahía aprovechando el oscuro en luna nueva o menguante. Oscuridad punteada de estrellas que conocían bien hasta arribar a Gibraltar.

Miguelillo Ajorcajambre, con la pelambrea de oso que le cubría el pecho y los hombros, desfogaba su hombría con la muchacha en una covacha a la luz de la hoguera. Ella cabalgaba sobre él con jadeos, arropada por la larga melena de pelo ondulado y negro, con el resplandor rojizo de las llamas sobre su cuerpo, sin más prenda que la falda y con los pechos desnudos como una amazona, a la vista del resto de la cuadrilla que no le quitaba ojo. La Rosa se había dado cuenta de las miradas como arpones del Lagartijo, pero no se sentía molesta. Él la contemplaba con fascinación, como a una llama de fuego ondulante, hermosa y peligrosa.

El Lagartijo era incapaz de hablarle de corrido. La desnudaba con los ojos; sin embargo, era negado para expresarle dos palabras seguidas sin balbucear. Siempre le ocurría lo mismo con las mujeres a las que amaba en secreto. Ante ellas parecía un tronco azorado, torpe; por ello y su vida azarosa no había tenido ninguna novia. Pensaba que ninguna mujer podía fijarse en él, tan canijo que más parecía su sombra. Para más inri querer a la mujer que iba con el jefe era muy peligroso; si este se percataba, su vida podría ser un infierno. En sus sentimientos acumulaba envidia y celos. Él lo daría todo por una mujer como la Rosa, alegre, bella, con ganas de vivir y con unos pechos redondos y prietos como granadas. Le daría todo lo que le pidiera y más, pero su boca se quedaba como atenazada. La muy tuna lo miraba divertida y provocativa sobre el cuerpo bestial de Miguelillo Ajorcajambre.

En silencio caminábamos entre pastos humeantes, nuestras caras expectantes reflejaban miedo. Si oíamos voces acelerábamos el paso para alejarnos. Por fin, con el pulso todavía acelerado y un alivio infinito al traspasar la humareda, dejamos aquel paisaje infernal con las últimas luces del día agotadas. Habíamos logrado cruzar la tierra quemada sin que nadie nos molestara. En la noche el firmamento despejado nos iluminaba.

Al tumbarnos sobre nuestra manta, María Frasca me acarició y pude ver en su rostro reflejada la zozobra que le embargaba.

—¿Qué somos nosotros en este universo sin fin? —me preguntaba—, ¿qué farsa representamos?, ¿qué ocurre si morimos?

Excesivas interrogantes que a mí también me asaltaban. La imagen descompuesta de tantos seres humanos derrotados permanecía impresa en nosotros. El silencio fue mi respuesta, no supe qué contestar. Sentía ya el ardor de la boca de Frasca, la calidez curva de su cuerpo apretado junto al mío... y pensé que lo mejor ahora era amar sin elucubrar, amar con fuerza, amar y amar hasta caer exhausto. Amar, amar, amar, sin pensar en otra cosa. La vida es tan complicada, que el amor es siempre una buena apuesta.

Unas horas después me despertó sobrecogida: bolas de fuego surcaban el cielo. Una lluvia de estrellas, como nunca habíamos visto hasta entonces, nos estremeció. El firmamento, violáceo oscuro punteado de lucecillas difusas, estaba alterado por una lucha de titanes: carros de fuego, lluvia de meteoritos, pequeñas explosiones cósmicas, estrellas fugaces... surcaban nuestras cabezas. Signos de los dioses antiguos que mostraban su poder o tal vez negros presagios.

—¡El cielo se nos cae encima! ¡Dios mío, vamos a morir! —resonó con fuerza, pese a la lejanía, el grito angustiado de una mujer.

Tantas preguntas sin respuestas se agolparon de nuevo en nuestras mentes: ¿Qué somos nosotros? ¿Qué valor tienen

nuestras vidas, nuestras miserias y anhelos? ¡Malditas sean todas las miserias! ¿Por qué tenemos que sufrir tanto? Sobrevivir era la única preocupación y la respuesta del campesino a todas las preguntas existenciales.

El precio del pan no dejaba de subir y la hambruna se extendía sin remedio. Las desgracias no caminaban solas. Al día siguiente, cuando el crepúsculo del atardecer mostraba sus tonos rojizos, nos sobresaltó el trote de un caballo envuelto en una polvareda. Un jinete joven, al galope, arrastraba una oveja muerta hinchada, atada con una soga de esparto por los pies hasta la montura. Aquello nos impresionó, era un signo de mal agüero, la noche nos traería la respuesta: el hambre y el cólera, hermanados, se daban su abrazo mortal. Algunos fallecidos yacían orillados en las cunetas.

Miguelillo Ajorcajambre no se detuvo para negociar en tierras algecireñas, tenía otros planes, por lo que prefirió continuar por sendas poco transitadas hasta llegar a Los Barrios, para no toparse con la bahía ni los guardias civiles. Continuó después hasta San Roque, donde el Vivillo tenía contactos de confianza para el negocio que tenían previsto antes de llegar a Gibraltar.

En Los Barrios, la Rosa compró algunas provisiones de pan y vino. El pueblo se había ido formando con las familias que habían huido del Peñón cuando se hizo inglés. Construyeron los caseríos en la finca de un canónigo de la catedral de Cádiz. En el cortijo de la Polana, a una legua y media de Los Barrios, criaban caballos andaluces de pura raza que luego vendían a los ingleses en Gibraltar. Fue el Vivillo, buen entendedor de estos animales de porte elegante, quien alentó el posible negocio. El grupo galopó, con las armas dispuestas en dirección a la hacienda, mientras la Rosa, resguardada en un aprisco entre alcornoques, esperaba el regreso de la partida. Ajorcajambre consideró más conveniente no involucrarla y reservarla para los planes futuros; además, la joven podía delatar e identificar mejor al grupo cabalgando con ellos.

El Vivillo sería el encargado de elegir los mejores caballos y, sin duda, de ello sabía. Équidos de bello porte que luego venderían en Gibraltar a precios mucho más baratos que los criadores. Miguelillo Ajorcajambre admiraba el arrojo del muchacho y reconocía que el truhán era aún más listo que él para el engaño.

ASALTO BANDOLERO A LA HACIENDA

El Vivillo estaba contento con su suerte, sabía que pronto se marcharía a su pueblo, Estepa. Allí estaba protegido, formaría su propia pandilla de truhanes y podía hacer negocios a su manera. Dada su juventud, era importante para él no llegar a su villa como un pobretón. Ambición de prosperar y tener experiencia en estos asuntos eran bazas más que suficientes para que su autoridad fuese aceptada. Además, se arrimaría a buenos maestros en su oficio, como el señor Manuel, también conocido como el Vizcaya. Este le había enseñado una regla de oro para trabajar con fortuna en su tierra: «En casa no se roba, pero compartimos el negocio». Así que en la comarca de Estepa ni se hurtaba ni timaba. Muchos concejales, guardias municipales y ricachones protegían a los bandoleros, que eran conocidos como caballistas, y participaban en los beneficios de los cuatros y del contrabando. Hasta en los pueblos aledaños, como la corporación de Aguadulce o el alcalde de Marinaleda, estaban implicados en los trapicheos del contrabando. Toda una red de beneficiados y cómplices que se repartían las ganancias, pero al mismo tiempo daba seguridad a los que vivían fuera de la ley². Solo la Guardia Civil podía ser una mosca cojonera, ¿y dónde no lo era?, pensaba el Vivillo. La única clave era ser más listo que ellos y que nunca le pillaran con la mercancía robada.

El cortijo estaba ya a la vista, un caserío blanco rodeado de paredes almenadas. Para el éxito del negocio, el factor sorpresa era importante, se decía el muchacho. A su favor contaban con

Ajorcajambre, de temible puntería y extraordinario arrojo, pero con el que también corrían peligros innecesarios por ser imprevisible. El jefe confiaba en su suerte y valentía, que gustaba demostrar ante sus hombres. Las dudas pronto se despejarían, la puerta de acceso a la hacienda estaba abierta y un jinete con escopeta acababa de cruzarla. La operación entrañaba evidentes riesgos, había guardianes armados.

El cielo, nítido, azul radiante y sin una mancha de nubes. El sol lucía espléndido, el día prometía ser tórrido. Los bandoleros cabalgaban a menos de un tiro de piedra de la hacienda, los rayos del astro rey reverberaban sobre las almenas blancas de cal que rodeaban el recinto. Un guarda armado subido a caballo les dio el alto con la mano desde el portalón semiabierto. Miguelillo Ajorcajambre, con el pistolón preparado y oculto, le disparó en un santiamén y lo abatió, sin darle tiempo a cerrar la gran puerta de madera, ni despuntar las frases usuales: «A la paz de Dios, ¿qué queréis? ¡Aquí no pueden entrar forasteros!».

Un olor acre a pólvora quemada impregnaba el rostro sombrío del jefe. Rodeado de los suyos con las armas ya en la mano, cogió de la silla de montar el fusil Berdan. Alarmados, tras oír el estruendoso e inesperado tiro, acudieron algunos hombres desarmados con los rostros desencajados. Todos habían abandonado sus obligaciones y permanecían inmóviles. Julián era el casero; Juanillo el sobajano había dejado en la despensa una tinaja llena de aceitunas de año y dos pancetas curadas recién traídas del pueblo; y por último Miguel, el aperador, se encontraba afilando las hoces en un cuartillo cercano. A todos los encañonaba el jefe de los bandidos para que no cerraran la puerta.

Otro caballista, guardián de la hacienda, vestido con chaquetilla corta y sombrero de ala ancha, se dirigió hacia ellos al galope. Los apuntaba con una escopeta de doble cañón, portaba un revólver, en la faja roja. Lanzó dos perdigonadas que escupieron el suelo a los pies de los bandoleros, todos corrieron a cubierto detrás del muro menos Miguelillo Ajorcajambre, que fue el único que permaneció

inmóvil en un lateral, como estatua, ni movió su fusil mientras el jinete estaba cada vez más próximo y no cesaba de disparar. La pistola vomitaba fuego. Había barrido la entrada a plomazos para mantener alejados a los intrusos. Los dos últimos disparos rondaron la cabeza de Ajorcajambre. Había pasado más desapercibido por su extraña inmovilidad, como una efigie de piedra. Solo una bala le rozó la sien, de la que brotaba un hilillo de sangre.

Miguelillo Ajorcajambre, con la confianza de que aún no había llegado su hora y que hiciese lo que hiciese su destino estaba marcado, ni se inmutó. En esos instantes desafiaba a la muerte. No quería tener miedo, tampoco correría. Al sentirse vivo e ileso, soltó una carcajada que brotó desde la hondura de su ser y espantó a los que allí estaban. Una súbita embriaguez le embargó: había desafiado y vencido a la revieja.

—Hermano, tendrás que esperar, aún no ha llegado mi hora —escupió entre dientes. Ahora sí, apuntó al escopetero mientras este no acertaba a cargar su colt de cinco balas.

El guardián pensó que su final había llegado. Alarmado por la sangre fría del bandido y a la vista cercana del charco viscoso de sangre que su compañero muerto había dejado, sintió pánico. Una descomposición interna lo enmudeció. Unos minutos tensos transcurrieron, la vida no valía nada y todos esperaban el disparo de Miguelillo Ajorcajambre que apuntaba con su fusil al jinete. La frialdad agudizaba las marcadas aristas del rostro del bandolero, que no mostraba compasión. Un silencio espeso podría ser cortado a navaja, hasta que preguntó con voz cavernosa:

—¿Quieres seguir vivo?

El aludido, con las palabras atragantadas en la garganta, solo pudo afirmar con la cabeza.

—¡Hoy me siento como Dios! Tira las armas y descabalgá. Ya has tenido tu oportunidad. ¿Alguien más quiere morir? ¿No hay voluntarios? Bien..., pero si alguno de vosotros me disgusta o habla demasiado, lo mato ahora mismo o vuelvo a por él —sentenció el jefe con su potente vozarrón.

—El señorito, ¿dónde está? —preguntó el Vivillo, presuroso de no perder tiempo.

—Don Andrés se marchó ayer a Algeciras —respondió con un tembleque nervioso el casero.

—Tranquilo, hombre, que no te va a pasar nada —le quiso serenar el Lagartijo.

En las cuadras había una veintena de caballos. Joaquín Camargo el Vivillo era buen conocedor del género. Fue fijándose con detenimiento en cada ejemplar. Tres yeguas alazanas y una baya, más dos sementales con muy buena planta, uno alazán y el otro rubicán, adquirido por el señorito hacía un año, según le aclaró uno de los mozos que allí trabajaban. Este último destacaba por su bello pelaje rojo y blanco. El Vivillo eligió lo más selecto que había en el cortijo; sin embargo, dejó atrás dos yeguas de calidad y un semental para que don Andrés continuara con la actividad equina y así abastecerlos en negocios futuros. Había que ser previsor y no arruinar a los clientes, pensaba el muchacho. Además, el señorito criaba ganado retinto en la misma finca y disponía de las ganancias del corcho de los numerosos alcornoques de su propiedad.

La viveza del gañán en beneficio propio había sido reconocida unos años atrás por su maestro de escuela en Estepa, en los pocos meses que cogió un pizarrín. Para sobrevivir entre diecisiete hermanos de una familia mísera tuvo que desarrollar su ingenio. Más vivo que el hambre, se trajinaba a algunos vecinos acomodados para ganarse unas perrillas a cambio de algunos menesteres, como llenar los cántaros y búcaros de sus casas con agua del manantial más fresco y de mejor sabor del contorno, afilar los cuchillos de la casa... Otros mozalbetes, que se disputaban congraciarse con Joaquín y a los que manejaba a su antojo con pequeños favores, le ayudaban en las faenas. El espabilado les prestaba en ocasiones, como pago, su peonza de recia madera de olivo y demostrada punta carnicera de hierro endurecido, la cual había roto ya la mayoría de los trompos más bailones del pueblo. Al descubrir el maestro el trapicheo que el jovencito llevaba, dejó de

llamarle Joaquín y comenzó a nombrarlo con el apodo de Vivillo. Pronto dejó de aparecer el truhan sabihondo por la escuela para atender a sus enredos y cuidar los caballos robados de uno de los cuatrereros del pueblo.

Los bandoleros huyeron del cortijo con los caballos a galope y recogieron en un aprisco a la Rosa. Cabalgaron por sendas alejadas de los caminos principales hacia San Roque. Después tomaron un desvío hasta la finca Las Parihuelas, propiedad de don José López, un hacendado estepeño que había comprado varias fanegas de tierra y un buen cortijo como lugar de refugio y abastecimiento para el negocio del contrabando.

A la mañana siguiente, al alba, salían dos carretas y dos peones que conducían los caballos robados, cruzaron La Línea y después la verja de Gibraltar. Uno de los carros lo conducía el Viejo y el otro el Lagartijo, acompañado de la Rosa que decidió ir con él. Miguelillo no se había opuesto, solo lanzó un gruñido como respuesta cuando la Rosa se lo anunció.

Los carruajes iban bien cargados con frutas y verduras. Los jinetes ofrecieron, como de costumbre, un regalo en monedas de plata de parte de don José para los guardias de la aduana.

El Lagartijo no se lo podía creer, la Rosa había decidido acompañarle y sentarse a su lado. Divertida con la timidez del apocado bandolero, intentaba sonsacarle y encandilarle mientras se ajustaba las cintas del corpiño rojo que llevaba, resaltando aún más su talle y sus pechos.

—¿Por qué me miras tan seguido? —le preguntó la joven, sin más preámbulos.

—¿Yo?

—Sí, tú, ¿o te crees que soy tonta?

—No, yo no me he dado cuenta —trataba de disimular el Lagartijo que sentía el rubor quemándole el rostro. Además, cuando no la miraba no podía despejar la imagen de la muchacha de su mente. Era como una obsesión que le atormentaba.

—No pretendas hacerte el tonto. Que sí, que me desvistes con la mirada —insistía la Rosa con una sonrisa pícara ante el apuro del joven.

—¿Te gusto?

—... Sí —tardó en admitir el Lagartijo, más con un gesto de cabeza que con la voz, perdida entre los vericuetos de la garganta, la timidez y el sonrojo. Por primera vez en toda la conversación la miró avergonzado a los ojos. Ella apreció la ternura, mucha ternura mezclada con cortedad, y quedó sorprendida.

La carreta dio un salto por un desnivel en el terreno más rocoso y él la agarró por los hombros para sujetarla en el balanceo. Retuvo unos instantes su mano sobre el hombro desnudo de la chica, casi sin darse cuenta, después la retiró con brusquedad como si le quemara y no supiera qué hacer con ella, mientras con la mano izquierda sujetaba el tiro. Ella le cogió su mano temblorosa y la dispuso sobre su pecho.

—¿Y tú qué harías por mí?... ¿dì? —le preguntó seductora y con una sonrisa.

—Yo... yo... daría mi vida —respondió azorado, mientras retiraba su mano, vergonzoso, después de sentir la suavidad turbadora del seno de la muchacha.

—¿De verdad? —esperó que el Lagartijo afirmara con la cabeza, ahora ya más sorprendida que divertida—. ¿Tú darías la vida por mí? —insistía la joven—. ¿Te enfrentarías con Miguelillo?

—Si tú me quisieras, sí.

—¿Y si estuviera contigo y te engañara con otro hombre?

—No me gustaría.

—¿Me pegarías alguna vez cuando hiciera algo que no te gustara?

—A mí no me gusta pegar y menos a la que sea madre de mis hijos. Cuando me case quiero abandonar esta vida en el monte, no es buena para una mujer. Estoy aprendiendo a leer y no quiero ser un zoquete ni lamentarme por mi familia como el Viejo.

El Lagartijo nunca había hablado tan de corrido y sin balbucear a una joven hermosa. A la Rosa le gustó la dulzura que reflejaban sus ojos de color ámbar y se sintió emocionada. A ella ningún hombre la había querido de verdad, salvo su padre, y a leguas se veía que el muchacho no sabía disimular y hablaba con el corazón. El Miserio la había recogido como un favor. Con Miguelillo estaba protegida y, pese al ardor en sus lances amorosos, era rudo, con ojos fríos y mostraba escasos sentimientos. El Lagartijo tenía ternura, parecía amarla con el corazón. Era tan ingenuo y escondía tanta pasión reprimida, que solo con mostrarle su escote adquiría su rostro un color granate. La Rosa, con un impulso cariñoso, besó en los labios al turbado contrabandista. El Lagartijo tuvo un sobresalto inicial de estupor. Tan solo unos segundos tardó en aferrarse a ella con torpeza.

² Datos extraídos de la investigación sobre el Vivillo y los caballistas en la comarca de Estepa.

JINETES DEL APOCALIPSIS CABALGABAN DE NUEVO

No nos equivocamos, aquella oveja muerta fue un mal augurio. Por la mañana terrosa transportaban los cuerpos en un carro para hacerlos desaparecer con cal viva, antes de que sirvieran de carnaza a los buitres y los lobos e infectaran el aire con sus miasmas putrefactas.

Atrapados por aquella desolación infernal, nos quedamos para atender a los enfermos, darles el escaso alimento que pudiéramos o sepultarlos. ¡Qué impotencia ante tanta calamidad! Frasca no quería permanecer allí y llevar la ruina de la enfermedad a nuestros hijos. Con diarreas y vómitos, la vida debilitada de los jornaleros infortunados se escurría. El escenario no podía ser más doloroso, veíamos cómo, una vez infectados, con los grifos del cuerpo sin contención, morían deshidratados. Sin fuerzas buscaban una sombra y de allí no se levantaban más. Nuestra buena voluntad poco podía hacer frente a la enfermedad y la miseria. Jinetes del Apocalipsis cabalgaban de nuevo; el Hambre, la hambruna montaba sobre un caballo negro; la Muerte, la pestilencia con guadaña, sobre otro, pálido, cadavérico.

A los pobres campesinos sanos les hablé con el corazón compungido:

—No debemos permitir más este abismo de miseria y enfermedad. Hay que organizarse y luchar para morir al menos con

dignidad. También por nuestros hijos, para que no queden atrapados en este infierno.

Muchos me escucharon y querían afiliarse a la Federación de Trabajadores de la Región Española, a la que pertenecíamos el Petenera y yo.

Reanudamos la vuelta a nuestros hogares con un sabor a derrota. Lo único que pude hacer fue amparar a dos mozalbetes sin parientes, cuyos padres habían fallecido. Huérfanos que nos acompañaron hasta que tomaran su propio rumbo en la vida. La alternativa ante tanta desdicha era clara, los campesinos teníamos que organizarnos, resistir y luchar.

Miguelillo Ajorcajambre y el Vivillo cruzaron solos hacia Gibraltar. Seguían los consejos del socio estepeño, sin asumir riesgos que los pudieran comprometer para realizar luego los intercambios con los contactos que ya tenían. Gibraltar era un puerto franco; además, a los ingleses les gustaban los buenos caballos andaluces, la pura raza española, y las autoridades miraban para otro lado, sin interferir en los negocios peculiares de los habitantes del Peñón. Los bandoleros pudieron realizar las operaciones previstas. Con parte de las ganancias obtenidas compraron el género para el contrabando, sin altercados, poderoso caballero es don dinero.

Las carretas regresaban horas después cargadas de café, tabaco, telas de algodón, de lana y lino. La mercancía ocupaba el espacio que habían dejado los alimentos frescos, vendidos en el mercado, y sin requisas gracia al soborno fácil de los guardias, acostumbrados a un sueldo extra. Para bandoleros, contrabandistas y muchos llanitos, la colonia de Gibraltar era un gran negocio.

El Vivillo se encargaría de la distribución de la mercancía, contaba con los contactos que tenía en Estepa y la comarca. Contrató a unos peones estepeños, asentados en la finca para

conducir las carretas. La seguridad no tenía precio, le decía a Miguelillo Ajorcajambre. Con un abrazo se despidió de cada uno hasta el próximo negocio. Cabalgó solo hacia su pueblo natal, sin perder de vista al convoy al que seguía de lejos. Le había pagado a Miguelillo por los productos de contrabando menos de la quinta parte de su precio real. «Los riesgos los corro yo, y cubro también otros gastos. Vosotros con las carretas seríais una presa regalada para los civiles», argumentaba el muy astuto que se daba trazas para engañar a Miguelillo. Este, pese a todo, sentía aprecio por la listeza del muchacho. El resto de la cuadrilla, además de los reales que había decidido darles el jefe, llevaba en sus monturas algunos productos que habían elegido, entre ellos café y tabaco para el consumo propio; además, la Rosa había escogido una muselina de color púrpura que le había gustado.

El Petenera, exaltado con la hambruna y la epidemia de cólera, gritaba encolerizado que no podíamos conformarnos con ser como borregos que llevan al matadero. Bartolo y su hermano Manuelillo, el Miserio y Casimiro, aunque no tenían unas ideas políticas claras, se hicieron también de la Federación de Trabajadores. Su planteamiento sencillo calaba con fuerza entre los jornaleros: los pobres debían ampararse entre sí y ayudarse cuando caían enfermos, cuando nada tenían para llevarse a la boca, para evitar los abusos de los patronos... Ello les suponía pagar tres reales al mes para ayudar y resistir, hoy por ti y mañana por mí. La Federación creció en aquellos meses como las setas en el bosque tras las buenas lluvias del otoño.

En nuestra tierra andaluza, tan rica, dominaba la pobreza, la injusticia. Los jornaleros éramos los parias; el hambre, nuestra compañera, y las calamidades se cebaban con nosotros. La situación no era nueva, pero las subastas de las tierras comunales la habían empeorado. Las familias pobres ya no podían tener ni siquiera una cabra para la leche de sus hijos, ni un cerdo para el

duro invierno. Los bienes comunales de los municipios, antes de todos, habían pasado a los ricos del pueblo. A la sequía, al granizo... siguieron la hambruna, las epidemias y la muerte.

Los señoritos nos miraban con recelo, como una terrible amenaza. Un ambiente desolador de miseria y de rabia rodeaba al campesino, salpicado de hurtos e incendios por doquier. Pero de todos, los peores considerados por los ricos éramos los anarquistas, también nos llamaban socialistas, porque así nos calificábamos nosotros, como socialistas libertarios seguidores de Bakunin y opuestos a los socialistas autoritarios de Marx. Nos acusaban de ser los hostigadores de lo que ellos llamaban la canalla, el pueblo mísero, y responsables de todos los desmanes y asesinatos comunes que se producían. Nuestra conducta les resultaba muy peligrosa y subversiva: nos negábamos a seguir siendo analfabetos, queríamos dignidad y respeto, teníamos ideas, creábamos escuelas para aprender, nos organizábamos y deseábamos repartir las tierras comunales y de los nobles más poderosos entre los pobres. Los terratenientes se sintieron aún más inseguros y amenazados. Poco sabíamos de las terribles consecuencias que iban a derivarse del latigazo represor que nos golpearía en los próximos meses. Saltaron todas las alarmas en la oligarquía que disfrutaba de las riquezas y gobernaba en los dos grandes partidos que se repartían el poder. Reaccionaron para aplastarnos sin consideración, como si fuéramos sanguijuelas que queríamos chupar su sangre.

El Camino Inglés desde Gibraltar hasta Ronda era muy transitado por arrieros con reatas de burros y mulos, carreteros con carros renqueantes por los duros caminos, militares, contrabandistas y viajeros ingleses deseosos de adentrarse en la Andalucía exótica. A partir de Gaucín, a mitad del recorrido, alcanzaron ya con alivio las sierras. La ruta continuaba entre el valle del Genal y del Guadiaro con dirección a Ronda. Antes de llegar a la ciudad del Tajo, un carretero avisó a Miguelillo Ajorcajambre de que a una legua había

una patrulla de guardias civiles que detenían a los contrabandistas y registraban las mercancías. Como el deseo de Ajorcajambre era llegar a Arcos, tomaron un desvío a la izquierda para pasar por el pueblo de Cortes y, así, evitar también a los civiles. Miguelillo estaba satisfecho: tenía dinero y podía conseguir mucho más con el secuestro de don Rosendo; lamentaba, no obstante, la ausencia del Vivillo, que se había convertido en su mano derecha. El grupo con la Rosa tenía más pinta de Cómicos de la Legua que de una pandilla de bandidos. Al menos, levantarían menos sospechas.

La maldición del Viejo rebotó entre las peñas blanquecinas, cuando después de pasar el pueblo de Cortes, divisaron a lo lejos a una pareja de guardias que regresaba a la población. «Lo mejor es no tener problemas», comentó el Lagartijo. Desmontaron para huir por un canchal de pedruscos llevando consigo los caballos.

—¡Me cago en mi sombra y en los picoletos que la persiguen! Pululan ya más que los mosquitos en verano —insistió en sus lamentaciones el Viejo.

El Lagartijo, buen conocedor de la zona, al estar en el entorno de Villaluenga, Ubrique y Benaocaz, cercano a su pueblo de Bornos, era el que dirigía los pasos de la escapada. Al mismo tiempo mostraba consideración hacia la Rosa, a la que ayudaba dándole la mano cada vez que había una dificultad. Ella se lo agradecía con una risita. Miguelillo Ajorcajambre advertía molesto las atenciones del Lagartijo y la sonrisa de la muchacha.

—En esta zona conozco buenos escondites. Estoy seguro de que no darán con nosotros —comentó el Lagartijo, contento, por la estima que parecía encontrar en la muchacha. Al sentirse valorado por ella, emergía en él una fuerza interna que aupaba su ser y le daba más agilidad. La Rosa era lo que más le importaba y no quería perderla ni un instante de su vista.

—¿Acaso te crees tú el jefe? —gruñó molesto Miguelillo, sin apartar la mirada desafiante hacia el Lagartijo—. Ajorcajambre no huye como una rata de una pareja de civiles. El que quiera continuar que continúe, pero yo no me muevo de aquí.

El Lagartijo enmudeció, tal vez había sido demasiado imprudente con su trato a la Rosa. El jefe podía estar molesto e incluso sospechar de él y, en tal caso, su vida y la de ella estarían en peligro. Agachó la cabeza en señal de sumisión. No por él, temía más por la Rosa. Todos esperaron en un alto entre rocas donde Miguelillo Ajorcajambre se había detenido, seguro de lo que iba a ocurrir. A lo lejos seguían los civiles, quienes al ver que evitaban su encuentro, los perseguían. Uno iba a pie y otro, más atrás, continuaba en la montura con dificultad entre las hirientes rocas.

—Barrunto que son contrabandistas. Ha sido vernos y dar la espantada —refirió el guardia civil que avanzaba con pasos apresurados.

—Alfredo, déjalo ya. Hemos cumplido con nuestro servicio. Volvamos antes de que mi caballo se desgracie una pata.

—Parece que se han detenido, voy a atajar un poco y les doy el alto. No podemos dejar que escapen.

Miguelillo Ajorcajambre le pidió a Juan el Viejo que le diera su carabina, un arma más antigua y de menor alcance que su fusil.

—Viejo, a esta distancia, ¿cuánto desvía el tiro?

—Unas tres cuartas a la derecha.

Ajorcajambre se quedó absorto, concentrado en hacer puntería con la desgastada escopeta. Un estampido seco resonó entre las montañas y tiró de espalda al guardia civil que iba caminando. «Hermano, ahí tienes a otro para hacerte compañía en los putos infiernos», susurró de forma ininteligible entre los dientes. Después se encaró con el Viejo.

—Chocheas, solo son dos cuartas a la derecha. He apuntado para agujerear el pecho y le he dado en el corazón.

El compañero del guardia civil muerto intentó alejarse con su caballo para escapar. Miguelillo Ajorcajambre apuntó de nuevo, sin prisas, ahora con su fusil Berdan. Los ojillos fríos como el acero y aguzados en la dirección del que trataba de huir, el rostro sombrío. El guardia parecía escapar al alejarse con rapidez. Miró hacia atrás contento de la larga distancia que conseguía, difícil ya de alcanzar

por un arma de fuego. El tiempo transcurría para dar una oportunidad más al que huía, a solo unos metros podría cabalgar sin miedos. Ajorcajambre volvió a apuntar después de aplastar con su mano un tábano pegado a su cuello. El tricornio terminaba de cruzar el lapiaz, satisfecho iba a azuzar a su caballo cuando resonó un nuevo disparo que lo descabalgó sin vida.

—¡Ahora a por el cabrón de don Rosendo!, sin moscones que nos persigan. Tenemos unas cuentas que ajustar —vociferó Miguelillo Ajorcajambre entre las peñas lamidas.

El graznido de unos cuervos que remontaban su vuelo acompañó las palabras del bandolero. La tarde aún cálida del veranillo del membrillo abría sus puertas al otoño que se avecinaba con una suave brisa que barruntaba las lluvias cercanas y el comienzo de la berrea de los ciervos. Se oía a lo lejos el tañido de las campanas, tocaban a muerte. La epidemia de cólera se había sumado a la feroz hambruna tras la pésima cosecha. Bandadas de buitres ahíto sobrevolaban y describían círculos mortales en los cielos.

II

LOS CRÍMENES DE LA MANO NEGRA

EL CRIMEN DEL VENTORRILLO DE NÚÑEZ

¿Desde cuándo cabalgaban como dueños y señores los jinetes oscuros del hambre, epidemias, bandidajes y crímenes por la feraz campiña y serranía jerezana?

La mala cosecha del verano de 1882 supuso el cenit de un ciclo de sequía. Hambrunas y epidemias arrastraron consigo una oleada de incendios, robos y asesinatos que ennegrecieron y enrojecieron la comarca y suscitaron todas las alarmas. Uno de los primeros crímenes más notorios, atribuido a la terrible sociedad secreta anarquista y criminal de la Mano Negra, sucedió en el ventorrillo de Núñez, en el camino de Jerez a Trebujena. Aunque al principio todo parecía indicar que había sido un delito común: una reyerta sangüinaria o un crimen pasional.

Avanzado el mes de febrero de 1883, una noticia recorrió todos los mentideros de la ciudad de Jerez y de ella se hizo eco la prensa: la Guardia Civil había detenido en Arcos al que consideraban el jefe de la Mano Negra. El acusado era un maestro de escuela que había salido de la cárcel unas semanas antes, aún con causa pendiente por internacionalista. Nuevas pruebas encontradas relacionaron a Juan Ruiz, el maestro cortijero, como secretario del llamado Tribunal Popular, el cual dictaba crueles sentencias de muerte y otros desmanes contra las fincas de los terratenientes. Facinerosos de la organización de trabajadores ejecutaban los asesinatos y atropellos vandálicos ordenados por el tribunal revolucionario en el entorno de San José del Valle, la pedanía rural de Jerez, muy cercana al cortijo de Alcornocales donde daba sus clases.

En la fría mañana del 4 de diciembre de 1882, cuando el sargento Germán descubrió los cuerpos de los venteros, todavía no corría de boca en boca las ferocidades atribuidas a la Mano Negra.

Germán contempló los cadáveres. Permaneció absorto e impresionado en aquel caos que rezumaba el interior del chozo, en penumbra, entre cachivaches rotos, olor espeso a vino derramado, aguardiente, caldo de aceitunas, orines y muerte.

A la vista, las huellas bien visibles que había dejado a su paso por el mostrador el gato negro, que escapó con un maullido como un demonio. Sobresalto que provocó la caída de la orza de aceitunas que se desparramaron en aquel desconcierto macabro. El ventero, sentado en un charco de sangre con los ojos desorbitados; detrás del mostrador, su mujer, descompuesta como un acordeón roto. Los dos cosidos a puñaladas. La ventera, abatida con una saña increíble, yacía junto a un enigmático y tosco corazón dibujado con sangre en el tonel. ¿Cómo pudo hacerlo, cuando la vida se le escapaba a borbotones por todo el cuerpo? Al salir del chozo tuvo que respirar aire limpio para serenarse un poco. Con el estómago revuelto dio una arcada sin llegar a vomitar. A unos pasos estaba el cuerpo de un campesino desencajado por un trabucazo. En la mente del sargento bullía la misma interrogante angustiosa: «Dios mío, ¿dónde está la criaturita?, el hijo de los venteros». Su inspección aún no había terminado, temía encontrarse lo peor.

Quedaba una pequeña dependencia junto al chozo, era una casilla pequeña de único cuerpo que utilizarían los dueños como dormitorio. Con el alma en vilo abrió de un fuerte empujón la puertecilla de madera. Estaba encajada y chirrió de forma estridente. Un jergón revuelto ocupaba todo el suelo y parte de las paredes. Allí estaba el crío. Asustado por la violencia de la entrada del guardia, dio un respingo y rompió a llorar. Un desconcierto inesperado sacudió también al sargento al abalanzarse sobre él, a dentelladas y zarpazos, un mozalbete oculto detrás de la puerta. El muchacho le propinó un bocado en el brazo y le arañó el dorso de la mano. Al joven histérico le recorría un temblequeo nervioso, como si

tuviese el baile de san Vito. Al principio, no había calibrado bien la naturaleza del ataque. Después, como militar experimentado, recompuso su postura y le dio un bofetón al atacante, que estaba fuera de sí. Le sujetó las manos y la cabeza para evitar males mayores y trató de tranquilizarlo con palabras amables. Una vez que el infeliz, confuso y sumergido en el pánico, se supo libre, intentó escapar. Germán lo abordó después cuando estuvo ya más tranquilo, no atinaba a decir palabras. El sargento reconoció al gañán sin luces que ayudaba en el acarreo del agua a los venteros.

El hijo de los venteros había llorado a moco tendido durante el forcejeo. Ahora se mostraba más expresivo. Germán lo calmó con las mojigangas exageradas que hacía con su cara hasta cortarle el berrinche. Aprovechó para preguntarle la edad, y el niño le enseñó una manita con un dedo bajado. Germán intentó sonsacarle con suavidad lo que había ocurrido. De su entrecortado y confuso relato, dedujo que su madre aquella noche les había dicho a él y a Pepín Almorín, el muchachillo trastornado, que no salieran del camastro por nada del mundo. Él le había prometido antes de besarla que sería un niño bueno. Más tarde, escucharon voces y un estampido como un trueno. Más gritos que daban susto y después el silencio, mucho silencio. Sintieron mucho miedo, porque su mamá no volvía. Él quería irse con su madre, pero le había prometido que no saldrían y allí permanecieron acurrucados.

—¿Dónde está mi mamá? —preguntó—. El campo es muy grande, negro de noche y yo pequeño. Susto, susto..., yo pequeño, niño bueno, susto... y Pepín lloraba.

Igual que los buitres al olor de la muerte llegó otra pareja de civiles, alertada de lo sucedido por un campesino. Germán ordenó al guardia primero Eugenio, al mando de los recién llegados, que indagase por las viñas y caseríos cercanos. Una pelea y borrachera por la noche siempre dejaba algún rastro sonoro o de sangre fácil de seguir.

El sargento llevó a los niños al cuidado de la casera de un cortijo próximo. Ya habría tiempo de volver con ellos e intentar sacar más trigo limpio, pensaba. El pequeño solo quería ver a su madre y Pepín Almorín continuaba con ojos de espanto, sin poder articular palabra.

Una semana antes había estado Germán en aquel mísero lugar. Aprovechó la ocasión de estar solo con Juan Núñez, el ventero, para tratar de que colaborase con la autoridad. Una venta es siempre un buen lugar de escucha y donde la lengua se aligera con el vino. Prometió darle buenos reales si sus oídos trabajaban para él. Hasta dos duros de plata podía llegar a darle, si con su ayuda le adelantaba algún atropello de bandidos o subversivos que tantos había por la zona. El buen hombre, azorado, le contestó que él no era un soplón y su ventorrillo era un lugar honrado.

—Por supuesto, Juan, pero siempre uno, sin querer, se puede enterar de muchas cosas. Es mejor colaborar que fastidiar a la ley, y tienes bocas que alimentar. Piénsalo..., ya nos veremos dentro de unos días y tú me dirás. Debo continuar con mi ronda de servicio, ¿cuánto te debo?

—Nada, señor, no me debe *ná*.

Bien sabía Germán que lo que tomara corría por cuenta de la casa, como era costumbre en las ventas y con los que querían quedar bien con la autoridad, más siendo él sargento de la Guardia Civil. Miró al crío pequeño, lleno de miseria y churretones, jugando por el suelo y a otro mozalbete, con aire simple, que traía agua de un pozo cercano. Antes de despedirse dejó unas perrillas, él no era ningún aprovechado.

Germán Escribano había sido seleccionado para la misión en Jerez por su eficaz colaboración con el servicio de información de la Guardia Civil. En reconocimiento de su valía le habían ascendido a sargento. En su haber, el logro más notorio había sido la localización de los peligrosos bandoleros Los Niños de Guadix. Desde entonces sentía con frecuencia una satisfacción interna por su ascenso. Él, que había escapado del hambre, de la miseria y del arado, estaba

ahora con uniforme y galones, su capote para el invierno y sin depender del cielo para comer. Su padre bien podría estar orgulloso.

Su compañero montaba guardia. El sargento, más tranquilo ya, decidió, como un sabueso tras un conejo escapado, seguir el rastro y observar con detalle el escenario del crimen y los cadáveres. Sin alterar nada y a la espera del juez, ya no era ningún novato.

El ventero había recibido al menos seis o siete puñaladas. La mujer había sido asesinada con un arma punzante diferente, tal vez una navaja de lengua de vaca, más ancha y más corta. Contó casi el triple de incisiones en su cuerpo. El móvil no había sido el robo. Enfrente del mostrador, sin estar a la vista, había un cajón de madera con separaciones de corcho donde el ventero guardaba en cajitas más pequeñas los reales, en otras las pesetas y una mayor con los céntimos, las perras gordas a un lado y las perrillas de cinco céntimos a otro. Con un recuento aproximado calculó entre treinta y treinta y cinco reales. Era evidente que el hurto no había sido la causa de los asesinatos, a no ser que hubieran tenido que huir de forma precipitada. En la reyerta habían intervenido varias personas, al menos cinco o seis. Lo dedujo por las armas utilizadas, los cadáveres, las voces escuchadas por los críos y el desorden que había. Era evidente, también, que había sido una pelea de mayor calado y ello podría facilitar las pistas, pensó.

El cliente muerto era joven, su rostro mostraba un gesto descompuesto por el dolor. El disparo había sido a muy corta distancia, la pólvora había dejado manchones negros en la chaquetilla y el chaleco de rayas grises. En los bolsillos de los pantalones de pana raída llevaba dos pesetas y una papeleta para trabajos en el Ayuntamiento.

Las broncas y peleas de los borrachos eran frecuentes en las ventas. Tal vez fue el ventero o su mujer quien les habría disparado tras echarlos del ventorrillo. Esta última hipótesis podría explicar el ensañamiento con ella; pero ¿por qué les había disparado? Tal vez lo hizo en defensa propia y acto seguido huyeron hacia el interior de la venta, donde sin dejar de pelear fueron asaetados a navajazos y

puñaladas. Una duda le inquietaba más que ninguna: ¿por qué no se habían llevado nada? El daño estaba hecho y dejaron en el cajón el dinero, en una mesilla un reloj de bolsillo y otros pequeños objetos de valor, salvo las armas utilizadas. Todo era muy extraño. ¿Habrían tenido que huir con precipitación? ¿Por qué?

Otro enigma era el corazón dibujado con sangre en el tonel caído. Un rayón lo cruzaba, podía ser de la víctima, aunque la huella del dedo índice no estaba manchada. Tal vez se limpió en la misma saya de dormir que estaba muy empapada de sangre. Por otro lado, ¿cómo pudo hacerlo si la agujerearon a navajazos? ¿Y si no lo hizo ella, quién lo hizo? ¿Qué significado podía tener? ¿Y si fue un crimen pasional por celos o infidelidades? El ventero mató a su mujer y al amante y después los compañeros o amigos de este asesinaron al ventero. Las combinaciones podían ser muy variadas.

El sargento salió fuera del ventorrillo por si hallaba alguna pista más. Recogió del suelo el sombrero de ala ancha del fallecido. Lo observó con detenimiento antes de colocarlo en su sitio. Al girarlo, asomó bajo la badana semidescosida un trocito de papel amarillento. Tiró con cuidado de él y comprobó que no era pequeño. Lo desdobló con esmero, se trataba de la *Revista Social* que editaba, según leyó, la Federación de los Trabajadores de la Región Española. En las clases teóricas que recibió nada más llegar a Jerez, ya le hablaron de este panfleto de los internacionalistas. Le explicaron el curioso nombre de la asociación, que por otra parte era legal desde el año anterior, cuando el gobierno liberal de Sagasta la autorizó. Para los anarquistas o miembros de la Federación de Trabajadores, no había patria ni naciones, España era una región del mundo y Andalucía una comarca.

Un par de horas después de iniciar sus pesquisas, el guardia primero, Eugenio, regresó con un detenido que rozaría la cuarentena de años. Estaba cabizbajo, tenía el pelo encanecido, la frente despejada y parecía fuerte. Respondía al nombre de Juan Galán, un capataz de la viña colindante con el ventorrillo. La detención se produjo porque al llegar los civiles trató de esconderse

y después, al ser descubierto, intentó ocultar una mano herida. El guardia pudo averiguar entre los compañeros del detenido que era un hombre cumplidor, bebedor y de pocas palabras al ser algo sordo.

—¿Quién te ha hecho ese corte en la mano? —requirió Germán señalando la herida.

—Señor, ha sido un descuido con la hoz de podar las viñas.

—¿Por qué te escondías? —le preguntaba el sargento, alzando la voz.

—No sé, lo hice sin pensar, no me gustan los guardias ni los líos.

—Pues a mí me da que tuviste un lío con la ventera y con una copita de más hubo una pelea que terminó en tragedia. ¿Fue eso lo que ocurrió? —se aventuró a preguntar el sargento, que se inclinaba más por un crimen pasional. Esperó sin prisas la respuesta, mientras observaba los ojos huidizos del detenido, con una mano apoyada en el correa de amarillo del uniforme y con la otra portando el fusil.

—No entiendo, señor.

—Dime, ¿qué ocurrió en la venta? —gritó con fuerza el sargento.

—No lo sé.

—Todos sabemos que sí lo sabes. Más te conviene hablar, ¿qué sucedió anoche en este lugar? ¿Por qué fue la pelea? ¿Estabas liado con la ventera?

—Yo no sé nada, y a los venteros los conocía, nada más.

A BAQUETAZOS VAS A CANTAR HASTA EL MISERERE

A la venta desolada, escoltada por chumberas de afiladas púas, llegó el comandante de la Guardia Rural, don Tomás Pérez de Monforte, que se hizo cargo de la investigación como jefe policial del campo de Jerez. Muy atento, escuchó el resultado de las pesquisas del sargento y las hipótesis iniciales que barajaba: una pelea de borrachos con terribles consecuencias o, más bien, un crimen pasional.

—Lo extraño, con los tiempos que corren, es que los muy cobardes huyeran asustados como diablos, sin llevarse nada —concluía en voz alta el sargento.

Hubo un detalle que interesó de manera especial a Monforte, el de la *Revista Social*, que relacionaba, según él, la ideología del joven muerto con los compinches que habían participado. Desplegó la hoja impresa como si se tratara de una bandera ante los ojos del preso.

—¿La conoces? ¿Eres de la Federación? ¿Quién era el muerto? Otro anarquista como tú.

—Señor, no sé leer ni ando con políticas ni jaleos que no me interesan. Soy buen trabajador y capataz de esta viña, que puede ver usted aquí al lado y que es propiedad del conde de Cañete.

—El que se esconde y huye por alguna razón concreta será. ¿Explícanos por qué tratabas de huir de la autoridad?

—Señor, no sé si lo he entendido bien porque tengo en mis oídos un zumbido como una catarata de agua. Y no sé bien qué me ha preguntado.

—Me cago en la mar serena, con que te quieres quedar conmigo, anarquista de mierda, o estás más sordo que una tapia. A baquetazos vas a cantar hasta el miserere y decirnos todo lo que sepas... Conque de política no sabes nada, no me vengas con cuentos. Te voy a dar... —Iracundo le dio un par de guantazos—. Esto, para que vayas aprendiendo a refrescar la memoria.

La luz mortecina de la mañana se había disipado. El acogedor sol de invierno calentaba ya con fuerza cuando el sargento Germán, después de tragar aire, se dirigió a su superior que seguía encolerizado.

—Mi comandante, si me permite... —Monforte afirmó con la cabeza—. Creo que este sujeto, además de estar un poco sordo, alguna implicación tiene, algo teme y no lo quiere decir. Pero no me da la pinta de subversivo.

—Que no te engañen, sargento, debajo del más paleta se puede esconder un terrorista. Aquí llevamos varios años en guerra, esto no es nuevo. Mucha puta miseria que aprovechan unos listillos organizados que desean ver a los guardias aplastados y a los terratenientes comiendo hierbas. Nos hacen cualquier día la revolución, como ya lo intentaron hace ocho años con la sublevación cantonal. Estos nos mandan a nosotros a freír puñetas si no acabamos antes con ellos.

Don Tomás Pérez de Monforte limpiaba con energía la cagada de un gorrión en el cuello derecho de su uniforme, donde estaba la letra G, mientras mascullaba entre dientes: «Ni los jodidos pájaros respetan ya a la autoridad». Observó con alivio el izquierdo, con la letra R, que permanecía inmaculado. Aún no había almorzado, con impaciencia ordenó que trasladaran el preso a la comandancia.

—Allí seguro que soltarás la lengua, aunque te tenga que sacar la verdad a baquetazos o con unas tenacillas.

—Mi comandante, ¿tan grave le parece la situación? La Federación de Trabajadores de la Región Española es una asociación legal, igual que la *Revista Social* es una publicación autorizada.

Don Tomás le dirigió una mirada de reprobación al sargento mientras sacaba su pitillera de plata para coger un cigarrillo. Sin encenderlo, empezó a hablar.

—¿Grave, me preguntas? Los internacionalistas pululan cada día más, como una plaga de ratas que nos asfixian si no ponemos remedio. ¿Legales sus asociaciones y revistas?, y que más da, ¿acaso son legales sus intenciones? También el asesino antes de cometer el delito es legal.

—Mi comandante, con el debido respeto, ¿no debemos acatar siempre las leyes hasta que no exista un delito?

—¿En qué mundo vives, sargento? Me parece que hablas demasiado, a mí no me vengas con lecciones, pero te voy a contestar hoy, otro día con peor temple te hubiese mandado al calabozo. No lo olvides. Yo he servido a mi patria con honor en Marruecos y he recibido dos disparos y altas condecoraciones militares. Un buen guardia es el que sabe prevenir antes de que el delito se cometa y defiende su país contra los que quieren destruirlo. La gran mayoría de estos apátridas son unos terroristas, y si no que se lo pregunten a su majestad Alfonso XII, que ha salido vivo de milagro de dos atentados. Los listillos que difunde la revistilla socialista de mala muerte son los peores. Esparcen el cuento de la revolución con milongas de repartos de tierra por aquí y repartos de tierra por allá. La ideología de los asesinos de los venteros está muy clara, y es el muerto con la revista escondida quien nos señala a los culpables.

—Disculpe mi ignorancia, comandante, yo no quería ofender.

—Está bien. —El comandante se tomó su tiempo para encender el cigarro con una cerilla. Aún encendida la mostró al sargento—. Este fósforo es un arma mortal en manos de un jornalero resabiado. Nosotros queremos acabar con esta pandilla organizada que tantos

sobresaltos provoca, un día quema un pajar, otro asalta un granero, roba y mata. El único problema es que hay muchas leyes y sensiblería social que nos atan de pies y manos. Pero hemos llegado al límite, y es hora de actuar sin blandenguerías. El pájaro que hemos detenido oculta información del crimen, a baquetazos nos va a cantar hasta el miserere.

Al día siguiente, cinco guardias rurales habían formado una rueda estrecha alrededor de Juan Galán, como presunto criminal de los venteros de Trebujena. Los guardias, con baquetas de olivo en sus manos, sudaban, aunque estaban sin las casacas de los uniformes. Como el detenido no soltaba prenda había empezado la ronda de baquetazos. Le golpeó el primero con un chasquido estremecedor, el preso no dejó escapar ningún alarido, aunque se retorció y encogía su cuerpo por el dolor. Extrañados por el aguante del reo, lo empujaban hasta el siguiente guardia que con más fuerza le atizaba. El apaleado giraba como un monigote descompuesto, sangraba por la nariz, los verdugones y moratones cubrían todo su cuerpo desnudo.

Contemplaba el interrogatorio el sargento Germán, interesado por el caso, aunque la investigación estaba en manos del comandante Monforte. Este, con teatralidad, se acercó al preso, de complexión fuerte, con el rostro ensangrentado e inflamado por la paliza, y le gritó al oído.

—No le peguéis más, que va a decir la verdad. ¿Quiénes estaban contigo? ¿Qué ocurrió aquella noche de domingo en la venta?

Galán levantó su cabeza abatida de eccehomo. Su silencio aumentaba la impaciencia de los presentes, parecía que sería su única respuesta. Cuando nadie lo esperaba, con una mirada turbia, con voz estridente y desencajada, el preso espetó: «¡María santísima! ¡Soy inocente!». Román, un guardia grueso de espalda ancha como una encina, cuyos sobacos húmedos empapaban su camisa, le propinó un puñetazo en la boca que le partió la lengua.

Germán estaba impresionado por la entereza del detenido, e intrigado, pero sin atreverse a plantear sus reflexiones en voz alta. «¿Por qué sufre con resignación y en silencio tan severo castigo? Cualquier otro se hubiese declarado ya culpable, aunque fuese inocente. ¿Qué oculta o teme decir?». El comandante, como si lo hubiera escuchado, sentenció:

—Teme más a la Mano Negra que a nosotros. Cree que si confiesa, lo mismo que le hicieron a la ventera podrían hacerle a su mujer y a sus hijos. Por eso calla.

En la tarde plomiza del 6 de diciembre descargaban otra vez las anheladas lágrimas del cielo que todos recibían con júbilo. Los más expresivos salían con los brazos abiertos de sus hogares dando gracias a Dios, sin importarles la mojada. Cuatro años de sequía y hambre no eran para menos. Los truenos eran recibidos como las bandas de tambores y cornetas que anunciaban las fiestas en los pueblos.

El comandante Monforte deseaba, más que las esperadas lluvias, entrar en acción. Había visto con impotencia cómo la Guardia Municipal y la Rural habían sido incapaces de contener algunos asaltos a cortijos y panaderías que se habían producido en Jerez y la comarca. Se hallaban desbordados por las masas enloquecidas por el hambre y por los nuevos profetas del reparto de bienes. Había llegado la hora de poner orden y de pagar con creces. Ojo por ojo, pensaba.

La compenetración del comandante y el capitán Oliver de la Guardia Civil era total. Sus fuerzas trabajarían al unísono. La jefatura de la provincia la tenía el capitán, a su vez era también teniente coronel del Ejército y enviado especial del Gobierno para poner orden en la zona. Por fin, aquella tarde, había llegado la oportunidad que esperaban tras un chivatazo de su red de informadores. En una operación conjunta acorralaron en Jerez a un grupo de afiliados a la Federación de Trabajadores que asistían a una reunión secreta. Tras acordonar la casa, un relámpago

zigzagueó en el cielo descomponiéndolo en tajadas oscuras cuando empezó a llover. El trueno profundo, como un desplome del cielo, coincidió con la entrada a patadas en la vivienda.

—¡Todos al suelo, al que se mueva lo achicharramos a tiros! — exclamó eufórico el comandante tras el derribo de la puerta.

Cacheados, golpeados y empujados hasta la calle, una docena de hombres con las manos en la nuca salieron amedrentados. Allí aguantaron tendidos sobre el adoquinado, empapados por las codiciadas lluvias que arreciaban. El comandante y el capitán Oliver, acompañados de otros guardias, hicieron un registro en la casa, vaciaron todos los cajones, rajaron los colchones, destrozaron muebles y tantearon posibles zulos. Encontraron semiocultos unos ejemplares de la *Revista Social* y libros de los que gustaban los subversivos, como *Un grano de arena*, de la colección Biblioteca del Proletariado, que había iniciado su andadura ese mismo año. Lo más sustancioso que hallaron fueron documentos comprometedores, entre ellos un listado de asociados con el número de inscripción y los pagos realizados.

Germán y otros civiles vigilaban los caminos por si algunos internacionalistas trataban de huir a otros lugares o a la sierra. La redada se extendió a toda la comarca esa misma noche, detuvieron a sesenta personas. A los cuatro vientos proclamó la prensa, en los días siguientes, que había caído una junta secreta organizada que pretendía acabar con la gente acomodada y que cometían todo tipo de atropellos.

Mientras tanto, Juan Galán permanecía exhausto e inconsciente, encadenado en la sala especial para interrogatorios de la comandancia jerezana de la Guardia Rural. Sin lógica explicable, al sobrepasar los límites de la resistencia humana, el preso torturado a baquetazos no había soltado quejido ni palabra alguna, salvo proclamar su inocencia e invocaciones a la Virgen, pese a la dedicación y al celo puestos por los interrogadores, mucho más cuando el forense, tras realizar la autopsia de la ventera, María

Labrador, había confirmado que estaba embarazada de tres meses y que había recibido dieciocho navajazos.

Las primeras hipótesis de Germán se inclinaban por un crimen común o pasional. Para don Tomás, que desde el principio atribuyó los asesinatos a internacionalistas, ahora consideraba que estaban también relacionados con una trama más oscura y siniestra que él conocía desde años: la Mano Negra. Esta organización daba sus zarpazos, como también ocurría en Francia, con secuestros y actos similares. El comandante ratificó su sospecha cuando el sargento Germán le reveló que había intentado utilizar a Juan Núñez como confidente de la Guardia Civil, y le había dado su negativa. Era probable que alguien los hubiera visto hablando y pensara que era un chivato. Además de esto, Monforte había obtenido con anterioridad y bajo amenaza de arresto, datos reveladores sobre un encuentro en el ventorrillo donde un federado, que estaba ya en la cárcel, había leído en voz alta la *Revista Social*. Según don Tomás, la Mano Negra habría decidido ejecutarlos a modo de escarmiento público. El panfleto de los internacionalistas escondido en el sombrero, no dejaba duda sobre la ideología de los asesinos.

Ni a baquetazos ni con otras artimañas, la Guardia Rural había logrado aclarar los crímenes. El mutismo sacrificado del reo confirmó aún más la conclusión del comandante: la matanza de los venteros había sido una venganza ordenada por la Mano Negra. Los consideraban espías de la Guardia Civil. La negativa del preso a confesar estaría motivada por el temor que le tenía a esta organización, cuyos tentáculos amenazaban de muerte a la familia si el reo hablaba. Esa era su conclusión y, a falta de conocer qué otros compinches participaron, daba el caso por cerrado en cuanto a la investigación policial. El hecho de que el hijo de los venteros hubiese reconocido la voz del sospechoso en una rueda de identificación, junto a otros presos comunes, como uno de los que estuvieron en la venta aquella noche de pesadilla era suficiente para implicar a Juan Galán. Además, lo conocía porque iba muchas veces al ventorrillo.

Germán, aunque admitía como hipótesis probable la venganza de unos fanáticos anarquistas, tenía sus dudas. Para él quedaban muchos cabos sueltos para cerrar tan pronto la investigación. Creía que si encontraba una pista válida sería como tirar del hilo que le conducía hasta la madeja. Con Juan Galán, este hilo no aparecía de manera clara, todas las piezas no encajaban, ni el arrestado parecía que tuviese una ligazón con otros internacionalistas, como quería ver el comandante. El testigo era solo un niño de cuatro años. Y estaba claro que en la pelea habían participado más personas. ¿Por qué no hablaba Galán, pese a los severos castigos? ¿Tan atroz era la Mano Negra, que actuaba con saña y sadismo, incluso con una mujer embarazada? ¿Quién era el campesino muerto, por qué se sabía tan poco de él? Pese a llevar consigo unas papeletas de trabajo del Ayuntamiento de Jerez, allí nadie lo conocía.

¡QUE VIENE LA MANO NEGRA!

Al despedirse el fatídico año de 1882, Ramiro el Ciego cantaba a viva voz en San José del Valle y en ventas del término de Jerez este romance.

*De este tan puto año
Nos tenemos que acordar
La muerte estaba regalá
Y muy caro, el pan.*

Nació 1883 y con él, como una bola de nieve que lo arrasaba todo, la Mano Negra. Con anterioridad se había hablado de sociedades obreras, secretas o en auge en los últimos tiempos de escasez, pero ahora todo el protagonismo recaía en la llamada Mano Negra. En Jerez y su comarca no se conversaba de otro asunto.

—Marianito, como salga a la calle se va a enterar de lo que vale un peine. Le pilla a usted la Mano Negra y san se acabó Marianito.

El patio donde jugaba el niño estaba rodeado de arquerías. Los macetones y la fuente central eran demasiados obstáculos para mover su precioso aro dorado. El señorito, aburrido de jugar solo en el interior de la casa, quería salir fuera.

—Juanita, si solo es un ratito. ¿Qué es la Mano Negra?

La criada sujetaba al niño por el puño de la chaquetita de terciopelo negro. Al escuchar la pregunta lo soltó dubitativa, pero interponiendo su cuerpo ante el crío.

—Vaya preguntita, no quería caldo y tomó tres tazas. La Mano Negra... es la mano negra, acaso sabe usted, señorito, lo terrible que es. Yo soy una zopenca que de política ni de letras entiendo, pero buenas orejas sí que tengo, que ya de niña me decían la Soplillos. No me haga mucho caso, señorito, pero, según cuenta, la Mano Negra es terrible. Es la muerte que atrapa y chupa la sangre. La que más le gusta es la de los señoritos como usted, por eso mismo no puede salir a la calle. Antes de dejarle seco como la mojama, le cortan los dedos para arruinar a sus padres y pedir un rescate por su vida. —Marianito empezó a hacer mohines de llanto y miedo en su cara—. Pero no se asuste, cielo mío, si todo es mentira, el que ha visto la Mano Negra ya no vive para contarlo. Eso sí, tienen unas manos oscuras con uñas laaargas y sucias... Enséñame las tuyas. —Marianito escondió sus manos detrás de las nalgas.

—¡Juanita!, deja de asustar al niño con esas historias —le llamó la atención el padre del crío que salía de su despacho acompañado de un joven periodista.

—Perdone, don Eduardo, ya sé que hablo demasiado y soy una *deslenguá*,... Pero es que doña Guadalupe me ha dicho que, por lo más sagrado, no deje que el señorito salga a la calle, que hay muchas manos negras por ahí y que si algo le pasaba a la criatura ya me podía despedir de mi pellejo. Y yo no quiero ser como san Bartolomé bendito, el único pellejo que llevo lo tengo siempre puesto, que una es pobre...

—¡Juanita, ve al grano! No tengo toda la mañana para perderla con tu cháchara.

—Usted perdone, señor don Eduardo... es que el Marianito erre que erre que quiere jugar con su aro en la calle, como otras veces ha hecho. Yo he tenido que soltarle todo lo que cuentan por los

mercados para tratar de asustarlo un poco por la advertencia de su señora esposa.

—Está bien, Juanita, cumpla su cometido, pero deje de contarle esas historias al niño.

Don Eduardo Freire era uno de los miembros influyentes del Partido Liberal en Jerez. No era un cacique principal, que en esto, como en casi todo en la vida, había también sus jerarquías. Algunas temporadas cortas acudía a su finca de la Parrilla. Allí pasaba su estancia durante el verano, a finales de la siega, y en Navidad coincidiendo con la recogida de la aceituna. Cuando se disponía a salir aquella mañana para el casino, cogió su chistera, los guantes y se abrigó con un redingote gris marengo de cuello vuelto hecho por la sastrería Márquez, de las mejores de Jerez. La abertura dejaba ver el elegante chaleco inglés sobre la camisa blanca impecable y el pañuelo de seda al cuello.

La mañana gris, con espesos nubarrones, malos presagios y noticias alarmantes que asediaban la ciudad. Don Eduardo estaba preocupado, quién no con los tiempos que corrían, y así se lo expresaba al joven corresponsal, Pedro Holgado, del diario sevillano *El Porvenir*, que lo esperaba a la salida de su casa.

—Primero fue un rumor apagado de miedo e inseguridad ante una situación desastrosa: hambruna, epidemia, asaltos, incendios, motines urbanos y protestas. ¿Se imagina usted este cóctel? Sociedades secretas, obreras y organizadas nos apuntan a los propietarios como responsables de todos los males. Hasta de la maldita sequía vamos a tener nosotros la culpa. —El hacendado mostró por segundos una sonrisa forzada que veló su semblante serio—. El miedo se arropa con más miedo. La gente mísera muere en la calle y se producen atropellos y crímenes. En Jerez los sitios de beneficencia están colapsados y los lugares de acogidas llenos.

—¿Qué piensa usted, don Eduardo, que se podría hacer?

—Yo estoy de acuerdo con el duque de Almodóvar, no solo por ser figura destacada de mi partido y de esta ciudad, sino porque me parece acertado su análisis. En el Congreso ha clamado como mal

de esta tierra nuestra la falta de grupos sociales medios, de eslabones sólidos que unan los desfavorecidos con la clase alta. Como dicen algunos, con cierta mala leche no exenta de razones, que en Jerez eres mercader y propietario o eres mercancía. Ahora, de manera urgente, no nos queda otra que reforzar las fuerzas del orden y, como está haciendo el Ayuntamiento, tratar de comprar harina en Marsella para aliviar la situación de tanto pobre como hay en esta capital.

Pedro Holgado, pese a su juventud, era consciente de esa dualidad social extrema manifestada tantas veces en Andalucía, pero que en esta comarca tenía un carácter más marcado, como había reflejado ya en una crónica. *Un Jerez señorial con grandes fortunas extranjeras (Domecq, Osborne...) y un Jerez mendigo que persigue a los viajeros en pos de limosna. Un Jerez del progreso con caminos de hierro, faroles de gas en sus calles, alcantarillado y agua potable en sus casas y un Jerez pobre, atrasado y medieval, al que se había repartido miles de hogazas de pan para festejar la traída de agua desde el Tempul. Dicha para un día, penuria para mañana. ¿Qué sociedad se puede sostener de esta manera? Nada más había que contemplar a las gentes que discurría por las calles enmarcadas por edificios blancos y balcones, en los que a veces asomaban alegres geranios, para apreciar tan fuerte contraste entre los que lucían la última moda de Londres o París y los que mostraban su condición de pordioseros, cubiertos de harapos y remiendos. Dentro de la pobreza había también sus escalas y no era lo mismo el que trabajaba en las bodegas, un afortunado comparado con el obrero del campo eventual, casi siempre analfabeto y carne de cañón de las hambrunas que tantas veces azotaban en estas tierras de latifundios y señores.*

En el casino jerezano no se discutía de otro tema que de los crímenes de la Mano Negra, nunca la prensa de Jerez, ni la de Sevilla y Madrid, circuló con tanto interés como en la cuaresma de 1883. El casino era un lugar de encuentro de terratenientes.

Fundado a mediados de siglo, disponía de un nuevo y soberbio edificio en la calle Larga nº 50. Los grandes y cómodos sillones de piel estaban vacíos. Varios señoritos comentaban nerviosos y en corrillos las noticias. La verdad era que el asunto inquietaba un poco, hasta los más liberales como don Eduardo se asombraban del alcance de la operación que estaba llevando a cabo la Guardia Civil y del peligro en el que inconscientemente habían estado.

Don Eusebio, un personaje poderoso del Partido Conservador de Cánovas y uno de los propietarios más ricos, leía excitado la noticia. *Sobrepasan el centenar los presos que han llegado a Jerez procedentes de la serranía implicados con la Mano Negra.*

Holgado se dirigió hacia él. Después de presentarse como periodista quiso escuchar su versión sobre la Mano Negra.

—Los manos negras son alimañas sanguinarias de pobres contra ricos, contra el orden establecido y contra Dios. A nosotros los propietarios nos llaman verdugos y ladrones. Son subversivos que asesinan, cortan cepas, incendian graneros y forman esta sociedad secreta criminal. De muy buena tinta sé lo que digo, ya que tengo contactos con los mandos de la Guardia Civil y la Guardia Rural, que tan trascendente lucha están sosteniendo contra esta horrible secta criminal. Es un bandolerismo anarquista. Ellos van a dar a conocer a la prensa el reglamento que la rige. Causa escalofrío. Allí donde se dibuje la terrible mano cae el zarpazo para segar vidas... Esto no es nuevo en Jerez, lleva años y años actuando de manera impune. Las personas de orden vivimos en un peligro permanente. Me he visto obligado a ampliar mi personal de seguridad para mi protección personal y la de mi familia.

Don Eusebio era socio del Círculo Liberal Conservador, más conocido como Círculo Conservador para evitar confusiones con la sociedad donde se reunían sus oponentes políticos, don Eduardo y sus correligionarios, llamado Círculo Liberal. Conservadores y liberales conformaban los dos grandes partidos con la idea de alternarse en el poder, sin mayores disputas, tras el pacto de caballeros logrado entre los dos principales líderes respectivos,

Cánovas y Sagasta. El primero era un gran admirador del sistema bipartidista inglés, había sido el verdadero artífice del nuevo sistema político creado tras la caída de la primera república. Había convertido a las demás fuerzas políticas en invitados de piedra y las elecciones en una opereta cuyos resultados eran conocidos de antemano.

Otro rico hacendado de las filas conservadoras, un marqués que había comprado el título nobiliario un año atrás, con un monóculo en su ojo izquierdo y una cuidada barba, se acercó con curiosidad al grupo después de persignarse alarmado.

—¡Madre mía, Virgen santa, de la que nos hemos librado! —exclamaba el flamante marqués—. La Comuna de París habría sido un paseo de niños comparado con lo que en Jerez se podría haber liado.

Además de liberales y conservadores no faltaban entre los grandes propietarios representantes del carlismo. Don Santiago era uno de ellos. Se incorporó a la conversación con evidente excitación:

—Jesús, María y José, esos salvajes de la canalla, sucios y desharrapados, les dan ideas y se creen los amos. Pero la culpa no la tienen ellos, pobres desgraciados, sino la canalla socialista que les inculca las ideas, falsas esperanzas y afanes de tierras por doquier. Habría que aplastarlos como a viles mosquitos.

Las alusiones veladas al liberalismo y sus libertades hicieron que don Eduardo se rebrincara de su sitio y acudiera también al trapo del debate.

—De acuerdo que se han rebasado todas las líneas de peligrosidad, pero no le echemos la culpa ahora al liberalismo, como han apuntado también algunos medios carlistas de manera interesada. Los Siete Niños de Écija era también una banda de criminales y el Gobierno que había era absolutista y despótico.

—No comparemos. Yo insisto en la revolución de los manos negras, de los sin patria, sin Dios... Están en camino, mientras nosotros permanecemos con los brazos cruzados y las autoridades

los permiten, hasta los legalizan. ¡Por Dios! ¡Hasta dónde vamos a llegar!

En la crónica apresurada de aquella noche, Pedro Holgado había escrito:

Cuatro años seguidos de malas cosechas ha sido la gota que ha colmado el vaso de la carestía y la desesperanza, y esta comarca está en pie de guerra. La sociedad secreta y criminal de la Mano Negra se ha convertido en un estruendo sonoro que recorre cuarteles, casinos, tertulias, saraos, gañanías y lo empapa todo con un halo de terror sanguinario y misterio. La prensa multiplica sus ecos por todos los rincones de España y muchos del mundo, que hasta Jerez están llegando corresponsales extranjeros. Hasta en los cuentos para amedrantar a los niños ya no hay que recurrir al lobo, ni al Tío del Saco sino a la Mano Negra¹.

¹ Cipriana Álvarez Durán, la madre de Antonio Machado y Álvarez, publicó a finales de 1882 en *El Folclore Andaluz*, un cuento de miedo: «La Mano Negra», que había oído en Huelva.

CONTRA LOS RICOS, EL FUEGO, EL HIERRO, EL VENENO...

Los tentáculos asesinos de la Mano Negra están llenando de crespones negros el cielo azul de Andalucía. Con estas palabras iniciaba su crónica Domingo Escolano, uno de los muchos corresponsales que había en la ciudad de Jerez. Las noticias en la prensa sobre los delitos cometidos, detenciones y papeles comprometedores descubiertos eran diarias. Jerez, según se decía, era el centro de una terrible organización que se extendía por Andalucía, sobre todo en Arcos de la Frontera, Sanlúcar de Barrameda, Bornos, Villamartín, Espera,... casi todos pueblos de Cádiz; pero también algunos de Sevilla, Córdoba y Málaga.

Pedro Holgado estaba preocupado, había recibido en la imprenta de su periódico un comentario no halagüeño de su director: «Más sangre y menos análisis», le había recriminado. Consideraba sus crónicas demasiado serias y que pecaban de cierto intelectualismo. Otros corresponsales del *Imparcial* o *El Correo de Madrid* reflejaban mejor las atrocidades cometidas, que era lo que el público deseaba conocer. Las crónicas de otros periodistas de diarios madrileños se publicaban con posterioridad en el periódico sevillano, cuyo director barruntaba la posibilidad de despedir al joven reportero por su falta de experiencia.

Holgado supo entender entre líneas la amenaza y decidió aplicarse como hacían los colegas a los que aludía su director. La fórmula la conocía bien: elevar a categoría de noticias los rumores,

enfaticar y exagerar el drama real y no descartar el morbo de los crímenes cometidos por la Mano Negra. Tenía que tener los ojos bien abiertos y agudizar su olfato de sensacionalismos, sin perder la conexión con las fuerzas militares que dirigían la operación de acoso a la organización secreta. El mismo día de su regreso en tren desde Sevilla a Jerez su celo dio resultado. Entre los encausados había aparecido el reglamento que los regía. Serían dados a conocer esa misma tarde. Desde que estalló el revuelo a principios de año, el periodista viajaba cada quincena a Jerez. Era su cometido mientras la llama del escándalo de la misteriosa Mano Negra estuviese encendida y hubiese nuevos detalles que narrar.

La oscuridad apagaba los últimos resplandores del atardecer teñido de púrpura cuando comenzaron a encender las farolas de gas. En la Casa del Diezmo, un palacete convertido por necesidad en cuartel, estaban alojadas las fuerzas del XIV tercio de la Guardia Civil. Aquella tarde noche registraba un deambular inusual de periodistas. En un salón del interior, bien iluminado con candelabros de gas, concurrido de corresponsales de los diarios más importantes del país y algunos extranjeros, se encontraban el comandante Monforte y el capitán José Oliver. Eran personajes ya conocidos en muchos lugares de España, estaban orgullosos de su protagonismo en la prensa, del papel importante que asumían y de la gran expectación que habían logrado crear.

—Don Tomás Pérez de Monforte, comandante de la Guardia Rural, ya tenía noticias de este reglamento por su larga lucha contra el bandolerismo anarquista —aclaraba el capitán—. Una sociedad de pobres contra ricos, a los que califican de verdugos y ladrones.

El comandante fue desvelando pormenores de la sociedad secreta. Sus afiliados debían ocultar en público sus simpatías hacia ella. Todo encargo era obligatorio y el que no los cumplía era considerado un traidor que pagaría con su vida tan grave falta. Si se consideraba necesario, la ejecución podía realizarse por asociados

de un pueblo vecino. Además de a los ricos, debía mantenerse un odio profundo a todos los partidos políticos, pues todos eran iguales; que solo era legítima la propiedad adquirida por el trabajo personal y directo...

—No se impacienten, señores, lo más grave está aún por decir, y les sigo leyendo: *La burguesía no para de cometer crímenes contra la clase trabajadora. Crímenes que es necesario castigar por todos los medios que sean posibles, bien sea por el fuego, el hierro, el veneno o de otro modo eficaz...*².

Nuevo murmullo general junto a comentarios indignados y vivas a la Guardia Civil. Monforte y el capitán Oliver sonreían al comprobar el efecto que estaban causando en los presentes las alarmantes revelaciones. En los estatutos de este Tribunal Popular se aclaraba que estaba compuesto por un núcleo en cada localidad formado por diez individuos que pertenecían a la Asociación Internacional de Trabajadores. En las reuniones mensuales darían cuenta de las represalias cometidas contra la burguesía. «Para matar a un traidor no hay que reparar que sea amigo, hermano, ni padre pues nunca pagará bastante con la vida el que quiere perder la de muchos».

—Señores —continuaba ahora el capitán Oliver—, este reglamento de la Mano Negra y estatutos del Tribunal Popular nos aclaran bastante sobre los terribles asesinatos, incendios y ataques contra la propiedad que en los últimos años se vienen cometiendo. Nosotros no hemos hecho nada más que empezar a desvelar esta enredada trama de terror y crimen organizado que ha surgido en la misma Internacional de Trabajadores.

El revuelo en la sala era general, un fuerte aplauso cerró la intervención de los militares. Algunos corresponsales corrían apresurados para el telégrafo con el fin de adelantarse a otros periódicos ante las importantes revelaciones. Otros querían saber más detalles.

Monforte estaba satisfecho y eufórico. Había preparado bien este encuentro y los resultados parecían ser mejores de lo esperado. Se pavoneaba orgulloso por el interés que despertaba entre los

asistentes que lo alababan como a un héroe. Vestía el uniforme reluciente y recién planchado. Le habían acicalado en la barbería del cuartel, una perfecta raya en medio repartía el cabello a ambos lados de su cabeza, el bigote atusado con cera, y con los extremos acabados en forma de cuernecillos afilados que apuntaban hacia la frente y enmarcaban su rostro moreno curtido por el sol jerezano.

La Mano Negra, como buitre carroñero que se ceba de cadáveres, era la bomba informativa en la prensa de aquellos días. La mayoría de los corresponsales, haciéndose eco del clamor social general, reclamaron mano dura, más Guardia Civil y soldados. *El Guadalete* de Jerez y tantos otros periódicos exigieron al Gobierno la urgencia de adoptar las medidas necesarias para extinguir aquella inconcebible y feroz asociación.

Aparecieron retratos de los dos principales protagonistas, el comandante de la Guardia Rural y el capitán de la Guardia Civil, además de algunos símbolos atribuidos a la asociación, entre ellos una terrible mano negra. Todos los medios publicaban los robos cometidos, cortes de cepas..., y cualquier delito de origen desconocido cometido en Andalucía occidental, todos ellos los relacionaban con la temible organización secreta. La Mano Negra parecía omnipotente.

Las noticias referidas a Arcos de la Frontera eran aún más alarmantes, aunque atiborradas de rumores. *La Andalucía* de Sevilla informó con grandes titulares que se había descubierto un convenio de cinco vecinos para robar y asesinar a otro, además de una lista de afiliados a la Mano Negra y un borrador de cuentas y gastos. Allí había sido apresado Juan Ruiz Ruiz, *a quien se supone uno de los jefes de más cuidado*³.

En este torbellino de noticias que dejaba atónito al lector, a Holgado le interesaron las crónicas tituladas «El hambre en Andalucía» de su colega Leopoldo Alas, más conocido como Clarín en su faceta de escritor. Las enviaba al diario madrileño *El Día*. La crónica que leía Holgado aparecía republicada en su periódico *El*

Porvenir, era una práctica habitual en la prensa aunque los artículos fuesen de meses anteriores. *En ninguna parte como Jerez podía verse todo el valor de la actual crisis* —señalaba Clarín—. *Hoy mismo ha sido asaltada una panadería en esta ciudad y la autoridad está alarmada y con motivo*. La única respuesta por parte del Gobierno para resolver el hambre en Andalucía fue la militar, se quejaba el periodista. El poder civil había nombrado al general Polavieja como capitán general de Andalucía, personaje conocido como el Jerarca de Hierro por su mano dura represiva. Clarín sentenciaba: *Es lamentable que sea un capitán general el que tenga que resolver la cuestión social*.

El tono crítico le agradaba a Holgado, pues era una voz discordante dentro de su mundillo, cuando todos los demás colegas reclamaban lo contrario. La comarca jerezana padecía una realidad dramática, violenta y muy compleja, estaba claro que el asunto tenía diferentes enfoques. Dudaba de hasta cuándo mantendría su puesto si continuaba con su actitud reflexiva. Él no tenía el prestigio de Clarín ni podía nadar a contracorriente. Tendría que contar los detalles más morbosos de los crímenes cometidos y atraer la atención de los lectores para sus crónicas.

Pensaba en el torbellino de noticias que habían aparecido en los últimos días sobre la Mano Negra mientras caminaba con dirección a la calle de las Naranjas, donde estaba la casa de su tía. Un hombre le abordó al paso, tenía más de una treintena de años, aspecto aseado y pobre y vestía con la chaquetilla de domingo.

—Señor, le vendo mi chaqueta por cuatro reales. Es para dar de comer a mis hijos⁴.

Lo miró bien y vio que no bromeaba. Los ojillos tristes y ansiosos esperaban una respuesta que fue educada con un «no, gracias». La desesperación reflejada en el rostro de su interlocutor y el instinto de periodista le hicieron añadir a continuación: «Le doy dos reales si me cuenta su historia».

—La mía, señor, tiene poco que contar, es parecida a la de muchos pobres de esta ciudad. Me llamo Aureliano. Trabajé en una

viña hasta que me echaron. Si no hay trabajo y nada de nada, no te queda ni un real para dar de comer a los hijos. Todos los días me levanto antes del amanecer, busco y rebusco, trabajo, limosna, comida... Hago lo que tenga que hacer para tratar de llevar alimento a mis hijos; si es poco, lo dejamos para ellos, mientras mi mujer y yo los miramos con ojos desfallecidos y contentos, fingiendo que ya hemos comido.

—Sabrá que ha habido asaltos de tahonas y otros robos aquí en Jerez. Perdona si mi pregunta le ofende, pero me ha dicho que estaba dispuesto a hacer lo que fuese para llevar comida a su casa, ¿incluso robar?

—Soy una persona de bien, que nunca he hecho mal a nadie y Dios lo sabe. Pero no me avergüenzo, señor, al decirle que, movido por la desesperación y la necesidad de alimentar a mis cuatro hijos, participé en un asalto a una panadería y otro día a una tienda de comestibles. La Guardia Civil y los municipales estaban impasibles y desbordados. Sé que está mal, no soy un bruto analfabeto, pero la *jambre* es peor, angustiosa y muy puñetera. Ahora la autoridad está crecida con los refuerzos de guardias que han llegado y te pueden meter un tiro por arrimarte a donde no debes. He ido al campo a ver lo que pillaba, buscar algarrobas, bellotas, higos chumbos, y raíces... pero está todo esquilmado. Ya no sé qué hacer, por eso me he puesto la única chaqueta que tengo para venderla, y cuando la venda no me quedará nada de nada. Nosotros no podemos aguantar más esta situación.

² Los datos citados y las cursivas corresponden de manera textual al Reglamento de la Sociedad de Pobres, contra sus Ladrones y Verdugos.

³ Todos los datos de periódicos (*El Guadalete*, *La Andalucía*, *El Día*, *El Porvenir*, *El Correo de Madrid*,...) que se citan, también en capítulos anteriores, son reales de la prensa en aquellos días.

⁴ Este episodio está basado en hechos verídicos.

ANHELOS DE LIBERTAD

¡Juan Ruiz, despierta! ¡Juan Ruiz, despierta! Todo lo que me está ocurriendo, tal vez sea una pesadilla, eso es, una pesadilla. Pero mi cuerpo magullado me dice que todo es real y que tal vez sea una pesadilla que vivo en realidad. Me arrestaron el 20 de diciembre en el chozo de Alcornocales, en mi escuelita. María Frasca ya me lo había advertido llorosa.

—Han detenido en Arcos a mis dos hermanos.

—¿Acaso soy un criminal? Yo no he hecho nada de lo que me tenga que arrepentir y no puedo dejar mi escuela porque sí.

—¿Acaso mis hermanos han cometido algún delito? —me respondió angustiada por mi suerte.

Aquella fría mañana, mientras explicaba a los niños, el comandante Monforte y sus guardias rodearon el chozo, entró como un gélido vendaval y me encañonó. Ante la sorpresa de todos me trató como si fuera un peligroso criminal.

—Aquí sembrando venenos y odios contra la propiedad, Dios, el orden y la decencia. Eres peor y más peligroso que los que se tiran al monte para robar y asesinar —vociferó el comandante—. Matas la inocencia de estas criaturas.

—Usted se equivoca. Yo solo soy su maestro que les enseña a leer, escribir y a pensar por sí mismos sin inculcarles ningún dogma irracional —me defendí.

—A mí no me repliques. Si no te callas, te haré callar a la fuerza. Estás detenido —amenazó, mientras me seguía apuntando con su

arma y los otros guardias mantenían a raya a mi mujer embarazada, mis hijos y algunos niños que lloraban temerosos.

Humillado, encadenado como un peligroso delincuente, me llevaron a Jerez. Los minutos en la cárcel me sabían a horas, a sufrimiento, hediondez y asfixia. No soy ningún valiente. El miedo me hacía temblar en la noche. Pude mantenerme firme en mis declaraciones pese a los castigos a los que fui sometido.

Yo no había cometido ni ordenado desmanes contra los propietarios ni guardias civiles, ni formaba parte de sociedad secreta alguna. Lo único cierto es que tras el verano calamitoso, vi que la única alternativa para los jornaleros era organizarse para poder resistir y avanzar. Puse mi empeño para que la Federación de Trabajadores de la Región Española creciera en la pedanía de San José del Valle hasta sobrepasar el centenar de afiliados. Puse también mi voluntad, acrecentada con las calamidades, en dar clases a campesinos analfabetos y fui delegado de esta zona de Jerez en el congreso que la Federación había celebrado en Sevilla a mediados de septiembre.

Sufrimos en la cárcel tantas penalidades que algunos presos abatidos por tanta calamidad prefirieron no resistir ni seguir luchando por sobrevivir: Paquito el de Chumirdá, de San José del Valle, amaneció un día ahorcado en su celda, pero otros murieron de debilidad y abandono. Yo me aferré a mis recuerdos y a la fortaleza de mis ideas para soportar los malos tratos que nos daban. Por fin, por no poder inculparme de ningún delito, me liberaron el 23 de enero a la una del mediodía. El comandante Monforte estaba rabioso, no habían podido demostrar nada contra mí; no obstante, salía con juicio pendiente como internacionalista. Mi pesadilla parecía haber terminado. Pero qué iluso, unos días después me encontraba de nuevo en la cárcel de Arcos. Estoy en una habitación mugrienta que no ve la cal desde hace años, y apenas respira por un alto y estrecho ventanuco con fuertes rejas. Cuatro detenidos, uno en cada esquina mirando al rincón y yo en el centro, mirando al suelo. Si nos movemos o hablamos nos apalizan. Nos faltan las

orejas de burro; pero por desgracia no es ningún castigo infantil y la sangre gotea por nuestro cuerpo y mi rostro está inflamado por los golpes recibidos. Aquí nos tienen incomunicados, nos consideran más peligrosos. La cárcel está abarrotada, hasta el patio está lleno.

Me siento agotado, angustiado, pero necesito evadirme, al menos con mis pensamientos. ¡Qué Navidad tan triste! ¡Qué sordidez en la cárcel tan angustiosa! «Idiota de mí, necesito evadirme y escarbo en la inmundicia. Espero no volverme loco. La mente no va siempre por donde uno quiere y no escapa de las pesadillas como agua entre los dedos». Los días de finales de enero en libertad fueron felices. «Eso está mejor, Juan, sigue por esa senda de pensamiento». La verdad es que sí fueron felices, pese a tantos sobresaltos y locuras desatadas «por los sobresaltos no sigas, Juan». Respiraba la libertad, después de treinta y tres días, trece horas y veinte minutos en la cárcel, toda una eternidad. El campo me parecía esperanzador tras las lluvias caídas, habría más pasto para el ganado, menos hambre para el siguiente año. Tal vez habíamos tocado fondo y todo empezaría a cambiar. ¿Por qué somos tan cainitas los seres humanos? Esta tierra nuestra nos podría alimentar a todos si estuviese bien explotada y repartida la propiedad. Por mi parte, solo anhelo justicia y vivir en paz, justicia y vivir en paz, justi...

¡Qué hermosa podría ser la vida! ¡Qué misterios sorprendentes guarda! Me reencontré con mi María Frasca y una niña recién nacida, quizás antes de tiempo por los sobresaltos de mi mujer. La vida se abría paso y mi hijita, pese a su pequeñez estaba sana y pateaba en el regazo de su madre. Después de todo, los homenajes a la Alegrepolvo fueron fructíferos para nosotros. Cuánto me ayudaron los recuerdos de mi mujer para encontrar consuelo en la cárcel, qué bien me supo evocar los instantes plenos compartidos en la siega. A mi regreso me fundí en un abrazo largo con ella y mis dos hijos mayores. ¡Qué contentos la Mariquilla y el Juanito! Este se agarró a mi cuello y no me soltaba. Y yo lloraba, pero lloraba de alegría.

—Juanito, suéltame, que ya no me voy a ir —le susurraba.

—Papá, no nos dejes nunca más.

—Hijo mío... Estoy aquí con vosotros.

Qué poco duraron la dicha y la tranquilidad. Nuevas amenazas se cernían sobre los trabajadores del campo. «Juan, recuerda ahora solo los instantes buenos, que los malos los masticas ya». En aquellos días deseaba permanecer aislado, disfrutar de la libertad recién recuperada y reencontrarme con mis seres queridos. Qué contentos se pusieron mis alumnos al verme, me echaban de menos y me querían. Para mí el cariño de mis pupilos era motivo de orgullo. Quise reanudar las clases al día siguiente, a pesar de que muchos de ellos me dijeron que sus padres no podían pagar.

—Ya me pagarán cuando puedan, los pobres tenemos que ayudarnos.

Qué sensible estaba con mi libertad recién recuperada. Me alegraba caminar, con espíritu de campesino que ha sufrido la atroz sequía, por el campo de un verde intenso tras las lluvias. Me ensimismaba emocionado con una simple bandada de gorriones al posarse en los árboles cercanos. Seguí una collera de perdigones hasta que levantaron su vuelo y salté como un poseso con los ojos húmedos por un prado de tempranas margaritas blancas, pese a ser finales de enero. Me conduje como un enamorado tras el gorjeo suave de un petirrojo. Cómo se saborea la libertad cuando se ha perdido y es tan frágil en los tiempos que nos tocan. Me emocioné cuando encontré unas bellísimas azulinas, la hierba de coral que tantas veces había utilizado para aliviar el dolor de muelas de algunos campesinos que acudían a mí con este desespero. Son hermosas, muy hermosas, unas florecillas pequeñas... Hay que estar preso, sufrir mucho o admirar de nuevo la belleza de lo cotidiano para comprender mi emoción al contemplar con ojos acuosos esos pétalos de un color azul intenso, tan intenso y hermoso como los anhelos de libertad...

Quise permanecer al margen de las tempestades, pero no pude. Por cortijos y gañanías corrió la voz de una sociedad secreta y criminal,

la Mano Negra. Con los tiempos que corrían no era de extrañar. También el Petenera y otros desesperados por la hambruna, epidemias y maldita miseria tras la pésima cosecha del verano y el invierno de muerte, decidieron no morir de hambre y asaltaron algunos graneros y panaderías y tomaron represalias contra algunos ricos que no querían dar trabajo en sus extensas fincas.

La Mano Negra, de la que nada sabía hasta entonces, la formarían unos desesperados que estaban haciendo mucho daño a nuestra federación.

Continuaban las redadas. Las fuerzas represivas del Estado no diferenciaban entre Mano Negra y Federación de Trabajadores, para ellos era lo mismo. El Petenera, que estaba huido, se acercó para advertirme de que estaban deteniendo a todos los jornaleros federados por el mero hecho de serlo y que debía escapar. Que todos los que formaban la junta de San José del Valle estaban ya presos y que el único que quedaba era yo. Además, confundían de manera intencional las juntas de las localidades con supuestos tribunales populares a los que culpabilizaban de todos los delitos, incluso de crímenes.

—¿Qué sabes de la Mano Negra? —El Petenera me miró ofuscado.

—Te juro que no sé nada. Nosotros no somos, aunque tampoco nos vamos a quedar de brazos cruzados como si no ocurriera nada. Actuamos en defensa propia para bajar los humos a algunos señoritos. Sabes muy bien lo que a mí llegaron a hacerme. Estamos dispuestos a incendiar campos o arrancar viñas, pero no hemos matado a nadie.

—Esta violencia solo ha servido para traer más desgracias sobre nosotros. Ya ves lo que está ocurriendo.

—Sabía que me ibas a salir con esa cantinela, no me sorprende. Pero es cierto que nos matan de hambre y nos tratan con injusticias. No somos corderos dispuestos al degüello, queremos morir con decencia. Únete a nosotros, necesitamos de gente preparada, con cordura como tú, dispuestas a dirigir nuestra lucha para sobrevivir y

mantener nuestra dignidad. Vivimos aislados en el monte, nos reunimos en la espesura y formamos pequeñas partidas para actuar en la noche, solo si es necesario, para que nos respeten los señoritos.

No me dejé convencer y me negué a irme con él. Yo no podía dejar a mi hija recién nacida ni abandonar las clases de mis alumnos para convertirme en un huido de la justicia. Pero tampoco me podía quedar con los brazos cruzados para aceptar las injusticias ni esperar a morder otra vez las inmundicias de la cárcel. ¿Qué podía hacer?

¡CÁLLATE, FURCIA!

A la mañana siguiente de la visita del Petenera, mientras estaba en la escuelita, Casimiro, con gran sofoco y muy alarmado, me avisó de que se acercaba una patrulla de guardias civiles desde Arcos. Él, en prevención, había hecho una topera cubierta con ramaje al lado de su boliche para que me escondiera. Mi mujer me rogó que lo hiciera y que después buscara refugio en casa de sus padres. No sabía qué camino tomar, no quería ir de nuevo a prisión ni quería ser fugitivo. Indeciso, me dejé llevar y opté por esconderme, aunque antes me despedí de mis alumnos.

—Amados niños que alegráis mi corazón —mi voz temblorosa y la emoción que contenía fue seguida de un silencio expectante—, cuánto lamento deciros que he de irme otra vez. Son tiempos difíciles, de extremada dureza y nos culpabilizan por nuestras ideas. No creáis que hemos cometido fechorías, ya me conocéis y también a vuestros padres. Ellos, como yo, os lo aseguro, son culpables de querer un futuro mejor para vosotros. Ellos son culpables de querer que sus hijos no sean analfabetos. Ellos son culpables de soñar con la libertad y de soñar con un terruño propio que os pueda alimentar con dignidad, para no estar sometidos al yugo del hambre, ni a los caprichos de los señores ni a la caridad de la Iglesia. Si por cualquier motivo esta escuelita no puede seguir más, la semilla está ya en vosotros. No la olvidéis, convertíos en vuestros propios maestros, esforzaos por aprender y esa semilla por sí sola fructificará... —La luz grisácea entraba por la apertura del chozo, una tenue brisa removía la llama de un candil encendido.

Abracé a mi mujer y a mis hijos mayores, que lloraban desconsolados, ante el apremio de Casimiro.

—Ya se acercan, corre, que no te detengan. Tú eres la esperanza para muchos de nosotros. Te queremos en libertad.

En el agujero terroso, como un topo, permanecí escondido hasta el anochecer, mientras desbarataban el boliche cercano en mi búsqueda. Sentí cómo merodeaban a dos pasos de mí, con el corazón encogido y temeroso, pero Casimiro había borrado en segundos cualquier huella exterior y simuló el hueco con leña vieja antes de enterrarme en vida, con un par de cañitas disimuladas entre los maderos para poder respirar.

—¡Muy lejos no puede haber ido! Ayer me aseguraron que estaba aquí, en el chozo que utiliza para las clases —exclamó el sargento de Arcos con enfado.

Detuvieron a Casimiro, Antonio el Miserio y otros federados más.

—Por qué nos detienen, no hemos hecho nada —gritaba con ira Casimiro, unos segundos después le golpearon en la boca para que callara.

—Nuestra vida no vale *ná*. *Ná de ná* —murmuraba apesadumbrado el Miserio.

En la noche, temblando de frío y de miedo, decidí escapar de mi agujero. Pude ver desde lejos a mi mujer que mecía a nuestra pequeña junto a mis otros dos hijos, parecían estar bien, acurrucados en una hoguera junto al chozo. Seguro que María Frasca al permanecer fuera me quería transmitir tranquilidad para que no me preocupara por ellos. Deseé acercarme sigiloso. Habría sido una temeridad, ya que había una pareja de civiles apostados vigilando el lugar. Como un fugitivo, lo que no quería ser, me interné campo a través para dirigirme a Arcos.

La gélida humedad de la noche empapaba mi ropa. Me arañé en mi loca carrera por la maleza, sentía mi corazón desbocado al oír los ladridos de los perros que me persiguieron cuando me interné por la Parrilla Baja. Me arrastré por los suelos como una culebra

para ocultarme de los guardias civiles que vigilaban los caminos principales y estaban a la caza de federados. Como el puente estaba vigilado, crucé el río Guadalete.

Mis alpargatas y pantalones dejaban un reguero de gotas de agua tras de mí. Aterido de frío, llamé presuroso a la casa de mis suegros; el pueblo estaba oscuro y en apariencia tranquilo, sumergido en la noche que agonizaba. Un gallo quejumbroso y mis insistentes golpes rompieron el silencio de la madrugada. Mis suegros me abrieron alarmados. Me ofrecieron ropa seca, unos borceguís antiguos de suela ancha y cuero fino que me llegaban hasta las rodillas y un raído cobertor para no coger una pulmonía. Algún alma caritativa de las que están al servicio de los poderosos o buscan tratos de favor me vio entrar y fue con el cuento a los civiles.

Una hora después estaba en el cuartel, desmayado por mi largo ayuno y, a falta de pan, recibí las hostias que me dio un guardia corpulento y con cara de pocos amigos. No dejó de golpearnos a todos los parias que allí había, eso sí, con meticuloso orden de llegada. Para mi sorpresa, el cuartelillo estaba repleto de jornaleros conocidos de la Federación. Al parecer de los guardias, todos éramos de la Mano Negra.

El sargento de Arcos me dedicó gran parte de su precioso tiempo para interrogarme e insultarme. La acusación contra mí subió de tono y ahora me culpaban de formar parte de un tribunal popular que había ordenado la muerte del Blanco de Benaocaz. Un bala perdida, un irresponsable, primo de los hermanos Gago, que había desaparecido. Ellos, Bartolo y Manuelillo, los Gago, habían confesado ya su culpabilidad y su pertenencia a la Mano Negra, me aseguró la Guardia Civil. Si creyera en las maldiciones, diría que aquella que nos auguró el Brujo en Bolonia nos estaba ocurriendo.

Me golpearon y patearon para hacerme hablar hasta perder por momentos la respiración. La sangre brotaba de mi nariz y muchas partes de mi cuerpo estaban magulladas. Como no consiguieron sus propósitos, me trasladaron a la cárcel de Arcos. Allí permanecí incomunicado sin poder hablar ni moverme. Situado en el centro de

una celda vigilada que olía a miedo y sufrimiento humano. En cada rincón había un federado, de los más conocidos en el pueblo. Oí decir en un cuchicheo de civiles que allí estábamos los jefes de la Mano Negra.

El comandante de la Guardia Rural acudió al encuentro del capitán Oliver en la taberna Casa Pepe de Jerez. Los toneles distribuidos a lo largo del local servían como barra para los clientes que gustaban de estar de pie, mesas de madera con sillas de chopo y enea completaban el mobiliario. Monforte ocupó un cuarto con una confortable chimenea reservado a clientes distinguidos, en el centro una camilla circular y recios asientos de olivo. En la pared blanca de cal un cartel de toros de la plaza de Sanlúcar en el que resaltaban como principales figuras: el cordobés Manuel Fuentes, Bocanegra, y el Lagartijo. Curro, el camarero, les sirvió unas olivas y dos catavinos con buen vino fino.

—Currito, hijo, tráete unas tapitas de jamón de pata negra para estas copas, pero no te cortes por traerlas transparentes —bromeaba Monforte con un catavino en su mano, lo olió con satisfacción y miró a su compañero—. Brindemos, capitán, porque a esa ralea de manos negras les vamos a dar de hostias hasta que no quede uno. La mala hierba hay que cortarla de raíz, no podemos bajar la guardia.

—No te preocupes, Tomás, esos anarquistas tienen los días contados. La prensa juega a nuestro favor y exige al Gobierno más contundencia y más guardias civiles —apuntó satisfecho el capitán Oliver, cogió también su copa y la alzó con un brindis enérgico—. ¡Por el éxito de nuestra misión!

—¡Por el éxito! Por fin ha llegado la hora de dar a la caterva de internacionalistas su merecido. Estaban crecidos como la espuma y extendidos como la mala hierba. Pero ninguno más se irá de rositas, por poco se nos escapa el maestrito, que es un listillo y de los más peligrosos, actúa a la chita callando con esa carita de mosquita

muerta. Un enteradillo que asistió al congreso de internacionalistas en Sevilla, además de ser el artífice de la Federación en San José del Valle.

—Esta vez, Tomás, asegúrate de que el pájaro confiese. Ya se nos ha escapado una vez. Sin confesión ni pruebas no podemos retenerlo por mucho tiempo.

—Le aseguro que a ese le corto las alas como me llamo Tomás. Igual le voy quitando las plumas una a una y para siempre.

—Confío en tu saber hacer, Tomás, cerciérate de que firme y que esté entero, sin que nos puedan acusar después de torturas exageradas.

Don Eusebio entró en ese momento en la taberna acompañado de dos escoltas, mientras otro permanecía fuera. Se dirigió solo al cuarto que ocupaban los militares.

—A la paz de Dios, señores. Espero no interrumpir, vengo a saludarles y felicitarles. Le dije a uno de mis criados que me avisara cuando les viera llegar.

—Pase usted, don Eusebio, que para nosotros es siempre bien recibido —señaló servicial Monforte.

—Quiero darles la enhorabuena, ya me he enterado de que han capturado a un jefe de la Mano Negra, al maestrillo. Estos son los peores, porque son predicadores que envenenan a los demás, aunque ellos no se manchan las manos. Así que repito mi sincera felicitación por los arrestos y mi agradecimiento por sus sacrificios y su actuación eficaz contra el bandolerismo anarquista.

—Gracias, don Eusebio, siéntese y tómese una copita con nosotros. Charlemos, que aquí podemos hablar con tranquilidad.

—Bien, un momentito solo. Quiero comunicarles también que informaré al Gobierno para solicitar una compensación por vuestros desvelos. Cada vez que voy a Madrid hablo con don Antonio Cánovas. Ya conocen mi actuación en los encuentros que hemos mantenido con el general Polavieja para resolver de una vez por todas este asunto.

—Gracias una vez más, don Eusebio —dijo solícito el comandante Monforte con un toque afectuoso al brazo del cacique conservador—. Son tiempos difíciles, pero por fin ha llegado la hora de arrancar la mala hierba de cuajo. También nos hemos enterado que ha tenido que aumentar usted sus escoltas. Por nuestra parte vamos a hacer todo lo posible para limpiar la comarca de la escoria terrorista.

—Ojalá lo consigan, con los tiempos que corren no hay más remedio que protegerse. Mi familia es lo primero y he recibido una nueva amenaza exigiéndome, a cambio de la tranquilidad de los míos, una buena suma de dinero que, por supuesto, no voy a atender. Dadas las circunstancias, he contratado un nuevo refuerzo, un jefe de escolta muy eficaz que me han recomendado. Me han asegurado su valentía, pericia con las armas y que no está contaminado de ideas subversivas. Yo mismo he comprobado su excelente puntería. Así que yo no necesito saber más. No quiero ningún santo y sí un hombre duro. Le he dicho que mientras trabaje para mí no tiene nada que temer. De ahora en adelante, y mientras esté a mi servicio, su pasado está limpio. ¿No les parece, señores? Estamos en tiempos extraordinarios.

—Por supuesto, nadie va a molestar a una persona que sea de su confianza y que usted avale con su palabra como una persona de orden. Haya hecho en el pasado lo que haya hecho —afirmó con convicción Monforte— a nosotros nos basta con su testimonio, somos personas de honor. Ande, don Eusebio, beba usted que vamos a pedir otra ronda.

—Si lo estima oportuno enviaré algún investigador nuestro para ver esa amenaza que ha recibido y asegurar su protección. La Mano Negra tiene muchos tentáculos.

—No faltaría más, capitán, cuando usted quiera, aunque comprenda que yo he de asegurar con mis medios la protección de mi familia.

El nuevo jefe de escolta de don Eusebio esperaba fuera de la taberna Casa Pepe, le gustaba mantener siempre las distancias con otras personas. Iba vestido con chaqueta, pañuelo de seda al cuello y un elegante sombrero. Portaba un fusil Berdan en la mano y llevaba enfundado un revólver plateado en el lateral de su chaleco; en otra funda de cuero atada al tobillo y bajo sus pantalones, una faca sevillana con cachas de hueso. Se hacía llamar por los escoltas subordinados, don Miguel. Unos meses atrás, con pañuelo de hierbas atado a la cabeza, faja y pistolones, era Miguelillo Ajorcajambre.

Con el paso tambaleante de la embriaguez se acercó a él una joven, con aire de buscona que se disponía a entrar en la taberna.

—Vete de aquí, furcia borracha, este es un lugar respetable para que entren mujeres como tú.

—Como te odio, Miguelillo, si yo contara...

—¡Cállate, furcia! Si hablas más de la cuenta te rajo en canal, tú bien lo sabes, y cuando te dirijas a mí me llamas don Miguel. Espero no tener que repetirlo. A quién le importaría que aparecieses ahogada en el Guadalete o degollada en una callejuela entre inmundicias. Yo no amenazo en balde.

—Está bien, señorito don Miguel —le contestó con sorna la Rosa—. Aunque fui yo quien te dio la idea de convertirte en un señorito, ¿es que ya no te acuerdas? Invítame a un trago de vino y me largo como una muda.

—Márchate ya.

—Tú, tú y el Viejo tuvisteis la culpa de todo lo que ocurrió —amenazaba con el puño la Rosa, mientras temblorosa se alejaba del lugar—. Por vuestra culpa perdí al único hombre que me ha querido de verdad. ¿Por qué tuvo él que morir?

CAMINABA COMO UN SONÁMBULO DE ESPALDA

En Jerez de la Frontera la mañana limpia exhalaba fresca y aroma de bodega, apenas unas nubecillas blancas apuntaban por el oeste. Pedro Holgado salía de la casa de su tía Isabel a la calle de las Naranjas, justo en frente de la fonda de Manini Enrique, donde se alojaban otros periodistas. Algunos de sus colegas con mayor poder económico se hospedaban en el hotel Ricco Hermanos, el de más categoría de la ciudad. Holgado no se quejaba, su habitación era modesta y confortable. Había conseguido que su tía le colocase un escritorio pequeño, el cual le dificultaba el paso, pero él entraba con maña por un lateral de la cama. Con andar espacioso para disfrutar el agradable solecillo invernal se acercó a un puesto de churros, que en Jerez llaman también bollos. Quería comprar unos calentitos para tomarlos con el café de puchero que preparaba su tía. En la cola, un anciano y dos criadas hablaban de los crímenes de la Mano Negra. Holgado permaneció atento a la conversación, reconoció a una de ellas, Juanita, la niñera que trabajaba en casa de don Eduardo.

—Mi señora doña Guadalupe, que es muy entendida, tú ya me comprendes, me dijo que a uno de la Mano Negra de mi pueblo lo habían colgado bocabajo en un árbol. Le habían cortado la lengua y le habían puesto un letrero que decía «chivato». Otros dos manos negras le dieron una paliza a un guarda que no quería asociarse con

ellos. Ahora que el pobre está criando malvas se ha destapado el asunto, ya lo llaman el crimen de Arcos.

—Pues andaos con cuidado las que sois de Arcos. Porque a mi amiga Toñi, tu paisana, la han puesto de patitas en la calle por ser de allí y porque tiene un tío al que han detenido. Están diciendo que hay criadas de la Mano Negra que envenenan a los ricos.

—¡Ay, no me digas eso! Somos muchas las pobres de Arcos y otros pueblos de la sierra que servimos aquí, al final vamos a pagar el pato nosotras. Yo no sé ya ni qué pensar... Yo misma decía, por lo que oía de mi señora, que la Mano Negra era peor que la peste, la triquina y que el aceite de ricino juntos. Una mafia asesina que chupa o roba hasta la sangre de los pequeños señoritos. Ahora ya no sé, estoy hecha un lío, porque resulta que han detenido también a mi primo Frasquito, que es un cacho de pan. Lo digo yo que lo conozco bien. Ese, si tiene la mano negra, es de trabajar; en cambio, la Pepa, su mujer, esa sí que es una lagarta, pero él es un bendito con pantalones.

—Algo malo habrá hecho, chiquilla.

—Que no, que te lo digo yo, que me quede tiesa si miento, que ese es parecido a un san Frasquito.

—Juanita, hija, no digas eso ni en broma, no sea que por mano del diablo te vaya a dar un soponcio, ya no se puede poner la mano en el fuego por nadie.

—No te preocupes, Fernanda, que sé lo que me digo. A lo que iba, el bueno de Frasquito estaba apuntado en la asociación de campesinos de San José del Valle, y como no sabía hacer ni la o con una perrilla se apuntó a la escuela que puso la asociación, sin costarle ni un real. Eso sí, pagaba todos los meses tres reales por ser asociado. A mí me preocupa hasta mi padre, Casimiro. Aunque él está en el cortijo de Alcornocales, también andaba allí metido. Ya hace un mes que no sé nada. El bendito de mi padre estaba muy disgustado con mi hermana, la Rosa. No sabemos *ná* de ella, dejó al marido, el Miserio, muy poquita cosa, pero un buen apaño para la preñadura, tú me entiendes, y muy buena gente, pero la

desvergonzá se fue con un contrabandista. Ella en el fondo es buena, pero muy locuela, no lo puede remediar, qué quieres que te diga, Fernanda, que se pierde por unas portañuelas..., tú me entiendes...

—Hija, que *complicá* es la vida. ¡Dolores —le gritaba a la churrera—, no partas la rueda ni le quites la porra!, que luego mi señora dice que me he comido yo los calentitos por el camino. Bueno, Juanita, que ya me ha despachado la Dolores y me tengo que ir.

—Anda que yo, después me riñe la señora y me dice que estoy de cháchara y que me descuido con su Marianito. La muy *desconfiá* tampoco quiere que le partan los calentitos, que eso lo hace ella.

Holgado entabló conversación con Juanita sobre su pueblo y la Mano Negra. Como esta tenía prisas, cuando le sirvió la churrera se fue presurosa. El periodista decidió que al día siguiente visitaría la población de Arcos.

Mi pesadilla no había terminado, ni tan siquiera había empezado. Todos mis temores se agravaron cuando salí de noche de la cárcel acompañado del comandante Monforte y de dos guardias rurales que habían llegado en mi búsqueda.

—¿A dónde me llevan? —les pregunté varias veces. Como única respuesta recibí empujones o culetazos con sus armas, sin más.

Una luna cobriza iluminaba la noche, arreciaba un viento helado. Me llevaron a un olivar, en el silencio nocturno percibí el lejano aullido de un lobo.

—¿Qué quieren de mí? —sonó mi voz angustiada.

—Ya es demasiado tarde —se dignó contestarme el comandante Monforte—. De ti no queremos nada. Te crees un listillo y te vamos a matar.

—¿Matarme... se han vuelto locos?

—Confiesa, listillo, si no quieres morir.

—¡Dios mío! Pero qué quieren que confiese, yo no he hecho nada.

—¡No ves como eres un listillo! Ahora te acuerdas de Dios. Pues si no confieras te mataremos como a un perro. Arrodíllate ahora mismo.

—Les juro por mis hijos que yo no he hecho nada de lo que me acusan, ni pertenezco a la Mano Negra...

—Reza, si sabes, porque esta noche vas a morir. ¡Arrodíllate! — me ordenaba Monforte sin inmutarse.

¡Qué injusta me parecía la existencia! Qué preocupada estaría María Frasca. ¿Qué sería de mis tres hijos? Dios, si existes, cómo permites esto. Dios, yo no quiero morir...

—¡Arrodíllate, te he dicho!

—Si me van a matar..., yo me quedo de pie.

—Tú te callas y obedeces. —El guardia me golpeó la cabeza con su arma—. Comandante, para qué desperdiciar balas, lo ahorcamos como si fuese un suicidio. Muerto el perro, se acabó la rabia.

—Eso tiene más brega, mi comandante, lo mejor es que camine un poco y así cuando disparemos explicaremos que intentaba escapar. Un intento frustrado de fuga —sugirió con frialdad el guardia, un tal Román, un tipo robusto como el que me había golpeado en el cuartel.

—Está bien, maestrillo, está claro que si no confieras tu culpabilidad no sales vivo. Camina, corre..., ¿o prefieres que te ahorquemos? Tú eliges.

Con los ojos espantados me di la vuelta y los miré a la cara, incrédulo. No me podía estar ocurriendo. Me alejaba y los guardias con sus fusiles se preparaban para disparar ante mi silencio, atentos a la orden de Monforte. Tal vez fuese todo una maldita alucinación, era todo tan irreal en el desamparo de la noche. Apreté mis uñas contra la palma de la mano hasta sentir dolor y marcar un hilillo discontinuo de sangre para saber que estaba despierto. Monforte me gritaba despectivo y su voz desagradable no dejaba lugar a dudas, no bromeaban. Yo no soñaba, vivía una pesadilla real.

—Te vamos a matar de todas formas a no ser que firmes tu confesión. Así que corre e intenta escapar, al menos tienes una oportunidad. No te preocupes por la barragana que dejas. Está de buen ver y nos la llevaremos al cuartelillo para interrogarla y ya sabremos qué hacer.

Todo había enmudecido con un silencio de muerte en una noche glacial. Estaba deshecho y no quería morir, solo, desamparado. «Esto no puede estar ocurriendo», me repetía. Empecé a tiritar de miedo y rabia.

—¡A mi mujer no la toquéis! —les grité.

—De ti depende, porque primero te matamos y después vamos a por ella. Esa bastarda, que ha nacido mientras estabas en la cárcel, se la entregamos a una familia decente que la bautice y la eduque como a una católica de bien, no como a una mora. Así que empiece ya a correr y terminamos pronto... A no ser que quieras firmar la declaración.

Estaba descompuesto, pero tenía que contenerme y pensar rápido. Con los ojos empañados miré a los olivos de ceniza mojada, los fusiles oscuros que me apuntaban con sus bocas de fuego y a las caras insensibles de mis verdugos que me gritaban voces soeces. La luna con fulgores rojizos acariciaba el horizonte, el terruño que pisaba agrietado. Miraba a la muerte de cara, aunque no era un valiente. Lloraba y no quería morir, pero cómo iba a firmar. Hasta tres veces hicieron el simulacro de disparar a matarme y fueron siempre las balas al aire, aunque una de ellas rozó mi cabeza y sentí el frío aliento de la muerte.

—Estamos afinando la puntería para darte una oportunidad. Pero que sepas que de aquí no sales vivo sin firmar. Y mi paciencia está ya agotada —la voz de Monforte resonó agria cuando después del último disparo me arrodillé deshecho en sollozos.

Caminé una vez más como un sonámbulo, de espaldas, sin perder de vista a mis verdugos. La vida, puta cabrona, a la que tanto había amado, me daba a mí también la espalda, como a tantos otros pobres infelices. «Por qué contigo iba a ser diferente, desgraciado,

acaso te crees especial porque sabes leer y escribir», me dije. Cuántas horas llevaba ya con Monforte y su rabia no contenida, decidido a asesinarme si antes no confesaba. No lo sé, pero los muy canallas estaban empeñados en matarme si no declaraba mi culpabilidad y cada vez parecían más fuera de sí, más nerviosos y exasperados. Adiós a mi mujer, a mis hijos, a tanta criatura como amo, adiós al tibio sol en la fría mañana, al verdor del campo, a la tierra recién mojada, al alegre canto del petirrojo y a los arroyos que tanto alegran mi alma. ¡Yo no quería morir! Lloraba como un niño.

Continué caminando igual, como un sonámbulo, de espaldas, rápido, sin darme la vuelta, huía como un cangrejo aterrorizado. «¿Cuánto va a durar este juego macabro? No me dispararán por la espalda, tendrán que hacerlo a la cara».

—La próxima vez disparáis a matar —gritó muy enfadado Monforte.

Cada vez más veloz y más asustado sentí el vértigo y la pérdida del equilibrio. Caía al suelo, tal vez me habían disparado, mi conciencia atribulada no discernía. «¿Había sonado un estampido sordo o era el golpe de mi cuerpo al caer?». Aún no estaba muerto, fue un disparo sentido más que real. Tenía una oportunidad más de aferrarme a la vida y dar tiempo para buscar la seguridad de mi familia. Había caído en una pequeña hondonada. Aturdido, me toqué en busca de una herida, no tenía sangre, pero mis pantalones estaban ya mojados de orina para mi vergüenza. Todavía podía mover los labios cuando vi acercarse el rostro amenazador de Monforte y los fusiles negros que me oteaban.

—No puedo confesar lo que no he hecho —le imploré lloroso.

—Después de matarte iremos a por tu mujer, como cómplice de un terrorista —me gritaba con voz encolerizada el comandante, casi en los oídos, seguro de haber encontrado ya mi talón de Aquiles—. Como buena hembra que es ni te imaginas lo que nos vamos a divertir con ella antes de ahorcarla. Por supuesto, será un suicidio por ser la mujer de un terrorista. Esta noche ha sido un paseo de recreo comparado con lo que le vamos a hacer a la puta de tu mujer.

Nos recrearemos con ella sin prisas, como amamanta a la bastarda, ordeñaremos sus pechos, le quitaremos los calzones y la...

—¡Basta! ¡Basta ya, no quiero oír más! —Roto, casi desmayado, dos días sin comer ni dormir, sumiso y cobarde, claudiqué. Una voz quebrada emergió de lo más profundo de mi ser—. Señor, firmaré si me prometen no hacerle daño a mi mujer.

Cobarde, fui un cobarde y tal vez todo había sido una atroz farándula. Monforte lo tenía bien urdido y preparado, fui una presa asustada en su odiosa tela de araña. Sin darme tiempo a digerir mis palabras me hizo firmar una declaración que llevaba en su casaca, sin leerla y allí mismo sentado en el socavón, absorto, avergonzado y derrotado. Pude apreciar, a través del reflejo de las primeras luces del alba, el brillo del triunfo exultante y no disimulado en el rostro sonriente de mi verdugo⁵.

⁵ En el juicio que se celebró en junio de 1883, en sus respuestas al fiscal, Juan Ruiz aludió a los «modos especiales de convicción» de los guardias para conseguir que firmara su declaración, como consta en el sumario del proceso del juicio de la Parrilla y ha sido también recogido por algunos autores como Juan Madrid (1998): *La Mano Negra*. En la cárcel de Arcos recibió la visita del comandante Pérez de Monforte, quien lo paseó toda la noche hasta conseguir su objetivo.

LA CUERDA DE PRESOS

El antiguo bandolero, apostado en un ángulo oscuro de la calle, contempló el efímero brillo de una estrella fugaz en la oscuridad de la noche. Mientras fumaba un cigarrillo, preparado con el ritual acostumbrado, rumiaba atormentados pensamientos. La Rosa era un problema y ya no podía confiar en ella. Estaba trastornada y era peligrosa. Don Eusebio continuaba su cháchara en la taberna, nada parecía alterar la tranquilidad del lugar.

Todo había cambiado en sus vidas demasiado deprisa, pero él seguía siendo Ajorcajambre. Sobrevivía en el pantano de la vida, lo único que había hecho había sido tratar de adaptarse con huevos a los nuevos tiempos infectados de civiles. Servía a un hacendado poderoso. Su vestimenta actual era más parecida a la de un señorito. Una auténtica renovación y todo debido a la persona que más había odiado en su vida, a don Rosendo, el culpable de las desgracias de su familia.

Hacía frío para la poca ropa que llevaba, notaba los vellos erizados. Sentía un repelús que podía ser también de miedo. A la Rosa le temblaba el cuerpo después del encuentro con Miguelillo. Lo conocía bien desde el verano pasado y sabía de lo que era capaz. No quería acudir en busca de su hermana Juanita por temor a comprometerla, ni volver con su padre ni con el Miserio, después de haberlos abandonado. Sería mostrarles su locura y su fracaso. Era

tan desgraciada. La única salida que vio fue prostituirse en Jerez. Su destino era ahora tan oscuro como el callejón sin farolas y maloliente por el que transitaba.

Antes de alborear el día, Holgado partía hacia Arcos de la Frontera subido en una burra panzuda, que a lo mejor estaba preñada. Había alquilado la pollina a un arriero la noche anterior por un buen precio. Le había asegurado que le daría el avío para sus propósitos viajeros.

Arcos parecía adormecido en la alta peña que le servía de asiento y lamía en la hondura el río Guadalete. A media mañana, el periodista enfilaba por su caserío blanco hacia la cárcel. Desde el primer momento supo que algo extraordinario pasaba. Una multitud de hombres silenciosos abarrotaba las cercanías como en un duelo de difuntos. El interior de una casa estaba ocupada por algunas mujeres con muestras de dolor. Holgado preguntó si algún vecino había muerto y le contestaron que no. Al indagar la causa de tanta expectación silenciosa, le aclararon que una cuerda de detenidos del pueblo iba a ser conducida por la Guardia Civil hasta Jerez.

La cárcel era una vieja casona deteriorada, había servido como casa de vecinos y ahora era una prisión atiborrada. Tuvo que identificarse como periodista para que los guardias lo dejaran acercarse, pero sin permitirle hablar con los presos. Escuchó un revuelo de movimientos, una agitación sacudió la masa humana, leves murmullos que no rompieron el tenso silencio. Los primeros presos, atados de dos en dos, con rostros que reflejaban angustia, cansancio y temor, salían acobardados al exterior. Varias mujeres presurosas ocuparon las primeras filas, algunas de ellas con hijos en brazos. Los guardias refugiados en sus uniformes, tricorrios y grandes bigotes apartaban sin muchos miramientos a los familiares. Una pareja de civiles subida a caballo miraba al populacho con cierto desdén.

La cuerda de presos, con algo más de medio centenar de reos emparejados, parecía un ciempiés gigante que salía de la prisión. Una multitud campesina, sin portar armas, envolvía el espacio de alrededor en un ambiente que rezumaba tensión y tristeza. Muchas mujeres lloraban desconsoladas.

—¿De qué los acusan? —preguntó el periodista, mirando a un lado y a otro, sin encontrar una pronta respuesta.

En muchos rostros vio miedo y bocas enmudecidas. Un campesino, ante su mirada persistente, alegó:

—Yo no sé nada.

—Todos son pobres trabajadores y ahora dicen que son de la Mano Negra —le respondió una mujer que sobrepasaba la cuarentena de años, desgastada por la vida—. Claro que tienen las uñas sucias y las manos encallecidas de tanto trabajar. ¿Qué va a ser ahora de nuestras familias si arrestan a nuestros hombres? ¿Quiénes nos van a amparar, si ya pasamos hambre? Esto es peor que la muerte, es morir poco a poco. Aquel de allí —señaló solo con la mirada— es un maestro que no ha hecho mal a nadie. A mí me enseñó a escribir mi nombre y estuvo trabajando aquí, en el Ayuntamiento. Lo único que ha hecho es ayudar a los más pobres y, si era malo, era para su casa, porque un cacho de pan que tenía, lo repartía.

Observó al pobre hombre que refería la anciana, vestido de campesino como los demás. Su rostro parecía abatido, no denotaba mayor inteligencia que el resto, pero sí una inmensa tristeza. Una mujer se acercó para tocarle la mano. El guardia civil más cercano estuvo tentado de darle un culatazo con su fúsil, pero al ver su desamparo se detuvo y la apartó sin mayor violencia. El preso mostró entonces una sonrisa y mantuvo la mueca alegre, que más parecía de angustia, gran parte del trayecto. Sorprendente manifestación fue la que acompañó a los detenidos hasta el final del pueblo, como se suele hacer en un duelo de difuntos hasta el cementerio. Holgado caminó impresionado por el silencio espeso, roto por el llanto de algunas mujeres, hasta más allá de las últimas

casas del pueblo donde la gente ya se detuvo sin gritos, con su equipaje de desasosiego, tristeza y resignación.

Apenas si me sostengo en pie, estoy agotado, sucio, me duele mi cuerpo lastimado y solo quiero llorar, pero tengo que mantener mi compostura. Cuánta buena gente sencilla viene a protestar ante tamaña injusticia, me llevan a Jerez encadenado junto al pobre Miserio, aunque ya les he dado lo que querían, mi libertad, a cambio de dar más tiempo a mi vida y más seguridad a mi familia. Veo desde lejos a mis suegros, los pobres están preocupados. ¡Oh, no!, ¿por qué habrán avisado a María Frasca, no le conviene más disgustos si está amamantando a nuestra pequeña. La veo acercarse y me alegra el alma, pero temo que le hagan daño.

—Por favor, señor, está criando a un bebé y ya se marcha —me dirijo hacia el tricornio que está junto a mí.

Con su coraje fuerte de mujer llega a tocarme con sus dedos, aún me reconforta el roce de su mano. El guardia civil, al final, ha sido considerado con ella. Ahora sí sonrío. Siento sus miradas, las de mi mujer, mis suegros y las de todos los pobres que nos acompañan. ¿Los habré defraudado? Quieren mostrarnos su apoyo y he de mantenerme, pero mis fuerzas están exhaustas y temo desmayarme. Tres días dura ya mi calvario, sin dormir, un mendrugo de pan de centeno y agua es lo único que he tomado. He de ir caminando hasta Jerez.

Descendemos de tierras más altas entre colinas onduladas a la feraz campiña. Por qué ha de haber una propiedad cerrada en estos prados y montes. Si al menos los liberales no hubiesen sido tan torpes y en lugar de subastar las tierras comunales a los únicos que podían comprarlas, es decir, a los ricos para hacerlos más ricos, hubiesen repartido algunas propiedades de la Iglesia y las comunales entre los campesinos que la faenaban, otro gallo hubiera cantado. Cuánta injusticia, cuánta impotencia y cuánta miseria en una tierra tan fértil como la que pisamos.

A mi memoria acuden momentos vividos con intensidad que me ayudan a seguir caminando. A veces había leído a los jornaleros la *Revista Social*, con qué fervor y esperanza escuchaban. Recuerdo bien la asamblea en San José del Valle cuando formamos la Federación con más de cien asociados. Cargados de esperanzas nos apretujábamos en el corral de una casa. Desde lo alto de una pila de leña me dirigía a ellos con convencimiento.

—La tierra debería ser como el mar, sin dueños, o de quien la regase con el sudor de su frente. Habría entonces terruño y pan para todos. En lo que conozco bien, el término de Arcos, de Jerez hasta Sevilla y de esta capital hasta Écija, mi pueblo natal, sería capaz de alimentar a miles y miles de familias campesinas, y no exagero. Cuánta inmensidad de tierra generosa, la campiña del Guadalquivir, como puede apreciar cualquier viajero. Qué gran injusticia siempre repartida en grandes lotes entre condes, marqueses y burgueses. Los gañanes no queremos lo que no es nuestro, solo dignidad y derecho a vivir de nuestro trabajo. Pero tenemos también derecho a una tierra que hemos labrado, quitado el monte y regado con nuestro sudor por generaciones.

Notaba las caras de expectación, me encontraba unido a estas gentes, a sus miserias y a sus ilusiones por una vida mejor. Ellos, entregados a mí, aplaudían con entusiasmo, percibía la cercanía y el calor que nos unían. Sembraba esperanzas y esperaban tras mi silencio que les siguiera alimentando sus entrañas con palabras hermosas que llevarse a casa. Era maravilloso pensar que sus hijos y sus nietos no pasarían tantos padecimientos como ellos...

Íbamos a constituir una sociedad de socorro mutuo, que amparase al pobre jornalero cuando cayera enfermo, a los viejos, las viudas, que iba a exigir a los patronos lo que era nuestro, porque habíamos tocado fondo con tantas hambrunas, epidemias, penalidades y muerte. Nuestra sociedad era para labrar un mundo mejor... Los que creyeron en esta ilusión, marchan ahora como yo, derrotados, maniatados como si fuésemos peligrosos criminales.

Todos los de mi cuadrilla de la siega de este verano están detenidos, salvo el Petenera, que había huido al monte. Detrás de mí está el bueno de Casimiro. Al final marchan también los hermanos Gago, Bartolomé y Manuelillo. Este último no deja de hacer pucheros. Los acusan junto con otros federados de haber matado a su primo, llamado también Bartolomé, aunque conocido por todos como el Blanco de Benaocaz. Su cadáver no había aparecido, pero la Guardia Civil lo había dado por muerto por un chivatazo que había recibido. Lo peor de esta triste historia es que culpabilizan a los hermanos Corbacho de haber dado la orden de asesinarlo y a mí de haberla firmado. Nos acusan de formar parte de un tribunal popular de la Mano Negra. Maldito, mil veces seas, Monforte, cómo me intimidaste para hacer que firmara una declaración de culpabilidad. Qué estúpido fui al caer en esa encerrona, tal vez no me hubieses matado y solo jugabas conmigo de la manera más cruel e inhumana.

EL DEVOTO RUFIÁN

La Rosa había sido tan feliz y ahora su sino estaba enmarañado. Ella, que tanto había coqueteado y que disfrutaba con sentirse deseada, sin embargo no sabía lo que era amar de verdad hasta que el Lagartijo fue entrando en ella como un dulce veneno. Manuel, como en realidad se llamaba, era una mezcla curiosa: hábil, escurridizo y al mismo tiempo vergonzoso. Mostraba siempre una sonrisa y un ligero rubor que lo paralizaba cuando ella le hablaba. Sin pretenderlo, como si hubiese bebido un hechizo, quedó absorbida por el muchacho hasta no poder desprenderlo de su vida. Nunca, nunca, había sido amada por ningún hombre con esa intensidad. Ella les daba lo que buscaban, su cuerpo, y si te vi no me acuerdo. Con el Lagartijo todo había sido distinto, era su reina y estaba pendiente de su más mínimo deseo.

El Miserio nunca le pegó, la protegía más que la quería. La recogió por amistad con su padre. Al acostarse con ella miraba a otro lado, avergonzado porque su viejo pito no respondía. Habría sido un buen padre si su criatura hubiera nacido viva. Pero al morir, aquella unión no tenía futuro ni razón de ser, como el Miserio bien sabía. Seguro que sintió alivio cuando ella escapó con Miguelillo. El bandolero la consideraba suya, pero en él no había más que posesión y brutalidad. Con el Lagartijo era distinto, tenía tanta ternura. Le gustaban mucho las mujeres, pero nunca había estado con ninguna.

Recordaba bien aquella tarde encendida de rojos y violetas. Manuel le regaló ilusionado un collar de hilo negro con pequeños

animalitos de madera que él mismo había realizado con su navaja. Palomas, ardillas y mariposas minúsculas junto a caritas de sol o de luna sonrientes. Una preciosidad que ella le agradeció con un beso largo que puso su rostro como los granates del atardecer. Aquella noche, cuando Miguelillo la quiso montar, lo apartó con delicadeza, no le apetecía que la tocara. Pero él la abofeteó y le rompió el camisón que llevaba. Al descubrir el collar lo arrancó con fuerza hasta arrojarlo fuera donde estaba el Lagartijo. Brusco y maldiciéndola se apartó de ella.

Miguelillo Ajorcajambre en su nuevo papel de jefe de escolta de don Eusebio tenía tiempo en sus largas vigilancias para elucubraciones. Su memoria volaba sin querer como un moscardón. Lo hacía sin sentimiento de culpa ni añoranza. Lo hecho, hecho está, se decía. Un anhelo de Miguelillo, incluso antes de la venganza del Liebre, había sido secuestrar a don Rosendo, el culpable de los males de su familia. En aquel otoño de hambrunas y epidemias, cuando estaba decidido a hacerlo, no le quedaba ya una partida de bandoleros. El Vivillo estaba en la comarca de Estepa, trampeando entre telas y mercancías del contrabando. El Viejo estaba acabado y cualquier día él lo mataría por compasión, porque no se puede tener pena por vivir y chochar siendo un bandido. El Lagartijo era otro sentimental ablandado, que no tenía ojos más que para la Rosa. Entretenía su tiempo con figuritas de madera que hacía con la navaja y garabateaba letras porque quería ser letrado. Hasta la muchacha había cambiado, se mostraba huraña y reacia a sus caricias. Tendría que ajustar cuentas con los dos, no estaba bien que la mujer que poseía se fuese con otro sin que él la repudiase antes. Si lo permitía, perdería el respeto de los suyos y no lo considerarían el jefe. Hasta en la manada de lobos así se hacía; el dominante era el que se apareaba con las hembras que elegía, y ellos eran como lobos.

Miguelillo tenía varios refugios donde pasar largas temporadas cuando las cosas no pintaban bien. Cerca de Arcos utilizaba el chozo de Abelardo el cabrero. Este tenía buena relación con los señoritos y con los bandoleros. Era un recadero discreto para cualquier menester, aunque siempre recibía gratificación por ello. Miguelillo le pidió que buscara una persona con arrestos para asociarse, ya que su cuadrilla estaba mermada. Por esta razón llegó Frasco Antonio en una mañana de finales de otoño.

—A la paz de Dios, hermanos.

Ese fue el saludo inicial en la choza de Abelardo que dejó a todos sorprendidos.

—Miguelillo, ¿por qué has llamado a un fraile?, todavía no necesito la extremaunción —bromeó jocoso el Viejo.

Ante las risas, Frasco, en un santiamén y con un giro brusco, mostró un navajón apretado sobre el gaznate del Viejo, y en su mano izquierda un pistolón de pistón de miquelete con cañón octogonal de bronce damasquinado, sin contar otras armas que llevaba sobre la faja negra.

—Hermanos, estas son mis credenciales. —Mientras, desafiante, pinchaba en el cuello del Viejo que marcaba ya un hilillo de sangre —. Yo soy un pecador devoto de Dios que no me importa llevarme por el camino a otros pecadores, siempre y cuando haya negocio en ello. A ti, decrépito, te haría un favor si te doy ya la extremaunción y te quito el calvario de vida que aborreces. Señor mío, Jesucristo, acoge la vida de este pecador incrédulo.

—Está bien, nada de broncas ni rezos mortuorios —atajó Miguelillo Ajorcajambre.

El bandolero retiró su navaja y el Viejo corrió para ponerse a salvo con una mano en el cuello dolorido, mientras con la otra empuñaba su navaja que había agarrado al sentirse liberado. La mirada hostil de Ajorcajambre lo obligó a guardarla en su faja.

Abelardo respondió por Frasco Antonio como persona de confianza, a la que convenía respetar. Estaba asociado con Bizco de Borges, temible por su puntería y valor que rivalizaba con el de

Miguelillo, y el célebre Melgares, que mandaba cartas con pulcra letra en las que exigía un pago a cambio de no atentar contra la seguridad de la familia del destinatario. Al estar ahora sus socios inactivos una temporada, estaba disponible para cualquier negocio y no toleraba que nadie tratara de ridiculizarlo por su devoción religiosa, de la que hacía gala.

Frasco era un rufián ya cuajado, moreno aceitunado con fuerte pelambrera, que tenía siempre a Dios o Jesucristo en la boca y no había convento, ermita o cruz en el camino, ante la que no se persignase y rezara tres avemarías y un padre nuestro. De niño había sido monaguillo y después sacristán, en su pecho lucía un gran escapulario con un corazón de Jesús atravesado por un puñal. Además, guardaba siempre en una bolsa de cuero atada a su cuello una estampa coloreada de un ángel de la guarda. Beato, devoto y con la sangre fría de poder descuartizar a su víctima sin pestañear mientras rezaba el rosario. Su acuerdo fue que participaría en lo que tramasen, siempre y cuando hubiese unas ganancias sustanciosas. Después tomaría viento fresco, sin que nadie, salvo Dios, supiese a dónde iba.

Los planes estaban trazados por Miguelillo. Los rumiaba desde que conoció a la muchacha en Bolonia. La Rosa serviría de cebo para encender al señorito don Rosendo. Este, fiel a su pasado, trataría de llevarla a su casa o al picadero que utilizara para montar a sus queridas. Cuando estuviesen todos dormidos, la muchacha abriría desde dentro.

Frasco aprobó la estrategia que él llamó con mucho misterio caballo de Troya aseverando después: «La lujuria es la perdición de los hombres que se obsesionan con la concha de la mujer». Otros detalles le encantaron aún más cuando Miguelillo Ajorcajambre señaló que por el secuestro pediría cuarenta mil duros y aceptó que la comisión de Frasco fuese de un veinticinco por ciento. El jefe se llevaría algo más y el restante a repartir entre los otros tres. El único que puso peros fue el Lagartijo, preocupado por

la seguridad de la muchacha y porque ellos llevaban una parte menor que el recién llegado.

—Hijo, no seas avaricioso, porque la avaricia es un pecado capital —le respondió Frasco Antonio—. Yo apporto mi experiencia en secuestros. Me encargaría además de mandar las misivas, cosa que aprendí de Melgares, de cortarle los dedos necesarios como prueba de vida para la familia y apremiarlos para urgente pago.

—Si no quieres participar estás libre de irte —interrumpió Miguelillo Ajorcajambre cuando el Lagartijo le iba a replicar—. Aquí mando yo, la Rosa es solo mía y yo me preocupo por mis cosas. Si vuelves a cuestionar mi autoridad, te dejo fiambre y tu parte la repartimos entre todos.

Camino absorto en la cuerda de presos, a punto de desfallecer. Encadenado junto al Miserio, no tengo fuerzas ni para consolarlo cuando ha murmurado: «No somos *ná*, menos que corderos *pa degollá*». Los guardias civiles, unos a caballo y otros a pie, nos escoltan. El pueblo de Jerez debe de estar próximo; pero casi cinco leguas sin beber y después de tanto sufrimiento, es demasiado. Me arde de sequedad la boca. Tengo que aferrarme y pensar en todo lo bueno que he tenido en mi existencia. No puedo hundirme en la locura que nos abate.

Amor a la vida les inculcaba a mis chiquillos en la choza de Alcornocales. Les hacía conscientes de la suerte que tenían con vivir en el campo. Recorríamos el entorno más agreste, el de mayor belleza. Les abría la curiosidad con tanta maravilla natural y les revelaba estrategias de supervivencia y simbiosis entre tanta criatura animal o vegetal. Les mostraba los líquenes que colorean las piedras. Los más curiosos me preguntaban cómo diferenciar las algas de los hongos, o las ventajas de esa unión. Les había incitado a buscar siempre el porqué de las cosas, aunque yo no tenía

respuesta para todo. Mi saber era muy limitado, pero procuraba ser sincero. Con estudiada expectación les aclaraba el origen de la agalla del quejigo con la que jugaban. Después de la explicación muchos buscaban el agujerito de la larva. Les hacía sentirse orgullosos de los nuevos conocimientos que adquirirían. Les enseñaba a distinguir el esquivo gurumelo que se oculta en las tierras de encinares y alcornoques en la primavera y el berro que nacía en las aguas limpias del arroyo. Descansábamos en el lugar más apacible que encontraba y con los ojos cerrados jugábamos a escuchar e imaginar.

—Antonio —preguntaba—. ¿Qué has oído tú?

—El ajhaann ajhaan del borrico, el... —eso es el rebuzno, le instruía— bueno, pues sigo, el re-buz-no del borrico, a un cuco porque decía cu-co y a las ramas moverse.

Al final, cuando todos intervenían, les descubría matices nuevos, con cierto énfasis y dramatización que les provocaba risa, pero así fijaban la enseñanza. Sonidos casi imperceptibles como el zumbido de una abeja, el zureo lejano de una tórtola, el raspajeo de un lagarto, el chasquido por el viento de las ramas de un peral silvestre. Por muy letrados que algunos sean, son analfabetos en la naturaleza si no aprenden a diferenciar la gran diversidad que la compone. Así se aprende también a amarla. Por supuesto, había que alcanzar el dominio de las letras, cuya ignorancia esclavizaba a los pobres. Mis chiquillos con sus pizarras de piedra del campo y el pizarrín, de roca más blanda, alargado y redondeado para adaptarse a los dedos, escribían letras, sílabas y palabras. A-be-ja, cu-co, pe-ra garabateaban los más retrasados, combinaban los que ya algo sabían, y los más adelantados escribían de corrido frases enteras. Después, con un trapillo, limpiaban la pizarra, la mayoría de las veces con salivazos seguidos, otras veces con agua, hasta dejar bien limpia la piedra oscura para que no quedase empañada.

Ahora cierro los ojos, por fin entramos en Jerez, mi boca arde. Al detenernos unos instantes, una buena mujer vestida de negro me da

un latón de agua vertida de un cántaro. La miro con agradecimiento, ella me sonríe. Toda mi cuadrilla de la siega de este verano, el Miserio junto a mí, Casimiro, Bartolo y su hermano Manuelillo, hasta algunos zagalones, est n también detenidos. Solo faltan las mujeres, Bartolín y el Petenera, que huyeron. Nos miramos derrotados y cabizbajos. A nuestro alrededor se arremolina el gentío que es apartado sin contemplaciones por los guardias civiles. Escucho voces repetidas.

— Asesinos!,  asesinos de la Mano Negra!,  cabrones!, os vais a llevar vuestro merecido...  Asesinos de la Mano Negra! Ese..., ese de all  es el jefe, un criminal...

Una piedra me roza la sien, me toco y veo sangre. Miro a un gorrión macho con el pecho negro en el alero de un tejado, parece no comprender tanto alboroto y emprende su vuelo. Cierro los ojos, quiero escuchar los gorri nes cuando bendicen cada día el amanecer desde el árbol o tejado que les ha dado cobijo y repiten el mismo ritual con las tibias luces del atardecer. Veo el rostro compasivo de esa campesina que me ha dado agua, el de mi Frasca, mis hijos y el de mis niños, uno por uno. Voy dando trompicones, como un ciego me dejo llevar por el Miserio. El murmullo de voces en la plaza arrecia, «Asesinos, asesinos...», pero mi corazón está enternecido y mis ojos humedecidos. Repaso uno por uno a mis queridos chiquillos con su pizarr n en una mano, la alegría de vivir en el semblante y sus ojos como pozos profundos que aún no han perdido las esperanzas.

Lloro y río, estoy acobardado, con sensaciones contradictorias: añoranzas, anhelos, resistencia, miedos... Me avergüenza, como una aplastante losa, haber claudicado ante el maldito Monforte.

¿QUIÉN DE LOS DOS ERA EL MURGAÑO?

Los ecos del llanto de las mujeres en Arcos resonaban en la cabeza de Pedro Holgado. Había palpado el dolor, el miedo y la miseria. Aún conservaba un regusto amargo, sensaciones que le asolaron mientras acompañaba a la cuerda de presos hasta el final del pueblo. Le pareció más un duelo, una agria despedida, que una manifestación. ¿Qué sería del sustento de estas familias campesinas? ¿Quién se ocuparía de sus hijos?

Deambuló después por el municipio sin un plan fijo. Arcos era una villa con sabor a señorío, la de los poderosos Ponce de León; a Iglesia, por sus frecuentes espacios sacros; a jornaleros sin tierra, la mayoría de la población. Cuando el periodista preguntaba a algunos campesinos, muchos rehuían por temor. Trató de alejarse de las zonas más concurridas, para no sentirse observado y evitar cualquier presión.

El aire fresco barría invisible la mañana cuando de un callejón solitario surgió un mozalbete con los pies descalzos, ennegrecidos, llenos de costras, la cara repleta de churretes, apenas cubierto con una camisola de basto lienzo y pantalones con remiendos, sucios y raídos. Con aire amenazador mostraba una honda cargada con una piedra. El aprendiz de bandido no tendría más de diez años.

«Vaya por Dios —pensó—, hasta un mocoso me quiere atracar».

El gañán señaló un cachivache semirroto a dos pasos por delante de él. Con su honda le lanzó una pedrada con tal precisión que los trozos de cerámica volaron hechos pedacitos. Corrió el rapaz hacia atrás mientras cargaba de nuevo su arma con otra piedra que

llevaba en el bolsillo. Le apuntó con una mano a la cabeza y habló por primera vez.

—Unas perrillas y me voy.

—Y si no te las doy, qué pasa —le gritó desafiante.

—Que te *pueo chocá*, aunque no quiero más que una perrilla. Y eso *pa* vuecencia no es *ná*.

Le lanzó una perra gorda y le dijo que le daría un real si hablaba con él.

—Bueno, pero dame antes el real. ¿Qué *quies sabé*?

—¿Por qué haces esto?

—*Pa comé*.

—¿Y para comer tienes que robar?

—No ni *ná*. Cuando no hay *ná*, no hay *ná*.

—¿Y tus padres lo saben?

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—A mi *opá* y a mi tío se los han *llevao* preso *pa* Jerez hace una semana. Somos *probes* y yo soy ahora el hombre de la casa. Mi *omá* tiene bastante con cuidar a mis hermanos.

—¿Tu padre y tu tío eran de la Mano Negra?

—No, eso dicen algunos. Mi *omá* dice que el único delito que ha *cometío* mi *opá* es que era *probe* y quería dar pan a sus hijos.

—¿Tu padre estaba en alguna asociación? —Al mostrar perplejidad la cara del crío, que no entendía la pregunta, trató de ser más explícito—. Quiero decir que si estaba apuntado a algún grupo, que si iba a alguna reunión...

—Creo que en una de campesinos que había en el pueblo *pa* ayudarse y *to* eso. No sé más, pero no era la Mano Negra.

Un murgaño avanzaba cauteloso, daba unos pasos y después parecía muerto, confundido como un punto oscuro más en el techo lleno de desconchones. La mosca miraba en dirección contraria y solo movía las extremidades delanteras. La Rosa, absorta, tenía la vista clavada en la escena. Un cliente de estatura pequeña, baboso

y barrigón la cabalgaba sin quitarle la visión de la techumbre. Era repugnante, pero ella no sentía nada. Como con don Rosendo en Arcos, con el que tuvo que hacerse la encontradiza hasta tres veces para que picara. En la última se agachó a sus pies para recoger unas monedas que había tirado a conciencia y mostrarle no solo el canalillo sino los pechos en toda su redondez. Después simuló buscar en sentido contrario una perrilla rodante para que apreciara con vértigo de mujeriego su trasero abultado como una bola del mundo. Ante estas visiones, el viejo señorito ya no pudo resistirse y estuvo a su merced.

—¿Cómo se llama usted, señora o señorita, que pierde los dineros y es tan hermosa?

—Señorita —le dijo con mucha coquetería—, y me llamo María, como la Virgen.

—María, si me permite me gustaría invitarla a donde usted quiera. Pero si desea un lugar tranquilo y discreto, la puedo llevar a un sitio que conozco. Le aseguro que aprecio la belleza y sabré recompensarla.

—Está bien, señorito, donde usted quiera. —El viejo había picado ya el anzuelo.

El resto del día fue fructífero para Holgado, a pesar de que todo el asunto de la Mano Negra estaba envuelto en una maraña difícil de desliar. Consiguió hablar con algunas mujeres, más dadas a charlar que los campesinos, quienes se mostraban desconfiados y parcos en palabras. Holgado estaba confuso, como los rumores que pretendía analizar y contar; debía estar a la altura de las circunstancias, seguir la corriente tumultuosa de los murmullos si quería seguir en su puesto.

Estaba en la calle Alameda, donde vivían los supuestos asesinos manos negras de un guarda cortijero como consecuencia de una paliza. La víctima no había querido ingresar en la Mano Negra y ante el temor de que los delatara, lo mataron. Era esta la versión de

la Guardia Civil, recogida también por la prensa como el crimen de Arcos. Un vecino, al preguntarle Holgado, le dio con las puertas en las narices. Al fin el periodista logró conversar con una mujer mayor, alta, enjuta y con carácter. Ella le refirió otra versión bien distinta de los hechos acaecidos en agosto del año pasado.

—Aquí nadie quiere señalarse, porque si te descuidas te declaran cómplice y marchas también al talego. Yo le puedo decir que mi marido estaba con el encausado Cristóbal cuando ocurrieron los hechos. Habían vuelto los dos de moler el grano en el molino de El Bosque y estaban preparando el tiro para ir por agua cuando se encontraron con el Sebastián, muy apurado, porque su hermano Fernando se había dado un golpe malo en el vientre a consecuencia del culatazo de una escopeta que se le había disparado accidentalmente. Fuese por lo que fuese, sin esperarlo, el pobre Fernando murió de repente y que en paz descanse. El pobre fue enterrado con el lógico dolor de los suyos y aquí habría terminado la historia, porque solo hay que estar vivo para morirse.

Cinco o seis meses después, cuando la Mano Negra era la comidilla de todas las conversaciones, empezó a correr por Arcos el rumor de que Fernando, un joven de veintipocos años tenía que haber muerto de una paliza por parte de los manos negras. De este infundio se hizo eco la guardia para apresar al pobre Cristóbal y a su cuñado Jaime, ambas personas honradas y bien conocidas por los caciques del pueblo por defender a los jornaleros.

—¿Está usted segura de lo que afirma?

—Que me quede tiesa y me dé un patatús si lo que cuento es mentira. Rogelio —pasaba en esos momentos por la calle un carbonero con su acémila cargada con unos sacos de cisco—, cuéntale a este periodista la verdad sobre la muerte de tu amigo Fernando.

—Yo qué sé. A mí, Dolores, no me metas en líos... No sé nada.
—Continuó su camino el carbonero sin detenerse.

—Mucho canguelo es lo que hay. Se lo digo yo.

—¿Perteneían a la Mano Negra o a alguna asociación de trabajadores?

—Todos los que apresan tienen las uñas negras de trabajar en el campo y son de la Sociedad de Trabajadores del pueblo. En otros tiempos sé que hubo una asociación *escondía* que se hacía llamar Los Pelaos, que eran cuatro gatos que ya se han tirado al monte. A mi marido por poco no se lo llevaron también como mano negra porque fue a declarar a favor del Cristóbal.

¿Quién de los dos era el murgaño?, se preguntaba la joven que miraba el techo, mientras el viejo baboso jadeaba encima de ella por tres reales. ¿Quién engañaba más? Si ella, que lo llevaría a una trampa, o don Rosendo, que bajo su apariencia honorable era un señorito sin escrúpulos ni vergüenza, un hipócrita que comulgaba todos los domingos.

A una distancia cercana, tras su encuentro con don Rosendo, estaba el Lagartijo dispuesto a socorrerla si fuera necesario. Quién le iba a decir que el desgarrado joven sería el gran amor de su vida. No era guapo, pero tenía la risa más dulce del mundo, la mirada más ingenua que ella había visto en su vida. El flequillo caía por su frente, unas pecas agraciaban su rostro. Un ladronzuelo y una buena persona. Tan enamorada llegó a estar que, al recordarlo ahora, le dolía hasta respirar. Ella, una desvergonzada, nunca había puesto peros a la hora de dejarse tocar por un hombre, ¿cómo podría enamorarse? Con él todo fue distinto, transmitía al aire su pasión al contemplarla desnuda. A pesar de que ella se insinuó tantas veces, él solo le rozaba los labios, como si los suyos quemaran.

—Pronto te tendré y tú serás mi mujer. Si has tenido tantos hombres en tu vida es porque nadie te ha querido de verdad. Escapémonos los dos y dejemos a Miguelillo para siempre.

Ella quería convencerlo. Lo primero era esperar a recibir el pago del rescate por el secuestro de don Rosendo, después escaparían

juntos, hasta se casarían y tendrían dinero para comenzar una nueva vida.

—Chiquilla, vámonos, por qué esperar. Miguelillo está cada día más cabreado y tú serás mi princesa. —El Lagartijo insistía con el rubor despuntado en su rostro sonriente.

—Cuando tengamos el dinero nos vamos los dos solos para empezar una nueva vida sin que la puta miseria nos acompañe.

No le quiso hacer caso y ahora la puta era ella. En su vida nada había salido como esperaba. El murgaño sigiloso, muy cerca ya de su presa, recorrió veloz el último trecho hasta atrapar la mosca para devorarla. Con la presa en la boca se movía hasta su refugio. Ella había sido alguna vez araña, pero ahora era la mosca. Se sentía también atrapada. El Lagartijo siempre había sido la víctima, incluso de ella que lo manipulaba. El cliente trató de besarla y lo apartó con bruscos modales. La cama desvencijada amenazaba con derrumbarse.

—Ya has terminado, nada de besuqueos. Si quieres seguir más conmigo has de pagarme por adelantado.

Al querer investigar sobre otros crímenes acaecidos en Arcos, incluso sobre terribles amenazas contra terratenientes, el periodista Holgado pudo comprobar que en realidad no habían existido, al menos como los contaban los diarios.

En el casino de Arcos, donde se reunían los señoritos, nadie supo aclararle con datos que no fuesen vaguedades, suposiciones o incidentes aislados de amenazas la terrible referencia que *El Correo de Madrid* recogía: *En Arcos se dice también que nueve propietarios han recibido la intimidación de que antes de diez días, y van corrido cinco, serán asesinados por no haber atendido las peticiones de dinero y efectos de que han sido objeto anteriormente. Serán buscados donde quiera que se oculten. Esto es lo que corre y se dice por aquí. El corresponsal*⁶. Estaba claro que en la comarca

jerezana había un fuego violento, pero el papel de muchos corresponsales en su afán de crear expectación era echar leña para que pareciese grandioso. Había transcurrido el tiempo que denunciaba el periodista y no había sucedido nada, salvo que las cárceles estaban llenas. Si enseñaba el recorte del periódico lo darían por bueno, aunque antes lo hubiesen negado, por la creencia generalizada de considerar cierto lo que estaba impreso. Él sabía que no era así, que muchas veces se exageraba o mentía en la prensa, sobre todo si atendía a rumores. Lo curioso es que una noticia impactante, aunque fuese falsa, la recogían también otros muchos periódicos. Claro que podía haber otras explicaciones como le contó un propietario.

—La razón de que no haya habido más asesinatos es porque están en la cárcel. La Guardia Civil está prevenida y ningún dueño quiere señalarse porque tiene miedo, no sea que vayan a ir por él. Incendios, desmanes, incluso secuestros sí ha habido en este pueblo, y si no que se lo pregunten a la familia de don Rosendo que en gloria esté, o al guarda Fernando, que le propinaron una paliza para que no los delatara. Le aseguro que yo no he hecho mal a nadie. Cuando he podido dar jornales los he dado, pero nadie está ya seguro ni en su casa.

Le hablaba con serenidad un propietario sentado en un sillón de mimbre que respiraba con cierta fatiga por su obesidad.

—Los hechos pueden tener diferentes versiones, según las personas que los cuenten —refirió Holgado—. A mí me interesa encontrar la verdad. ¿Los delitos eran cometidos por la Mano Negra?

—Eso dicen, yo por supuesto le doy mi opinión. No quiero ser maniqueo, tanto en los propietarios como en los jornaleros hay buenas y malas personas. Esta mañana se han llevado detenidos a los asesinos de un muchacho que era de los suyos, pero que tenía mala conducta con las mujeres y mala bebida, según cuentan. Fue un ajuste de cuentas ejecutado en el cortijo de la Parrilla, cercano a

San José del Valle, en el que está implicado el jefe de la Mano Negra.

—¿Qué sabe del jefe de la Mano Negra?

—La verdad es que parecía un buen muchacho, ¿quién iba a decir, con la cara de mosquita muerta que tenía, que iba a ser el jefe de la Mano Negra, como hemos leído en el periódico? Las sorpresas que da la vida. Yo lo conocía cuando trabajaba en el impuesto de consumos para el Ayuntamiento hasta que lo dejó para irse de maestro cortijero. Ayudaba a la gente pobre y revolucionaba mucho a los campesinos. Quién iba a pensar que podía dirigir una mafia para cometer delitos y asesinatos por venganza contra los ricos. No te puedes fiar de nadie.

Aquella misma tarde encaminó Pedro Holgado la vuelta con su borrico hasta Jerez. Temeroso de ser atracado al enterarse de que a otro periodista lo había asaltado un desesperado con un palo en la mano. Por fortuna, después de tirarle un mendrugo huyó para el monte. Antes de que las últimas luces escaparan del cielo, repasaba subido en el rucio algunas notas de su crónica.

Por qué se llama la Mano Negra esta misteriosa y terrible asociación que incendia las cosechas y mata a las personas, que llama verdugos y ladrones a los propietarios y hombres honrados a los bandidos. Una interpretación, al parecer auténtica dice que esa Mano es la del trabajador oprimido, quemada por los rayos del sol y ennegrecida por el sufrimiento.

No puede negarse que la aparición de la Mano Negra, con toda su espantosa cohorte de males, ha venido a plantear una vez más y quizá de una manera decisiva, la cuestión social que a largo tiempo devora las entrañas de Andalucía. En esta tierra nuestra hay mucha violencia, hasta he sido asaltado por un gañán que debía estar en la escuela. Hay mucho bandidaje e inseguridad, pero esto es fruto del hambre y la desesperación. En este caldo de cultivo se ha alimentado la espantosa y secreta asociación criminal de la que todo el mundo habla, pero en realidad nadie conoce. Las sospechas de ser el jefe de tan peligrosa organización recaen en un maestro de

escuela. Aunque había sido detenido con anterioridad no se le conocen delitos ni crímenes anteriores. Según cuentan llevaba una vida ejemplar con los pobres a los que daba clases y captaba para su organización.

⁶ Cita literal de *El Correo de Madrid*, enviada por telegrama desde Jerez el 27 de febrero de 1883. Publicada también por *La Vanguardia*, 2 de marzo de 1883, edición de tarde.

NO DEJAN TÍTERE CON CABEZA

El sargento Germán Escribano caminaba hacia la casa de don Eusebio, absorto en sus pensamientos miró al cielo azul difuminado por una tenue neblina que pronto se disiparía. Debía indagar por orden del capitán Oliver unas misivas amenazantes que el cacique había recibido. El sargento, como constaba en su expediente, había participado con anterioridad en tareas de información e investigación de la Guardia Civil. La más exitosa, sin duda, había sido localizar el último paradero de la cuadrilla de bandoleros conocidos como Los Niños de Guadix.

Ensimismado, tuvo que apartarse con brusquedad al paso de un carretero con mercancías camino del mercado. Repasaba el asunto de la muerte de los venteros en el camino de Trebujena, el trágico acontecimiento que vivió con intensidad tras descubrir él los cadáveres. El comandante de la Guardia Rural lo había apartado de la investigación para asumirla él con exclusividad. El sargento no estaba muy convencido con las conclusiones de don Tomás, aferrado a la única tesis que imperaba en sus mandos y en la prensa para los delitos sin resolver cometidos en la comarca: la Mano Negra. Esta suposición la sostenía el comandante con hilos muy finos: el fallecido asesinado por los venteros, uno de los supuestos agresores, escondía bajo su sombrero una *Revista Social*. Asimismo, afirmaba que los venteros habían servido de informadores. El crimen era, pues, una horrible venganza de la Mano Negra. No podía descartarse esa posibilidad; pero si no había

avances, habría que continuar con nuevas indagaciones si se quería llegar a descubrir todo lo que aconteció.

La implicación del sospechoso, Juan Galán, parecía más segura tras el reconocimiento del hijo del posadero, Juan Núñez, como una de las personas que habían estado allí en aquella fatídica noche. Si bien, no había que olvidar que era un crío de cuatro años, que no vio nada y solo escuchó en la oscuridad. Además, podía ser inducido a la respuesta que desearan los adultos. La participación de Juan Galán no dejaba de estar envuelta en misterio. Al parecer, sabía más de lo que decía, y no lo dijo, pese al castigo recibido. Al sargento se le erizaron los vellos al recordar el terrible tormento al que fue sometido sin que rompiera el tenaz silencio con otra palabra que no fuera su inocencia. «Teme más a la Mano Negra, por eso calla. Pegadle más fuerte, hasta que nos tema más a nosotros», aconsejaba el comandante.

El crimen del ventorrillo era un rompecabezas en la mente de Germán. El ensañamiento con el cuerpo de la ventera, María Labrador, sin que la causa fuese el robo, podría indicar un crimen pasional o bien la venganza que argumentaba el comandante. Pero el presunto culpable era un hombre felizmente casado, trabajador, callado, no dado a aventuras femeninas y sin filiación política conocida. Era capataz, no pertenecía a la federación anarquista de trabajadores y nunca había participado en ninguna huelga, como él, a espaldas de don Tomás, había averiguado.

Los datos no cuadraban y ninguna hipótesis tenía fuerza. Sería necesario abrir nuevas pesquisas, ello podría suponer un enfrentamiento con el comandante en el que él llevaría todas las bazas para perder. Lo normal, cuando no se cerraba una investigación criminal, era indagar en todas las alternativas posibles: amantes, disputas, odios, personas que podrían salir beneficiadas con la muerte... Era crucial también averiguar más datos de la persona asesinada junto a los venteros.

Pedro Holgado miraba por la ventana de la casa de su tía, frente a la fonda de Manili, cuando un buhonero, medio ebrio y dando voces, transitaba por la calle. Embebido en sus preocupaciones miraba sin contemplar nada. Tendría que marchar a Sevilla al día siguiente y la satisfacción no le rebosaba. En esta tierra, que era también la suya, había violencia y mucho dolor, como el de aquellas mujeres que despedían en la cuerda de presos a sus maridos e hijos. No todos podían ser asesinos ni bandidos, se decía, y encontraba más dudas y suposiciones que respuestas. La verdad era difícil de dilucidar. En la prensa había leído:

Con gran expectación y miedo había sido trasladado desde Arcos a Jerez el jefe de la Mano Negra, en una cuerda de presos fuertemente custodiada y que había llegado a la ciudad hacia las cuatro de la tarde. Existía un secreto del sumario que permitía no avanzar en más detalles⁷.

No imaginaba al maestrillo dar la orden para matar a un jornalero o a los venteros del camino de Jerez a Trebujena. Pero la realidad estaba ahí, a los venteros los había matado con saña y sin robarles nada, con una brutalidad inconcebible, como la empleada con María Labrador, que estaba embarazada y la cosieron a puñaladas. Las apariencias engañan, se decía, y a veces los lobos se disfrazan de corderos.

Nadie podía negar que esta comarca, al igual que otras andaluzas que no aparecían tanto en la prensa, era un polvorín con un origen común: el hambre. En este caldo de cultivo extremo había surgido la Mano Negra. Seguía tras su pista y encontraba crímenes horribles, pero sin una significación política precisa, ni tan siquiera de pobres contra ricos, como se suponía que actuaba la organización criminal.

De los crímenes atribuidos a la Mano Negra, el de mayor resonancia era el del Blanco de Benaocaz, un jornalero que pertenecía a la Federación, pero que era borracho y mujeriego. Un ajuste de cuentas que habría firmado Juan Ruiz, el maestrillo, en un tribunal popular reunido en su choza de Alcornocales. La ejecución

de la orden se habría dado desde este tribunal al grupo de asociados que estaban en el cortijo de la Parrilla. Pese al secreto sumarial esta era la explicación que corría de los hechos.

Había leído también la crónica de Roberto Escolano, el corresponsal de *El Imparcial*, un lechuguino muy trajeado con aires de superioridad. Había coincidido con él en varias ocasiones, siempre en el entorno más seguro del que no se movía, en los casinos de los señores y los cuarteles de la Guardia Civil.

La Mano Negra no deja, como suele decirse, títere con cabeza: incendian, roban, matan, saquean, talan, aterrorizan a todo el mundo con sus hechos; pero esto no es de ahora, y antes han gozado de una impunidad casi absoluta. No lo digo yo, lo dicen cuantos habitan en esta población.

El terror ha sido la causa de que muchos propietarios no se hayan quejado de los atropellos de que eran víctimas, terror que se ha apoderado también de jueces demasiado débiles o compasivos. Y en tanto la hidra iba creciendo, desarrollándose hasta adquirir las terribles proporciones⁸.

Era el sentir general de la mayoría de artículos que sobre la Mano Negra aparecían en la prensa. Muy pocos, nadando a contracorriente, eran los periodistas que pretendían llegar al fondo del problema. En la vida no es todo blanco o negro, pensaba Holgado, hay otros muchos colores y matices; no se debe caer en tentaciones maniqueas, como le había dicho el propietario de Arcos. Miedo, lo que es decir miedo, lo había visto en los campesinos, que suelen sufrirlo con resignación. Miedo a la sequía, la miseria, la injusticia, al hambre atroz... También había visto miedo en muchos propietarios honrados que se sentían amenazados. «Tal vez los periodistas hemos contribuido al pánico con la expectación dada a este asunto».

En estos meses de febrero y marzo de 1883 pululaba en Jerez un auténtico enjambre de reporteros. La noticia de la Mano Negra salpicada de crímenes había sido un auténtico campanazo. Casi todos los periodistas insistían en la idea de que aquí no se dejaba

títere con cabeza. «Todos aludimos —pensaba Holgado—, para justificar lo injustificable, al fuego purificador que defiende la anarquía para labrar a partir de las cenizas un mundo nuevo sin ricos ni pobres. Era evidente que había una confusión, intencional o no, entre miembros de la Federación de Trabajadores de la Región Española y la Mano Negra. Se mezclaban en la misma alforja, cuando no podía ser lo mismo ni todos los federados podían ser bandidos o asesinos».

La Federación era legal y, por tanto, ser miembro de la misma no podía constituir un delito. Esta organización había dado un comunicado en el que condenaba a la Mano Negra y expresaba no tener relación ni vínculo alguno con ella. Muchos periodistas aludían a «la ferocidad de las asociaciones internacionales» para explicar que las cárceles estaban llenas, incluso para dar más cabida estaban deportando a los detenidos hasta la isla Corregidor en las Filipinas.

Pedro Holgado, después de asearse y de comer un cocido con tomillo que le recompuso el cuerpo, pues apenas había probado bocado a lo largo del día, quiso buscar alguna alegría entre tanta sordidez, violencia y miseria como la que percibía. Al salir a la calle, los farolillos de gas cortaban con haces amarillentos la oscuridad azulada de la noche.

Le animaba la idea de encontrar una compañía femenina que no fuese una prostituta. Desde hacía tres meses había roto con su prometida Teresa. Ella había buscado a otro pretendiente con el que inició una relación a escondidas hasta decidirse por el que mostraba más urgencia por casarse. El periodista daba prioridad a consolidar su vocación como corresponsal. Su padre era médico, había estudiado en Cádiz. Cuando él decidió no seguir su misma carrera, el progenitor se llevó una gran decepción. Quería trabajar como reportero y tal vez algún día ser escritor.

Cuando estalló el asunto de la Mano Negra, a inicios del año de 1883, habló con el director de su periódico, *El Porvenir*, para cubrir la información. Este pareció dudar. Al final aceptó, ya que Holgado

cubriría gran parte de los gastos que tuviese en Jerez por su cuenta al alojarse en casa de su tía. Su madre le pidió que se cuidara mucho. Le guardó con mucho cariño, sin decirle nada, cinco duros de plata en el bolsillo interior de la chaqueta.

Deambuló por el barrio de Santiago, un arrabal de extramuros al norte de la ciudad, junto a un templo del mismo nombre. Algunas familias gitanas cantaban y bailaban alrededor de un brasero encendido con leña, semicírculos de palmas y jolgorio flamenco en la calle o en poblados corralones de vecinos apretujados entre macetas y cachivaches diversos. «No hace falta ser rico para divertirse un poco —pensaba—. Por fortuna, no todo es calamidad, aquí se palpa con fuerza la alegría de vivir... Esta noche siento, como ninguna otra, la soledad, mi cuerpo y mi alma me reclaman la compañía de una mujer».

El sargento Germán, acompañado de un criado, entró en la casa de don Eusebio. Este vivía en un pequeño palacete acorde con su posición. El zaguán daba acceso a un recibidor amueblado con mecedoras, escabeles, bastonera y un lujoso entredós de estilo francés con un centro de mesa metálico de plata. Allí lo recibió con amabilidad el poderoso hacendado, quien le pidió que lo acompañara hasta su despacho. Cruzaron un amplio y sombreado patio interior, con grandes macetones de aspidistras de exultante verdor en las esquinas y una fuente central. El tintineo del agua lo provocaba un pétreo infante desnudo sobre una pileta pequeña que a su vez rebosaba en otras sucesivas de mayor tamaño. Entraron al despacho, diferentes muebles de caoba cubrían las paredes. De uno de los cajones de un chifonier, el único con cerradura, extrajo don Eusebio una arqueta de nogal con filigrana de taracea de marfil donde guardaba diversos documentos. Al abrirlo, sacó la hoja amarillenta de un cuaderno barato. Con letra insegura y tachones estaba escrito:

Si quiere a su muger ijos bibos debe dos mil duros dejar enterrado en la jigüera de fuentezanta todos los miecoles en la noche y retiraló por la mañana hasta que nos lo llevemos. Siempre una pesona sola y si avisa a la guadia todos muetos.
Manuel Melgares.

El sargento observó el texto con detenimiento, quería estar seguro antes de decir nada.

—Esta amenaza no corresponde a Melgares, sino a un falso Melgares. El auténtico tiene una letra más pulcra, sin tachones. Me consta que ya hemos detenido a dos falsos Melgares, el de verdad es más listo. Son desaprensivos que tratan de aprovechar la fama de este bandido para intimidar a sus víctimas.

—¿Está seguro? —le preguntó don Eusebio mirándolo con expectación.

—Sí, he visto escritos del auténtico Melgares y la letra no tiene nada que ver. A él le enseñó un cura y domina más la escritura. ¿Habéis hecho la entrega alguna vez?

—Mi jefe de seguridad ha enterrado todos los miércoles bajo la higuera del manantial de la Fuentesanta una bolsa que aparenta tener dinero. Dada su buena puntería se ha apostado a prudente distancia por si venían a recogerlo. Hasta ahora sin resultados. Él conoce bien ese oficio y es ahora mi protegido. Ha prometido traerme la piel de ese bastardo y de los manos negras que lo acompañen. No voy a permitir que nadie amenace a mi familia y pueda seguir vivo. Si la canalla anarquista no deja títere con cabeza y quiere arrasarlo todo, la propiedad, la decencia, Dios y el orden establecido, yo contribuiré para hacer lo mismo con ellos y extirparlos de raíz.

—Me gustaría hablar con su jefe de seguridad, no es conveniente que se tome usted la justicia por su mano.

—Sargento, debe saber bien con quién habla, antes de hacer cualquier comentario. En estos momentos yo represento más al Gobierno, a la autoridad y al orden que usted con su uniforme de

sargento. Solo intento mi legítima defensa en colaboración con sus mandos. En esta comarca hemos permitido demasiado y nos encontramos amenazados por bandidos terroristas que quieren subvertir el orden establecido. ¿Es que no lee usted la prensa? En cuanto a mi jefe de escoltas, ya le he dado aviso para que acuda.

Don Miguel ya acechaba desde lejos la entrada del sargento. El uniforme le provocaba recelos y agarraba con fuerza sus armas al despertar en él el instinto fiero de Miguelillo Ajorcajambre.

⁷ Diferentes medios de prensa se hacen eco de la manifestación que acompañó en Arcos la cuerda de presos, como de la llegada a Jerez del considerado jefe de la Mano Negra. El servicio telegráfico de *La Vanguardia*, publicado el 3 de marzo de 1883, añadía sobre Juan Ruiz: «Es uno de los complicados gravemente en la causa del asesinato cometido en la Parrilla, hoy ha llegado aquí conducido por la Guardia Civil e ingresado en la cárcel».

⁸ *El Porvenir*. Diario independiente de Sevilla. 4 de marzo de 1883. Adaptación de la carta remitida por el corresponsal de *El Imparcial* a su periódico el 25 de febrero de 1883.

LA REMOLINO Y LA MULILLA DE TROYA

El periodista Holgado entró en una taberna del barrio de Santiago atraído por el ambiente animado de un pequeño tablado. Se sentó en una silla de enea junto a una mesa pequeña plegable. Otros clientes permanecían de pie junto a toneles vacíos sobre los que colocaban las bebidas. Raudo se acercó un camarero bandeja en mano con copas de vino. Cogió una y un platito de aceitunas. Los sonos rasgados de una guitarra acompañaban una voz profunda y quebrada. Un bailarín de alargada figura, enjuto y con aire torero taconeaba y vibraba al ritmo de la música. Salió a escena una mujer morena de cuerpo esbelto, movía con gracia el abanico. Se contoneaba con pasión, abajo y arriba, movía sus dedos, el abanico y las manos con embrujo. Muchos la jaleaban y el movimiento se hacía arte. El pelo largo con bucles le cubría parte del rostro, perlas de sudor le corrían por la piel y formaban pequeños humedales en su vestido.

El periodista sucumbió al espectáculo y, sin pretenderlo, comenzó a jalea con entusiasmo.

—¡Guapa!, ¡ole! —su voz se mezcló con la de la concurrencia.

La joven danzaba impulsada por los invisibles hilos de la guitarra, los quejidos del cante y los acordes vibrantes de las cuerdas. Taconeos continuos sobre la tarima de madera, retumbe de diferentes ecos, movimientos sinuosos de caderas, manos y dedos como una danzante dionisiaca, cambios de ritmos, nuevo frenesí, jaleos, rasgueo final de guitarra e inmovilización brusca de la bailarina....

apoteosis del baile puro flamenco seguida de un diluvio de oles y aplausos.

La bailaora, una gitana fina, tras terminar su actuación y cambiarse el traje de escena por otro de diario con demasiados zurcidos de los muchos arreglos, iba a marcharse cuando la invitó Pedro Holgado a sentarse a su lado y compartir un vino de la tierra.

—No te voy a despreciar una copita, caballero. Me he quedado mustia esta noche después del baile y no me viene mal un traguito.

—Me llamo Pedro, puedo decir que soy un admirador tuyo desde esta noche que te he visto por primera vez. Tienes un duende para el baile, una fuerza que transmite y atrae al que te ve. Te digo con sinceridad que estoy tristón, necesitaba no estar solo. Yo solo buscaba la compañía de una mujer, pero tú me has dejado vencido con tu arte, he admirado tu belleza, pero no pienses mal.

La joven aceptó la lisonja y lo miró con fijeza a los ojos, le parecieron sinceros. Intuía con bastante acierto a los buitres que le regalaban al oído palabras cariñosas y luego solo buscaban la carnaza.

—Anda ya, Pedro, alegre esa carita que pareces buena gente —le respondió zalamera—. Yo me llamo Encarni Vargas, pero todos me conocen por la Remolino. Con este vino se quitan todas las penas. Lo tuyo me huele a mal de amores. Hay que dejar hablar al corazón para escupir los venenos.

Salieron de la taberna. Él le contó sus desventuras amorosas y cómo su novia lo había dejado por otro. Ella, las suyas con un sinvergüenza en el que creyó después de la muerte de su marido en una reyerta y que le hizo mucho daño. Ahora era una mujer libre y no dependía de nadie. Su condición de artista la había liberado pese a ser gitana.

—Pedrito, con mucho esfuerzo he conseguido ser un mirlo blanco. Yo no sabía que era artista hasta que un día en un mesón me puse a bailar y el dueño me dijo que viniera todas las semanas. Acudía más gente solo para verme, me jaleaban con palabras agradables y me decían mucho: «Ole tu arte». Con mi baile tiro *pa*

comé, sin más lujos ni tonterías. Con la *jambre* que hay estoy contenta. En mi catre me acuesto con quien me da la gana, sin aceptar ni un real ni ser la querida de ningún señorito. Al hombre que quiera de verdad no lo compartiré. En mi cuerpo mando yo, a los buitres, después del sinvergüenza que me tocó, les doy largas. Tengo más de un admirador dispuesto a darle un recado de mi parte a quien intente sobrepasarse. Reaños tampoco me faltan, si algún listillo trata de ponerme la mano encima le arranco los ojos, y a los chulos también los espanto. Prefiero estar sola que mal *arrebuja*.

—¿Por qué te llaman la Remolino?

—La gente que admiraba mi baile me puso este nombre y con él me quedé. Soy muy pasional, vibro y caracoleo con mi cuerpo y mis manos como un remolino de viento. Será por eso.

Holgado la acompañó alegre, sus pesares habían volado. Admiraba el fuerte temperamento de la Remolino y la belleza de solera gitana. Haces de luna jugaban en los bucles de su pelo negro, que rodaban sueltos en un cuerpo fibroso y esbelto de pequeños pechos. Estuvo con ella toda la noche, sin hablar de crímenes, miserias ni de la Mano Negra. La besó y durmió a su lado, juntos y sin que sucediera nada más, dándose compañía y calor humano como ella le había insinuado.

Con las lluvias caídas y la primavera a las puertas, los campos verdeaban vigorosos después de tanta calamidad. La Rosa caminaba como una sonámbula. No podía seguir en el infierno que la atormentaba, el insomnio le acechaba por las noches. De día, sin haber podido dormir, estaba mustia y sin fuerzas. Había perdido la ilusión por vivir, por amar y tenía miedo a Miguelillo Ajorcajambre. El bandolero convertido en guardaespaldas con aires de señorito le podía hacer daño. Ella sabía demasiado. Jerez, pese a ser una ciudad populosa, no era tan grande como para que ambos pudieran permanecer tranquilos sin la amenaza del otro. Debería ver a su hermana Juanita, ella no la quería comprometer, pero ya no podía

aguantar más. Tal vez podría ayudarla para marcar un nuevo rumbo en su vida y salir de la zozobra que la embargaba. De momento, caminar sin fuerzas hasta reventar era mejor que dar vueltas en el camastro con los ojos espantados, alucinada por los demonios que la atormentaban.

Nada le había salido en la vida como ella esperaba, ni siquiera aquel maldito secuestro de don Rosendo que les resolvería la vida y le permitiría escapar con el Lagartijo. Entonces ella era feliz a su manera. El santurrón, sinvergüenza, con aire calé y listillo llamado Frasco Antonio, incorporado como nuevo refuerzo a la cuadrilla de Miguelillo Ajourcambre, le había susurrado.

—Chiquilla, tú serás la mulilla de Troya, cuando todo esté tranquilo y el viejo arrugado en pelotas dormite, nos abres las puertas. Nos llevamos al carcamal putero y a esperar que nos lluevan los reales.

—¿No me habrás llamado putilla de...? —replicó ella airada.

—Anda ya, chiquilla, he dicho la mulilla de Troya, qué poco sabes de héroes antiguos. Tú serás el falso trofeo para un viejo lujurioso que nos abrirá las puertas a su riqueza.

—Míralo, el espabilado me va a dar lecciones de la antigüedad —le replicó con sorna.

—Es el caballo de Troya, pero al ser mujer y con lo terca que eres, he pensado que el nombre de la operación del secuestro podría ser la mulilla de Troya —replicó sabihondo.

Algunos periodistas están muy interesados en lo que puedo declarar, pero no tienen permiso para entrevistarme por el secreto de sumario. Ellos me han convertido en el jefe de la Mano Negra, entre tantos desharrapados y analfabetos como hay apresados, yo soy el más instruido, esta es la razón de tanto privilegio. Han puesto telegramas a las redacciones de los periódicos, como este: *Juan*

Ruiz, jefe «Mano Negra» convicto y confeso. Revelaciones de interés. El corresponsal ⁹.

Se presentan como periodistas y me muestran desde lejos la prensa que llevan en sus manos. Como no pueden interrogarme me contemplan como un fenómeno de feria, como la mujer barbuda, el monstruo criminal de la Mano Negra, pero noto en sus rostros y comentarios que quedan decepcionados. No ven en mí al jefe inteligente, dominador y con sangre fría que esperan, sino a una persona vulgar, demacrada, acobardada y con mucho sufrimiento. Lo cual es la verdad.

Un carcelero me lee lo que un periodista sabelotodo ha escrito sobre mí. Me hace daño al mencionar a mi hijita como a una desgraciada y al considerarme «un agitador durante los críticos días»; esto provocó mi primera detención, cuando nació mi pequeñita, y me convirtió en un criminal confeso después. Para colmo, no da crédito a que nuestras confesiones fueran forzadas sino debidas a la habilidad del juez. ¿Qué podemos hacer si la prensa, que crea la opinión pública, y la Guardia Civil nos condenan antes del juicio?

En aquellos días, hallándose preso, dio a luz su mujer una preciosa niña. ¡Infeliz criatura! ¡Qué amarga será para ella la existencia! Cumplido el arresto que se le impuso, volvió alegre a su hogar, creyendo tal vez que no se averiguaría su delito. ¡Vana ilusión! Los detenidos declararon a la fuerza, según ellos, debido a la habilidad del juez, según parece; pero es lo cierto que están convictos y confesos todos los que tomaron parte en el suceso. Juan Ruiz da muestras de arrepentimiento y se ve que sufre su espíritu, y tiene acongojado el corazón, pero a mi entender es más por la suerte que correrán su infeliz mujer y sus desventurados hijos, que por lo que pueda atormentarle su conciencia, pues sabido es que el fanatismo lleva a creer a estas desdichadas pobres gentes que hacen una obra piadosa que Dios les premiará, aniquilando a los sospechosos y a los enemigos de sus diabólicas concepciones que ellos llaman actos de soberana justicia ¹⁰.

Algún tiempo estuve aislado, pero como tienen mi confesión firmada no están interesados en torturarme más. «¡Maldito Monforte, cómo me dejé prender en tus redes!». Los presos ya no se cuentan por centenares, sino por millares. Ya no hay espacio en la prisión para tanta mano negra como arrestan en Cádiz, hasta capillas anexas a las prisiones han utilizado. Hay traslados a otras cárceles menos atiborradas, incluso a las Filipinas, como he sabido por un carcelero. Alguien ajeno puede pensar que hay una epidemia de Mano Negra y que de súbito todos los federados somos terroristas, incendiarios, asesinos... Hay una confusión intencional clara, mientras la Mano Negra se presenta ante nosotros como un enigma. Es tan secreta y clandestina que nadie la conoce, incluso en charla confidencial entre los reos. La Federación intentó desligarse del sambenito que nos han adjudicado:

Conste una vez más que nuestra federación nunca ha sido partidaria del robo, ni del incendio, ni del secuestro, ni del asesinato, sepan también que no hemos sostenido ni sostenemos relaciones con lo que llaman Mano Negra.

Una mañana me llega, con mucho sigilo, un recorte liado como un cigarro, apenas legible, de la *Revista Social*. Si me sorprenden con él puede ser causa de una nueva paliza y más tortura. Como tantas veces hice en la barbería de Félix y en gañanías, leo ahora con voz temblorosa: «La Mano Negra no puede ser sociedad de obreros, sino —quizás— de algunos alucinados adheridos, tal vez, a ideas irrealizables, constituida más por criminales que por obreros»¹¹. El pedacito de papel era del 8 de marzo de este maldito año 1883, el de la Mano Negra. Es curioso, no sabemos nada dentro de la cárcel y tenemos que buscar la respuesta fuera. ¿Qué es, pues, la Mano Negra? Una banda de alucinados, mafiosos, formada más por bandidos que por obreros. Es la respuesta que nos da la revista, ¿por qué pagamos justos por pecadores?

Qué iluso soy, no me sorprendieron, pero sí se enteraron unas semanas después que había leído un fragmento, según ellos, del periódico maldito de la Mano Negra. Entre tanta desesperación

abundan los delatores que buscan trato de favor. Ante la presencia del comandante Monforte, quien siente una especial debilidad por todo lo que me concierne, me untan de hostias y patadas y me dejan incomunicado.

—Si te mueres, o te ven los periodistas que tanto preguntan por ti, diremos que has intentado suicidarte —me dice con su sonrisa cínica que yo conozco tan bien.

La Rosa no podía olvidar cómo don Rosendo, el viejo verde, la desnudaba con la mirada. El escote generoso de la Rosa estaba adornado con ribetes de encaje púrpura. El corsé muy ajustado presionaba sus pechos redondos que pugnaban por escapar con un turbador y apretado surco. Parecía una señorita con un elegante y aplastado sombrero y un vestido rosa y violeta a juego. Miguelillo lo había comprado en Jerez y ella, muy contenta, le había hecho unos arreglos. Fue la única atención que tuvo el bandolero con la Rosa, celoso del Lagartijo y para encandilar al viejo, don Rosendo, con el que estaba obsesionado. Además, ¿quién iba a sospechar de ella o identificarla con ese atuendo? La falda no llevaba el polisón de moda como el que lucían las damas elegantes de la alta sociedad, que le daba más vuelo, pero sí un perifollo que le resaltaba las caderas y abultaba el trasero desde su entallada cintura.

Don Rosendo se contoneaba muy pincho alrededor de la muchacha, con elegante atuendo, bastón de empuñadura de marfil, capa negra con forro púrpura y sombrero de copa. La escrutaba con sus ojos pequeños libidinosos. En su rostro, las patillas largas y canas cubrían hasta las mejillas para dar apariencia de respetabilidad. El viejo galán la invitó a subir a su carruaje particular, un vehículo ligero y pequeño adaptado a la población, aunque no todas las calles eran transitables por las empinadas cuestas. No la llevó hasta la casa familiar, sino a otra más pequeña, alejada y coqueta, que solía utilizar para sus amoríos. Era su picadero para montar a las hembras que accedían a ir con él a cambio de unos

reales. Con los tiempos duros que corrían no le faltaban mozas que se prestasen, conocedoras de que ya su pito no era como antes y no cargaba ni disparaba munición. Para mayor discreción el carruaje entraba hasta el interior. Un imprevisto les impidió el paso: las cerraduras de las dos puertas de acceso habían sido atrancadas con clavos, tal vez por una querida resentida o por orden de su propia esposa, y las llaves no giraban. El cochero, incapaz de abrir el portillo, no pudo acceder a la tranca que ajustaba y cerraba desde dentro.

No se apuró mucho don Rosendo, y no sería tampoco la primera vez que habían aparecido dañadas las cerraduras. «Esta es la maniática de mi mujer, Encarna —pensó—, que quiere que me muera de pena y aburrimiento como ella. A la muy beata no le importa porque cree que irá al cielo y a mí me reserva el infierno, la muy zorra». Él cumplía como católico y todas las semanas comulgaba en la misa del domingo por la mañana, a la que no le acompañaba su esposa porque ella no iba con un fariseo. Como si supiera lo que es un fariseo. Él era un terrateniente que había incrementado sus tierras y las explotaba para obtener el máximo beneficio. Solo tenía una debilidad manifiesta por la fisonomía femenina. Su esposa no lo entendía, cuando él nunca había desdeñado sus intimidades. Peor hubiera sido, argumentaba entre amigos, que fuese un vicioso del vino, del juego o tirara su fortuna; pues no, eso no, aunque tomase sus copitas, y a veces sus partiditas. Esas virtudes la ingrata de su esposa no las valoraba. Tampoco era tan malo que cuando una mujer le gustaba ya no tenía otro pensamiento que fornicar con ella. En el fondo era muy hombre, pero qué puta era la vejez, ya no era el semental de antes. Él entendía muy bien a su hijo Arturín, que Dios quiso que fuese bobalicón. Desde que Arturín tenía los huevos negros, él lo llevaba a una casa de putas en Jerez que lo dejaba manso para el resto de la semana. Solo mostraba inquietud cuando la criatura preguntaba «¿Mañana es *juevis*?». Cuando por fin era la víspera, ya estaba contento y lo celebraba: ¡Mañana es *juevis*! ¡Mañana es *juevis*! Su

mujer, la muy beata, se tapaba los oídos, pero él lo entendía y le daba gusto al pobre infeliz, como cuerda a un reloj de pared, todos los jueves. Así es la vida, el que quiera escandalizarse que beba agua. Ahora, no debía olvidar que al día siguiente le mandaría un recado al herrero Marcos para arreglar las cerraduras, hacerlo hoy con urgencia llamaría más la atención.

Nada más acomodarse de nuevo don Rosendo en el carruaje y sin querer perder más tiempo, se abalanzó sobre la muchacha. La vista de la pechuga prieta de mujer siempre había sido una tentación que no había podido resistir sin tratar de mordisquearla en privado. La Rosa sabía que el Lagartijo, seguido a caballo de Frasco Antonio, no la perdía de vista aunque estuviese subida en el carruaje. Si encontraban el momento oportuno realizarían el ansiado secuestro.

—Espere, don Rosendo, no sea usted tan fogoso. En las afueras del pueblo podemos corretear tranquilos sin que nadie nos moleste —lo frenó la Rosa con la intención de salir de Arcos e ir a un lugar mejor para llevar a cabo sus propósitos.

—Te puedo llevar a una de mis fincas, preciosa, pero mejor nos vamos a mi casa que mi mujer va a misa y después cena con mi nieto. Al menos tarda cuatro horas y no viene antes de la media noche, tiempo suficiente... ¿No te parece?

⁹ *La Vanguardia*. Servicio Telegráfico particular de *La Vanguardia* jueves 1 de marzo de 1883. Está convicto y confeso Juan Ruiz, jefe de la Mano Negra, habiendo hecho importantes revelaciones. Este dato aparece recogido en diferentes periódicos.

¹⁰ *La Vanguardia*, 7 de marzo de 1883.

¹¹ *Revista Social* (08-03-1883). El desmentido de la FTRE también se produjo en marzo.

EL SECUESTRO

Don Rosendo estaba perfumado, una vaharada de aliento agrio y aguardiente asqueó la cara de la muchacha que deseaba ya no demorar demasiado el negocio. Miró por la ventanilla para tomar aire puro y ver si divisaba al Lagartijo. No lo vio, pero sabía que era sigiloso y estaría al acecho. Las nubes tomaban tintes violáceos con la luz crepuscular.

—¿En la casa de usted vamos a tener intimidad? —le preguntó recelosa de que los planes se complicaran.

—No te preocupes moza, que el servicio es discreto. Hoy, como es domingo, a esta hora solo está mi mayordomo, que además es medio sordo y se quedará en el piso de arriba, donde duerme. Al cochero le digo que vuelva en unas tres horas.

—¿Y no hay nadie más?

—Ya te lo he dicho, preciosa. Si no eres remilgada conmigo, te daré buenos reales.

Por una puerta amplia de cochera accedieron hasta el interior. El cochero desenganchó el tiro para que el caballo descansara y comiera en la cuadra al fondo del corral. Ellos pasaron a un patio más pequeño con macetones de helechos. El mayordomo atendió a don Rosendo.

—Señor, la mesa está servida: alcauciles rellenos de carne, que tanto gustan al señorito, jamón y una botella de vino fino, por si desean picar algo. Si no necesita nada más, me retiro al piso superior.

La Rosa, distraída y distante, seguía las instrucciones de Miguelillo de no dejarse ver. Un cuadro de marcos oscuros en el salón principal le llamó la atención, un retrato masculino de cuerpo entero que a la Rosa le resultó extrañamente familiar.

—¿Te gusta? —le interrogó él, con cierto aire de añoranza.

—¿Quién es? —Aunque ella adivinaba la respuesta, quería estar segura.

—¿Tanto he cambiado? Con esa edad me comía el mundo y mis amores eran como las estrellas en la noche.

—¡Pues vaya! —comentó la Rosa sorprendida y sin saber qué decir.

Entraron en una alcoba con una cama de matrimonio, un ropero y un palanganero de caoba con filigranas, el aguamanil de porcelana finamente decorado y un espejo; bajo la cama se veía un orinal de cerámica con asa.

—Es una habitación de invitados, pero sirve para las refriegas amorosas.

—Seguro que aquí, pillín, ha aprovechado más de una vez la ausencia de su esposa.

—Cada uno tiene sus necesidades y mi debilidad siempre han sido las mujeres. Mi esposa solo quiere tener relaciones para concebir; si no, lo considera pecado. En realidad, solo quiere a sus hijos y a mi nieto. Bueno, dejémonos de chácharas que quiero chupar esos pezones tentadores y que me acaricies mis partes. — Don Rosendo prefirió mostrarse sincero, sin pudor y deseoso de no perder más tiempo—. Mi picha curtida en mil batallas ya no me sirve, pero ninguna hembra podrá decir que la dejo insatisfecha, ver su excitación es motivo para mí suficiente.

Don Rosendo abrió un arcón de nogal con incrustaciones de hueso y del fondo del mismo, bien envuelto en un pañuelo de seda, sacó un pene de piel, que dejó sorprendida a la muchacha.

—Con este juguetito, bien engrasado con manteca, hago milagros.

—Querido —le dijo ella melosa—, váyase desnudando, que ahora vuelvo para darte mi pecho como si fueras mi bebé. Prefiero desnudarme y asearme fuera. Cuando entre con solo mis encajes interiores, a lo mejor no necesita ninguna ayuda.

—Pero si aquí tienes un palanganero, querida —protestó él.

—He visto otro fuera, querido, y prefiero darle una sorpresa que nunca olvidará. Espéreme desnudo en la cama, sin moverse, para no estropear lo que le tengo preparado.

—Me gustas mucho, tanto que, si termino tan contento como espero, te voy a dar hasta una peseta. ¡Oh, qué daría yo por un milagro! —Mirando su pene le ordenó como si fuera Lázaro—. ¡Levántate..., levántate!

¿Qué sé de alucinados? ¿Qué responsabilidad tengo en todo este asunto? En la cárcel estamos muchos muertos de hambre, algunos han participados en asaltos a panaderías y han realizados algunos desmanes, pero que yo sepa no hay asesinos de la Mano Negra. Debo descifrar el enigma de esta misteriosa asociación.

Avanzado el mes de septiembre último, después de la mala cosecha del verano y con una epidemia de cólera que nos había caído encima, para recordarnos que las desgracias nunca vienen solas, asistí ilusionado a un congreso legal de la Federación de Trabajadores de la Región Española, el segundo desde que nuestro colectivo había sido legalizado, el primero se había celebrado en Barcelona. Era delegado de los ciento diez federados de San José del Valle, todo un éxito de militancia que había crecido a lo largo del año 82 de una manera extraordinaria y en ello puse mi empeño. Organizarnos era la única vía que teníamos los trabajadores para combatir la injusticia: el destajo, un salario pésimo, las jornadas agotadoras, la escasez de trabajo... Muchos afiliados eran analfabetos, no tenían ideas políticas claras, pero sí comprendían que éramos una sociedad de refugio, protección y ayuda. La cuota era de tres reales al mes. La Federación te amparaba en caso de

extrema necesidad, seguíamos el lema solidario de los mosqueteros: «Todos para uno y uno para todos». Crecimos como las espigas, fuertes tras las lluvias de las calamidades. Los propietarios nos miraban con recelo y preocupación.

La Rosa salió presurosa al salón, volvió a mirar al paso el cuadro que tanto le había intrigado y de allí al patio hasta la cochera. Por fortuna todo estaba silencioso y tranquilo. Quitó la tranca de la puerta y asomó un instante la cabeza, miró y no vio a nadie. La noche echaba ya su manto oscuro y en la calle pasaba a lo lejos una gitana canastera de las que leen la buenaventura. Un segundo después vio al Lagartijo tras un alféizar. Este hizo una señal a Frasco Antonio que estaba en la otra esquina. Entraron y encajaron la puerta de la cochera.

—¿Todo bien? ¿Dónde está el viejo? ¿Hay moros en la costa? —interrogaba acelerado el Lagartijo a la muchacha.

—Para el carro, Lagartijo. Todo está bien y solo se encuentra el mayordomo en el piso superior. El viejo me espera en una alcoba junto al salón principal, a la derecha.

Instantes después entraba Frasco Antonio, seguido de Miguelillo Ajorcajambre y el Viejo. El Lagartijo les informó de la situación y los apremió para pasar a la acción, antes de que llegara el cochero. Hasta podían utilizar el mismo carruaje del señorito para transportarlo de manera discreta. El Viejo fue a enganchar el caballo.

—Venga, querida, que estoy impaciente por verte y por la sorpresa que me tienes preparada. ¡Ahhhh! ¿Quién eres tú? ¡Ahhh!... —gritó espantado don Rosendo con un susto de muerte cuando apareció el Lagartijo, impulsado por los celos. Entró en la habitación como un torbellino.

—Como chilles, te rajo en canal. Esto es un secuestro, así que ponte algo más decente y que llame menos la atención, viejo verde, que nos vamos.

Don Rosendo temblaba de miedo, encorvado y desnudo había envejecido de súbito, susurraba que tenía que tomarse su medicina. De pronto vio al resto de la cuadrilla, menos a la Rosa, que había preferido quedarse fuera en el salón, y al Viejo, que preparaba el carruaje. El señorito contempló como una aparición a Miguelillo Ajorcajambre. Lívido, se llevó las manos al pecho, dio unos pasos hacia el chifonier para coger un frasco del brebaje de bromuro de potasio con corteza de naranja amarga que el boticario le había preparado para la dolencia del corazón. Antes de poder tomar nada, cayó al suelo con susurros entrecortados.

—La carne de mi carne me reclama... Puta zorra...

—¡Hostias!, que este viejo la palma y nos arruina el negocio. Dadle le medicina que ha cogido... —urgía Miguelillo Ajorcajambre.

El Lagartijo empezó a darle el jarabe, pero el señorito no tragaba.

—Está a punto de espicharla —comentó nervioso.

—Padre nuestro, acoge este pecador en tu seno... —rezaba Frasco Antonio, que empezó a chapurrear unos latines al tiempo que, con aire de entendido, arrodillado y con dos dedos puestos en el cuello de don Rosendo trataba de tomarle el pulso—. *Per secula seculorum*, hasta el juicio final, este la ha palmado de ataque fulminante.

—No perdamos más tiempo —apremiaba Miguelillo Ajorcajambre —, nos lo llevamos de todas formas si no queremos estropear el negocio. Nadie sabe aún que está... ¡Maldito viejo!, mira que morirse ahora...

El Lagartijo y Frasco Antonio cogieron el cuerpo del señorito para llevarlo hasta el carruaje.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Aquí la Guardia Civil, que han matado a don Rosendo! —gritaba desde un balcón superior el mayordomo, después de haber visto por una rendija de la puerta de la escalera el cuerpo caído del señorito.

—Me cago en... —soltó un exabrupto Ajorcajambre—. Nadie me ha dicho que había más personas en la casa.

—Ha sido el Lagartijo quien ha corrido como un galgo, sin darnos tiempo a organizarnos. Ahora sí que el negocio está listo, nadie nos va a pagar nada por un muerto. Cojamos lo que podamos y huyamos lo más pronto posible para salvar el pellejo —decía Frasco Antonio mientras echaba mano a un candelabro de plata.

—¡Vámonos!, ¡maldito seas, Lagartijo y maldito el viejo putón! Aún tengo que ajustar cuentas con los dos. Esto, don Rosendo, no termina aquí, como me llamo Miguelillo Ajorcajambre. Mi venganza no está satisfecha y tengo cuentas pendientes que liquidar contigo y con tu familia.

EL CRIMEN DE LA VENTA DEL EMPALME

La primavera estaba exultante, agradecida de las anheladas lluvias, en el mediodía del jueves 5 de abril de 1883. Ese día, en una venta a las afueras de Sanlúcar de Barrameda, Pedro Holgado supo todos los detalles del nuevo crimen atroz de la Mano Negra. Fue después de charlar con el sargento Esteban Mancera, autor de la detención de los jornaleros responsables del asesinato y haber obtenido la confesión de que pertenecían a la sociedad secreta. Los mandos lo habían felicitado por su actuación, en especial el capitán Oliver, al que apodaban ya Contramano por sus éxitos contra la terrible Mano Negra.

—El jefe del grupo es el llamado Maestre, que en realidad se apellida Expósito, con antecedentes delictivos por hurto y con filiación política socialista conocida. Todos tienen un número secreto; así, Pastor, que es también un apodo porque había cuidado cabras, se llama Antonio y es el número 8.

El sargento hablaba con orgullo, deseoso de que la prensa reconociera también sus méritos y alimentar así el gusanillo de la notoriedad. Pedro Holgado le daba coba y lo invitaba a una copa tras otra para soltarle la lengua.

—Cuando yo cuente este terrible crimen lo van a conocer a usted en todos los rincones de España, se lo digo yo.

Unos instantes después entró en la venta el comandante don Tomás Pérez de Monforte en busca del sargento para felicitarlo. Este se cuadró militarmente. Por segundos, los vapores etílicos parecieron esfumarse. El comandante, al saber que estaba con un

periodista, aceptó de buen grado unirse a la mesa. El encuentro alimentaba también su ego personal de protagonista en la lucha contra la sociedad criminal.

—Porque usted es el mayor experto en la Mano Negra, se puede decir que su descubridor —le dijo Holgado al comandante para halagarlo—. ¿Por qué no me habla usted de esta sociedad, que al mismo tiempo resulta tan misteriosa?

—Yo soy solo un humilde servidor del orden y de la propiedad que cumplo con mi deber. En este sentido, sí he sido el descubridor de esta criminal asociación. —El comandante acarició su bigote y miró al techo como buscando inspiración, sin reprimir el orgullo que sentía—. En lo que sé e intuyo estos grupos de la Mano Negra funcionan como Los Siete Niños de Écija¹². Como usted sabrá, los bandoleros que formaron esta banda fueron mucho más de siete, cuando uno caía había un recambio rápido. En esta célula de la Mano Negra son solo cuatro y para cometer su bandidaje van todos. A la víctima la mataron sin quedar ninguno al margen, como las puñaladas de los senadores a César. Ahora bien, si alguno es detenido o malherido, es sustituido por otro de la asociación madre, que es la Internacional. Además, están juramentados con pena de muerte, incluidas también sus familias, si uno delata y culpa a los demás.

—¿Cómo sabe usted tanto sobre la Mano Negra?

—Son ya muchos años de servicio y ahora, como jefe rural de la comarca de Jerez, conozco bien al enemigo. Ahí están los reglamentos que rigen a esta pandilla de desalmados, que yo mismo descubrí y que dimos a conocer a la prensa.

—Sí, yo fui uno de los periodistas que asistieron. ¿Cómo ha conseguido usted —se dirigía ahora el periodista al sargento— que confesaran en tan poco tiempo el crimen cometido?

—Mire usted, soy un profesional y al primer guantazo que le damos sabemos si es un hueso duro de roer o un cantamañanas dispuesto a decirte lo que sea con tal de no verse malparado. Estos eran de los segundos, después de aislarlos y de un hábil

interrogatorio, en el que es un experto don Tomás, me hubiesen cantado hasta la misa en latín si la hubiesen sabido. Solo Pastor, que doblaba la edad al resto y sabía lo que se jugaba, mostró resistencia. En el fondo son unos desgraciados, muertos de hambre, pero con muy mala leche.

—El móvil político sigo sin verlo claro —argumentó el periodista.

—Estos han ido a robar, están acostumbrados al bandidaje; pero, quién sabe, a lo mejor Pastor, que conocía al ventero, temía que este pudiera delatarlos como asociados a la Mano Negra.

—La venganza está detrás de la mayoría de estos crímenes —comentó el comandante— porque son juzgados por tribunales populares de la Mano Negra y condenados a muerte. Ellos imparten el terror y lo mismo ordenan quemar un granero para aumentar el hambre y la desesperación, o cortar viñas para dañar a un propietario, que matar a uno de los suyos que consideren un traidor o porque quieran dar un escarmiento. Las ventas están muy expuestas, porque ellos saben que muchos venteros son soplones de las fuerzas de la autoridad.

Holgado pudo aprovechar las copas para leer el informe de la Guardia Civil y hacerse una composición de lo ocurrido¹³. Por fin podría presentar carnaza de primera mano a sus lectores.

La noche envolvía con resplandor azulado a los caminantes. Corría la una de la madrugada, el mes de abril estrenaba su primera hora. Unos golpes en la puerta de madera rajaron la tranquilidad nocturna y resonaron aullidos de perros en la lejanía. Llamaban en la venta Alta, también denominada de Cuatro Caminos o venta del Empalme. En el interior nadie respondía, pero insistían con los golpes que tronaban en el silencio como estampidos de escopeta.

—Antonio, soy Pastor, ábrenos, hombre, que estamos reventados de tanto andar. Unos minutos nada más y nos vamos enseguida para Sanlúcar.

El ventero, en calzones, receloso y algo molesto ante la insistencia, quitó la tranca de la puerta. Se encontró con Pastor acompañado de tres jornaleros más. Uno de ellos, al que llamaban Maestre, sacó una pistola.

—Lo siento, Antonio, pero danos el dinero que tengas.

—¡Dios mío, Pastor, para eso me llamas! Me quieres buscar una ruina, si no tengo nada de nada, solo unos míseros barriles de vino para ir tirando.

El más joven, conocido como el Cojo, por tener la pierna izquierda un poco más corta, empezó a registrar detrás del pequeño mostrador. La cajita de madera donde el ventero guardaba el dinero estaba vacía. Mostrándole que nada había, le espetó:

—Antonio, dinos dónde está el dinero o te vamos a pinchar... hasta que hables.

Al removerlo todo, el Cojo encontró bajo una taza dos pesetas y tres perras gordas.

—¿No ves tú como el zorro las guardaba? Además, tienes que tener escondidos los ahorros. ¿Eso los tiene debajo del colchón?

—¡Por Dios! Pastor, ¿tú sabes lo que haces? Muestra cordura y diles a estos muchachos que se vayan. Si lo único que tengo es la puta miseria. Estos *malnacíos* me quieren traer la ruina. ¿Qué ahorros voy a tener con la que está cayendo? Si la mitad de las veces, para vender algo, lo doy fiado. El dinero apenas me llega para comer y comprar un poco de mercancía.

—Antonio, danos el dinero o te rajamos —se empeñaba el Maestre golpeándolo con la punta de la pistola en el pecho, mientras el otro jornalero, también joven y que apodaban el Chato, sacó un cuchillo y comenzó a darle de plano en la cabeza hasta arrodillarlo primero y tumbarlo en el suelo después.

Pastor cogió un pañuelo y le ató con fuerza las manos por detrás. Echó mano a una botella de vino y bebió un trago continuado hasta dejarla por la mitad, lanzó después un resoplido sonoro y se limpió con el dorso de la mano. Tras mirar con ojos vidriosos al ventero, volvió a insistirle.

—Antonio, danos el dinero por tu bien. Ya no te lo digo más.

—¡Es que estáis locos, qué ahorros voy a tener! Habéis rajado mi colchón en el suelo, que ni tan siquiera cama tengo. Maldito Pastor, me has traído más calamidad de la que ya tenía.

—De aquí hay que salir ya a escape —apremió el Cojo, que era el que estaba menos bebido.

Entre todos cargaron los tres barriles de vino en una burra, más dos botijos de aguardiente y uno de vinagre, que eran todas las existencias que había en la venta. Todo estaba removido y nada había de valor. Pastor bebió otro largo trago de vino y con una navaja hirió en el cuello al desconsolado ventero que gimoteaba.

—Ahora os toca a vosotros rematar la faena, que aquí estamos todos comprometidos por igual —se dirigió a los demás, que no habían cesado de beber, mientras el Cojo vigilaba en la puerta por si alguien avistaba.

Maestre y el Chato completaron la matanza, lo degollaron hasta dejarlo bien muerto. Apuraron entre los dos una botella de aguardiente ligadillo. Pastor contempló al ventero con una mancha viscosa de sangre alrededor del cuello. Observó que tenía su misma talla de cintura. Mientras mascullaba «ya no te van a servir..., puta miseria» le quitó los calzones hasta dejarlo desnudo como Dios lo trajo al mundo. «Putta miseria», repetía como una letanía.

De regreso a la viña, el Maestre y el Chato daban tumbos y retrasaban la marcha del grupo. Sin resuello para seguir, se quedaron en la cuneta para dormir un poco la cogerza y continuar luego el camino. Pastor y el Cojo continuaban con el rucio sin detenerse.

—El aguardiente tiene mala *follá* —decía el Cojo. Tanto Pastor como él querían enterrar la mercancía robada antes de la madrugada para evitar que alguien los viera y los delatara.

A la mañana siguiente, empañada de neblina que luego despejaría, dos peones camineros fueron a tomar un trago de aguardiente antes de iniciar la faena y hallaron degollado al ventero. Cuando uno de ellos fue a dar aviso a los civiles, encontró en el

camino a Maestre con una resaca de espanto y sin ser consciente de que llevaba su camisa de lienzo pajizo con manchas de sangre y vómito.

El sargento Germán balanceaba con suavidad su cuerpo en una de las mecedoras del recibidor de la casa a donde había sido conducido por don Eusebio, a la espera de que llegase su jefe de seguridad. Descansaba junto a una mesita circular de caoba sobre la que reposaba la figura de un niño Jesús de marfil. Antes de saludarlo, Germán pudo observar al que se hacía llamar por sus hombres como don Miguel. En Andalucía, una persona avezada en armas, si no tenía formación militar, era un señorito aficionado a la caza y al herraje de fuego o era un bandolero. ¿A cuál de las dos categorías correspondía la persona que parecía dar instrucciones a los suyos antes de dirigirse a donde él estaba? No lo sabía muy bien, pero no le daba buena espina. Vestía con la elegancia de un señorito, pero los modales eran rudos como los de un bandolero. Eso sí, arropado por don Eusebio, lo cual no sería la primera vez, ni por desgracia la última, que un hacendado contrataba a una persona de pasado dudoso, pensaba el sargento. Era bien conocido el bravucón Matapeos, que prestaba servicios temporales a más de un cacique a cambio de impunidad para los actos delictivos que cometía.

El sargento se levantó de su asiento al ver acercarse a don Miguel. Lo saludó de manera cortés, sin muchas efusiones. Pronto empezaron a hablar de los asuntos que les concernían: el pago del rescate y la encerrona a los que fuesen a recoger el dinero. «A mí no me engañas —pensaba el sargento Germán—, desconfío de ti y averiguaré tu procedencia».

El sargento optó por aceptar la trampa urdida por don Miguel con la condición de que si tenía tan buena puntería como había demostrado ante su patrón, no tirase a matar y que luego entregase los bandidos a la Guardia Civil para poder interrogarlos.

Cuando ya el encuentro parecía concluido, preguntó el sargento con una sonrisa, como sin darle importancia.

—Don Miguel, ¿dónde ha trabajado usted con anterioridad y ha aprendido tan bien a disparar? Es solo por curiosidad.

Miguelillo, guardando la compostura, cavilaba mostrando una sonrisa en su faz tan cínica como la de su oponente. «Cabrón uniformado, como hurgues demasiado en mi pasado te rajo en canal y te mando a los putos infiernos».

—Muy curioso es usted, sargento. Yo soy pariente de don Rosendo, un conocido señorito de Arcos, que en gloria esté. Muy de niño fui a las Américas donde serví también en el Ejército. Puede preguntar por mí a don Eusebio si le interesa, él responde de mí. Si no tiene más que preguntarme, disculpe, mis obligaciones me reclaman.

—Faltase más, don Miguel, siga usted con sus tareas, pero ya sabe que debemos colaborar. Y cuando tenga más tiempo, me gustaría seguir charlando con usted.

—Que le quede muy claro —manifestó el jefe de seguridad cortante—, yo solo obedezco órdenes de don Eusebio.

Germán no dejó de observarlo mientras se retiraba, con la sensación de que no le había dicho la verdad. Lo único seguro, en estos tiempos tan inciertos, es que era el protegido de uno de los caciques más poderosos del Partido Conservador de Jerez, apoyado a su vez por don Antonio Cánovas, sin duda el personaje político más importante de España y artífice del nuevo sistema político de la Restauración.

¹² Bárcena Guzmán (1971), compara por su manera de actuar a la Mano Negra con el grupo de bandoleros Los Siete Niños de Écija. Publicado por *Revistas de Estudios Históricos de la Guardia Civil*.

¹³ Las fuentes documentales sobre el crimen de la Venta del Empalme se basan en la prensa de la época y los partes de la Guardia Civil que aparecen también en el apéndice de la obra de Pantoja, J. L y Ramírez, M. (2000): *La Mano Negra. Memoria de una represión*.

EL CONGRESO DE SEVILLA

¿Qué sé yo de alucinados? ¿Qué sé de la Mano Negra? Me repito con insistencia mientras repaso todo lo ocurrido en el congreso de la Federación en Sevilla por si encuentro alguna explicación ante tanta locura y maldad como nos atribuyen.

Tres días con sus noches pasamos en la ciudad del antiguo Betis. Nos reunimos más de doscientos delegados en un gran corralón con sillas de enea que servía también como local de comedias. Organizadas por oficios, la más numerosa de las representaciones era la nuestra: Unión de Trabajadores del Campo (UTC). Los ciento diez afiliados de San José del Valle éramos todos braceros menos los hermanos Corbacho, pequeños propietarios y arrendatarios. De la ciudad de Jerez asistieron delegados de los diferentes oficios del vino, como los toneleros, y también algunos jornaleros. Las representaciones más nutridas eran las de los catalanes, entre los que destacaba Pepe Llunas, y las nuestras procedentes de Andalucía¹⁴.

Al haber estado aislado en el cortijo de Alcornocalejos y en el entorno de Arcos y Jerez no tenía noticias recientes de antiguos camaradas. Fue en Sevilla donde supe del admirado Fermín Salvochea, que pasaba más tiempo en la cárcel que en la libertad que tanto añoraba; que el jerezano Ramón de Cala, desengañado de la política burguesa, trabajaba como peón anónimo en obras ferroviaria; que mi amigo el doctor Mateo y su compañera Andrea, quien fue mi amor soñado con la que compartí tantos anhelos,

estaban en Cádiz y habían tenido un hijo, al que Andrea daba aún de mamar, razón por la que ella no había asistido al congreso. Mateo continuaba dedicado a su vocación de sanar a los más humildes y permanecía alejado de la militancia en organizaciones políticas.

Al congreso asistieron también mujeres, aunque se podían contar con los dedos de una mano. Eran mujeres valientes, como Andrea, pero sin la elocuencia de ella. Arreaban a los hombres con sensatez y sabían bien lo que era sufrir y seguir adelante, entre ellas, Isabel Luna, andaluza discreta y animosa, morena de ojos negros que sin ser guapa resultaba atractiva. Ahora sé que también la han detenido acusada de ser de la Mano Negra y de querer envenenar a los propietarios a los que servía. Qué locura, la caza de brujas está lista en los tiempos que corren y todo está confundido. Hasta los hermanos Corbacho, pequeños propietarios, pero con anhelos de un mundo mejor, están inculpadados, como yo, en la muerte del Blanco de Benaocaz. Asesinado, según nos acusan, por orden de la Mano Negra. Esa patraña nos ha caído de un cielo envenenado. Hemos sufrido todas las plagas: la hambruna, las epidemias y ahora la persecución atroz.

En el congreso de Sevilla, todavía soñábamos. Sin renunciar a nuestros objetivos revolucionarios, queríamos consolidar como modelo de acción la lucha pacífica, actuar como una organización sindical y utilizar la huelga como principal medida de presión para conseguir nuestros fines. Sí, había una minoría disconforme. Caldeada por tanta calamidad como nos asolaba, reclamaba venganza contra los opresores y actuaciones violentas. Entre sus defensores destacaban Rubio, de Sevilla; Paco Gago, de Arcos, y Pedrote, que por sus expresiones deduje que era gaditano. Con un sombrero de paja, enjuto y con voz potente, arrastraba a algunos seguidores en la comarca de Andalucía del sur y también en la comarca de Andalucía del oeste, que era la nuestra. Junto con la del este, eran las tres comarcas de la Federación que conformaban Andalucía.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados, mientras vemos a nuestros hijos morir por falta de un pedazo de pan. Somos esclavos y no dejaremos de ser esclavos si no conquistamos nuestra libertad —disertaba Pedrote con verbo encendido y poder de convicción entre los que aún no tenían sus ideas claras—. Es mejor morir como Espartaco que dejar que el señorito te aplaste con su caballo. Por las buenas no vamos a conseguir nada, ni con huelgas tampoco. ¡Pichas!, convenceos, hay que hacer la revolución. Las llamas purificadoras deben destruir la propiedad y a los verdugos que oprimen al trabajador... Solo nos podemos liberar con el poder de la fuerza y la acción directa sobre los pilares que sostienen esta sociedad cruel. ¿Qué hubiera pasado con Espartaco si se hubiese puesto en huelga él y otros esclavos? Nada, los habrían arrestado o matado a todos y sustituidos por otros. ¿Cómo se iban a defender? Al menos murió de pie, luchando con dignidad. Yo prefiero morir por la revolución que seguir siendo esclavo.

Su discurso ardiente provocó aplausos entre el grupo que lo apoyaba, algunos indecisos y el silencio de la mayoría. Era un mensaje en apariencia atractivo, de orgullo y de pelear hasta morir, pero no era sensato. La noche sevillana era cálida y acogedora y nadie tenía prisas en debate tan crucial. Intervenimos otros muchos, Pepe Llunas y yo también expusimos nuestros argumentos.

—Nuestras armas nunca podrán ser la violencia, ni la navaja ni el fuego purificador, sino la fuerza que dan la razón y la verdad. —Me sentía seguro en mis argumentos y mis palabras fluían también con ardor—. Podremos convencer con razones y con inteligencia. Nuestro camino es la organización, la solidaridad entre los trabajadores y la educación de los obreros. Si actuamos con violencia, perdemos las causas justas que nos avalan y hacen nuestra lucha redentora. Ilustrémonos, hagamos escuelas para nosotros, organicemos una lucha sindical pacífica y hallaremos la senda de la libertad que anhelamos.

—No seáis ilusos —replicaba Rubio, con la tez de su rostro aún más rojiza por la pasión con la que hablaba—. Pensáis que por las

buenas y con razones nos van a ceder los ricos nuestros legítimos derechos. O que si nos golpean una mejilla, con caridad cristiana debemos poner la otra. No, estáis equivocados. Solo necesitamos una auténtica revolución obrera y mientras tanto minar y golpear una y otra vez las bases del Estado burgués hasta conseguir su destrucción. Esta será nuestra única redención posible. ¿Acaso pensáis que con la ilustración o con los libros van a comer los campesinos?, ¿que de esta manera vamos a conseguir la libertad?

Unas risas de aprobación entre los suyos acompañaron las palabras de Rubio, que se mostraba enérgico y satisfecho.

—Ole tus huevos, ¡picha! ¡No vamos a meternos el rabo entre las piernas! —gritaba Pedrote.

Emoción en nuestros argumentos no nos faltaba a ninguno, nos jugábamos mucho, el presente y el futuro de nuestra organización. Ahora, la Mano Negra nos está destruyendo a todos sin distinción. En el congreso la mayoría de los delegados vimos la senda a seguir: no había otro camino que el pacífico y seguir en la legalidad. Tan seguro estaba, que hablé con el corazón.

—Lo que diferencia al hombre de los animales es la cultura. Libro deriva de *liber*, que en latín significa libertad. Libro..., liber..., libertad. Saber leer y escribir es un gozo privilegiado para los humanos y un camino de redención para que los campesinos, pobres y analfabetos dejemos de ser esclavos. Ahora bien, tienes razón, con los libros no se come. Con los libros aprendes, y no con todos, solo con aquellos que tienen como norte la verdad racional y no están contaminados por dogmas religiosos o supersticiones. Con los libros no comes, pero... ¿acaso nosotros, los campesinos que defendemos la actuación organizada y no violenta, renunciamos a la tierra? Al igual que un zapatero necesita cuero para fabricar los zapatos, los jornaleros necesitamos tierra para dar de comer a nuestros hijos. Por ello soy socialista, porque considero que la tierra debe de ser del campesino que la trabaja. No soy marxista sino bakuninista, que es lo mismo que amante de la libertad. Las dictaduras, aunque sean del proletariado, me producen alergia y la

violencia, repugnancia. Nuestro camino es prepararnos a través de la educación para poder vivir algún día en libertad. Nuestro camino es la organización, la solidaridad y la lucha sindical. Nuestras metas son claras: la jornada laboral de ocho horas, acabar con el destajo y las injusticias.

Mis palabras fueron acogidas con gritos de aprobación. Ello me llenó de orgullo porque tengo fe en el ser humano y quería ser optimista. Creo que el progreso social es posible, aunque sea una conquista gradual de presente y futuro. Lo más importante es que la gran mayoría estábamos de acuerdo con el rumbo que debíamos seguir, pero la minoría no daba su brazo a torcer. Ante tal disyuntiva, fue Pepe Llunas, con el apoyo más unánime de los catalanes, el que planteó la salida de los que propugnaban la acción directa y violenta.

—Casi todos estamos de acuerdo en que una actitud violenta por parte de nuestros afiliados conduciría a nuestra ruina como asociación y justificaría la represión —argumentaba Llunas—. Ante este grave dilema, aquellos compañeros que no acaten en este asunto vital los acuerdos y decisiones tomadas por este congreso serán expulsados de nuestra federación. Ambas posturas son incompatibles. Queremos recorrer un camino legal. Nuestra fuerza, como ha dicho Juan Ruiz, está en la organización, en la propaganda, en la instrucción de los obreros y en la lucha sindical con metas concretas, sin renunciar por ello a ninguno de nuestros fines revolucionarios.

Estuve de acuerdo con la expulsión, aunque me desagradaba esta medida quirúrgica aprobada por la mayoría. Hubiese preferido el acuerdo, pero era necesaria si queríamos sobrevivir como organización. Por desgracia, de poco nos está sirviendo en la actualidad. Entre los díscolos minoritarios, casi todos eran andaluces. Poco después supe que el Petenera, que había radicalizado su actitud en los últimos meses, compartía también esta postura de ataque frontal al sistema burgués y capitalista. Aquel congreso no fue moco de pavo y se aprobaron reivindicaciones

importantes como la jornada de ocho horas, la condena del destajo y la plena igualdad entre hombres y mujeres. De este sector minoritario violento habrán surgido los alucinados de la misteriosa Mano Negra, que tanto mal está haciendo a la Federación.

Quiero distraer mi mente y me refugio una vez más en mi María Frasca. Al regresar del congreso de Sevilla a Alcornocales, avanzado el mes de septiembre, mi mujer me recibió con ansiedad y preocupación. Estaba también algo celosa, temía que hubiese estado con Andrea. Le dije que no había ido, pero que ella era la mujer de mi vida. A pesar de tanta calamidad vivida al final de la siega me encontraba ilusionado, soñábamos con construir un mundo mejor sin estar fuera de la ley, el progreso social era posible y los horizontes de justicia podrían ser viables para nuestros hijos.

La temperatura era más fresca y el aire revuelto parecía anunciar las ansiadas lluvias otoñales. La nuestra era una tierra sedienta y agrietada con tanto sufrimiento. Los ecos de una guitarra lejana entre las luces crepusculares impregnaban de romanticismo el atardecer. Mis ojos lagrimeaban de ilusión, un futuro de progreso y justicia social eran posibles. En las sierras bramaban los venados. Yo bramé aquella noche, sin prisas, con ternura, saboreando cada instante, recorriendo como un explorador cada curva hasta sentir un vértigo de amor. Sabía ya que el vientre de mi mujer contenía una nueva y maravillosa vida. Continuaba infatigable, con extrema delicadeza, como si el tiempo no existiese, como si nunca te pudieras saciar de amar ni de quedar exhaustos. Descansar unos minutos y seguir de nuevo. Estaba ilusionado, era real, un hijo en camino y horizontes de mejoras posibles para los jornaleros, sin destajo, sin la atroz hambruna, sin abusos ni injusticias; bien sabía que el camino era largo, difícil e impredecible y el futuro incierto. Pero merecía la pena intentarlo con una eficaz organización de socorro, no violenta y con la educación al pueblo.

Para Pedro Holgado el balance era angustioso: los crímenes de la Mano Negra habían incrementado su cosecha terrible y no habían perdido notoriedad cuando la primavera abría con fuerza, después de las lluvias caídas en el otoño. Recordaba que al preguntar sobre este asunto al comandante Monforte, con rabia destilada por sus ojos y su voz, incrementaba aún más el saldo de muertos.

—Los crímenes ejecutados por orden del Tribunal Popular Revolucionario superan ya la docena. En la cárcel hay una veintena de presos confesos de ser autores de asesinatos horribles ejecutados por la Mano Negra. Con el maestro de escuela, uno de los más peligrosos, nos tuvimos que emplear a fondo, pero al final confesó. Otros muchos lo son también de incendios, viñas taladas, olivares destruidos, bodegas arruinadas... Este es el panorama perverso que nos encontramos. Es el día a día de lo que aquí ocurría, porque por fin se han acabado las actuaciones blandengues. Estos canallas de la Internacional están recibiendo su merecido.

Holgado estaba satisfecho de haber dado la primicia del asesinato a sus lectores y, por tanto, adelantarse a otros periodistas. Pero estaba confuso y no todo en la historia le encajaba. Era un brutal crimen de descamisados rufianes que habían confesado ser de la Mano Negra. La paradoja era siempre la misma: el asesinado no es ningún potentado, ni rico propietario solo un humilde ventero; y todos los crímenes más notorios atribuidos a esta sociedad eran de personas pobres o venteros de mala muerte. Podría ser creíble que la ceguera de fanáticos descerebrados incluyera estas tristes ventas como objetivos fáciles.

—Víctimas de un severo tribunal popular que quiere imponer el terror. Son escarmientos a traidores de la causa de la Mano Negra —le comentó don Tomás, cuando lo vio dudar.

¹⁴ La documentación para el II Congreso de la Federación de Trabajadores de la Región Española celebrado en Sevilla, se ha basado en investigaciones como la

de Juan Díaz del Moral (1929): *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, un referente para otros muchos investigadores, como lo son también los estudios de Gómez Casas (1968) y Tuñón de Lara (1985).

III

EL GARROTE VIL

LAS ARTIMAÑAS DE DON TOMÁS

En estos días, de tanto indagar en la cárcel sobre la Mano Negra, averiguo que los seguidores de los expulsados del congreso de Sevilla se han organizado este año en una asociación: Los Desheredados. Supe que han celebrado un congreso y que utilizan un sello con forma de cruz en el que aparecen grabados una antorcha y un puñal. El significado es claro: la redención obrera a través del fuego purificador, simbolizado en la antorcha, y la fuerza del acero del puñal. ¡Estúpidos alucinados, cuánto daño nos están haciendo! He sabido también que Paco Gago y los suyos trataron de constituir otra sociedad secreta en Arcos, con el nombre de Los Pelaos, pero no llegó a cuajar. En el pueblo de Arcos creció nuestra federación, una asociación legal con fines pacíficos.

La Mano Negra sigue siendo un enigma. Nadie sabe en la cárcel nada de ella. Eso sí, los periódicos están llenos de noticias y somos nosotros los presos de la Mano Negra. Para algunos medios de prensa yo soy el jefe, o al menos uno de los jefes, ya que en los últimos días los hermanos Corbacho aparecen también en la jefatura de esta sociedad. Cuando se refieren a mi persona les gusta decir el maestro de la Mano Negra, a veces también me llaman el Maestrito. La prensa conoce el reglamento y hasta han inventado algunos símbolos: dos puñales cruzados, una pistola con una navaja de lengua de vaca y, el esencial, una terrible mano negra. Está claro que los periodistas y la Guardia Civil aparentan saber mucho más sobre esta asociación que nosotros los acusados.

Los afiliados de esta sociedad secreta deben ser una minoría juramentada de por vida para no desvelar su identidad. Es evidente que son alucinados instalados en el bandidaje y la criminalidad. Lo más grave es que en su locura nos están arrastrando a todos. Las fuerzas represivas del Estado no hacen distinciones, ni entienden de marxistas, bakuninistas, Mano Negra, federados o Desheredados, sino que todos, todos sin excepción, somos terroristas de la Mano Negra. Cada día que transcurre es raro que no haya una nueva detención. Las cárceles de Jerez y Cádiz están atiborradas. Ante la masificación de presos, los que no están pendientes de juicio por delitos de sangre los están enviando a las Filipinas. Así ha ocurrido con mis compañeros, el entrañable Casimiro y el parco Miserio. Lo incomprensible es que los detenidos sí pertenecemos, la mayoría, a la Federación de Trabajadores de la Región Española. Qué paradoja tan terrible: acusados de pertenecer a la Mano Negra y nadie sabe ni conoce nada sobre esta asociación.

Hoy estoy contento, nuestra niña se encuentra bien, en esta primavera ha sobrepasado los tres meses. Me arrimo a la ventana de nuestra sombría celda por la que entra un fugaz rayo de luz y mis ojos se empañan de emoción. Según las cuentas de Frasca se había adelantado un mes. Pobre criatura, condenada a ver la luz de este inhóspito mundo donde el ser humano es cruel con su misma especie. Cuánto ansío verla de nuevo. Después de todo le doy gracias a Dios porque está viva, por haberla contemplado recién nacida y porque María Frasca, a pesar de tantas desazones, se encuentra fuerte. Ha sobrevivido al parto entre tantos disgustos. Es una mujer recia, como lo son las mujeres campesinas de nuestras tierras, que arrastran su sufrimiento con gran coraje.

Pronto será el juicio, espero que reconozcan mi inocencia y la de tantos otros que no hemos hecho nada. Es como si la justicia se hubiese vuelto ciega para cometer más injusticias, además de las que ya sufrimos por nuestra condición de parias. Solo tengo pendiente la acusación de ser internacionalista. De ello sí me acuso, de serlo por convicción, aunque no creo que sea delito. A veces

dudo, ¿no será una caza de brujas como en los tiempos de la Inquisición y estamos sufriendo tortura por nuestras ideas? Lo más grave es que me acusan de un delito de sangre del que soy inocente. Maldito Monforte, cómo me dejé atrapar con tus artimañas, ¿qué podría hacer ahora? Ojalá en el juicio se haga justicia y paguen solo los culpables del asesinato del Blanco de Benaocaz. Sé que los hermanos Gago están implicados. Manuelillo nunca ha sido sensato y su hermano Bartolo lo está protegiendo, como siempre ha hecho. Ojalá la verdad y la justicia resplandezcan en este castigado pueblo nuestro. A veces una desazón oscura me atrapa, me hundo en el desánimo, ¿a cuántos inocentes he arrastrado a la cárcel con mi ingenuidad al convencerlos para que se afiliaran? La sociedad burguesa y la prensa nos condenan, sin márgenes de duda, de falsos crímenes. Siento que me asfixio, que no quiero seguir sufriendo más..., en estos momentos temo que soy capaz de cualquier locura.

En la mente de Pedro Holgado golpeaba con fuerza una idea: ¡qué poco valía la vida humana! Subido en el tren que lo llevaba a Sevilla, le retumbaban en las sienes los broncos silbidos de la locomotora para afrontar un repecho. Por la ventanilla acristalada veía la estela de vapor que se diluía en el aire mientras la máquina dibujaba una ligera curva del recorrido. El periodista estaba sobrecogido aún por los últimos acontecimientos que bullían agitados en su cabeza. Las conversaciones mantenidas con la Guardia Civil acudían frescas a su memoria.

—¿Cuánto suma el botín que se han llevado? —le preguntó Holgado al sargento que arrestó a los inculpados en el asesinato de la venta del Empalme.

—Sumándolo todo, incluido el vino, el aguardiente y los calzones, no supera las seis pesetas.

Holgado elucubraba con la atroz muerte del ventero. ¿Lo mataron por seis pesetas o como venganza de la Mano Negra? ¿Tal vez por

ambos motivos o quizás la horrible miseria sea la culpable de tanto desvarío?

El periodista estaba hastiado de tanta violencia. ¡Qué nefastos son la miseria, el egoísmo y la mezquindad que nos envuelven! Con lo fácil que sería la vida si primaran la justicia y el amor. No podía olvidar a la Remolino, con quien había estado el sábado. Ese cuerpo grácil que había por fin acariciado y con ardor se le había entregado. Pensó en ella y le pareció acertada su decisión de tratar de despejar su mente del sórdido panorama de miserables en una tierra feraz con tantas desigualdades. Solo deseaba volver a recordar los besos de una bella mujer. Qué hermoso dejarse llevar en la memoria por el taconeo rítmico y el cuerpo cimbreado de la Remolino. Una llama agitada de amor, un junco impulsado por el viento. Qué hermoso sería si en nuestra tierra solo brillase la amistad, el amor, la justicia..., la condición del ser humano que nos hace mejores.

Una rata chupaba las gotas de sangre del pie derecho de José María el Petenera, semiconsciente, desnudo y sujeto a una argolla. La uña del dedo gordo estaba machacada e inflamada de un martillazo que le había propinado un guardia rural. Al despertar, se asustó al ver al roedor, de sus entrañas escapó un gemido extraño. Con un brinco removi6 con fuerza las cadenas de los pies para espantar a la peluda. El dolor fue intenso. Tres guardias lo habían torturado para que confesara. Un ojo lo tenía casi cerrado de los golpes recibidos y también goteaba sangre por la nariz. Vio acercarse al comandante con una sonrisa.

—A Román no lo puedo dejar solo. Es muy bestia y se entrega mucho en su trabajo. Como el acusado no confiese pronto, se pone nervioso y se le va la mano. Es tan bruto y tiene tanta fuerza que es eficaz... y peligroso para los reticentes a confesar sus delitos. Mi actuación es diferente, a mí me gusta llegar a un acuerdo por las buenas que sea beneficioso para todos. También tengo mi genio, no te creas. A veces si me enfadan y no quieren colaborar, les digo: «Si

prefieres a Román, con él te quedas». Vosotros, que amáis a la libertad, podéis elegir. Ya sois mayorcitos para saber lo que os conviene. El que prefiera los baquetazos o que se lo coman las ratas, está en su derecho.

Monforte, mientras hablaba en un tono sarcástico, liberó un brazo del detenido. Encendió un cigarro y se lo ofreció.

—No, ya no fumo —logró decir el Petenera con voz muy débil al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—¡Ah!, se me olvidaba que muchos gallitos anarquistas no fumáis ni bebéis vino.

El Petenera mantuvo un silencio expectante, al final sacó fuerzas para responder.

—Ya no... Son venenos para el pueblo, como la Guardia Rural, que solo sirve a los ricos.

—Está bien, José María, yo quiero ayudarte como un padre y lo primero que haces es insultarme. Si pareces un cadáver de lo delgado que estás. Este sufrimiento es innecesario y puede terminar si tú quieres. Solo tienes que trabajar para mí y todos tan amigos. Te pagaría hasta cinco pesetas por día. ¿Qué te parece?

—No soy un soplón...

—Soplón, soplón, ¿te he dicho yo esa palabra malsonante? Yo no te pediría ningún nombre. Eres apreciado entre los trabajadores y conoces bien a los tuyos. Solo tendrías que quedar con ellos para quemar unas mieses o cortar unas cepas... De eso nada más se trata y de avisarme cuando lo vayáis a hacer¹.

—Si me pide que actúe como traidor, tampoco lo haría.

—Bueno, pues sigue aquí. Mis hombres están preparados para sacarte a baquetazos lo que quieran. Además, saben manejar los alicates para cortar las uñas; pocos reos, arrepentidos de sus fechorías, se resisten a firmar en blanco. Los manos negras sois muy desagradecidos, hasta te he ofrecido trabajo. Incluso os trae sin cuidado lo que escribamos, porque la gran mayoría sois burros analfabetos que soñáis con ser señoritos.

—Yo sé leer.

—Los listillos sois los peores.

Monforte llamó al guardia rural que acababa de entrar. Se encaminó a otro cuarto más pequeño, su despacho, para hablar con más tranquilidad. Cerró la puerta, tomó asiento e invitó al guardia de anchas espaldas y cuerpo de armario para que hiciese lo mismo.

—Román, este cabronazo es todo tuyo, dedícate a fondo que es duro de pelar.

—Mi comandante, a sus órdenes. ¿Sin límites?

—Sin pasarse y sin que se note demasiado. La vida hay que procurar reservarla, para que paguen en la cárcel todo el daño realizado. Ahora bien, sin melindres, si hay un accidente siempre lo podemos presentar como un suicidio. De este sabemos que ha estado huido en el monte y ha cortado cepas. Algunos me habían dado ya su nombre. Tiene que firmar que pertenece a la Mano Negra, los delitos cometidos y algunos nombres de sus compinches que aún no tengamos.

—Mi comandante, ¿le damos un paseo esta noche?

Monforte pareció pensarlo, cogió del cajón un puro habano de un estuche de madera fina, le pinchó la base y lo encendió con un fósforo largo. La lumbre le iluminó el rostro y la estancia en penumbra. Le dio varias chupadas y soltó bocanadas de humo hasta asegurarse de que quedaba bien encendido.

—Con el Petenera no creo que funcione, no tiene mujer ni hijos para amenazarlo y no se deja asustar con facilidad, y eso que al cabrón lo caparon y no tiene huevos. —El comandante mostró una sonrisa cínica—. Además, casi no puede caminar con las heridas que tiene en el pie, sería un engorro. Mejor aplicarse a fondo con él aquí hasta averiguar sus límites. Esta noche sí podemos sacar de la cárcel a Trujillo, que no llegó a firmar confesión alguna, pero está ya en su caldo. Hemos detenido a su mujer, trabajaba de criada, incluso la podemos acusar de querer envenenar a sus amos. Con unos baquetazos y un simulacro de ejecución, se nos caga encima, te lo aseguro. —Sonreía complaciente, mientras Román lo imitaba—. Ya vamos conociendo bien la pasta que nutre a la canalla, solo

hay que esperar el momento adecuado. Román, esto es una guerra, o son ellos los que perduran o somos nosotros. Sabré recompensarte por tus desvelos, ya está firmada mi propuesta de tu ascenso a cabo. Estamos casi sin dormir, esta guerra nos exige mucho, pero seguro que habrá otros beneficios por parte del Gobierno o de algunos caciques, como don Eusebio, para recompensar nuestros esfuerzos y acabar con la amenaza terrorista.

José María estaba dolorido, sabía que le esperaba un calvario, pero él no delataría a ningún compañero. De sufrir en la vida tenía ya un doctorado a consecuencia del gran amor de su vida, la bella María Dolores. Él sí odiaba a los ricos que le habían arrebatado lo que más quería, lo habían humillado y le habían quitado su hombría. Él sí odiaba a esta sociedad desigual e hipócrita con tantos prejuicios. Él era anarquista sin medias tintas, entendía que solo con la destrucción de la propiedad y de los verdugos de los pobres se podría construir un mundo mejor. A su querida María Dolores la buscó por Madrid, sabía que de haberla encontrado hubiera huido con él. Al final supo que la habían casado con un médico mayor que ella. Después lo desgraciaron para siempre y lo dejaron como a un eunuco. ¡Malditos todos! Importaban más las conveniencias sociales que la felicidad de las personas. Si en su andadura hubiese encontrado la Mano Negra, seguro que habría pertenecido a ella. Morir matando, morir con dignidad... Nadie podría decir nunca, pese a su castración, que no tenía huevos para echarle valor a la vida. Su pena solo la manifestaba en sus peteneras, él inventaba las letras mientras lloraba y cantaba con desgarró. Se hizo respetar entre los jornaleros que confiaban en su valor. En el monte se escondían los desesperados, los huidos, temerosos de ser detenidos; con los únicos objetivos de sobrevivir y de vengarse ante tanta calamidad. Eran desterrados, miserables, parias..., hasta Dios se había olvidado de ellos.

¹ Sin renunciar a la creatividad que permite el género literario, al relatar las artimañas de don Tomás Pérez de Monforte he de expresar que tienen una base real. Hay documentos señalados por Tuñón de Lara y recogidos también por José Luis Pantoja y Manuel Ramírez (2000) de los que se deduce el juego sucio y poco honorable de este personaje histórico. Hay testimonios escritos y jurados sobre terribles tormentos, sobornos a un jornalero para que actuase como agente provocador e incitación a otros campesinos con pagos por robos, incendios de mieses o cortes de cepas, amañados por Pérez de Monforte.

SAL, PUTA, DE AQUÍ

María Frasca, desde que encarcelaron a su marido en la casa de sus padres, padecía un sinvivir que apenas la dejaba dormir. Juan siempre le había dicho que era una mujer fuerte, que la admiraba por ello. Ella, ante los demás mostraba más su fortaleza y tenía que dar lo mejor de sí. Debía sacar adelante a sus hijos. A la hora de parir vino su madre al chozo de Alcornocalejos para ayudarla. Con mucho dolor y sangre nació su segunda hija. Pese a su debilidad no se amilanó. Tenía unos pocos animales y un pequeño huerto que fueron sus únicas fuentes de sustento; reservaba, además, unas pesetas como único ahorro. Aquella madrugada recogió a la pequeña, ya había cumplido los tres meses y consideraba fuera de peligro. La llevaba atada a la espalda, con maña, como había visto a una gitana. Andando fue hasta la cárcel de Jerez, era un largo paseo de varias horas, pero no quería demorarlo más. «Tal vez con la niña se apiaden y me dejen ver a Juan. A él le haría tanta ilusión».

Su empeño fue en vano, no estaba casada. Solo dos personas, el jefe de la Guardia Civil o de la Guardia Rural, le dijeron con cierta compasión, podrían autorizar las visitas, al ser un preso importante de la Mano Negra.

—Mi comandante, hay una mujer con una niña pequeña en sus brazos que quiere verle.

—Román, sabes que no estoy para perder el tiempo con pedigüeñas. Dígale que estoy muy ocupado.

—Ya se lo he dicho, mi comandante, pero me ha insistido que no se iría sin verle. Además, es la mujer del maestrito de la Mano Negra y a lo mejor nos vienen bien sus confidencias.

—Ah, tienes razón, Román, será interesante saber lo que quiere esa zorra. Hazla pasar a mi despacho.

Monforte con la mano se atusó el bigote y recolocó sus pelos en torno a su peinado con la raya en medio. En la puerta, una mujer de unos treinta y pocos años vestía con una chambra abotonada de lienzo, un hatillo de ropas a la espalda y una saya oscura. Llevaba entre sus brazos una niña que dormitaba. El rostro de facciones agradables reflejaba cansancio. Al entrar se arrodilló ante el comandante.

—Señor, se lo ruego por piedad y por lo que más quiera en el mundo, déjeme visitar a mi marido en la cárcel. Quiero mostrarle a su hijita, que apenas conoce. Por piedad, deme su permiso, le haría tanta ilusión.

—Levántate. Tu marido, dices. ¡No seas puerca ni me vengas con mentiras! Tú no eres señora ni señorita, solo una manceba, una zorra, una barragana...

—Perdone, señor, no se ofenda, yo solo soy una pobre mujer. Es el hombre que quiero y con el que tengo tres hijos.

—Más puerca eres que vives en pecado. Cásate primero por la Santa Madre Iglesia y después podrás verlo.

—Señor, él es un hombre bueno. Si usted hiciera algo por nosotros, yo podría ser unos días su criada o lavarle la ropa gratis. Estoy muy asustada, qué va a ser de nosotros si permanece en la cárcel. Tengo tres pequeños. La menor es esta, mírela como duerme en mis brazos, con esa carita de muñeca.

—Te podría ayudar, si me dices lo que quiero saber sobre la Mano Negra, sus compinches, el asesinato del Blanco de Benaocaz...

—Señor, sobre la Mano Negra no sé nada y mi marido no ha estado en ninguna asociación secreta, solo en una legal de

trabajadores. Sobre el asesinato tampoco puedo decirle nada, porque no sé. Lo siento, señor, pero haría lo que usted quisiera.

—Yo sé lo que eres, una zorra mentirosa. Me gustaría saber hasta dónde estás dispuesta a llegar para salvar a ese terrorista — dijo con una sonrisa cínica.

—Señor, yo no sé lo que usted quiere decir. Mi marido no es ningún terrorista.

—No te hagas la tonta, lo sabes muy bien. Tienes unos pechos grandes, de los que gustan a los hombres.

El comandante se acercó a ella con la respiración agitada, le desabotonaba los botones superiores de la chambre, aunque la niña seguía en sus brazos, con su mano derecha llegó a rozar un pezón. Ella con los ojos acuosos estuvo a punto de gritar, pero no lo hizo. Retrocedió como un felino asustado que defendía a su cría.

—Señor, no puedo más. He venido andando desde el cortijo de Alcornocales con mi hijita, he de volver esta noche con ampollas en los pies. Amo a mi marido, a mis hijos. Soy una mujer decente, aunque no esté casada por la Iglesia. —María Frasca no pudo reprimir por más tiempo el llanto que la atenazaba. Continuó con sollozos entrecortados y reprimidos para no despertar a la criatura que aún dormía—. Si sacara a mi marido de la cárcel le estaría muy agradecida, muy, muy agradecida y haría lo que tuviese que hacer a cambio de la libertad de mi hombre, pero no me quite mi dignidad. Es lo que me queda. Estoy muy asustada, sé que es inocente, pero tengo mucho miedo.

—Sal, puta, de aquí. Ya te he escuchado bastante. Eres una puerca mentirosa, una caliente pollas, hablas de marido y eres una barragana. Has intentado seducirme o crees que soy tonto. Solo te ponía a prueba. Sal, lianta, de aquí y llévate a esa niña mora antes que te la quitemos. Tú no tienes dignidad, tu marido es un criminal e irá a juicio por ello. Sal, puta, de aquí antes que te arreste por ser de la Mano Negra. Y si quieres ver al Maestrito asesino tendrás que casarte antes. Vuestra conducta es escandalosa y encima eres una

puta. Yo represento la autoridad, el orden y estoy casi sin dormir para acabar con la canalla anarquista...

María Frasca no podía contener los sollozos que despertaron a su pequeña, mientras salía con paso acelerado. En sus oídos martilleaban los insultos desagradables del comandante desbocado que le vociferaba.

—Hijita mía, no pasa nada. Tu mamá está un poco triste. ¡Ea, Ea, mi niñita, no ves, ya no llores! Tú y tus hermanos me alegráis la vida. Lo ves, amor mío, ya no llores. Sí, soy una mujer fuerte, tengo que serlo ahora más que nunca. Don Tomás no va a poder humillarme, diga lo que diga. Yo no me voy a rendir ni dejar de luchar por mi hombre, ni lloraré jamás delante de ese energúmeno por muy comandante que sea. Ah, mi pequeña, no llores que me partes el corazón. Cielo mío, otro día te mostraré a tu padre, él es un hombre bueno. Ahora nos vamos a casa y en el camino te daré de mamar. Si tenemos suerte nos vamos en la carreta del hortelano Gervasio, buena gente, irá de vuelta vacía hasta San José, seguro que nos lleva. Después veremos a la abuela que estará preocupada. Las mujeres de estas tierras malditas tenemos que ser fuertes, si nos hundimos nosotras nuestros hogares son arrastrados por el infortunio, aunque dependamos de nuestros hombres para el sustento. Quiero que sepas que tu padre es un hombre bueno, como otros muchos que ahora están detenidos. Cariño mío, antes de acostarte en tu cunita te daré el pecho otra vez. No llores más, cielito mío.

Los recuerdos atormentaban a la Rosa, su amor con el Lagartijo había sido tan intenso. Aquella noche después del intento frustrado del rescate de don Rosendo, todos menos ella culpaban al pobre Lagartijo del fracaso. Miguelillo parecía estar celoso y su reacción podría ser impredecible. Frustrado porque el secuestro no había salido como había previsto, pensaba que no todo estaba terminado

y que sacarían provecho, pese a que don Rosendo estuviese muerto.

Aquella noche, Frasco Antonio, un capillita y un cotilla con mala leche, según la Rosa, estuvo en la iglesia de San Pedro rezando. La muchacha se asombraba al recordar cómo tuvo el atrevimiento de ir a la vela de don Rosendo, sin que nadie le importunara. Hasta le dio el pésame a la viuda. Estaba seguro de que el mayordomo no lo había visto y tuvo la desfachatez de consolar al criado. Este, conmocionado por los sucesos, había tomado media olla de tila y permanecía aturdido. A los únicos que vio fue a la muchacha y a un joven delgado, como dijo a la Guardia Civil. Era tanto el miedo que había pasado y la impresión de ver caído en el suelo a su amo, que no recordaba más detalles.

Don Rosendo estaba de cuerpo presente. En una caja abierta de nogal aparecía bien vestido, con una levita de paño color negro sobre un chaleco con filigranas del mismo color con fondo amarillo, doble hilera de botones dorados y camisa de seda blanca. Frasco Antonio se aproximó al cadáver, para besar el rosario de madera que llevaba entre sus manos, mientras exclamaba en voz alta.

—No somos nadie, así es la vida. Bendito rosario. —En realidad, el truhan observó el grueso sello de oro de dieciocho quilates con una gema bien tallada.

Frasco se presentó a la solemne concurrencia como un amigo del sacristán de la iglesia de San Pedro. Entre rezos estaba en su salsa hasta el punto que dirigió el rosario colectivo con el cuerpo presente. Soltaba una cantinela en latín: *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen*. Sería gracioso oírlo, cómo se podía ser tan beato y al mismo tiempo tan sinvergüenza.

En la explicación posterior de Frasco a Miguelillo Ajorcajambre, obsesionado con completar la venganza sobre el señorito don Rosendo, añadió más detalles para el negocio que buscaban.

—Un pedrusco de fulgores rojizos que encandilaron mis ojos, ni más ni menos que un rubí en el dedo anular de la mano derecha. — Frasco Antonio lo enfatizaba con la mirada esparramada por la

codicia—. Seguro que lo entierran con el pedrusco. Ha conseguido un funeral de postín en San Pedro, por su abuela materna que dejó una buena herencia y su mujer, una rica beata, que ha prometido más plata para unas reparaciones del tejado de la iglesia.

Aquella noche mientras Miguelillo Ajorcajambre y Frasco Antonio urdían un plan, la Rosa se entregó al Lagartijo en un granero. La joven no podía evitar una sonrisa al recordarlo. Temblón, mientras la desnudaba, los ojos como platos al contemplarla desnuda en la semipenumbra de un candil de aceite, alejado de la paja. Al tocar los pechos le abrasaban las manos de pasión. Para calmarlo lo dejó que eyaculara en su pubis, tal era el ardor que le consumía. Después continuaron con las caricias hasta que el pene del Lagartijo pareció recuperarse. Sin premuras, lo encauzó en su vagina con movimientos seductores hasta provocarle un nuevo orgasmo. Él continuó voluntarioso, animado con los gemidos, hasta que ella alcanzó el cenit. Abrazados se quedaron dormidos.

A la mañana siguiente, Miguelillo le preguntó dónde había estado. Sin esperar respuesta inteligible, tras los balbuceos de ella, la abofeteó sin compasión. Al ver después al Lagartijo lo amenazó de muerte.

—El jefe soy yo, la Rosa es mi hembra. No hay más justicia para mí que la que impera en la manada de lobos. A dentelladas sería capaz de acabar contigo y arrancarte con mi boca el corazón. Si quieres ser el jefe o te gusta la Rosa rétame, o huyes solo como un cobarde, porque ya no me sirves.

Frasco Antonio fue incluso más lejos con sus amenazas.

—Si os matamos a los dos, la Guardia Civil cerraría el caso del secuestro de don Rosendo. El mayordomo reconocería vuestros cuerpos y colorín colorado el asunto se daría por terminado. Claro, yo no soy el jefe, solo doy mi opinión.

—No está mal la advertencia para que no anden muy gallitos. Sin embargo, la Rosa es mía y viene con nosotros. El Lagartijo, si acata mi autoridad, puede hacerlo también con el rabo entre las piernas.

Si es un hombre de verdad, que me rete a un duelo o bien desaparezca para siempre.

—A mí tampoco me disgustaría cortarle las pelotas a este canijo que nos entorpece. Si al jefe no le importa me gustaría bajarle los humos —expresó con chulería Frasco Antonio.

Por un carcelero de pocas palabras, supe que María Frasca y mi hijita habían estado en la entrada de la cárcel. Me emocioné, con los ojos acuosos le pregunté a Conrado, otro empleado de prisión que parecía buena persona.

Ya sé que el principal obstáculo para no autorizarlas era que no estuviéramos casados por la Iglesia. Estúpidos de mucha misa que nos desprecian y no entienden el mensaje de Cristo con los pobres. Ricachones que no van más allá de una limosna ocasional, sin querer atajar la causa de nuestra pobreza. Por la hipocresía de la Iglesia oficial, aliada siempre con el poder, que predicaba el conformismo pese a las injusticias y a la hambruna; por esa hipocresía, yo no me casaba con esta institución. No todos son iguales, un canónigo de Arcos es buena gente. Me ha prestado algunos libros de la vida de santos. Ha prometido traerme otros que le he pedido de filósofos clásicos, Séneca, Platón... «Mientras no sean de políticos revolucionarios», me dijo él con una sonrisa franca. No soy ateo, más bien agnóstico. Me cuesta trabajo entender, si Dios existiese, su pasividad ante las injusticias. En el fondo de mi alma no niego una fuerza superior del universo, una inteligencia favorecedora de vida. A veces, rezo de manera personal. Sé que a María Frasca no le importaría casarse por la Iglesia; no es religiosa, pero es más práctica que yo. «No le hago ascos a casarme por la Iglesia, y menos si es el camino para poder vernos» fue su mensaje a través de la mujer de Bartolo Gago. Yo no podía traicionar mis ideas, debía mantenerme coherente, aunque no se comprendiera. También me acusaban de internacionalista y lo era de verdad. Como ser humano estoy más cerca del que sufre, del

que pasa hambre, ya sea ruso o polaco, que de los señoritos de mi pueblo.

El mal nacido de Monforte viene a verme, con su sonrisa insolente..., parece nervioso. Me dice que no ha podido dormir en toda la noche limpiando los campos de la canalla anarquista. Me insinúa que marcha de viaje a Madrid y que quiere despedirse de mí, por si le quiero contar más de lo que ya sabía. Tampoco le importa demasiado, me sonrío mostrándome una vez más su descaro, tiene mi declaración firmada.

—Esa declaración es mentira. La firmé en un instante de debilidad porque estaba muy asustado y temía por mi familia. No me extraña que no pueda dormir por las noches, si las ocupa en amenazar hasta conseguir falsas declaraciones de culpabilidad.

—Ese cuento ya me lo sé, ¿acaso te pegamos? Cobarde, hasta te measte encima cuando nos pusimos serios. Seguro que te va a interesar lo que quiero decirte: las visitas legales a los presos están autorizadas solo para el consorte, pero no a las puercas ni a los chulos. Tu barragana estuvo en mi despacho..., sabes que la muy puta me tiró los tejos. «¿Qué puedo hacer por usted?», me dijo la zorra con esas tetas reventadas de leche.

—Maldito Monforte —mascullé entre dientes—, ojalá se pudra antes de hacer daño a mi mujer.

El muy cínico me provocó para que intentara agredirle y causar más mi perdición, ¿por qué me odia tanto? Este es ya un sentimiento compartido.

LOS DEMONIOS DE MONFORTE

Los enfrentamientos en las tierras andaluzas entre bandoleros se dirimían a navajazos. Miguelillo Ajorcajambre había demostrado gran pericia con su faca sevillana de cachas de hueso, con la que había vencido a otros hombres. Él no tenía miedo a morir y nunca había perdido. El Lagartijo, ofendido, quería aceptar el reto de Miguelillo y luchar por su amor. La Rosa se lo agradecía en el fondo del alma, pero sabía que era una lucha desigual. Ante la insistencia del Lagartijo, la Rosa lo persuadió para que accediera a batirse con Frasco Antonio. Este lo había desafiado y había amenazado la vida de ambos.

Coqueta y obediente, como si no hubiera pasado nada, buscó a Miguelillo en el interior de la casilla de campo que utilizaban como refugio.

—Te aseguro que eres mi hombre, el Lagartijo me entretiene con las figuritas que hace con la navaja y me divierte su timidez. Él te considera el jefe y no quiere luchar contigo. Me dice que no es ningún cobarde y quiere pelear con Frasco Antonio por haberlo insultado.

—¿Y tú eres su embajadora?

—Ya lo conoces, es parco en palabras y me ha dicho sus intenciones. Solo me he adelantado porque eres el jefe y quiero contarte mi parecer: seguro que Frasco Antonio es muy importante para el negocio de esta noche, pero también la habilidad del Lagartijo nos podría venir bien para entrar en cualquier lugar si hay obstáculos. ¿Por qué tener que matarse con navajas?

—Podría ser también con los puños o a garrotazos —dijo el Viejo, atento a la conversación.

—¡Cállate, tú no eres el que decide!, a garrotazos quedarían lisiados los dos —expresó molesta la Rosa—. Pero una pelea solo con las manos no estaría mal.

—¡Frasco, el Lagartijo acepta tu reto! —anunció Miguelillo Ajorcajambre con voz firme abriendo la puerta para que todos lo oyeran—. Será ahora mismo, con navajas y a primera sangre. El que reciba el primer corte deberá pedir perdón al contrario.

Tras la expectación causada por las palabras del jefe, caminaron hasta una pequeña explanada que había servido de era. Formaron un círculo alrededor de los dos contendientes. La mañana estaba gris y el cielo tan encapotado que ni una brizna de sol brillaba entre las nubes. Frasco Antonio desplegó una navaja de grandes dimensiones y la empuñó con la mano derecha, en la izquierda se enrolló una tela alpujarreña. En desventaja, el Lagartijo agarró su navaja pequeña de legua de vaca.

—Te voy a hacer probar mi santolio, que he dado a más de uno como extremaunción cuando no ha querido pagar lo que debía —dijo con arrogancia el bandido beato.

—¡Eso no es justo, las armas son desiguales! —protestó la Rosa, traicionada por sus sentimientos, cuando intentaba aparentar indiferencia.

—Es solo al primer corte. Esto es un puro juego de lobos antes de cazar —le respondió Miguelillo, que desconfiaba de la sinceridad del amor de la Rosa.

Frasco Antonio, seguro de sí mismo, lanzó varias acometidas. Mientras esbozaba una sonrisa, profundizaba en sus ataques. Su rival siempre lo esquivaba.

—¡Lagartijo, esto es una pelea y no una clase de baile! —le recriminó el jefe ante la estrategia que empleaba. El Lagartijo era consciente de que sus principales armas eran la habilidad, la distracción del oponente y esperar una oportunidad en el

contraataque. Ajorcajambre apoyaba a Frasco Antonio, el Viejo y la Rosa apoyaban al muchacho.

—Frasco Antonio es ducho en el manejo de la navaja porque en un tiempo fue baratero. Estos que cobran las deudas de juego son los más expertos en el uso del cuchillo —susurró Miguelillo a la Rosa con toda la mala intención, para ver las reacciones de la muchacha—. A mí me enseñó uno de Sevilla, bueno, de Triana, que conocí en el contrabando cuando me inicié con la edad que tiene ahora el Vivillo. He sido muy generoso con el Lagartijo al disponer el duelo a primera sangre. Ya no pienso darle más oportunidades, si me enfrento con él lo mato y si te vas con él, sin haberte yo repudiado antes, también. Soy el jefe, tú lo has dicho. A mí no me engañas y no doy ya un real por la vida de ese traidor.

El Lagartijo seguía esquivando la navaja de su oponente, dos veces seguidas agachó la cabeza para sortear los ataques, o bien con torsiones de cabeza y de tronco a derecha o izquierda, mientras Frasco, molesto, apuñalaba el aire.

—No seas una mujerzuela, ataca tú también, Lagartijo —le increpó Miguelillo Ajorcajambre.

La Rosa le tiró una capa suya para que le sirviera de protección en la mano libre. El Lagartijo no quiso utilizarla, la apartó con cuidado para evitar que fuera pisada. En un requiebro se la entregó con agilidad a la muchacha.

Los dos contendientes sudaban pese a que la mañana estaba fría. Frasco utilizaba golpes altos como estrategia y después replegaba su cuerpo para evitar que fuese tocado en un contraataque por sorpresa del Lagartijo. Este mantenía la cautela, bien sabía que al menor descuido su oponente iría a por él, por eso se resguardaba siempre a la defensiva.

Quiso sorprenderlo Frasco, después de un amago aparente de cuchillada hacia la cara, lanzó el navajazo hacia los muslos. El lagartijo, muy atento a los engaños, dio un brinco increíble y saltó por encima del santolio de Frasco.

—¡Maldita seas, Lagartijo!, tú tendrías que estar en un circo. Ataca ya, que no vamos a estar aquí toda la mañana con tu bailoteo de mujerzuela saltimbanqui —continuaba increpándole Miguelillo Ajorcajambre.

—Al chico hay que reconocerle que tiene agilidad —afirmó el Viejo con admiración.

Frasco Antonio estaba cada vez más nervioso al alargarse el enfrentamiento, buscaba herir sin importarle las consecuencias. Tras un nuevo engaño lanzó un navajazo al vientre, seguro de que su adversario no podría saltar por encima. El Lagartijo logró parar el golpe con su arma pequeña, pero venía con tanta fuerza que le hizo perder el equilibrio y caer hacia atrás. Reculó con velocidad de relámpago, como un cangrejo, hasta recuperar su posición de pie sin que Frasco dejara de perseguirlo con saña.

Los ojos de Frasco Antonio estaban ya vidriosos, mostraban cansancio y deseos de terminar. Era el momento esperado por el Lagartijo para lanzar sus contraataques, que hizo en un par de ocasiones rozando el cuerpo de su enemigo.

—Será cabrón, prueba ya mi santolio —amenazó Frasco al tiempo que impulsaba su cuerpo con el brazo extendido y su gran navaja en punta, a modo de estocada.

El Lagartijo esquivaba una vez más el golpe mortal de su adversario. Mientras Frasco se replegaba ante el posible ataque de la mano derecha de su oponente, fue sorprendido por el lado izquierdo. Con la habilidad increíble de un mago, la pequeña navaja de lengua de vaca del Lagartijo había cambiado de mano con dirección al brazo atacante hasta conseguir un corte sangrante en la muñeca de su agotado contrincante.

La Rosa, que había tenido su alma en vilo, sin querer gritar ante los peligros del Lagartijo, se dirigió con rapidez a Ajorcajambre.

—Miguelillo, recuerda que era un duelo a primera sangre... Esta noche hemos de estar todos en forma.

—Vale, la pelea ha terminado. Frasco, discúlpate como quieras.

—Es cierto que he sangrado ahora, pero la próxima vez que te cruces en mi camino te rajo en canal sin darte la extremaunción. Lo juro por la Santísima Trinidad. Ya conozco tus trucos escurridizos para no dejarme sorprender más.

—Me parece bien, Frasco. Por mí vale, el Lagartijo ha tenido suerte. Ahora vayamos a los negocios, sin más peleas ni distracciones.

—¡Pero no se ha disculpado! —protestó la Rosa.

—Lo ha hecho a su manera, ha reconocido la derrota y ello es suficiente. ¿Y para ti, Lagartijo, es suficiente? —Este afirmó con la cabeza—. Esta noche os quiero como un racimo, tenemos una nueva cita con don Rosendo.

Don Tomás estaba muy agotado, había logrado una victoria importante sobre la Mano Negra, a juicio de todos. Su médico le había recomendado un merecido descanso. Decidió que tomaría unos baños en Archena, Murcia; pero antes pasaría unos días en Madrid donde esperaba encontrar por parte del Gobierno y del Partido Conservador un mayor reconocimiento a sus desvelos. Llevaba unos días muy inquieto y de un humor irascible, sin apenas poder dormir. Sentado en un sillón de la pensión dormitaba buena parte de la noche, los nervios exacerbados no le permitían reposar en la cama. Tantos meses en tensión... y ahora, sin saber por qué, no podía descansar. A pesar de ser el mes de mayo y no hacer frío prefirió encender la chimenea de la estancia. Se sentía, así, más acompañado con el fuego en la oscuridad de la noche. Era incluso la mejor opción para estar alerta. Además, una tormenta se cernía en la oscuridad. Se dispuso a repasar mentalmente los méritos que esgrimiría. «En la campaña africana fui condecorado con dos cruces de distinción, una de ellas pensionada. Además de herido de guerra en la batalla de Tetuán. Al establecerme en Jerez asumí la responsabilidad de la Guardia Municipal de Jerez. En 1875 tuve el gran honor de ser elegido comandante de la Guardia Rural. Desde

entonces mi lucha contra la canalla anarquista ha sido infatigable. Han sido años muy duros. Soy el descubridor de la Mano Negra y encontré el famoso reglamento bajo una piedra. Fue una lucha desigual, los internacionalistas crecieron como la masa de pan con levadura. Nuestros recursos eran pocos y los desmanes muchos, hasta que en noviembre de 1882 llegó el capitán José Oliver con los refuerzos de la Guardia Civil. Le puse en antecedente sobre el bandolerismo anarquista y desde entonces fuimos uña y carne. Ambos hemos limpiado la campiña jerezana de la plaga obrera organizada. Mis desvelos han sido continuos, tanto de día como de noche. No hay una persona en España que haya conseguido detener tantos terroristas y que estos confiesen sus crímenes, ni tan siquiera el capitán Oliver».

Disponía de un par de ejemplares de la lujosa revista *La Ilustración Española y Americana*, que ensalzaba su inteligencia, su lucha incansable, sus continuos esfuerzos para capturar a muchos criminales. En ella aparecían su retrato y el de Oliver, los dos principales héroes y descubridores de la Mano Negra.

El periodista lo había tratado bien y todo fueron alabanzas de cómo había evitado importantes robos y había sostenido luchas sangrientas contra los bandidos. Hasta en el retrato se veía favorecido. Debía bastar para recordar al Gobierno y al Partido Conservador sus méritos. Adjuntaba también algunos recortes de periódicos que elogiaban su actuación, listas de terroristas que había detenido y los que habían confesado gracias a su esfuerzo. Entre ellos, el Maestrito, considerado uno de los jefes de la Mano Negra. Hasta José María, al que llamaban el Petenera, había firmado sus desmanes contra los terratenientes como miembro destacado de la Mano Negra.

«Es lógico —se decía— que me reconozcan estas virtudes en la lucha contra la canalla y la vengativa Mano Negra. Por ello mi vida está en peligro. Los tentáculos de la asociación secreta alcanzan muy lejos, son como una hidra venenosa capaz de regenerar sus

cabezas. Estoy seguro de que, tarde o temprano, vendrán a por mí».

Reconocía en su interior que en algún caso, o en muchos, había ido más allá de la ley. Con actuaciones blandengues no hubieran conseguido nada. Era una guerra, una lucha sin cuartel, su padre ya le había enseñado que al enemigo ni agua. Pero no era ningún sádico, lamentaba que el Petenera se encontrase ahora más muerto que vivo, al haberlo dejado en manos de Román. Otros han perdido la razón o son tan listos que se hacen pasar por locos; si bien, sus enemigos dicen que es por las torturas... Blandenguerías, en una guerra siempre hay daños colaterales que son inevitables. Pero él se sentía amenazado. Prefería un cambio de destino en pago a sus servicios, le habían prometido ya el cargo de jefe de Aduanas en Madrid. Tenía la convicción de que al capitán Oliver lo ascenderían a coronel de la Guardia Civil, cuando lo era ya en el Ejército, y lo envolverían en honores y medallas. Sus riegos habían sido extraordinarios, seguro que la vengativa Mano Negra había ordenado su muerte. Si hasta su majestad, Alfonso XII, con toda la protección real, había sufrido dos atentados en años sucesivos, cuando la canalla internacionalista no tenía ni la mitad de la fuerza que tiene ahora. Hasta era probable que le hubieran seguido los pasos hasta aquí. Tendría que estar alerta y desconfiar de cualquier encerrona si quería salvar su vida... El cansancio acumulado favoreció que poco a poco dormitase, cerró los ojos hasta quedar dormido.

La lluvia rascaba los cristales. Sintió sobre su hombro derecho un raspajeo..., al abrir los ojos sobresaltado por la luminaria de un rayo contempló una mano negra, como la de una momia oscura. La impresión fue terrible, dio un brinco con los vellos erizados y gritó con espanto al mismo tiempo que un trueno ensordecedor hizo vibrar el aposento. Fuera de sí, tembloroso, desenvainó el sable con torpeza. Golpeaba el sillón con locura, sin apreciar enemigo alguno. La estancia estaba en penumbra, pero el fuego de la chimenea proyectaba tenues sombras lúgubres que a Monforte le parecían

demonios. La mano negra había desaparecido de su vista, estaba oculta para dar el zarpazo —así lo presentía el comandante.

—¡Malditos! ¡Hace tiempo que os esperaba! ¡Salid, bestias del averno! —Con los ojos desorbitados, enfebrecido, daba mandobles a un lado y a otro, escudriñando los rincones—. Vuestra naturaleza es vengativa... Alucinaciones, me dijo el médico que padecía, fruto de la ansiedad. Qué sabrá don Juan, el matasanos, de la Mano Negra. Nadie sabe de ella como yo. Ahora está aquí, vienen a por mí.

Cogió dos palos encendidos de la chimenea y daba zarpazos bruscos para hacer salir fuera de sus agujeros a los fantasmas que poblaban su mente. Después de unos minutos, volvió a sentir sobre el hombro izquierdo una presión.

—¡Agghhhhh! ¡Canallas, no podréis conmigo! ¡No me tientes, mano asquerosa! ¡De algún muerto la habréis robado! Vuestro plan no me coge de sorpresa, os conozco muy bien. ¿Dónde estáis escondidos, canallas? ¡Estoy prevenido!

Soltó los palos en la chimenea y cogió de nuevo su sable, cuando vio deslizarse algo oscuro que golpeó con fuerza. Al unísono lanzaba él un gemido de angustia y la bestia de la Mano Negra un maullido de ultratumba que le erizó todos los vellos.

—¡Te he alcanzado, cabrón del averno! ¡Toma tu merecido!

Su sable estaba ensangrentado. No podía soportar tanta excitación, una masa negra se removía informe. La bestia demoniaca parecida a una mano negra se retorció, aunque herida, estaba viva y dispuesta a abalanzarse de nuevo contra él... El aliento de la tormenta con un aterrador rayo iluminó su faz descompuesta. Su mente se nubló y cayó sin conocimiento hacia delante.

A Jerez llegó la noticia, días después, de la muerte repentina del comandante de la Guardia Rural don Tomás Pérez de Monforte. Había caído en una emboscada de la Mano Negra.

CON VUESTRO BENEPLÁCITO, QUERIDAS MOMIAS

«Las doce en punto y sereno...». Hacía frío aquella noche de san Crescenciano mártir, el 24 de noviembre de 1882, el mes de los muertos. En la mañana, don Rosendo había sido enterrado con toda solemnidad en la iglesia de San Pedro. El guardia municipal nocturno hacía su habitual recorrido. Dos figuras ocultas espiaban su paso en el entorno cercano, el sacristán y Frasco Antonio. El primero entregaba una llave y cuchicheaba con la sombra cercana.

—Estamos en paz, ya no te debo nada. Recuerda que me has prometido que no vas a cometer ningún sacrilegio. No tardes en salir y deja la llave en el sitio acordado.

—Te lo juro por los clavos de Cristo y todos los santos apóstoles. Quédate tranquilo; si me conoces, sabes que soy respetuoso de Dios. En su día te perdoné la vida, me emocionó tu padrenuestro cuando ibas a morir por no haber pagado tu deuda. También te dije que algún día te pediría un favor y tú me besaste las manos de agradecimiento.

Al quedarse solo, Frasco Antonio se dirigió a una puerta lateral más pequeña y la abrió con la llave. Unos minutos después llegaron Miguelillo Ajorcajambre y la muchacha. Tras ellos, como habían acordado, el Viejo y el Lagartijo. Cerraron por dentro y se dirigieron al interior de la nave.

El silencio era fantasmal. La iglesia en la oscuridad sobrecoigía. Frasco había encendido un cirio, lo llevaba en la mano y entonaba

con voz queda.

—*Angelus Domini nuntiavit Mariae*. Es la hora de los maitines, antes del amanecer —explicaba.

En aquel lugar, Frasco Antonio parecía moverse como en su casa, todos los demás le seguían impresionados. El más azorado parecía el Lagartijo, que seguía como un corderito tembloroso a unos pasos de la Rosa y de Miguelillo. La iglesia era un reino de fantasmal negrura con una gran nave y capillas laterales. Frasco Antonio, con cierto regocijo interno, los guio con sus rezos y latines hasta al altar mayor. Hincó su rodilla un segundo y se persignó. A cada lado del gran altar al fondo había un pequeño retablo dorado.

—¡Mirad bien! —exclamó Frasco con emoción no contenida, mientras acercaba con expectación teatral el cirio a la parte inferior donde había una urna acristalada—. Os presento a las momias.

El Lagartijo dio un respingo. Una momia recostada, ricamente vestida y enjoyada, miraba desde el más allá con las cuencas hundidas y la nariz carcomida. En la mano derecha, de dedos alargados, lucía un rubí en el meñique; Sobre la ropa, un crismón formado con piedras preciosas. No se había recuperado el Lagartijo del susto cuando Frasco iluminó el otro retablo donde yacía otra momia de parecidas características, como si descansara con todos los abalorios después de actuar en una opereta.

—Son muchas las riquezas que se guardan aquí y, como veis, hasta piedras preciosas: rubís, esmeraldas... Pero si alguien tiene la tentación de robar, le clavo en el corazón mi santolío. He prometido que no íbamos a hacer ningún robo divino. Soy persona devota y cumplidora de mis promesas. Estamos en un lugar sagrado, en un templo de Dios. Hemos venido a por el impío de don Rosendo, que no debía estar enterrado en sagrado como un beato. Mi amigo el sacristán, que lo conocía bien, está de acuerdo conmigo; pero, como dijo el poeta, poderoso caballero es don dinero. Estas que veis son las momias de san Víctor, que nos saluda con su mano, y san Fructuoso. Ambos son santos verdaderos, pedidles un deseo porque son milagrosos. San Víctor, Víctor, victoria, que tenga yo

suerte en la vida como un victorioso... Amén. San Fructuoso, fruto jugoso como el dulce pecho de la mujer amada, que nunca falte... Amén. Estos son los señores prodigiosos de este reino de los muertos. —Frasco hizo una genuflexión y se persignó una vez más.

—Frasco, si vamos a dejar estas ricas mojamias con sus piedras valiosas sin tocarlas, déjate de distracciones. Vayamos directo al fiambre de don Rosendo.

—Por supuesto, jefe. Pero si vamos a una casa para hablar con la criada hay que mostrar respeto y pedir permiso a los dueños. Eso es lo que hemos hecho. Con vuestro beneplácito, queridas momias, nos vamos a la capilla de los Ayllón, en cuyas cercanías está el impío don Rosendo. Mientras caminamos, os cuento esta historia de las momias de San Pedro, fruto de una vieja rivalidad con el templo de Santa María de esta localidad. Los fieles de esta iglesia habían conseguido una reliquia y los de San Pedro, para no ser menos, consiguieron los cuerpos de dos santos. El encono llegó hasta tal extremo, que a la hora de rezar aquí la salve, dicen: «San Pedro, madre de Dios ruega por nosotros», con tal de no mencionar a su iglesia rival. Mi amigo el sacristán me ha dado los detalles de esta pugna. La condición humana es así de estúpida, yo no soy hipócrita, me considero un pecador devoto de la madre de Dios. No entro en disputas sagradas, a Dios lo que es de Dios y a santa María lo que le corresponde. Madre de Dios, aquí tienes a un pecador que no va a llamarte Pedro.

En el suelo de la iglesia había una abertura rectangular, ajustada a las dimensiones de la caja del difunto. Estaba antes de llegar a la capilla funeraria de los Ayllón. El sepulturero había colocado unos ladrillos para cubrir el ataúd, pero faltaba por poner las losas finales y la lápida que aún no estaría terminada. Como la obra estaba fresca, fue relativamente fácil descubrir sin apenas romper. Las cuerdas que habían servido para bajar el ataúd se utilizaron ahora para alzarlo, con el duro esfuerzo de todos, incluida la Rosa, que ironizó con media sonrisa.

—¡Cómo pesa el cabrón!

Al descubrir la tapa, allí estaba el cuerpo cerúleo de don Rosendo, con las manos juntas como un fraile en oración.

—¡Cuánta falsedad, menudo sinvergüenza, y enterrado como un santo! —exclamó la Rosa ofuscada.

Frasco Antonio comprobó con alivio que el anillo con el pedrusco de rubí permanecía en el dedo anular. Al tratar de extraerlo no salía por la rigidez *post mortem*. Miguelillo Ajorcajambre cogió su faca sevillana de cachas de hueso y, sin dudarlo, le cortó el dedo.

—Esto es para saldar una vieja deuda, cabrón. Hace mucho tiempo que soñaba con este momento.

—Para esto hemos venido..., para llevarnos un dedo con el anillito, con todas las riquezas que hay aquí —dijo con cierta decepción el Viejo.

—Tú no lo entiendes, esto es una venganza por lo que hizo a mi familia —afirmó Ajorcajambre muy serio.

—Tú no entiendes, Viejo, lo que he dicho —replicó aún más enfadado Frasco Antonio—. Estamos en un lugar sagrado y no tienes tu destino, a no ser que quieras acompañar al señorito Rosendo. Mi conocido, el sacristán, gran pecador y aficionado al juego, me ha contado algunos misterios de este templo, antigua fortaleza. Por ejemplo, un dado oculto en la capilla de la Soledad, que puede simbolizar la mala o buena suerte de tu destino. Como sigas blasfemando te corto el cuello como si fuera el dedo.

—Pues yo —interrumpió la Rosa para rebajar la tensión—, para continuar con el asunto en el que andamos, me atrevería a decir que estos pantalones, la camisa de seda, el chaleco y la levita tan buena que lleva son casi de la misma talla que la de Miguelillo, con algún pequeño arreglo. Si parece que el sinvergüenza va a una fiesta, se habrá enterado de que hay vírgenes en el cielo.

—Anda ya, estás loca, mujer. —Sonrió con extrañeza Miguelillo Ajorcajambre.

—¿Por qué no cogemos la ropa? Son buenas y tienen valor.

Al final dejaron al pobre de don Rosendo como había venido al mundo. No fue tarea fácil porque la rigidez cadavérica entorpecía,

pero Miguelillo Ajorcajambre, Frasco Antonio y la misma Rosa no se andaban con chiquitas para sacar o romper lo que fuese necesario.

—Como llegaste al mundo te irás de él —sentenció Frasco Antonio.

En un lateral estaban los materiales que había empleado el sepulturero. Como el Viejo era medio albañil, comenzó a tapar el hueco. El Lagartijo lo ayudó mientras los demás lo recogían todo para que no se notase la profanación de la tumba. Frasco Antonio se fue a rezar donde estaban las momias con su santolio a mano, por si alguien tenía una mala tentación.

Miguelillo Ajorcajambre, en el interior de la capilla funeraria de los Ayllón, se probaba ufano la ropa del muerto con la ayuda de la Rosa. La sorpresa fue que le quedaba bien, con cierta holgura al estar el señorito más grueso. Todo era cuestión de hacerle unos ajustes con tijeras, aguja e hilos.

—Si pareces un marqués que viene del teatro —le decía con risas la Rosa.

En la capilla lucían unas banderolas sobre una victoria antigua de un alcaide de la villa contra los moros en el Guadalete, el primer Ayllón que estaba allí enterrado, cuando estos territorios eran fronteras. Entre los ricos retablos destacaba una representación de la Santa Cena. Miguelillo estaba satisfecho, su venganza soñada durante tanto tiempo contra el señorito se estaba cumpliendo, aunque fuese ya un fiambre. La Rosa no le quitaba ojo.

—Miguelillo, tienes una corpulencia similar a la suya y, así vestido, pareces más un señorito. ¿Recuerdas que en la casa de don Rosendo había un retrato de cuando era joven?, a mí me lo enseñó y me quedé impresionada.

—¿Por qué?

—Porque era tu viva imagen. Hay un detalle que no he sabido interpretar hasta ahora, fue al verte cuando a don Rosendo le dio el ataque al corazón...

—Estás loca de atar, mujer. La persona que más he odiado y la que más han odiado en mi familia... Lo que pretendes insinuar me

parece una broma de mal gusto. Siempre me han dicho que había sido hijo de un cabrero.

—Eso fue para proteger y no avergonzar más a tu madre. Tú nunca has visto a ese pastor. Tu madre era una muchacha joven y ya conocemos la debilidad lujuriosa de don Rosendo, que no tenía escrúpulos. No podrían demostrar nada y él lo tenía todo; sin duda, rechazaría reconocer la paternidad..., a tu familia solo le quedó el rencor. Pero de ese gran parecido tuyo podemos continuar nuestro negocio. Si sale bien lo que he pensado. Solo te pediría mi libertad y empezaría una nueva vida para ti.

Ajorcajambre permaneció en silencio con la mirada atravesada, había perdido su contento de instantes antes. Sus pensamientos, contradictorios, bullían como una olla a presión. «Será puta, ya te veía venir... —Salió huraño de la capilla y sin decir palabra alguna se dirigió a donde estaba el Viejo, que continuaba con el cierre de la tumba—. Será cabrón, el colmo de los colmos, don Rosendo mi padre, no puede ser. Puta venganza, siempre me habían dicho que había sido un insignificante pastor. —Pensaba, cada vez más furioso—. Cabrón, menos mal que vas desnudo y con un dedo menos a los infiernos».

En la lucha interna de Miguelillo se hacía un hueco la idea de que el odiado señorito podría ser su padre. Las piezas encajaban. Para asegurarse, tendría que ver el maldito cuadro. Se acercó aún más a la tumba con mirada inquisitiva. «Cabrón, si es verdad lo que insinúa esa zorra, saluda de mi parte a los míos, que al parecer son los tuyos: a mi engendro, que es también tu hijo; al Liebre, que me traicionó y a mi padrastro Juanón, que hizo de mí, con tu estimable ayuda, el *joputa* que soy».

—Jefe, parece usted un señorito de postín, vaya cambio que ha dado con la ropa, para que después digan que el hábito no hace al monje —ironizó con una media sonrisa el Viejo al contemplar la nueva estampa de Miguelillo Ajorcajambre.

Como un reguero de pólvora corrió la noticia de la muerte de Monforte, hasta hubo periodistas que mencionaron que los tentáculos de la hidra de la Mano Negra alcanzaban hasta la capital de España. El sensacionalismo y el morbo sucumbieron pronto cuando las autoridades madrileñas lo desmintieron sin ambages y lo confirmó la autopsia del cadáver². No tendieron una emboscada los anarquistas el 20 de mayo de 1883. En la dependencia había mucho desorden, sangre y hasta un gato negro muerto. Se barajó la hipótesis del ataque terrorista, aunque la estancia estaba cerrada por dentro, para más misterio. La autopsia confirmó una muerte natural repentina por ataque cardíaco fulminante. Las circunstancias fueron extrañas al haber sableado el comandante a un gato negro que tenía preferencias por el lugar. El felino, encerrado y sin posibilidad de escape, fue perseguido con saña por un Monforte confundido y alterado. Incluso se especuló la posibilidad de un rito satánico. La autopsia despejó lo ocurrido y las falsas conjeturas.

La atención mediática se dirigió pronto a los juicios de los ya famosos crímenes de la Mano Negra y la anunciada huelga de los segadores contra el destajo. El proceso más importante era el de la Parrilla, el que mayor expectación causaba. Además, se vaticinaba una buena recolección en la siega, después de cuatro años de terribles hambrunas. Si la huelga seguía adelante, para los terratenientes significaría un triunfo de la Mano Negra, muchos periodistas trasladaban esta preocupación al Gobierno.

² Así está recogida por la prensa de la época la repentina muerte del comandante Monforte. Pese a todas las conjeturas realizadas, se debió a causas naturales.

¡MAÑANA ES *JUEVISS!*

La profanación de la tumba de don Rosendo había pasado desapercibida en Arcos de la Frontera. El sacristán estuvo al quite con el sepulturero, para que este continuase sin demora y sin más preguntas su labor de cubrir el hueco con la solería.

Miguelillo Ajorcajambre parecía un señorito cuando fue a visitar a la viuda de don Rosendo. Eran tiempos difíciles para el bandolerismo, los caminos estaban infectados de Guardias Civiles, como nunca se había visto. La Rosa le propuso un negocio y recobrar la libertad. «La muy zorra estaba encoñada con el Lagartijo, por mucho que lo disimulase». Miguelillo Ajorcajambre había decidido actuar por solitario, como lo hacían ya otros bandoleros. Sentía un fuerte recelo contra el Lagartijo que le había arrebatado a su hembra, a la que empezaba a apreciar una vez que la había perdido. La primera condición que le impuso la Rosa, «la muy zorra», era que Frasco Antonio no debía saber los nuevos planes. Miguelillo no estaba dispuesto a aceptar ninguna imposición, prefirió escucharla antes de actuar. Ese asunto de no informar a Frasco no le contrariaba, porque la idea del bandolero capillita era irse. Para el beato bandido quedarse con el anillo de oro y rubí era su precio por haber conseguido el acceso a la iglesia. En opinión de Frasco Antonio, Miguelillo Ajorcajambre cumplía su venganza y se quedaba con la ropa de don Rosendo y su dedo. Los demás que espabilasen... Ajorcajambre lo dejó ir sin más, con la joya que lucía en el dedo anular de su mano siniestra. La Rosa, siguiendo su propósito, compró un nuevo vestuario para Miguelillo: una chaqueta

de solapa grande, un pañuelo de seda para el cuello y un sombrero elegante; además, unos arreglos al pantalón del difunto para que también se los pudiera poner.

La viuda de don Rosendo, doña Encarna, toda vestida de negro decidió aceptar la visita que le anunció el mayordomo.

—Cuál es el asunto tan urgente que le trae aquí. —Al contemplar tras las rejas de la cancela del zaguán a la visita que esperaba fuera, un vuelco le dio el corazón—. Se parece usted tanto a mi difunto... —No pudo evitar doña Encarna el comentario que atajó de golpe por prudencia.

—Sí, decía... —«La muy zorra tenía razón y me parezco al señorito», pensó Miguelillo.

—No, disculpe, no es nada. Estoy muy trastornada estos días con la muerte de mi marido. Le preguntaba, ¿qué es lo que desea?

—Hablar con usted. En primer lugar, mi más sentido pésame. Yo quería ver a su marido que en paz descanse, pero al fallecer...

— ¡Ah, perdone! Gracias. Pase usted.

Miguelillo Ajorcajambre fue conducido por el pasillo, que dejaba habitaciones a un lado y otro hasta un salón principal con una magnífica lámpara de araña. A continuación estaba el comedor de diario con una gran chimenea de leña de encina encendida que calentaba ambas estancias. Fue invitado a sentarse en el salón, de espalda al gran cuadro de don Rosendo cuando joven. Doña Encarna se sentó justo enfrente.

—Bien, usted dirá —doña Encarna estaba aturdida, el parecido entre el retrato y la persona que tenía enfrente era tan grande, incluso un vestuario similar.

—Vengo de las Indias, donde hice fortuna y venía a conocer a mi padre para que me bendijese... Nadie quiere juzgar nada del pasado, pero su marido era..., era mi padre. Me lo dijo mi madre cuando era un niño, yo preferí poner un océano de por medio.

Doña Encarna no tuvo más remedio que levantarse por inquietud, se sentía trastornada... Era tanto el parecido con el lienzo que estaba en el salón, que no dudó que decía la verdad. «Qué

escándalo —pensaba—, cuántos bastardos tendrá el sinvergüenza. Al menos este no parece un muerto de hambre». Ella no quería ser la comidilla de otras beatas chismosas, de sobra era conocido que había tenido la desfachatez de traer una querida a su casa antes de morir. Como esposa había soportado mucho, muchas guarrerías... Al final para mantener su posición familiar pudo convencer a unos y a otros, soltando los dineros precisos para que pudiera ser enterrado en lugar sagrado como un personaje principal. «Y ahora me encuentro con otro escándalo, que puede estallar en mis manos».

—Entiendo, señora, su perplejidad. Yo no pretendo juzgar, lo pasado pasado está, ni quiero provocar ningún bullicio. Soy muy discreto, pero podría reclamar la herencia que me corresponde. No lo voy a hacer si llegamos a un acuerdo. Por manos del diablo, en estos tiempos tan inseguros que vivimos, fui atracado en el camino de Cádiz a Jerez. Por fortuna, al menos me dejaron la ropa. Con unos veinte mil reales yo me marché de aquí y usted no vuelve a saber de mí.

—Está usted loco, eso es una cantidad excesiva que yo nunca le podría dar.

—Está bien, quiero ser razonable, me conformo con la mitad.

Miguelillo Ajorcajambre se puso de pie, para contemplar el cuadro que doña Encarna no dejaba de mirar a hurtadillas y tantas referencias tenía de la Rosa. «La muy zorra tenía razón y el parecido era sorprendente». Don Rosendo, el pichabrava, mostraba en su rostro el orgullo de señorito y de sus mejores años. La Rosa había vestido a Miguelillo con ropajes parecidos y realizado un corte de peinado similar.

—Por lo que puedo ver —continuó Miguelillo—, nadie dudaría que soy hijo de don Rosendo, hasta coincidimos en los mismos gustos, somos como dos gotas de agua. Un buen abogado convencería a cualquier juez para reclamar mis legítimos derechos.

—Mi marido era un depravado. Usted no dejaría de ser uno de los muchos bastardos no reconocidos por él. Pero si se olvida de

este asunto estaría dispuesta a darle mil reales. ¿Qué le parece?

—Digamos que me conformo con dos mil reales, renuncio a la paternidad de don Rosendo; pero al menos sí podría alegar que tengo un parentesco con él. Era una persona de gran posición social y yo no quiero ser un donnadie. Piense en el escándalo, un depravado, como usted dice, enterrado en sagrado. Además, cobro también por mi hermano gemelo, fruto de don Rosendo. Mi engendro estuvo aferrado a mí para arrastrarme vivo al reino de los muertos.

—Está bien, no quiero saber más detalles macabros, le doy mil quinientos reales. Es mi cantidad definitiva, los toma o los deja. Si acepta, mañana a esta misma hora le entregaría la cantidad y me firmaría un documento escrito por mi escribano en el que renuncia a reclamar ningún derecho de paternidad ni cantidad económica alguna más, sea por usted o su hermano gemelo, más vale asegurarse. Y por supuesto, desaparecer para siempre de esta casa.

Ajorcajambre afirmó con el rostro sin más palabras. Doña Encarna se levantó muy tiesa de su silla, dando la entrevista por terminada. Esperó de pie que la visita se marchase, acompañada de una criada.

En el patio de la casa vio muy alterado a su hijo Arturito que vociferaba con el mayordomo como un crío pequeño, pese a ser treintañero. Apurada fue a su encuentro:

—Mamá, mañana es *jueviss*. ¡Mañana es *jueviss*! Papá está en los cielos, ¿quién me lleva? El *mayomomu* no *quiere*. Arturito es bueno, pero *quero* que me chupen la minina. Esta se pone tan contenta. ¡Papá me llevaba..., los *jueviss*!, los *jueviss*, ¡mañana es *jueviss*!

—Calla, hijo, que no sabes lo que dices. ¡Dios mío, qué herencia me has dado!, cuánto tiempo he de soportar las consecuencias de la lujuria del sinvergüenza que tuve por marido.

—¡Mañana es *jueviss*! —insistía Arturito una y otra vez, sabía en sus cortas luces que solo la obstinación y el berrido podrían hacer

que sus deseos se cumplieren.

En la cárcel de Jerez recibí con alivio la noticia de la extraña muerte de don Tomás en Madrid. Podía respirar más tranquilo, ya no podría abusar de mi mujer, ni cometer atropellos contra cualquier pobre jornalero. «Tus sicarios lo han matado» me espetó un carcelero avinagrado. Por fortuna, hoy ha corrido la noticia de que falleció por muerte natural en extrañas circunstancias. Hasta me sorprende que no prosperase la teoría de la emboscada de la Mano Negra, no porque la creyera posible. Según las autoridades, en estas tierras nuestras, de todo lo malo que ocurre está siempre la Mano Negra detrás. El desmentido me puede hacer pensar que todavía queda un poco de decencia en la justicia. De haber prosperado la teoría de la sociedad asesina, la presión para castigos ejemplares, aunque fuéramos inocentes, sería más fuerte. No obstante, mi posición personal ante la confesión forzada por Monforte queda debilitada. Será mi palabra contra la de un muerto, que está recibiendo todos los honores. ¿Cómo podré demostrar mi inocencia? La única prueba que tengo en contra es el testimonio firmado por mí. Fui un cobarde..., ya no tiene remedio. ¿Podré confiar en la justicia? ¿Cuántos años de cárcel pagaré por un supuesto delito que no he cometido?

La incertidumbre es mala compañera. Deseo afrontar el juicio que se espera para junio y mientras tanto evadirme con mis recuerdos más gratos. La situación presente me horroriza, veo mucha ceguera en las autoridades, en la prensa y falta de solidaridad entre mis compañeros. La cárcel y la tortura remueven lo peor de nosotros.

Desde mi celda escuché ayer tarde un petirrojo, me pareció un milagro que me hizo sentir dichoso, ante tanta negrura como me ha invadido. Entonó su trino peculiar que tan bien conozco. No pude divisarlo ni apreciar su pequeña pechera anaranjada, imaginé que coleaba en una higuera de un corral cercano. A diferencia del ser humano, Dios y demonio, los animales nunca te defraudan. En un

chaparro, junto a un arroyo que cruza Alcornocales, descubrí en la primavera, antes de mi primera detención, un nido de esta especie con cinco huevecillos de pintitas marrones. Con paciencia e inmovilidad acostumbé a los volanderos a mi presencia. Estos desplegaron sus plumas airoas a la vida. Los pajarillos hasta llegaron a posarse en mi hombro para comer alguna delicia que les daba, pequeñas bayas silvestres o insectos. Fue como un pequeño desafío para conectarme más a la naturaleza y a la vida. Los dibujé con primor en mi cuadernillo, los mostraba hermosos en el nido con su madre. No sé por qué lo hice, ya que después tuve miedo de que pagaran las consecuencias. También he predicado la hermandad entre los hombres y muchos de los que han creído en mí están sufriendo con creces estas ideas.

Una tarde, cuando acudieron a mi mano los petirrojos, sentí inquietud por la suerte de tan bellas criaturas. Di gritos y zarpazos furiosos para asustarlos, ante la presencia de mis hijos que pensaron que debía haber enloquecido. No quería confundir su instinto de supervivencia y les mostré que la presencia humana podía serles muy peligrosa. El ser humano es maravilloso y capaz de lo más increíble, pero también el depredador más inhumano de todos. El único que puede hacer daño por placer o por interés egoísta.

Tengo buenos amigos cazadores como Manolo el Largo y el Pancho. Me gusta ir con ellos, aunque son analfabetos, me ilustran de saberes que pocos letrados conocen. Me muestran por dónde ha pasado el jabalí que ha hociado en el suelo, el ramaje que ha tronchado, dónde ha estado echada la liebre y la madriguera del lobo. Distinguen las huellas y excrementos de tanta criatura como hay. Ellos cazan para subsistir, como lo hace el gavilán; la carne es muy escasa entre los pobres. Son furtivos porque hasta las tierras salvajes tienen dueño. En cambio, he visto a pretenciosos señoritos que matan a cualquier bicho que se mueva, para abandonarlos plomeados en el suelo.

En mi celda he logrado subirme a un cajón de madera que nos sirve de asiento. He sacado mi mano entre las rejas con algunos insectos que había cazado, con la esperanza ilusa de que pudiera posarse, como antaño, el petirrojo en mi mano. Tal vez confié en un milagro, mi vida y mi libertad ahora solo están pendiente de una palabra: justicia. Otras veces, mi ánimo se hunde en un pozo negro y solo siento ganas de llorar.

EL JUICIO DE LA PARRILLA

Dos rayos de luz se filtraban por las rendijas del ventanal del cuarto de Pedro Holgado. Con curiosidad se acercó para contemplar la nebulosa de las brillantes motas suspendidas. Absorto, cerró su mano en el haz de luz con la firme voluntad de ser un buen periodista. Ese mismo día se encontró con la agradable sorpresa de que el periódico *La Vanguardia* de Barcelona lo proponía como corresponsal para atender los juicios de la Mano Negra, en concreto el de la Parrilla, que tanta expectación mediática causaba, incluso fuera de nuestras fronteras. No por casualidad había un gran seguimiento de los sucesos de Jerez en Cataluña; este territorio y Andalucía eran las regiones con más fuerza del movimiento anarquista.

Las relaciones de Holgado con el director de *El Porvenir* de Sevilla no habían mejorado, pese al éxito parcial de la primicia sobre el asesinato de la venta del Empalme. El enviado de *La Vanguardia* para la Mano Negra había caído enfermo. A él le propusieron sustituirlo. Las condiciones económicas mejoraron, aunque se trataba de un contrato temporal. El periódico catalán tenía dos ediciones, una general de mañana y otra de tarde, y muchas más páginas que la prensa local. Por otro lado, sus relaciones con la Remolino se habían afianzado y consideró que la ciudad de Jerez seguía ofreciendo interesantes posibilidades periodísticas y literarias.

Holgado asistió ilusionado el martes 5 de junio de 1883 al comienzo de las sesiones del juicio de la Parrilla. Un macrojuicio,

porque eran diecisiete personas las encausadas, que causó un gran revuelo. Para el periodista era una gran oportunidad, podría ser como una novela en la que se juzgaba también a la misteriosa Mano Negra y los detenidos estaban conectados con organizaciones obreras.

Con premura Holgado ordenó los antecedentes para informar a sus lectores. El pasado 30 de enero la Guardia Civil había recibido un chivatazo de un gitano que había participado, un par de meses atrás, en el enterramiento del Blanco de Benaocaz. Este había sido asesinado por unos federados, compañeros del confidente y ligados todos, según la Guardia Civil, a la Mano Negra. El Blanco había desaparecido por san Andrés, a finales de noviembre, sin que nadie lo viese después. En una carta, aparentemente suya, contaba a los padres que se había ido a Cataluña para trabajar allí como hortelano.

La mañana del 5 de junio brillaba cristalina sin una mancha de nubes. La expectación se palpaba en la calle y en los alrededores del Palacio de Justicia, en la Sala de la Audiencia de lo Criminal de Jerez no cabía ni un alfiler. La prensa nacional e internacional se removía interesada ante el primer gran juicio contra la Mano Negra. Holgado lo consideró un momento histórico que debía narrar con detalle. Al fondo de la sala, el tribunal presidido por Hernández Arbizu, sentado en el centro junto a los otros dos jueces. A la izquierda, con el birrete puesto, el fiscal, el señor Domenech. A la derecha, en una grada de cuatro peldaños, custodiados por cuatro guardias civiles, con bigotes e hieráticos rostros, armados de fusiles con bayoneta, se hallaban los diecisiete encausados con caras apesadumbradas. En la parte superior del graderío estaban los de mayor protagonismo, en un extremo, los hermanos Corbacho; en el otro, los hermanos Gago, el más pequeño no dejaba de gimotear, y en el centro con su sombrero de campo en la mano, el maestro Juan Ruiz considerado el jefe de la Mano Negra. En una mesilla más baja, delante del tribunal, estaban expuestas las escopetas de monte que pertenecían a los acusados. En la mesa inmediata, los

voluminosos pliegos del proceso, los famosos reglamentos de la Mano Negra, escritos a lápiz y sin firma alguna. Todos los letrados lucían su toga.

Ningún detalle escapó a la mirada escrutadora de Antonio Comba, un excelente dibujante jerezano que reflejó con minuciosidad de retratista los semblantes de los intervinientes y la sala del juicio. A la izquierda, en primer plano de su fiel ilustración, figuraba de perfil el autor; cercano a él y de cara al público, el capitán José Oliver. A la derecha de Comba tomaban notas otros corresponsales. El gentío expectante ocupaba todos los espacios libres traseros. En la puerta y en la calle se arremolinaban los curiosos en un ambiente en el que se diluía en el sofoco el sudor y el interés por los acontecimientos.

El juicio comenzaba con toda solemnidad. Tras un largo preámbulo, una de las declaraciones más esperadas fue la del capitán de la Guardia Civil, don José Oliver, que ostentaba también el grado de teniente coronel del Ejército. El silencio se impuso. Se acercó con paso seguro consciente de su importancia. Rozaba la cincuentena, con frente despejada, aspecto pulcro y barba recortada. Encorsetado en su uniforme recién planchado, de inmaculada limpieza, lucía en el pecho cruces y medallas honoríficas. Apodado Contra-Mano, por su labor conjunta con el fallecido don Tomás, contra la Mano Negra. Su voz era firme. Manifestaba tener clara la autoría del crimen, incluso expresó reflexiones personales con voz serena.

—El socialismo o el anarquismo exagerado por la ignorancia ejerce una perniciosa influencia entre los trabajadores, hasta el extremo de que tienen constituida una sociedad con un poder central que puede condenar a muerte a los asociados. Por orden de esta asociación fue asesinado el Blanco de Benaocaz³.

Enumeró a continuación una serie de homicidios como los del ventorrillo de Núñez, camino de Trebujena, o el de la venta del Empalme o de Cuatro Caminos que, a su entender, habían sido

ejecutados por la misma sociedad. Esta sociedad era la Mano Negra.

Al decir estas palabras, un gran murmullo sonó entre los asistentes. El presidente del tribunal llamó al orden y amenazó con desalojar de la sala al público si no guardaba el silencio requerido.

—Muchos crímenes cometidos en estos últimos tiempos —concluía con voz firme el capitán Oliver— que fueron atribuidos a reyertas y odios personales, respondían a sentencias de esos conjurados cuyos tribunales funcionaban repartiendo con prodigalidad la muerte.

Otro asunto que despertó gran interés fue el cadáver del asesinado, muy difícil de identificar. Encontrado por el capitán José Oliver en la zona llamada del Algarrobillo, a un kilómetro y medio de donde lo habían matado. El lugar de enterramiento había sido después arado y sembrado con cebada para pasar desapercibido. El hallazgo fue posible por la delación de Cayetano Cruz, que contaba con antecedentes penales y también era federado como todos los encausados. Él fue quien abrió la fosa, junto con otro compañero, por orden de Bartolomé Gago, el encargado del molino de la Parrilla, primo y con el mismo nombre que el asesinado, más conocido por su apodo del Blanco de Benaocaz.

La declaración de los médicos forenses que le habían practicado la autopsia incrementó también el interés morboso.

—Señores facultativos, ustedes que reconocieron el cadáver del Blanco de Benaocaz, ¿qué notaron en él? —demandó el fiscal Domenech.

—Al practicar la autopsia observamos que tenía una herida leve en el cuello, de pulgada y media, producida por arma cortante, pero que no interceptaba ningún vaso importante ni era mortal de necesidad. La ropa estaba ya podrida; sin embargo, en la chaqueta de paño advertimos dos grandes aberturas que se corresponden con las heridas de la víctima: una profunda, entre la cuarta y la quinta costilla, interferida con arma de fuego cargada con perdigones que quedaron alojados en el pulmón, y otra en el lado

derecho, también de arma de fuego cargada con bala, que afectó al mismo órgano. Ambas lesiones causaron hemorragias mortales. — El señor Verdejo, uno de los médicos forenses, enjuto, trajeado y con gafas redondas fue quien habló mientras sus colegas asentían.

—¿Fueron inferidas a poca distancia?

—A muy poca, como demuestran las quemaduras de la chaqueta alrededor de las aberturas abiertas.

—¿Qué tiempo tendría el cadáver cuando ustedes lo reconocieron?

—Bastante, pues estaba en completa putrefacción. Más de sesenta días. Solo por ayudar a la justicia nos comprometimos a hacer la autopsia, exponiendo nuestras vidas porque los tejidos estaban descompuestos. —Una mosca cojonera y pertinaz rondaba la cara del doctor, quien con manotazos enérgicos intentaba apartarla sin éxito, lo que provocó algunas sonrisas.

Cayetano Cruz era considerado por sus compañeros «el infame traidor» que se presentó voluntariamente a las autoridades. Oriundo de Guadix, analfabeto, trabajaba también en el molino de la Parrilla, estuvo preso ochenta días; había intentado suicidarse en las primeras horas de cárcel, de ahí que su testimonio levantara gran expectación para conocer el alcance de su participación en estos sangrientos sucesos.

—Fuimos una cuadrilla de ignorantes y todos asustados. Estuvimos porque no teníamos más remedio, pues lo mandaba la junta. Yo solo participé en abrir la fosa, como me dijo Bartolomé Gago.

—¿Qué junta? ¿La de la Mano Negra? —interrogó el fiscal.

—A la junta no teníamos más amparo que obedecerla, pero no es la Mano Negra, que yo desconozco. Bartolomé Gago era el decurial de la asociación que cobraba los tres reales al mes, además de ser el encargado del molino de la Parrilla. La junta estaba en el cortijo de Alcornocalejos, de la que formaban parte los Corbacho.

—¿Qué había hecho el Blanco de Benaocaz para que ordenaran su muerte?

—Corrían voces de que el Blanco atropellaba a muchachas, abusaba de ellas, incluso una novia que tuvo era pariente de los Corbacho. Andaba de malas maneras, bebía mucho y no era de fiar. Eso a veces también dicen de mí, porque soy gitano, he estado preso y me gusta el vino. Además, los Corbacho tenían una deuda con él de más de cincuenta duros.

—¿Por qué en sus declaraciones ha cambiado varias veces su versión de los hechos?

—Yo tenía miedo de lo que me pudieran hacer los demás procesados, sobre todo los Corbacho. Esperaba que en recompensa a mi testimonio no me metieran en la cárcel. Si no es por mí, la Guardia Civil no descubre dónde estaba enterrado el Blanco, pero ahora he dicho toda la verdad.

Holgado, pese a la crudeza de su crónica, estaba optimista. Se sentía periodista, ilusionado y, tal vez, enamorado. Tras una agotadora jornada, cuando se fue a descansar la luna estaba luminosa y se dejó empapar por ella con los brazos extendidos.

Por fin la cosecha del verano de 1883 iba a ser buena. Tras la pertinaz sequía que tantas calamidades había acarreado a los jornaleros, los campos lucían ahora con hermosas espigas granadas. La siega no se inició por la huelga prevista contra el destajo. El mismo día de inicio del conflicto comenzó el juicio de la Parrilla. ¿Casualidad o coincidencia buscada? Los trabajadores portugueses, los golondrinas, la habían secundado y solo estaban dispuestos a segar a jornal. Si bien algunos de ellos, arrepentidos, estaban dispuestos a aceptar el destajo, pero no se atrevían por temor a las venganzas. Fueron los grandes propietarios los que demandaron ayuda al Gobierno para no acceder a las peticiones de los muertos de *jambre* o los manos negras que exigían un sueldo a cambio de una jornada de nueve horas.

Muchos terratenientes y hasta el poder civil y militar creían que la Mano Negra estaba detrás de la huelga. La prensa no se quedó corta y puso de manifiesto que la huelga general de trabajadores del campo era «la bomba final de la Mano Negra para la presente temporada». Otros diarios informaron sobre la actividad del jefe de la Guardia Civil: «El celo del capitán Oliver, que no descansa, y además de asistir al juicio realiza visitas diarias a cortijos, en uno de ellos encontró gran cantidad de papeles subversivos referidos a sociedades secretas a favor de la huelga y es posible que ponga a disposición de la autoridad judicial algunos individuos comprometidos⁴».

El gobernador de la provincia, el señor Loma, no quería ningún triunfo más de la asociación terrorista. Para evitarlo dispuso que salieran de Cádiz unos ochocientos soldados de los regimientos de Álava y Extremadura para dedicarse a faenas agrícolas en Jerez y otros pueblos de la provincia. Por supuesto, con el beneplácito del capitán general de Andalucía y del Ministerio de la Guerra.

El gobernador publicó el mismo 5 de junio, coincidiendo con el inicio del proceso de la Parrilla, un bando adoptando intensas medidas para prevenir los atentados a la propiedad, especialmente los incendios de mieses, además de incrementar la vigilancia con fuerzas de la Guardia Civil y de castigar de manera inmediata cualquier atentado o delito que tuviese lugar, con detenciones de los individuos encontrados en el término dañado y, en su defecto, a los miembros de la junta local de la asociación de trabajadores. «Se equivocan si creen que van a seguir doblegando y amenazando el campo andaluz», manifestó con una mueca de sonrisa sarcástica el señor Lomas a su subalterno.

Los militares exigieron a los propietarios mejores condiciones económicas para los soldados que realizaran la siega. Se daba la paradoja de que estas superaron la demanda de los jornaleros huelguistas, cuyas familias quedaron condenadas una vez más al hambre. Eso sí, con la lección aprendida, según la conciencia de los

poderosos, de que el mejor camino era la sumisión y no la chulería de la huelga.

Los días del proceso se sucedían sin perder interés. No era la intención del periodista Pedro Holgado hacer una descripción minuciosa de todo lo que acontecía en este macro juicio. Le interesaba más que los lectores no perdieran el hilo con detalles menores que pudieran aburrirlos. De ahí que se centrara en los acusados más relevantes.

Sin duda, el más instruido entre los detenidos era el maestro cortijero, Juan Ruiz, el pedagogo del Valle, el maestro de la Mano Negra. Tenía treinta y tres años, su atuendo era correcto, incluso mejor de lo que acostumbraban los maestros de estas comarcas que, como es sabido, andaban mal de recursos. Calzaba borceguíes de suela ancha y vestía pantalones de dril blanco con pálidas rayas azules, faja encarnada, chaleco negro de felpa, chaqueta de burdo paño y sombrero campero. Su fisonomía no reflejaba gran inteligencia, tal vez la presión de tantos días le estaba pasando factura, o porque su aspecto recordaba más a un campesino pelantrín. En un principio lo consideraron el jefe de la Mano Negra, ahora se sabía que actuaba solo como secretario de la junta de la asociación de San José del Valle que estaba presidida por los hermanos Corbacho. El Maestrillo, para designar su ideología, utilizaba la denominación de socialista. En Andalucía, a los internacionalistas federados preferían llamarlos socialistas, aunque en realidad no fueran seguidores de Marx sino del anarquista Bakunin.

—¿Qué sabe usted de la muerte del Blanco y de los motivos de su asesinato?

—De la muerte del Blanco nada sabía hasta que he llegado a la cárcel. En prisión me han intentado inculpar de un asesinato en el que no he participado ni he ordenado. Los hermanos Gago, según yo he oído, están implicados en esta muerte.

—Eso no coincide con lo declarado por usted en el sumario. Aquí todos pretenden ser inocentes e inculpar a otros.

—Fui obligado a firmar, en una noche que me sacaron de la cárcel, porque temí por la vida de mi mujer y la mía.

—Según consta, estaba usted sereno cuando firmó aquella noche.

—Más que sereno, estaba más muerto que vivo. —Con un nudo en la garganta, la voz empapada de angustia le temblaba y perdía fuelle.

—En su choza se reunió de noche el Tribunal Popular de la Mano Negra, presidido por los hermanos Corbacho, para determinar la muerte del asociado Blanco de Benaocaz.

—Eso no es cierto —recuperó el maestro su arrojo—, yo solo pertenezco a una asociación legal, la Federación de San José del Valle, en la rama de la Unión de Trabajadores del Campo que pertenece a la Federación de Trabajadores. Los únicos dictados que seguimos son los del congreso de Barcelona de 1881. Actúo como secretario, siempre dentro de las actuaciones legales que admite mi conciencia. No he firmado ni he acordado ningún asesinato.

—Ustedes qué van a decir.

—Protesto, señoría, el fiscal está prejuzgando a mi defendido —alzó brioso la voz el abogado defensor, el señor Luque.

³ *La Vanguardia*, junio de 1883. Todos los diálogos del célebre juicio de la Parrilla tienen como fuente prioritaria las crónicas publicadas en el diario *La Vanguardia* y prensa de la época, desde la primera sesión iniciada el martes 5 de junio, aunque publicadas días más tarde.

⁴ *El Porvenir*. Diario independiente de Sevilla. 8 de junio de 1883. Se hace eco de un suelto publicado por *El Cronista de Jerez* sobre el celo profesional de don José Oliver.

CRÓNICA NEGRA DE UN ASESINATO

Manuelillo tomaba un cuartillo de vino con su primo, llamado como su hermano, Bartolomé Gago, pero conocido por todos como el Blanco de Benaocaz. En la venta del Pollo, una choza de mala muerte, servían aguardiente, vino blanco, huevos con tocino o un plato de la misma olla de puchero que preparaba el Pollo para comer. Discutían los dos primos, ya ebrios de vino, cuando llegó Cristóbal, otro federado que trabajaba en el molino y era muy amigo de Manuelillo. Se sentó en un banquito de corcho junto a los Gago. Como no estaba el Pollo atendían sus hijos, que ayudaban en la venta y cuidaban de unas cuantas gallinas, una cabra y un cerdo de engorde. A ellos les pidió más vino y unas aceitunas gordales.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Cristóbal al más pequeño, que debía rondar los ocho años.

—Manuel García pa servirle a Dios y a usted. Mi hermana se llama Ana.

—Muy bien, Manolito, se ve que eres un hombrecito de provecho. Ayúdale a tu hermana y tráenos las aceitunas.

—Ojú, primo, nos vamos a llenar el buche. Qué quieres que te diga: donde estén el vino y una buena moza, que se quite todo los demás —refraneaba el Blanco, muy alegre, mientras miraba con fijeza los pechos incipientes de la chiquilla—. Primo, no me mires con esa cara.

—Yo no te puedo mirar con otra cara, Blanco, es la que tengo. Cualquier día, no muy lejano, más pronto de lo que te imaginas, te

vas a llevar un buen escarmiento. No se pué ir por la vida sin respetar ná. Anita tiene solo doce años.

—Me cago en la hostia, primo, pareces un sacristán. Hago lo que me salga de los cojones..., ya sé que es una niña, pero promete mucho, de sobra se ve que la hembra mancha ya de rojo, listillo.

—Aquí el único listillo eres tú.

—Está bien, vayámonos antes de que caiga más la noche. Estos niños querrán descansar —cortó Cristóbal para evitar más discusión.

—Primo, el día que me paguen los Corbacho el dinero que me deben, invito yo. ¿Y esas escopetas?

—Por si sale algún bicho, no nos vamos de vacío.

Caminaban cuando el día expiraba. En el horizonte el cielo chorreaba rojos y violetas por donde se había escondido el sol.

—Vaya pelúa que está cayendo —decía tiritando el Blanco.

Manuelillo estaba nervioso, su carácter chocaba con el de su primo, a quien menospreciaba. El espabilado quería ser más listo que nadie, pero esta vez se iba a llevar una lección. El vino que había bebido en abundancia le daba valor. Estaban cerca ya del arroyo de la Plantera. En la hondonada, donde se une con el arroyo de Otero, esperaban emboscados otros compañeros.

Manuelillo se retrasó para liar un cigarro. Venus oteaba cansino y vigilante desde el atardecer y otros luceros se asomaban como tenues puntos de luz en el firmamento. Cristóbal dejó que el Blanco lo adelantase y fue a encontrarse con su compañero rezagado. La noche vestía de negro.

—Cristóbal, vamos a dispararle nosotros, no sea que por mano del diablo una bala perdida nos mate por error.

Uno de los embocados gritó: «¡Alto!». Manuelillo y Cristóbal se precipitaron y dispararon a bocajarro y por la espalda al Blanco.

—¡Ampárame, primo! —logró decir este al sentirse herido.

Los que esperaban salieron con apremio de la hondonada. Uno le tapó la boca para que no gritase y otro, con una navaja, le dio un corte en el cuello.

El reportero también escribía breves relatos novelados firmados con su nombre, como hacían otros periodistas siguiendo los datos desvelados del sumario⁵.

Sin duda, otro testimonio esperado en el juicio sobre el crimen del Blanco era el de Bartolomé Gago.

—Refiera usted todo cuanto sabe acerca de la muerte del Blanco de Benaocaz —interrogó una vez más el fiscal.

—Con mucho gusto, porque hasta aquí he declarado al capricho de cada persona. Ahora voy a decir la verdad ante el tribunal. La única razón de ordenar matar a mi primo fue porque recibí un parte firmado por Pedro Corbacho, con el timbre de la Federación del Valle. Yo no tenía más remedio que aceptarlo, porque si en aquella hora me mandan matar a mi padre, lo mismo hubiera hecho. Porque son más de trescientos los asociados. Igual que ordenan matar a mi primo, mañana mandan a otros que me maten.

—¿Qué le decía el parte?

—Que se matara a mi primo por los más jóvenes, porque andaba de malas maneras. Además, que destruyera lo que hubiera en sus bolsillos y lo sepultara de forma que nunca dieran con el difunto.

—¿Qué hizo con el parte?

—Destruirlo, como se ordenaba.

—¿Qué cargo ocupa usted en la sociedad de la Mano Negra?

—No he oído hablar de la Mano Negra hasta que he estado en la cárcel. Yo no soy jefe de ninguna sociedad, solo el decurial encargado de cobrar los tres reales al mes a los federados del cortijo de la Parrilla.

—¿Qué objetivo tenía esa sociedad?

—Era de socorro.

—¿Tiene alguna disposición para vengar las traiciones?

—Ninguna.

—¿Y por qué mataron entonces al Blanco?

—Porque no había más remedio que obedecer.

- ¿Era solo a los Corbacho a quienes tenían miedo?
- De ellos y de otros desconocidos.
- ¿Por qué le dirigieron a usted el parte?
- Sería por ser el maestro del molino.

Pasada la una del mediodía, con un calor espeso en la sala, declaró su hermano Manuel Gago, conocido como Manuelillo, campesino, soltero, analfabeto de treinta años. Se pasó todo el proceso sollozando.

Declaró que fue a la taberna del Pollo, se embriagó, se marchó con su primo y su amigo Cristóbal. Su hermano fue el que lo enteró de lo que debían hacer.

—¿Por qué disparó usted?

—Como ha explicado ya Cristóbal en este juicio, no iba a morir él antes que su primo, si los que estaban emboscadosdisparaban antes.

—Cuando salió usted del molino de la Parrilla para verse con su primo, ¿conocía ya la orden de muerte?

—La conocí porque me la leyeron. ¿Usted cree que sin conocer yo la orden iba a salir a matar a mi primo?

El más campechano de los acusados era Salvador Moreno Piñeiro. Casado, sin antecedentes penales, reconocía pertenecer a la sociedad de trabajadores.

—¿Qué reglamentos tenía? —le interrogaba, como en los demás casos, el señor fiscal siempre con el pensamiento puesto en la Mano Negra—. ¿Se consignaban castigos para los socios que cometían traición?

—*Ná*, señor, *ná* de eso. No teníamos más reglamentos que las actas del congreso de Barcelona.

Salvador refirió que una noche se reunieron con Pedro Corbacho los que trabajaban en la Parrilla. Este dijo que el Blanco era muy malo, que atropellaba a mujeres y que habría que matarlo. Ellos se opusieron. Después ocurrió lo del parte, que según decían ordenaba

su muerte por los más jóvenes. Él no llevaba armas ni tan siquiera una navaja, porque no la tenía.

—Cuando me acerqué por primera vez al Blanco, después de la trifulca que tuviera con Manuelillo y su amigo Cristóbal, estaba ya bien muerto.

Al día siguiente el testimonio que causó más expectación fue el de Pedro Corbacho. Estaba considerado como el principal responsable de haber ordenado la muerte del Blanco. Espigado, delgado, de cara enjuta, pómulos salientes y actitud desafiante. Él negó con rotundidad todos los cargos que le imputaban y haber firmado ningún parte.

—¿Conocía usted al Blanco?

—Claro, había servido en casa de mi padre como aperador.

—¿Qué dinero le pagaban?

—Todas las semanas le pagaba yo a razón de dos reales y medio diario. Lo que no necesitaba me lo dejaba para guardárselo y así llegó a reunir treinta duros.

—Aquí se ha dicho que eran cincuenta duros los que usted le debía al Blanco.

—Que lo digan, ya han dicho muchas cosas. Pero ¿no comprende usted que un trabajador no puede ahorrar cincuenta duros en estos tiempos?

—¿No ha oído usted hablar de la Mano Negra?

—Ni negra ni blanca, hasta que no he entrado en la cárcel.

—Se ha dicho que era usted el jefe de la sociedad de trabajadores y que exigía obediencia ciega, ¿qué dice usted a eso?

—Que es completamente una patraña.

—¿Sabe usted escribir bien?

—No, señor, bastante mal. —Un murmullo de risas acompañó las palabras del acusado.

—¿Usted escribió el parte ordenando la muerte del Blanco?

—Eso he oído aquí, pero no es verdad. Que me presenten el parte con mi firma.

—Bartolomé Gago, ¿qué dice a esto? —el fiscal interpeló por sorpresa al maestro del molino.

Entre los reos que más han sufrido en la cárcel se encontraba José León Ortega, acusado de degollar a la víctima. Él, un manojo de nervios, reconoció que los primeros años de los ochenta el hambre había sido terrible.

—Muchos desvalijamos panaderías y otras tiendas para dar de comer a nuestros hijos. Ni los agentes municipales ni la Guardia Civil podían evitarlo. Los hambrientos éramos muchos. Estábamos desesperados.

Lo detuvieron por el crimen del Blanco. Estuvo durante tres días y tres noches recibiendo palizas, simulacros de ejecución y otras atrocidades por el estilo. Un sargento lo tachó de la lista al considerarlo inocente, pero unos días después ordenaron detenerlo de nuevo. El martirio fue interminable hasta lograr que declarara lo que ellos querían y que acusase a otros compañeros. Su cabeza y sus nervios se resintieron para siempre⁶.

En el juicio intervino para rectificar:

—Eso que dicen que yo le di una *puñalá* en el cuello al Blanco es una calumnia. El que diga eso que lo sostenga aquí delante del tribunal.

En este trascendente proceso, con tantas vidas en juego, unos confiesan, otros niegan, hay acusaciones mutuas y odios enormes hasta el extremo de no poder estar juntos en la cárcel. Forman dos grupos muy separados, el de los ejecutores que fueron los jornaleros federados de la Parrilla que trabajaban en el molino, y los de la junta de San José del Valle, presidida por los hermanos Corbacho y en la que actuaba como secretario Juan Ruiz. Estos se reunían en el cortijo de Alcornocalejos. Fueron, según los primeros, los que acordaron la muerte del Blanco. Ningún testimonio de los acusados mencionó expresamente a Juan Ruiz, sino a los hermanos Corbacho. Los miembros de la junta del Valle negaron que ordenaran ningún asesinato.

Sobre la célebre Mano Negra, pese a los continuados intentos del fiscal, no se pudo aclarar nada porque nada se había dicho y nadie la conocía. A todos los procesados se les interrogó sobre sus ideas y sobre la organización del Tribunal del Pueblo o la Mano Negra. Muchos admitieron ser socialistas, como preferían llamarse, y seguir los dictados del congreso de Barcelona de 1881, incluso haber leído u oído la *Revista Social*. Sobre la temida Mano Negra fue unánime la opinión, ningún encausado la conocía.

En sus conclusiones el fiscal, con gestos teatrales y mirada solemne, calificó los hechos de asesinato con los agravantes de premeditación, alevosía y abuso de superioridad para los hermanos Corbacho y Juan Ruiz. Para los acusados de la Parrilla, los agravantes de haberse cometido el asesinato de noche, en despoblado y en cuadrilla. Para el fiscal, tan culpables eran los que indujeron al delito como los ejecutores. Solicitó dieciséis penas de muerte para todos los procesados. No condenó a un inculpado que actuó, a su juicio, solo como encubridor y por miedo insuperable. Para arrojar luz y explicar tan terribles hechos, adjuntó y leyó el reglamento de la Mano Negra y el Tribunal Popular. Según él, como lo demuestran el testimonio del capitán José Oliver y los desvelos del fallecido comandante de la Guardia Rural, muchos crímenes cometidos en estos tiempos, atribuidos a reyertas y robos, eran en realidad sentencias de los tribunales populares de la Mano Negra. No olvidemos, recordó el fiscal, que sus propios testimonios de culpabilidad estaban recogidos en el sumario.

Los abogados defensores, que son cinco en total, cada uno asignado a un grupo de procesados, estaban en desacuerdo con las acusaciones planteadas por Domenech. Incidieron en la inocencia de la mayoría de los procesados, admitieron que otros eran cómplices de un delito de asesinato y, de los pocos culpables, los que dispararon, no consideraron las agravantes planteadas por el fiscal. Recalaron que las declaraciones de culpabilidad fueron forzadas por la dureza de los interrogatorios y, por tanto, no eran fiables. Solicitaron que los reglamentos de la Mano Negra no fueran

considerados en este juicio, al ser extraídos de otra causa anterior y diferente. En el proceso no constaba la vida real de esta sociedad llamada la Mano Negra como había quedado reflejado en las intervenciones de todos los inculpadlos. Por este hecho, se consignó una protesta unánime de todos los letrados. Sobre la pena de muerte para los acusados, adujeron que debía librarse a Jerez del doloroso y repugnante espectáculo. Los abogados defensores, entre ellos destacó Pastor y Landero, demostraron grandes dotes de oratoria.

Los procesados, a pesar de las elocuentes palabras de sus defensores y los argumentos que presentaban para que quedasen absueltos, se han mostrado decaídos y con un mayor abatimiento cada día. Después de nueve largas sesiones, el juicio quedó visto para sentencia. Así concluía la información del periodista el jueves 14 de junio de 1883. Crónica que se publicaría días después en *La Vanguardia* y también en otros periódicos.

He asistido impotente a una farsa, pese a la indiscutible buena intención de los abogados defensores, que han cumplido con honestidad su papel. Me he sentido agobiado, indefenso, porque desde un principio, el fiscal, los jueces, la mayoría de la prensa y las autoridades parecían tener clara nuestra culpabilidad, la de todos. El crimen del Blanco hasta ha pasado a los romances de ciego que van de pueblo en pueblo. Los hechos se han desbordado. Un lamentable encuentro entre Manuelillo Gago, que no paró de gimotear en las sesiones del juicio, y su amigo Cristóbal con el Blanco de Benaocaz, que terminó en asesinato, se ha convertido en una macrocausa contra la Mano Negra, pero en realidad contra la asociación obrera de San José del Valle. El fiscal ha solicitado la pena de muerte para dieciséis personas. Mi vida cae en un hoyo negro que me asfixia. Me siento abatido, triste y desbordado.

⁵ La prensa de la época, de acuerdo con los sumarios y confesiones forzadas conseguidas por la Guardia Civil, hizo juicios paralelos y relatos de los crímenes con todo tipo de detalles reales e inventados, sin presunciones de inocencia.

⁶ Carta remitida por José León Ortega desde la cárcel de Melilla. Recogido por Pantoja, J. L. y Ramírez, M. (2000).

LAS SENTENCIAS CONTRA LA MANO NEGRA

A la Rosa la asediaban las dichas y amarguras de aquel otoño de 1882. Una pesadilla la rondaba con frecuencia cuando dormitaba. Lloraba desconsolada en la negrura de la noche, con una pena muy grande. Le daban una bota de vino y bebía afligida para ahogar su pesar. Fuera de sí, corría hacia el interior de un chozo, lleno de penumbras y horrores. Una angustia terrible la asaltaba... No podía recordar nada... La ansiedad la despertaba sudorosa y con el corazón desbocado.

No todo había sido insignificante en su vida. La muchacha tuvo su protagonismo en la cuadrilla de Miguelillo después de la profanación de la tumba de don Rosendo. Le propuso hacer un negocio a expensas de la viuda. Miguelillo la escuchó y llevó a cabo el plan, del que salió muy ufano al haber obtenido de doña Encarna mil reales, la mitad para él y el resto a repartir, sin incluir al beato bandido, Frasco Antonio, que nada supo de la operación. El mismo Miguelillo, impulsado por los celos y el orgullo jactancioso, reconoció después haberse quedado con el doble de la cantidad. Engañó a todos, pues había conseguido mil quinientos reales de la viuda. A su parecer fue muy generoso, ya que pudo haberse quedado con la suma completa sin dar más explicaciones.

La Rosa no protestó, más de trescientos reales entre ella y el Lagartijo era un capital suficiente para iniciar ambos su ansiada independencia, tanto dinero junto como nunca había visto hasta entonces en su vida de miseria.

Qué días tan hermosos los que siguieron después, vividos en Jerez, tan ricos de amor. Contentos, se compraron nuevos atuendos. Ella un vestido sencillo, él un traje de domingo que no tenía. Con la chaqueta y un chaleco de pana gris estaba gallardo y ya no parecía un bandolero. El Lagartijo, eufórico, había conseguido del Ayuntamiento una papeleta de empleo para trabajo público. En la entrevista se preocuparon más por sus antecedentes políticos, que no fuera internacionalista ni federado. Él, por seguridad, invirtió el orden de sus apellidos al estar fichado en el cuartel de Arcos. La alegría y las buenas intenciones que proyectaba su persona le ayudaron, pese a ser forastero, para conseguir unos días de trabajo. Incluso firmó con su nombre, como había ensayado tantas veces, sin necesidad de estampar el dedo gordo como lo hacía la mayoría. «Es que me voy a casar con una moza a la que quiero más que a mi *vía*». La Rosa lloraba al recordarlo. Los dos días en la habitación de una fonda le supieron a gloria bendita. Los labios ansiosos del Lagartijo la acariciaban sin premura al desvestirla, como ella le había enseñado. «Como el buen vino que se saborea, cada copa que bebes sabe mejor. Tú eres como el buen vino, mi Rosa, mi flor». Eso había aprendido de corrido, el muy ingenuo y al que tanto quería. La Rosa lo escuchó cuando lo ensayaba a escondidas para sorprenderla cuando estaba desnuda y las palabras atragantadas no salían de su boca. Cuando llegó el trance oportuno fue capaz de decirle la frase, aunque se trabucara un poco con las risas de la muchacha que no podía dejar de reír, mientras él, voluntarioso, lo recitaba.

—Eres como el buen vino... cada copa sabe mejor. Tú eres mi Rosa, mi flor, mi vino...

Ella lo quería tanto... Los pechos erguidos por sus caricias le producían un vértigo erótico que le erizaba los vellos. Cuando su verga endurecida la atravesaba, gemía de placer hasta conseguir un éxtasis que le dejaba un reguero de gratitud. Qué alegría cuando el amor y el deseo iban unidos, muy diferente a la simple adicción al sexo que ella conocía bien. Su relación con el Lagartijo era amor de

verdad. El Lagartijo lloraba al final porque no podía ser más feliz; el muy ingenuo así lo demostraba. Tanta felicidad a ella le parecía imposible; a veces sentía un miedo irracional a que el destino le jugara una mala pasada, era entonces cuando la angustia se agarraba a su vientre.

Mi destino es ahora impredecible. El fiscal ha solicitado pena de muerte, pero mantengo aún un halo de esperanza en la justicia humana. Es absurdo seguir deshojando la margarita de mi suerte y prefiero evadirme con los gratos recuerdos de los seres que amo, de mis tiempos como maestro. En mi mente evoco aquella tarde, no tan lejana, y feliz con mis escolares.

Por la mañana, ahíta de luz, había leído un artículo científico, seleccionado de periódicos viejos que recogía en Arcos, a veces de casinos de señoritos. Recortaba lo que me interesaba, incluso narraciones literarias. Lo guardaba en carpetillas bien dispuestas en un cofrecillo de madera. Los restos de papel que sobraban los reservaba para prender la lumbre. Una de mis carpetas estaba dedicada a los avances científicos que se sucedían de manera vertiginosa en este siglo. Tenía inquietudes por saber, leer y divulgar a mis alumnos algunas curiosidades asequibles a su edad. El artículo en cuestión refería la teoría atómica de Dalton, un tema abstracto para mis criaturas. Me interesó darle un enfoque que les avivara el interés y la capacidad de asombro, para que intuyeran que aparte de nuestro mundo tangible existen otros mundos ocultos.

Hoy os quiero transmitir, amados niños, que la vida es maravillosa y está llena de grandes misterios que no siempre alcanzamos a comprender. No quiero hablaros de dogmas religiosos, que son casi siempre falsedades que la Iglesia nos quiere inculcar, sino de Ciencia con mayúsculas.

En tiempos muy antiguos, antes de que apareciera el ser humano, existieron en la tierra unos seres extraordinarios de grandes dimensiones, mucho más que un elefante, unos terribles

reptiles llamados dinosaurios que desaparecieron misteriosamente. ¿Os acordáis de que hemos hablado de ello cuando se encontraron un colosal esqueleto...?

Sorpresa, sorpresa, queridos niños, es lo que os voy a contar: alrededor de nosotros y en nuestros cuerpos existen unos seres vivos infinitamente pequeños, llamados microbios, que no podemos ver a simple vista. Tras los descubrimientos del científico Pasteur, se sabe que estos microbios transforman el jugo de la manzana en sidra, la cebada en cerveza y el mosto de la uva en vino. Muchos son extraordinarios y beneficiosos, pero otros son dañinos y producen muchas enfermedades...

Sorpresa, sorpresa, como os he dicho tantas veces, la vida y la naturaleza son maravillosas. Hoy se sabe también que la partícula más pequeña de la materia, ya sea sólida, líquida o gaseosa, es el átomo. El hielo, un río o una nube están formados en su esencia por átomos, lo más ínfimo de la materia que ya no se puede dividir más.

Qué os quiero decir, queridos niños, con este rompecabezas, que iremos trabajando en estos días hasta entenderlo mejor. Existen mundos infinitamente pequeños que escapan a nuestra vista, llámense microbios, si son vivos; y aún más diminutos, en todo tipo de materia, están los átomos. Del mismo modo, en el universo hay mundos infinitamente grandes, con millones de estrellas, como la nuestra, el Sol, con innumerables planetas como la Tierra que giran a su alrededor... Otro día ya hablaremos del maravilloso Sol. Nosotros, los seres humanos, somos inmensos, gigantescos, si nos comparamos con los microbios; o diminutos, si os digo que vivimos en la Tierra y esta es una mota de polvo en el universo.

Sorpresa, sorpresa, todo es tan relativo... Hay mundos paralelos al nuestro que escapan por lo infinitamente pequeño o por lo infinitamente grande. ¿No os parece extraordinario?

En las piedras grandes que me servían de pizarra les dibujé un microbio unicelular, un átomo redondo y nuestro sistema solar. Una vez aclaradas las palabras que no entendían, animé a los mayores

con un diálogo que les encendía la imaginación con preguntas curiosas. ¿Cuántos átomos podía haber en nuestro dedo meñique? Y si los átomos fuesen bolindres, con los que hay en nuestro dedo, ¿qué superficie se podría abarcar? Nunca podían imaginar que fuese una extensión tan grande. En el fondo, yo les quería inculcar la curiosidad que motiva el afán de aprender. Con estos contenidos centrales nos llevábamos muchos días, los más espabilados dibujaban y escribían en sus pizarrines hasta saciar sus interrogantes. Con barro que dejábamos secar al sol hacíamos bolindres redondos como si fueran átomos. Unos aprendían de verdad, otros jugaban y no entendían nada, pero el desafío de la enseñanza me parecía maravilloso.

¿Qué será ahora de estos alumnos de Alcornocalejos? ¿Qué será ahora de todos nuestros hijos? ¿Qué será del Maestrito? ¿En qué me he equivocado?

El lunes 18 de junio de 1883 era un día primaveral con calor de verano. Juan Ruiz, inquieto, se removía en la madrugada cuando le sorprendió el canto aflautado de un mirlo que cantaba desde el alero de un tejado alto. Al petirrojo no lo había vuelto a escuchar más, su ausencia le provocó una gran desazón. Sus esfuerzos para que se posara en su mano y comiera algunos insectos atrapados fueron vanos.

Era el día de la sentencia. Todos aguardaban con mucha expectación. El tribunal fue nombrando a todos los procesados. Entre el revuelo de periodistas estaba Pedro Holgado. Las penas fueron duras hasta el punto de condenar a siete personas a la muerte. El tribunal sentenció con garrote vil a los que consideró autores e inductores directos.

A los procesados se les comunicó la pena tras la reja, en el patio de causas de la cárcel de Jerez.

—Fallamos que debemos condenar y condenamos a Juan Ruiz Ruiz... —el secretario de la Audiencia leía las penas, había

comenzado por las más graves.

Manuelillo lloraba sin consuelo, tanto él como su hermano Bartolomé habían sido condenados a muerte y ejecución con garrote vil. La misma negra suerte para los hermanos Corbacho, considerados los responsables directos del crimen. Pedro escuchaba la sentencia con gesto de descaro mientras fumaba un cigarrillo. A Cristóbal, el amigo de Manuelillo, lo condenaron también a la pena máxima por haber disparado su escopeta sobre la víctima. Igual que a José León, acusado de degollar al Blanco, aunque él nunca lo reconoció. A consecuencia de las torturas, había perdido la cordura y ahora gritaba como un poseído. El otro condenado a garrote gimoteaba con desconsuelo, era Gregorio, acusado de haber tapado la boca al asesinado para que no gritase.

—Juan Ruiz Ruiz —repetía el funcionario judicial tras los sollozos de Manuelillo y los gritos de José León fuera de sí que le obligaron a interrumpir la lectura. El maestro tragaba saliva en actitud hierática — como cómplice, con las circunstancias agravantes de premeditación, alevosía y abuso de autoridad, lo condenamos a la pena de prisión durante diecisiete años y cuatro meses.

En total ocho personas consideradas colaboradoras en el crimen fueron privadas de libertad con la misma pena de cárcel. Solo dos procesados de los diecisiete juzgados quedaron en libertad.

La prensa más conservadora lo consideró un triunfo de la justicia frente a la Mano Negra, cuyos dirigentes y sicarios habían recibido un duro castigo, sin duda ejemplar. A lo que había que sumar el fracaso de la huelga general de los jornaleros en la siega. Los patronos estuvieron firmes en mantener el destajo. La huelga fue desinflada por el Gobierno y las autoridades militares con la contratación de soldados que realizaron las labores de los campesinos.

El célebre juicio de la Parrilla era la primera condena con garrote vil recibida por los terroristas anarquistas de la Mano Negra, según estos periódicos, porque en el llamado crimen de Arcos, que se celebró con anterioridad, no se había dictado pena capital para los

dos implicados, aunque sí cadena perpetua para uno de los reos, Cristóbal Durán. Mucho más humillante consideraron estos diarios conservadores lo ocurrido tras la sentencia del crimen con robo de la venta de Cuatro Caminos. Los cuatro acusados fueron condenados a muerte en un juicio sumarísimo iniciado el sábado 26 de mayo en la Audiencia de Jerez y dictadas las sentencias el lunes 28 de mayo. Tras conocerse el veredicto y propagarse por el Puerto de Santa María, donde residían, la idea de que los condenados habían confesado como consecuencia de las torturas aplicadas, y que uno de ellos había sido llevado a la enfermería medio moribundo, salió a la luz por las calles de la ciudad un manifiesto incendiario de los obreros. La autoría de este escrito era para muchos de la Mano Negra:

Si la burguesía deja llevar al patíbulo a los trabajadores, todos sus miembros serán condenados a la misma pena, pues la ciudad será incendiada y reducida a cenizas.

Este manifiesto propició que una comisión de notables de la ciudad elevara una petición de indulto para conmutar la pena máxima por cadena perpetua, como así fue⁷.

Para Pedro Holgado, Manuel Cancela, de *El Cronista*, y algunos reporteros no sensacionalistas, el asesinato del Blanco de Benaocaz fue un crimen cometido por federados de la asociación de San José del Valle, ligada al internacionalismo de la FTRE, pero sin hallar ninguna implicación de la Mano Negra, que todos desconocían. El periodista sevillano se quedó sin trabajo, después de la fugaz colaboración con *La Vanguardia*. Pero seguía en Jerez pendiente de entrar en el diario *El Guadalete*, recomendación de Cancela al no haber vacantes en su diario.

Para Holgado, la relación con la Remolino era una válvula de escape ante tanta presión de crónicas negras y la poca estabilidad en su oficio. Se sentía a gusto y ella, al parecer, no quería ir más

lejos. Quería ser cauta, ya no era tan joven y arrastraba consigo un camino emocional de desengaños y fallecimientos. La Remolino era celosa de su libertad. Cada uno daba prioridad a sus carreras.

—Chiquillo, estamos bien juntos y eso es muy bonito, *pa* qué estropearlo. Tú sigues con tus escribanías y yo con mis bailes. Somos como golondrinas libres que se aman, *pa* que más —le susurraba la Remolino en la alcoba mientras le pellizcaba con cariño la oreja derecha.

A la noche siguiente la bailaora estrenó un tablao nuevo más espacioso y sonoro en la taberna del Cojo. Incorporó a su atuendo gitano un mantón turquesa de largos flecos que le habían prestado y una peineta sencilla del mismo color.

«¡Toma, que toma, que toma...!», jaleaba la cantante mientras contoneaba con curvas y remolinos su cuerpo fibroso. Movía el mantón con arte, con aire torero, con gracia y ritmo al son de la guitarra. Como ave del paraíso, desplegaba sus alas exultantes con magia, hasta poner a todo el público exaltado de pie para aplaudir y jalear. Con un nuevo requiebro dirigió su mirada a Holgado, con elegancia sopló en su mano un beso y después acarició su corazón. El periodista la contemplaba absorto y entusiasmado con los ojos acuosos, esbozó una sonrisa de complicidad.

Justo tres meses después de la sentencia de la Parrilla, el jueves 18 de septiembre de 1883, se celebró el juicio del ventorrillo de Núñez, considerado también de la Mano Negra. El principal acusado fue Juan Galán. Holgado no realizó ninguna crónica periodística, pero asistía cuando podía. Pascual Domenech volvía a ser el fiscal del caso. Seguía defendiendo las tesis de la Mano Negra, como ocurrió en el crimen del Blanco, coincidentes con las de la Guardia Civil: los asesinatos cometidos fueron una venganza de la Mano Negra contra los venteros. El fiscal, en su discurso final, previno contra los desmanes de las sociedades secretas de los trabajadores.

El niño, el hijo de los venteros, aunque no había luz, reconoció la voz de Juan Galán como la de una de las personas que estuvo

aquella noche en la venta. Pepín Almorín, el jovencito trastornado que ayudaba a los dueños, también coincidió. Estas afirmaciones, junto con su extraña huida antes de ser detenido y la ocultación de una mano herida, fueron esenciales para su condena a la pena máxima. El acusado siempre se consideró inocente. Con voz franca y chillona invocaba a la Virgen como valedora de su inocencia. A pesar de las torturas a baquetazos que le propinó la Guardia Rural, no confesó ningún crimen, porque no era culpable. Igual de tajante fue con la Mano Negra, de la que nada sabía, y confesó que nunca había pertenecido a la sociedad de trabajadores.

El reo ocupó en el juicio el mismo lugar que se había habilitado para los acusados del crimen de la Parrilla. El tribunal, decidido a la firmeza que había demostrado en el proceso de la Parrilla y haciéndose eco de las tesis del fiscal y de las autoridades militares, entre ellos un informe del fallecido comandante de la Guardia Rural, sentenció a Juan Galán a doble pena de muerte por los asesinatos de Juan Núñez y María Labrador.

⁷ Datos reales recogidos por la prensa.

¿QUÉ OCURRIÓ EN LA VENTA DE NÚÑEZ?

Tras la repentina y extraña muerte del comandante Monforte, el sargento Germán no dejó de investigar el caso de los venteros de Trebujena. El comandante daba por válida su tesis de la venganza de la Mano Negra y no aceptaba que un sargento cuestionara sus argumentos, cuando ya había sido felicitado por las autoridades por su perspicacia sobre la asociación terrorista. Por desgracia, el sargento no pudo hacer nada para evitar la condena a pena de muerte del encausado, Juan Galán. Este acusado guardaba algún misterio o una verdad que no quería revelar, pese a que su secreto lo llevaría al garrote. Parecía una persona terca que aguantó la tortura sin quejarse. Su intuición le decía que no era un asesino y que nada tenía que ver con la Mano Negra. Su dedicación al caso era muy parcial, porque el capitán José Oliver mantenía la misma tesis que el jefe de la Guardia Rural, de ahí que su investigación fuese extraoficial y en su tiempo libre.

Descartado el móvil del robo, buscó otras posibles causas. La ventera estaba embarazada de tres meses, pero en sus indagaciones nada apuntaba a un asunto de infidelidad, no tenía amantes conocidos y la relación del matrimonio, salvo algunas discusiones normales de pareja, parecía buena. Si él no consideraba creíble el móvil de la venganza de la Mano Negra, qué ocurrió en realidad para ocasionar la tragedia.

Había otra posibilidad de investigación que le condujo a un callejón sin salida. Núñez se había visto envuelto en el caso del asesinato de una anciana a la que habían robado. El ventero salió

absuelto por falta de pruebas. German pudo comprobar que era una mujer soltera, que vivía sola y sin ningún pariente cercano.

Otro dato misterioso era la identidad del fallecido. Monforte lo consideró uno de los terroristas, pero en su bolsillo se encontró una papeleta de empleo para trabajos públicos en Jerez. ¿Cómo era posible que nadie conociese en Jerez al fallecido? ¿Cómo había sido contratado por el Ayuntamiento?

Tras varias pesquisas fallidas, sí logró localizar al funcionario que le realizó la entrevista para el empleo público. Pepe Juan atendió al sargento, con su aire despistado y media sonrisa en su rostro. Al fallecido, por el nombre de Manuel Román Ortiz no lo recordaba. Al describirlo Germán como probable forastero le vino a la memoria un personaje curioso que respondía a los datos que le exponía.

—Perdone que se me pasara la primera vez que me preguntó. Soy muy despistado, ahora sí estoy seguro de recordar a un joven alto, delgado y desgarbado, con el rostro pecoso, vestido con su mejor ropa, me pareció buena persona. Me convencieron su sinceridad y los sentimientos que expresó sin pudor: estaba muy enamorado, quería casarse y buscaba una oportunidad. Estaba dispuesto a trabajar en lo que fuese y a aceptar el sueldo que se le asignara, sin exigencias y con humildad.

—¿Recuerda si llevaba una chaqueta de pana gris?

—Creo que sí, iba bien vestido, como le he referido, parecía ropa de domingo, aunque su oficio era jornalero.

—¿Comprobó su identidad? ¿Cómo siendo forastero le prometió empleo público aquí, cuando hay tantos parados y tanta hambruna?

—Sencillamente me conmovió, me expresó que se quería asentar en Jerez, trabajar de manera decente y tener hijos. Era una persona que irradiaba simpatía, tal vez porque estuviese enamorado y sus ojos desprendían chiribitas de alegría. Hasta se lo comenté a mi mujer, Carmen. Él me dijo que su prometida era la rosa más bonita que había encontrado. Me lo decía con tanta convicción que me ablandé. No me puedo creer que esté muerto..., ni menos que sea un asesino.

—¿Averiguó si estaba federado o pertenecía a alguna sociedad de trabajadores?

—En las instrucciones que recibimos del alcalde, la principal condición para la contratación era que no fuera internacionalista ni estuviera federado. Aquí no quieren a nadie que incite a la huelga, ni a más líos. Cuando lo interrogué, su única preocupación era conseguir un trabajo decente, sin necesidad de tener que robar. No le importaban el destajo ni el salario, solo quería ganarse la vida. No tenía, según me manifestó, ninguna convicción política, con su propio esfuerzo estaba aprendiendo a leer y escribir.

—Gracias, Pepe Juan, me ha sido de gran ayuda, aunque no tenemos todavía una identidad clara para Manuel Román Ortiz.

—De nada. Pero ahora que lo dice, la primera vez dijo apellidarse Ortiz Román, y rectificó enseguida el orden, Román Ortiz. Yo no desconfié ni le pedí más credenciales.

Manuel Ortiz era un nombre que a Germán le sonaba. Seguro que lo había visto antes en algún sitio. Lo primero que hizo fue comprobar si tenía antecedentes penales. Cuál no sería su sorpresa cuando, al día siguiente, encontró con facilidad su ficha procedente del cuartel de la Guardia Civil de Arcos.

Manuel Ortiz, alias Lagartijo, acusado de numerosos delitos de hurtos en caseríos y cortijos siempre sin violencia. Con habilidad para escalar y escurrirse por cualquier hueco. Huido al monte, antes de ser detenido y sin poder ser juzgado. Se sospecha que se integró en banda de contrabandistas o bandoleros.

«Por fin un hallazgo importante en esta misteriosa trama —suspiró aliviado el sargento—. La tarea continuaba ardua: ¿quién mató al Lagartijo? ¿Por qué? ¿Qué ocurrió en la venta de Núñez?».

La Rosa sabía muy bien que Miguelillo no dejaría de estar celoso y que herido en su orgullo era muy peligroso. Lo conocía bien, trataría de comportarse como el macho dominante que era. Los lobos eran animales que él apreciaba y con los que a menudo se comparaba.

Un día le pegó al Viejo un puñetazo que lo tumbó de espaldas por haber matado a uno.

—Pero si son alimañas que se comen nuestra caza —protestó el Viejo.

—La peor alimaña es el hombre —le respondió furioso.

Era curioso, mostraba más sentimientos por los lobos que por los humanos. Ella quería ganar su independencia y ofrecerle una salida airoso. Estaba claro que la partida de bandoleros no podría continuar en la comarca. Todo el entorno rural estaba cuajado de guardias civiles que se habían propagado en el otoño igual que las setas después de las lluvias. Por su hermana Juanita, que trabajaba de niñera en la casa de un señorito, supo que el cacique más importante de Jerez, don Eusebio, buscaba reforzar su escolta con un experto tirador. Con los nuevos atuendos de Miguelillo, que parecía un señorito, y con la puntería extraordinaria que tenía, seguro que podía ser una buena oportunidad. Quiso la casualidad que la Rosa se encontrase en Jerez con Abelardo, el pastor de Arcos y buen amigo de Miguelillo que servía de intermediario entre bandoleros y señoritos. El asunto del cacique, Abelardo ya lo conocía, Miguelillo también, de hecho estaba allí en Jerez por ese negocio. Si había acuerdo, él se llevaría una comisión de ambas partes.

Para Miguelillo Ajorcajambre todo salió mejor de lo esperado. A don Eusebio le importaba un pimiento su pasado, quería un hombre con valor, arrestos y capaz de derribar a un enemigo a cualquier distancia. Tanto agradó a don Eusebio que al observar su valor y manejo de las armas, su discreción, su lealtad sin escrúpulos... decidió nombrarlo su jefe de seguridad, con mando en todos sus escoltas.

Miguelillo sorprendió a don Eusebio cuando colocó una fruta pequeña en la cabeza de un espantapájaros de paja, al máximo alcance de su fusil Berdan, y destripó la granada esparciendo sus granos acaramelados, sin que antes ninguno de los escoltas hubiese sido capaz de hacer blanco a la distancia que él había

marcado. Muy seguro de sí, le propuso a don Eusebio que eligiera a tres de sus hombres más bravos para un duelo a navaja con la condición de que fuese a primera sangre, el que resultara herido tendría que retirarse. Para sorpresa de todos, Miguelillo se enfrentó con los tres al mismo tiempo. Muy trajeado, con aires de señor, sacó su larga faca sevillana con cachas de hueso. A todos sorprendió cómo un segundo después, de un ágil salto de lobo, daba un zarpazo al contrincante más retirado y lo hería en un brazo. Los otros dos, ya prevenidos, no fueron presa fácil. Miguelillo tuvo que quitarse la chaqueta. Bien demostró su agilidad hasta lograr arrinconarlos contra una pared sin permitir que ninguno de los dos se situase a su espalda. El primero que trató de evadirse por un lateral recibió un rasguño en el hombro que le ensangrentó la camisa. Con uno solo ya no dejó de atacarlo, daba cuchilladas a diestro y siniestro, con tal furia que el otro rival, asustado, temió que lo atravesara con un golpe mortal.

—Está bien, abandono, no hace falta que me mate. Sin duda, don Eusebio, este hombre, si usted lo contrata, será el más temible de sus escoltas.

Miguelillo Ajorcajambre estuvo seguro de ganar el puesto de jefe de la manada. No iba a morder, de momento, la mano que le daría de comer, la de don Eusebio; ahora bien, que se anduviera con cuidado porque no se dejaría humillar por nadie.

Quiso celebrar aquel nuevo cambio en su vida. Mandó un recado al Viejo y a la Rosa con Abelardo para un encuentro, a modo de despedida, en la que el vino correría generoso a su cargo. El lugar elegido fue el ventorrillo de Jerez a Trebujena, sitio discreto y apartado. Miguelillo, en el fondo, pretendía recuperar a la muchacha, pero sin violentar su voluntad, que ella pudiera elegir. En la nueva situación, el bandolero podía darle un futuro y una estabilidad, mientras su rival sería siempre un desgraciado.

La Rosa no sabía qué hacer, si acudir o no a la invitación de Miguelillo, quien expresó que deseaba mucho que fuera y si ella quería que la acompañara también el Lagartijo.

—Mira que Miguelillo es un animal herido en su amor propio que nos puede hacer mucho daño —trató de advertir la muchacha al Lagartijo.

—No te preocupes, mujer, yo sé defenderme. Se acabaron ya las huidas.

El encuentro en la venta de Núñez fue cordial en sus primeros momentos. Todos se abrazaron, aunque Miguelillo sí mantuvo cierta hostilidad contra el Lagartijo. Jactancioso, relató que era la mano derecha del cacique más poderoso de toda la comarca, del hombre más rico de jerez. Todos lo felicitaron por ello, hasta el Lagartijo le dio la enhorabuena.

La velada se alargó hasta la madrugada del lunes 4 de diciembre de 1882. Transcurrió con vino y más vino, chochitos salados, aceitunas, risas gruesas, comentarios soeces, luz de velones y espesa humareda de cigarros encendidos.

—Rosa, conmigo tendrías un futuro como antes no te he dado. — Miguelillo Ajorcajambre abandonó la risotada y la miró con fijeza.

—Te lo agradezco, Miguelillo, incluso me halagas. Quiero que sepas que estuve hablando con el pastor Abelardo para informarle de la gran oportunidad que suponía para ti la oferta de don Eusebio. Quería regalarte también un futuro. Mi elección personal ahora es clara, muchos tumbos he dado en mi vida y por fin he encontrado un hombre que de verdad me quiere.

—Yo también te quiero, te he cogido aprecio. Probemos juntos, yo prometo tratarte mejor, ya no tenemos que vivir como fieras acosadas en el monte —insistió Miguelillo Ajorcajambre.

—Nosotros tuvimos ya nuestra oportunidad y no funcionó. Ahora mi decisión es firme, no la voy a cambiar.

—Pero, chiquilla, si el Lagartijo es un desgraciado, ¿qué seguridad te va a ofrecer?

—Miguelillo, soy una persona libre y no me tienes que ofender. — Lagartijo se levantó de su silla—. Yo estoy dispuesto a luchar... a muerte, por la Rosa.

—Cuando tú quieras, desgraciado, traidor. —Miguelillo sacó de su faja su faca sevillana de cachas de hueso—. Si quieres un duelo con otro tipo de arma, a mí me da igual.

—Hazlo por mí, no quiero más peleas. —Arropó la Rosa con sus brazos acariciadores al Lagartijo hasta hacerlo sentar en su sitio—. Tú tienes ya todo mi cariño y no lo voy a compartir con nadie.

La Rosa medio ebria no dejaba de hacer arrumacos para calmar al Lagartijo, que no quería quedar como un cobarde. Miguelillo Ajorcajambre estaba celoso. La muchacha lo dejaba por otro de manera pública, ella atacaba su hombría... Sentía cómo su ira crecía dentro de sí.

—Será puta, la zorra, tanta calentura tienes que no puedes esperar.

—Serás cabrón, Miguelillo, acaso no me he ganado mi libertad.

—Maldita seas, zorra, a mí no me hables así —le decía mientras le arrojaba una banqueta—. Y tú, Lagartijo, traidor, como te muevas de tu sitio acabo de una vez contigo. ¡Si tienes valor, sal fuera!

—No creas que te tengo miedo. Se acabaron ya tus órdenes —replicó el Lagartijo levantándose.

La Rosa vio el peligro que tanto temía. Se dio cuenta tarde de que no había sido prudente. Sofocada con las palabras de Miguelillo y bajo los efectos del vino que le nublaban la mente, había mostrado sin pudor su amor al Lagartijo. Un juego que podría resultar muy peligroso ante un Miguelillo despechado.

—Está bien, Lagartijo, quédate sentado, por favor, te lo ruego. Perdona, Miguelillo, no ha sido mi intención ofenderte. Tengamos la fiesta en paz, hemos venido a celebrar tu nuevo empleo y no vamos a pelearnos ahora. Nosotros vamos a estar un ratito más y nos vamos como si no hubiera pasado nada.

Núñez, el ventero, ante el cariz violento de la discusión, se había acercado al grupo.

—Señores, ya es muy tarde... Si quieren pelear, salgan fuera ahora mismo de mi venta, o me veré obligado a dar parte a la Guardia Civil.

El Viejo, con los ojos vidriosos por el vino, trató de tranquilizar al ventero.

—Tranquilo, hombre, que la sangre no va a llegar al río. ¿Conoce a Juanito Galán? —trató de cambiar el tema.

—No quiero peleas en mi venta. Así que ya lo saben... A Juan Galán sí que lo conozco bien, es un parroquiano de esta venta. Es un buen hombre que viene a menudo a tomar unas copas, es callado, quizás porque su padre fue un sinvergüenza y un ladrón.

—Maldita sea mi estampa, me cago en *tos* los santos juntos —estalló colérico el Viejo—, por qué dice fue... un sinvergüenza ¿Acaso lo conocía?

—No hace falta ponerse así. Él me contó que había muerto. Yo le dije que se olvidara de ese *perdío* que tanto daño le había hecho a él y a su madre. Aquí uno en la venta se entera de todo.

—¡Tú... eres un canalla! Te voy a rajar en canal. Lo voy a matar, *joputa*, que más me da, si ya estoy muerto. —Al mismo tiempo sacaba amenazante su navaja.

—Pero ¿se ha vuelto loco? ¡Dios mío! ¡Ayuda!

LA PENA CAPITAL ES UNA SINRAZÓN DE LA JUSTICIA HUMANA

A veces, las pesadillas se adhieren a la vida como una lapa que te quiere arrastrar al abismo o como una piedra negra que te aprisiona hasta la asfixia. Luchaba contra el miedo y el infortunio. No me debía dejar atrapar por la tristeza, me decía, debía buscar la serenidad dentro de la adversidad. No siempre superé los momentos de negrura que me invadieron los días previos al juicio cuando el desánimo me embargaba.

Había salvado mi vida, pero la condena me parecía injusta. Era inocente, no había sido cómplice en el asesinato del Blanco. Diecisiete años de cárcel era toda una eternidad. Saldría, si no moría antes, hecho un viejo. ¿Qué ocurriría con mis tres hijos, su sustento, la educación que necesitaban? ¿Qué sería de María Frasca? ¿Por qué no dar una nueva oportunidad a la justicia humana?

Mi abogado, el señor Luque, me dijo para animarme que debíamos recurrir al Tribunal Supremo. En realidad, todos los condenados apelamos, aconsejados por nuestros letrados, a este tribunal superior de justicia en pro de una reducción de penas en unos casos y la absolución en otros.

Ocho meses después, el 5 de abril de 1884, el Tribunal Supremo, tras días de deliberación, nos considera como un tumor de la Mano Negra que deben extirpar de raíz para evitar cualquier tipo de metástasis. Las quince penas, siete a muerte y ocho con pena

temporal de diecisiete años, se convierten en quince penas capitales.

Tamaña barbaridad nos deja a todos sin resuello. El escándalo en torno a la sentencia es mayúsculo. Las protestas y algaradas en Jerez han terminado con la intervención de la Guardia Civil sable en mano. Las peticiones de clemencia son numerosas, incluso desde el Cabildo se implora el perdón. Luque, mi abogado, no se esconde, acude a nosotros muy airado y al mismo tiempo pesaroso. Nos lee un recorte del periódico *El Día*, que recoge su opinión:

La pena de muerte impuesta a todos los reos, ha dicho uno de los letrados, es un inconcebible crimen jurídico.

Según él quedan las esperanzas del Consejo de Ministros y del rey, quienes pueden optar por el indulto. Nos informa de que las peticiones de clemencia no solo son desde Jerez, sino también de muchos lugares de España. Desconsolado, lloré después como un niño, no solo por mí, sino por lo que dejo atrás: mi mujer, mis tres hijos, mi vida... Sé que tengo que salir del hoyo depresivo y afrontar mi nuevo destino.

Hay tantas cosas que no sé. La primera, cómo morir con decencia si amo tanto la vida. Dónde encontrar respuestas para el sentido de la vida, la muerte, Dios, el universo... Quiero evadirme de la injusticia que nos atenaza, busco sentido al sinsentido, a mi existencia. Había conseguido del canónigo de Arcos, ante mis ruegos, un libro de Platón sobre Sócrates y otro de Séneca. Un filósofo ateniense y otro cordobés. Me lancé ávido a la lectura en pro de conocimientos que arrojasen luz a mi vida.

A Sócrates lo condenaron por no creer en la religión del Estado y por corruptor de la juventud. Tal vez conmigo lo hacen por algo parecido, me quieren matar por mis ideas, la burda excusa son los crímenes de la Mano Negra. No creo en un Estado que consolida las injusticias. Sí creo en la educación sin dogmas ni perjuicios, que eleva la Ciencia, que busca la Verdad y ensalza la Justicia, la

Igualdad y la Solidaridad entre los seres humanos sin distinción de naciones, ni de credos ni razas. Es un camino difícil, pero sueño con la liberación y la fraternidad universal, aunque me tachen de utópico. Sin duda, los que ahora me condenan me consideran también un corruptor de la juventud y de hacer peligrar una sociedad cimentada en los privilegios de unos pocos.

Sí encuentro respuestas en la *Apología de Sócrates*, y en *Critón o el deber del ciudadano*, juntos conforman un libro de Platón sobre su maestro Sócrates. El ejemplar que me prestó el canónigo tiene la tapa raída y sus hojas amarillentas huelen a rancio; en su interior, toda una filosofía de vida y sabiduría. Sócrates tuvo la fortuna de vivir más de setenta años, yo, si no hay un milagro de última hora, sobrepasaré en unos meses la de Jesucristo. De verdad que lo lamento, porque amo la vida, a mi mujer y a mis hijos. Imito a Sócrates para decirme que no temo a la muerte. No obstante, qué cruel puede ser la justicia humana. No quiero que la rabia me invada, aunque no soy inmune a la desazón que me produce. ¿Por qué nos toca morir si nuestra naturaleza nos pide vivir? Soy inocente, como otros acusados. Moriré con la bendición del Estado, del que reniego, o tal vez por eso.

Anhelo la calma de Sócrates para afrontar su destino, porque el suyo fue también injusto. Aprendo del ateniense que la eternidad se puede reducir a un sueño sin pesadillas. Una de dos, dice el filósofo, o la muerte es la extinción absoluta del ser y toda la eternidad no es más que una sola noche, un sueño sin ensueños ni desazones o, como dicen, un tránsito a otro mundo en el que están todos los que murieron. Qué alegría, subraya el filósofo, poder encontrarse con viejos amigos tanto tiempo desaparecidos. ¿Cuánto no daría Sócrates por conversar con Homero...?

Si hay un más allá, como todas las religiones postulan, con Dios o jueces verdaderos, ninguno va a condenarte por un crimen que no has cometido ni por haber actuado conforme a tus ideas.

Tras algunas vicisitudes, Pedro Holgado pudo ingresar en la redacción de *El Guadalete*. La primavera afluía cuando Holgado pasó a nómina del rotativo, tras la jubilación forzada por enfermedad de un viejo redactor.

El Guadalete salía cada día con una estructura similar: cuatro grandes hojas o sábanas a cinco columnas. En la información se apretujaban noticias de Jerez con otras a escala nacional e internacional. En el margen inferior ampliado solía aparecer un relato literario. Holgado soñaba con poder publicar algún día una obra suya. Se sentía a gusto con la línea del periódico, independiente y amante de la libertad, que se autodenominaba en su cabecera: «político y literario».

Ante los acontecimientos tristes que se iban a vivir en Jerez, el director del diario le transmitió a Holgado el deseo de reafirmarse en sus contenidos en contra de la pena de muerte y a favor del indulto de los reos condenados por los sucesos de la Mano Negra, ideología que comulgaba con el pensamiento del periodista sevillano.

Mañana será un día de luto en Jerez puesto que sube al patíbulo el reo Juan Galán, cuyo indulto han pedido millares de personas. Consideramos que ningún poder, ni mucho menos en nombre de una justicia tantas veces errática, debe condenar a un ser humano a la muerte. La vida es tan preciosa. La pena capital es una sinrazón de la justicia humana.

Los que abogan por la pena de muerte y la creen eficaz para que el pueblo se moralice estarán satisfechos. Los que consideramos que el verdugo es el mayor borrón de la humanidad, vemos con tristeza y honda preocupación que se trata de dar solución con el cadalso a esas llagas sociales horribles, de donde brotan crímenes irracionales cuyas raíces son tan profundas.

En la siguiente columna se publicaba un escrito firmado el 14 de abril en nombre del pueblo de Sevilla a favor de los quince reos de la Mano Negra condenados a muerte por el Tribunal Supremo.

En las mismas horas que se levanta el patíbulo contra Juan Galán recibimos de Sevilla una petición. En todas partes causa espanto esa horrible hecatombe que prepara la justicia humana de segar quince vidas⁸.

Juan Galán, pese a la excitación de vivir sus últimas horas, se sentía tranquilo. Él sabía mejor que nadie que era inocente del doble crimen, pero no estaba dispuesto a desvelar su secreto, lo hacía por una noble causa. Los hermanos de Paz y Caridad, a los que estaba agradecido, le habían preparado un festín, según sus indicaciones, sopa de cocido con hierbabuena, jamón y huevo de guarnición con trocitos de pan frito, dorada, carnes y dulces de varias clases.

Ensalivó a la vista de tan apetitosos manjares e insistió en no comer solo. Consiguió sentar a la mesa a su abogado defensor, al llavero de la cárcel y a un médico que lo atendía. Picaron alguna menudencia ante la insistencia de Galán, que comía con apetito.

—He preferido que mi mujer y mis dos hijos no me vean en esta situación. No quiero hacerlos sufrir. Deseo que guarden los buenos recuerdos de su padre, porque yo los quiero con locura. Me gustaría que estas uvas pasas y almendras servidas en esta comilona, digna de un marqués, sean para ellos. También he querido mucho a mi padre, aunque haya tenido mala vida. La Virgen lo sabe. Por favor, digan a mis hijos que soy inocente, que tengan la cabeza bien alta porque su padre no es un criminal.

—Yo entregaré a sus hijos las pasas y las almendras. Transmitiré a su familia estas palabras, se lo prometo —dijo conmovido el señor López, que pese a su costumbre de tratar con reos este le parecía especial, lo considera una buena persona católica, franca y tal vez algo terca—. El pueblo de Jerez sabe que usted es inocente y que calla por algún motivo.

—La Virgen del Carmen y Dios saben que soy inocente.

El sargento Germán Escribano seguía la pista del Lagartijo. Si era miembro de una partida, la última conocida en la zona había sido la de Miguelillo Ajorcajambre, pero sus integrantes estaban casi todos desaparecidos. El Benito y el Liebre estaban muertos; el Viejo, por su edad, lo más probable es que hubiese fallecido. Algunos bandoleros solitarios como el Bizco de Borges, Frasco Antonio, Melgares... podían asociarse en un momento determinado.

Tal vez el Lagartijo se integrara en una de las muchas partidas de contrabandistas, ello explicaría la ropa de domingo que vestía y las monedas que llevaba en el bolsillo. El Vivillo de Estepa era otro de los delincuentes conocidos en los negocios del contrabando y como cuatrero. El sargento sabía que, sin conocer más datos que no fuesen especulativos, era como buscar una aguja en un pajar. Debía consultar las fuentes orales de los bajos fondos, chivatos que colaboraban con la Benemérita a cambio de unas monedas y de un trato de favor.

Una ficha del cuartel de Arcos con un dibujo de Miguelillo Ajorcajambre le llamó la atención. Mentalmente le quitó el pañuelo de hierbas que llevaba en la cabeza, le dibujó con sencillos trazos un sombrero y la cara le resultó conocida, tenía un aire a don Miguel. Dudaba ante el parecido, no podía ser, un asesino tan conocido no podía ser el jefe de seguridad de don Eusebio. Ni más ni menos que el célebre Ajorcajambre, que durante un tiempo había sido la persona más buscada. El fiero Miguelillo Ajorcajambre que tras una emboscada de la Guardia Civil huyó matando. La Benemérita solo logró localizar al Liebre, con el que hizo un trato a cambio de su perdón. Seguro que esa traición, que provocó la muerte del Benito por envenenamiento, le costaría la vida.

Germán intuyó que por fin descubría una buena pista cuando un confidente, el Chorizo, le informó de que en la cuadrilla de Miguelillo Ajorcajambre se integró una mujer a la que conocían como la Rosa, que había escapado de su casa. Era probable que estuviese también en la banda un joven habilidoso al que llamaban el Lagartijo.

Si hubo una asociación entre el Lagartijo y Ajorcajambre, tal vez este último fuese el causante de las muertes del ventero y su mujer, ¿por qué callaba entonces Juan Galán?

El capataz de viñas, Juan Galán, en su última noche no podía dormir. Eran las tres de la mañana cuando, cansado de dar vueltas, dio un salto de la cama. Varios sacerdotes lo acompañaban, entre ellos su confesor, el padre Veiga, y un médico, el doctor Benítez. Eran los asistentes a la capilla, la iglesia de la cárcel acondicionada para que el reo pasara sus últimas horas.

Comió un poco de las muchas viandas que quedaban del festín de la tarde anterior. Ante la cara de afligimiento de los que con él estaban, trató de consolarlos. El doctor Benítez le tomó las pulsaciones, estaban subidas a ciento veinte. Con aire paternal le aconsejó:

—Cálmese, hijo mío, estás muy excitado.

—Cómo voy a estar, doctor... Sí estoy tranquilo para comparecer ante Dios. Mi alma está limpia de toda culpa y mis manos no se mancharon de sangre.

Eran las cinco de la mañana cuando el padre Veiga inició la misa que Galán escuchó con devoción. Con las manos se aferraba a un crucifijo que le había entregado el sacerdote y que besaba con frecuencia.

—Le ruego, padre, que me den sepultura con este Cristo, que fue muerto siendo inocente.

—Dios murió para redimir los pecados de los hombres y luego resucitó —le respondió el sacerdote con voz alta, como le hablaban todos en la capilla por la sordera de Galán.

Antes de terminar la misa, el padre Veiga le dio la extremaunción y el sacramento de la eucaristía que Juan Galán recibió en su lengua, puesto de rodillas.

El reo solicitó ver a su abogado defensor y al notario, que le había hecho testamento, pues quería una pequeña modificación de

su última voluntad. Ambos acudieron con rapidez a su llamada. Galán había decidido dar una cantidad, de la cuestación del vecindario de Jerez que sumaba más de seis mil reales, al hijo de los venteros.

—La criatura también lo merece porque ha quedado huérfana. El pueblo de Jerez sabe que yo no he hecho mal y sé que ayudará a mi familia desvalida por un castigo injusto.

Todos los presentes se conmovieron con lágrimas en los ojos.

—Señores, no lloren, ustedes no tienen la culpa de mi infortunio.

—Hijo mío —le rogó el padre Veiga conmovido—, deja ya los asuntos mundanos y prepara tu alma para Dios.

Eran las seis en punto de la mañana. Un silencio espectral acompañó la entrada solemne de los dos verdugos en la capilla. Venían de Sevilla y Albacete, muy serios y en su papel pidieron perdón a la víctima. Como un teatrillo bien aprendido recitaron:

—No somos nosotros los que te matamos, es la ley.

Juan Galán, que había permanecido mudo desde la llegada de los verdugos, explotó con su voz chillona.

—¡Qué ley! ¡Soy inocente y tú bien lo sabes, María santísima!

⁸ *El Guadalete*, 17-04-1884.

MARÍA SANTÍSIMA, MADRE MÍA. ¡SOY INOCENTE!

La espiral del abismo es muy traicionera si te aferras a una falsa esperanza. El Consejo de Ministros presidido por Cánovas, ante la magnitud de las protestas y las peticiones de clemencia, decidió intervenir e indultar las penas a muerte de los considerados cómplices en el crimen de la Parrilla. La condena temporal de diecisiete años pasó a cadena perpetua, con una sola excepción la del maestro de la Mano Negra, Juan Ruiz, condenado a muerte. «A Mano Negra, mano dura», comunicó el presidente del Gobierno a los medios de comunicación.

La conmuta de la pena capital excluyó también al gitano Cayetano Cruz, el delator del crimen, con antecedentes penales y el que más veces había cambiado su declaración. Estaba aislado para evitar represalias. El infeliz, mal visto por sus compañeros y con remordimientos, ya había intentado suicidarse en los primeros días de prisión. Cuando el Tribunal Supremo lo condenó a muerte, como hizo con todos los acusados, ya no pudo aguantar más. Se colgó en el calabozo con un lazo realizado con su propia indumentaria. El Gobierno no tuvo, pues, que indultarlo porque ya estaba muerto.

Siento alivio por los demás inocentes, sobre todo por Salvador Moreno, con el que comparto celda y he hecho en este tiempo buena amistad. Salvador fue acusado de ayudar a enterrar al Blanco, ambos recibimos la misma condena en la primera sentencia.

La alegría para los que se habían librado de la pena de muerte era relativa, porque la magnitud de la cadena perpetua, para los amantes de la libertad, es una pesada losa difícil de asimilar. Evitar el garrote fue un respiro, pero no para dar brincos de contento. Muchos anarquistas tenemos alma de ruiseñor, estar enjaulados para siempre es como condenarnos a una muerte lenta.

Se da la triste paradoja de que si no hubiéramos recurrido al Tribunal Supremo en pos de justicia, nos hubiésemos quedado con la pena impuesta en Jerez. Yo habría salvado mi vida y las condenas a cadena perpetua no se hubiesen dictaminado.

La prisión es muy dura. En la cárcel, con los ojos abiertos y cerrados percibo los barrotes y el olor a humanidad apretujada, podredumbre y heces fecales; los quejidos de los que sufren o son interrogados; el veloz deambular de cucarachas, ratas y ratones que comparten estos espacios; los gritos soeces de los carceleros y de otros presos, el miedo y la incertidumbre reflejados en los rostros.

Tal vez algunos me culpabilicen por haber sembrado esperanzas y cosechado calamidades. No puedo dejar de sentirme como una ardilla asustada que un día se ha dado cuenta de que no puede seguir avanzando, de que se ha quedado sin ramas ni árboles porque los han ido talando.

¿Por qué hicieron una excepción conmigo? Sus argumentos, pensé, serían los mismos por los cuales me consideraron el jefe de La Mano Negra: una persona instruida, un maestro de escuela. Los otros eran analfabetos que se dejan guiar. ¿Cómo dejarme vivo?

Me quieren matar por mis ideas, por ser una persona culta que defiende la educación para todos, el afán de aprender de los humildes, el anhelo de una educación racional y científica sin dogmas, el deseo de una justicia social para los pobres, el reparto de tierras para los campesinos... Son pensamientos muy peligrosos para las élites dominantes de nuestro país.

Aparte de las lecturas de Platón sobre Sócrates, me interesó un cordobés, Séneca, en uno de sus diálogos: *Sobre la felicidad* y

sobre la brevedad de la vida. No caló tanto en mí este patricio andaluz como el filósofo ateniense; sin embargo, sí había algunos puntos de encuentro pese a las divergencias. Séneca fue preceptor de Nerón, el mismo tirano que le ordenaría su suicidio. Coincido con el austero señorito andaluz en que ambos consideramos que nuestra patria es el mundo; pero con matices muy diferentes: yo estoy con los que sufren y los humildes; él admite sin problemas de conciencia una sociedad esclavista.

Otras cuestiones del filósofo me resultaron atractivas: valorar a los hombres por sus esfuerzos en intentar cosas grandes, aunque desfallezcan. Para Séneca la felicidad no debe basarse en el placer, sino en conseguir la perfección individual que dan la virtud y la sabiduría. El único capacitado para disfrutar de la vida es el hombre culto. Interesantes ideas, aunque yo prefiero las enseñanzas de Sócrates. El cordobés y el ateniense coinciden en que hay que actuar con arreglo a la conciencia personal, no movido por la opinión de los demás.

Creo que en el ser humano brillan dos fuegos que rivalizan, los de la codicia y el egoísmo, contrapuestos a la fraternidad y la generosidad. Entre los dominados por las primeras motivaciones están los que nos condenan a muerte y, entre los segundos, los que piden el indulto.

Juan Galán, acusado de matar a los venteros de Trebujena, está ahora en capilla. Hoy sábado 19 de abril va a ser ejecutado. Sostienen las autoridades y jueces que ordenaron la bochornosa sentencia que cometió un doble crimen. Lo justifican como una venganza de la Mano Negra. ¿Dónde está la justicia humana, que no la veo? ¿Dónde está la Mano Negra? ¿Qué será de su viuda y sus dos hijos? ¿Qué será de nuestros hijos que quedarán huérfanos por castigos injustos, de mi tierna hijita o de la pequeña de Pedro Corbacho, que no tienen ni dos años? Pese a mis lecturas y mis intentos de comprender, me quedo sin respuestas.

Con las últimas horas de vida marcadas por un destino fatal, el reo Juan Galán abandona la capilla a las ocho en punto de la mañana. Los verdugos habían iniciado ya su cometido; lo habían vestido con la hopa, la mortaja blanquinegra, las manos esposadas y los pies con grillos y gruesas cadenas. Como Judas, antes de salir de la capilla, los verdugos le estamparon un beso protocolario en la mejilla al aturdido Juan Galán. Entre las cuerdas de sus manos conservaba tembloroso el crucifijo que le había entregado su confesor y una estampa de la Virgen del Carmen.

Como en una procesión, los sacerdotes en fila portaban una imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, junto a los doce hermanos de Paz y Caridad con sus hábitos y escapularios. Todos se encaminaban hasta el luctuoso carro pintado de negro. Galán no puede subir solo por las cadenas que sujetaban sus pies, y fue ayudado por el verdugo de Sevilla. La comitiva acompañada por cuarenta y cinco soldados del Regimiento de la Reina y una sección de la Guardia Rural se dirigió hasta la plaza del Mercado, lugar de la ejecución.

La plaza está abarrotada. El alboroto del gentío se trocó en un espeso silencio cuando apareció el carro que todos esperaban. Galán, rodeado de los hermanos de Paz y Caridad, se bajó con semblante tranquilo. Lo ayudaron a subir al patíbulo custodiado por fuerzas de la Guardia Civil. Galán, voluntarioso, dio saltos con los grillos y cadenas hasta dirigirse al banquillo de la muerte. Miró al gentío expectante y esbozó una sonrisa de buena persona.

El murmullo creció, como un eco se escucha en diferentes corrillos: «Está en paz porque nada hizo». «Está tranquilo porque no es un asesino».

Los verdugos ceremoniosos lo sujetaron al poste fatal y al asiento. El de Albacete le cubre la cabeza con la capucha negra.

La oscuridad repentina envolvió a Galán como en aquella fatídica noche en la que había bebido y quería tomar su última copa en el ventorrillo de Núñez.

Escuchó un trabucazo..., algo grave ocurría. Podría poner su vida en peligro, pero él no iba a huir, tal vez su amigo el ventero estuviese en un apuro. Con el paso acelerado tropezó con una hoja de chumbera caída y cayó al suelo. Se levantó apresurado con el alma en vilo para vislumbrar un cuadro horrible que no llegó a comprender.

En la negrura, una mujer aullaba de dolor y gritaba medio loca; empapada en sangre, abrazaba a un joven que estaba muerto en una pequeña hondonada. Intentó consolarla y no pudo. Escuchó nuevos gemidos agónicos que procedían del interior del chozo. Entró en penumbra con la certidumbre de que algo terrible ocurría, todo estaba revuelto. En aquel caos fantasmagórico, a la luz de una mortecina vela, las otras estaban apagadas y esparramadas por el suelo, alguien apuñalaba una y otra vez al ventero agonizante. Con valentía, sin pensarlo dos veces, se abalanzó en tromba hasta el agresor. Este se revolvió con fuerza y lo hirió en la mano. El ventero cayó sin vida cubierto de navajazos. El agresor, colérico, cuya sombra siniestra proyectaba la tenue luz de la vela, estaba fuera de sí, dispuesto a seguir matando. Ambos se miraron con fijeza. El tiempo se detuvo...

—¿Por qué habías dicho que estaba muerto, si yo siempre te he querido?

—¡Dios mío! ¡¿Padre, que has hecho?!

—Me dijo que era un *perdío*..., que lo mejor para mi hijo es que estuviese muerto. ¡Perdóname, hijo mío, yo siempre te he querido con locura! ¡Perdóname y sal corriendo de aquí! ¡Corre, hijo! ¡Miguelillo, es mi hijo el que sale, no dirá nada, no le hagáis daño!

«Padre, tú sabes bien lo que he sufrido por ti. Este calvario ha sido muy duro y no he abierto la boca, ¿cómo iba a denunciarte? Creo que he demostrado que también te quiero y que no iba a traicionarte». Juan Galán sentía la argolla de hierro aferrada a su garganta y pensó que debía aprovechar su último instante de vida antes de expirar para que todos lo oyeran.

—¡Acoge mi vida, María santísima, madre mía! ¡Soy inocente!⁹
—El grito de su voz chillona se hizo de trueno. El verdugo, con fuerza animal, dio la última vuelta definitiva. El collar de hierro aferrado a su garganta lo estranguló y le dislocó las vértebras de su cuello con un chasquido que atravesó el espeso silencio de la plaza.

El Viejo, aquella fatídica noche del cuatro de diciembre de 1882, estaba deshecho. Se había vuelto loco. La ira lo había cegado y acuchilló sin piedad al ventero. Lo más sagrado en su vida eran su mujer Dolores y su hijo Juan. Aquel desgraciado ventero lo despreció y le quiso hurtar el cariño de los suyos. En el fondo era verdad, el padre de Juan Galán era un ser despreciable. La verdad es lo que más duele. Eso sí, no aceptó que se lo reprochase un patán seboso y mal encarado. No supo contener su cólera, cuando además estaba embotado por el vino. «No te justifiques», se decía a sí mismo, arrepentido. «Eres un desastre para tu familia y en la pasada noche lo fuiste aún más, cabronazo». Un encuentro endemoniado para que su hijo, Juanito Galán, al que tanto quería, descubriese que su padre no era solo un ladrón sino también un asesino. Le pesaba como un puñal hiriente que el Lagartijo, tan lleno de vida, el único amigo que había tenido y le había comprendido, muriera de aquella manera estúpida por la riña que su orgullo provocó.

¿Qué hacer después? Pensó en irse con su mujer, pero no podría mirarla a los ojos y sería llevarle su propio infierno. Consideró la posibilidad de entregarse a la Guardia Civil y contarle lo sucedido. Ante esa eventualidad, Miguelillo Ajorcajambre le advirtió y amenazó de muerte. Todos sufrirían las consecuencias. Solo, con su pesar, su navaja y escopeta huyó una vez más a la sierra que tan bien conocía para quedarse en una de las covachas una larga temporada. Se sentía muy viejo, más viejo que nunca y muy cansado de malvivir. Una enfermedad venérea lo corroía por dentro,

con una vergonzosa secreción de pus amarillenta, fiebre y fuerte dolor al orinar. Cuando llegó al Salto del Cabrero en el camino de Grazalema, apenas había bebido ni comido. Los buitres montaban guardia en lo alto de una de las peñas. Recordó aquel día, cuando sufrieron una emboscada de la que logró escapar por el arroyo temerario de Ajorcajambre. Este, en lugar de rendirse, sorprendió a tiros a los guardias civiles cuando no lo esperaban. Ahora su vida ya no tenía sentido, estaba sin fuerzas para seguir viviendo. De súbito se sintió mareado, un fuerte dolor en el pecho le hizo caer del caballo. No sintió pena por sí mismo, no tenía futuro, podría ser un buen fin para su puñetera vida, morir en paz sin dejar rastro. Esbozó una sonrisa al tornar los ojos y contemplar la cara de su mujer Dolores con un beso de despedida y sentir después el abrazo de su hijo, que le decía: «Padre, yo también te quiero». «Hijo, eres lo que más quiero... no he tenido el coraje suficiente para luchar. He sido débil, cobarde y vicioso... No he sido para vosotros ni un buen padre, ni para tu madre un buen marido. Me hubiese gustado...». Eran pensamientos, porque su boca estaba retorcida con gestos de dolor. Los buitres sobrevolaban en círculo. El Viejo quería irse en paz, empezó a rezar un padrenuestro o más bien imaginaba que rezaba.

Eran las ocho y veinticinco de la mañana, las campanas de las iglesias de Jerez repicaban con canto monótono y lastimero en señal de dolor y luto por el alma de Juan Galán, condenado a muerte por la justicia humana. Su cadáver permaneció en la banqueta como era usual en las ejecuciones públicas, hasta el atardecer, cuando los hermanos de Paz y Caridad lo desataron y le dieron sepultura.

Al día siguiente Pedro Holgado publicó en *El Guadalete*:

El terrible acto que ayer se consumó para cumplir el fallo de los tribunales no necesita nuestros comentarios. Aquellos

*que juzgan una cruel necesidad el patíbulo se sentirán profundamente perplejos al ver un hombre que muere sereno y tranquilo, como hijo creyente de la Iglesia proclamando que es inocente hasta el momento de expirar. ¿Existe un negro misterio que podrá aclararse en el porvenir y borre de Juan Galán el nombre de asesino?*¹⁰.

⁹ Fueron sus últimas palabras reales antes de morir. Como lo son los datos principales de sus últimas horas.

¹⁰ *El Guadalete*, 19-04-1884.

MANO NEGRA O MANO BLANCA

En estos días pesarosos acuden a mí las imágenes de mis padres y los recuerdos de sencillas anécdotas gozosas de mi infancia en Écija. Una noche calurosa de calima asfixiante, cuando los vecinos terminaron en la calle remojados con agua del pozo. La atmósfera era tan espesa que dificultaba respirar; pero yo evoco las risas de María, mi madre, y las bromas de mi padre, Juan. Qué contentos estaban con este juego en el que participábamos todos, desde mi achacoso abuelo hasta los más pequeños. Después del remojo cogimos los colchones de lana, lavada en el río, y los subimos a una azotea. Allí nos dormimos todos al relente. Cuánto hubiesen sufrido mis padres, de estar vivos, y ver a su Juanito en esta situación. Es lo que ocurre con los viejos de los Corbacho, padres que envejecen por días atroces de sufrimiento. Nunca se está preparado para ver morir a un hijo, y en este caso a dos.

Pedro Corbacho, presidente de la Federación de Trabajadores del Valle, pasaba los días en la cárcel con mucha serenidad, a veces con arrogancia. Solo lo vi emocionado cuando pensaba en sus desconsolados viejos y sus tres hijos. Pedro era una persona incómoda para las clases pudientes, un traidor que había hecho causa común con los trabajadores, cuando otros pelantrines con menos bienes se daban aires de señoritos. Su hermano mayor, Francisco, tenía cinco hijos. Era un pedazo de pan, callado y sacrificado, sin afán de protagonismo, pasaba más desapercibido que Pedro. Era el vicepresidente de la Federación. Intentó

responsabilizarse él solo de la firma del parte que achacaban a su hermano, solo para liberar a Pedro.

Buceo en mi memoria. Me traslado a la Écija de mi niñez. En aquella sartén cálida pasamos mucha hambre. Campos de señoritos y de campesinos sin tierras. La dualidad omnipresente en nuestra Andalucía latifundista en la que enraíza la miseria más atroz, como ocurre en la campiña de Jerez. Con solo cinco años ya cuidaba de un rebaño de cabras a cambio de un mendrugo de pan al día, un trozo de queso fresco y unas aceitunas que eran mi sustento y jornal. Mis padres, aparte de sus besos, no podían ofrecernos otra cosa, a veces se quedaban en ayunas para darnos alguna migaja. Desnutridos, murieron pronto tras una vejez prematura.

Nunca fui a la escuela, pero aprendí de un maestro cortijero, Vicente, pura ternura. Yo me convertí, sin pretenderlo, en su mejor alumno. Sus letras y sus números estaban realizados con primor de artesano. Era para mí una maravilla contemplar su pulcra caligrafía con un trazado que a mí me parecía perfecto. Mi fuerza de voluntad hizo el resto para seguir aprendiendo toda mi vida.

—Su hijo Juanito —les decía a mis padres— puede ser alguien, es trabajador y con muchas ganas de aprender.

Los jornaleros no eran nada, canalla mísera; por ello, ser alguien significaba que podría salir de un círculo vicioso que atenazaba a los de mi condición de parias. Yo quería ser como él, dedicarme a enseñar y hacer esas letras tan bellas que me sorprendían. Tras la siega y una jornada de sol a sol, me regocijaba en mi descanso, a la luz de un candil o de una vela, con las lecturas que apiñaba.

—Este niño va a perder los ojos y se va a atolondrar con tantas leyendas y escribanías. Lo malo es que cualquier día vamos a salir ardiendo por un descuido del gañán —me solía reprender mi padre.

Con una curiosidad insaciable, con la ayuda de dos boticarios y un curandero, el Arreglabarrigas, aprendí de plantas y sus propiedades. Un capellán de Arcos, que aún me sigue dejando libros en la cárcel, me prestó una enciclopedia de aves. La memoricé y aprendí a distinguirlas en los campos por sus trinos y

colores, luego las fui dibujando con paciencia en mi cuadernillo. ¡Qué maravilla de diversidad!, conforme vas aprendiendo descubres lo poco que sabes y la extraordinaria riqueza natural.

He vivido momentos gozosos al hacer realidad mi sueño de convertirme en maestro cortijero. Nos llaman con muchos nombres en esta castigada Andalucía nuestra: maestro de campo, *enseñador*, o incluso perrillero, por la perrilla chica de cinco céntimos que solemos cobrar por zagal. Enseñábamos lo esencial: escribir, leer y cuentas. Llegar a dominar las cuatro reglas era mucho, para algunos *enseñadores* con sumar y restar era suficiente, porque ya no sabían más.

Con un rucio prestado o a pie, ya que soy buen andarín, siempre he ido cargado con algunas pizarrillas ligeras para escribir en cualquier tajo. He vivido instantes maravillosos de mi oficio cuando un gañán sonreía al descubrir la magia de unir las letras y aprende a leer; cuando una anciana molida de tanto faenar ponía su empeño en saber y cuando un analfabeto descubría que ya no necesitaba su dedo pulgar para firmar y escribía por primera vez su nombre.

No hay mayor revolución que la educación del pueblo. Muchos anarquistas, además de enseñar, nos convertimos en apóstoles de la doctrina del socialismo en libertad. Nuestros discípulos más capacitados y entusiastas aprendían textos de memoria, como uno de mis mejores alumnos, el Avispao, que desapareció en la guerrilla republicana de 1869. En tajos, cortijadas y gañanías he leído muchas veces la *Revista Social*, a la que estaba suscrito para otear nuevos horizontes de esperanzas. Nosotros queríamos enseñar al pueblo. No era nuestro propósito adoctrinar a los campesinos, como muchos creen, sino que pensaran por sí mismos, para no dejarse dominar por nada ni por nadie, e inculcarles, eso sí, valores como la libertad, la solidaridad y la fraternidad universal. En este asunto nos diferenciábamos de los socialistas autoritarios, nunca hemos pretendido formar a borregos incondicionales, sino a hombres libres con criterio propio.

Nunca dejé de ser un campesino, aunque trabajé en el cobro del impuesto de consumos del Ayuntamiento de Arcos. Mi última escuelita fue la del cortijo de Alcornocales. Los hermanos Corbacho me solicitaron para instruir a sus hijos, como lo hice con los de Bartolo Gago. Ahora sus padres están enfrentados con un odio a muerte.

Para el sargento Germán Escribano el crimen de los venteros era un enigma difícil de resolver. Tras los últimos hallazgos, si tenía la suerte de unir los rastros en el orden correcto, podría ver lo que antes permanecía invisible, como un dibujo semioculto. Ahora, ensamblando las pistas, todo conducía a la cuadrilla de Ajorcajambre. Su probable paradero actual lo llevaba a don Miguel, el jefe de seguridad de don Eusebio.

Para salvar la vida de Juan Galán era ya demasiado tarde, con él se llevó su secreto a la tumba. Para atrapar a don Miguel no podía dar ningún paso en falso. Era un personaje protegido. Su intuición y el parecido encontrado le decía que el jefe de seguridad del cacique era el bandolero Miguelillo Ajorcajambre. El sargento había participado en la detención de la última pareja de Los Niños de Guadix, estaba orgulloso de su actuación y fue el motivo que originó su ascenso. Siempre estuvo al corriente de otros bandidos famosos, por qué no podría detener ahora al peligroso Ajorcajambre. Tendría que prepararle una encerrona lejos de la influencia de don Eusebio y sin el conocimiento del capitán José Oliver, con el que tuvo ya un desencuentro que le podía haber costado un arresto.

Al sargento Germán Escribano le remordía la conciencia por no haber salvado a Galán, aunque sí había tratado de ayudar a José León Ortega, acusado de degollar al Blanco. Estimó que no había pruebas suficientes y su intuición le decía que era inocente. Cuando fue detenido, Monforte se ocupó del reo durante tres días y tres noches. Lo sometió a todo tipo de torturas, pero fueron las mentales las que más daño le provocaron. Lo sometieron a ejecuciones

simuladas, le aplicaron la ley de fugas con disparos al aire y acababa en el suelo derrumbado, dando gritos y con lloros como un niño descompuesto.

Cuando el sargento contempló la piltrafa humana de León Ortega y supo, a través de un guardia rural, el trato al que había sido sometido sin confesar delito alguno, no lo dudó mucho. Bajo su responsabilidad, lo tachó de la lista de sospechosos y lo dejó en libertad. Al enterarse el capitán Oliver, montó en cólera y ordenó al sargento que lo arrestara de nuevo. No tuvo más remedio que cumplir la orden de un superior.

El preso, ante las nuevas torturas, se doblegó a firmar lo que quisieron sus verdugos. León Ortega estaba roto.

El siguiente paso que se propuso German era muy arriesgado. Entrevistarse en la cárcel con Juan Ruiz, que había sido juzgado, condenado a muerte por el Tribunal Supremo y ratificada su condena por el Gobierno. Entre los presos que antes habían tenido sanciones de prisión temporal, fue la única excepción a quien se le mantuvo la pena capital.

Juan Ruiz era un preso instruido, maestro de escuela, considerado incluso jefe de la Mano Negra, la asociación que, según el fallecido Monforte, estuvo detrás de los crímenes más notorios cometidos en la comarca, tesis que habían mantenido el capitán Oliver y, en el fondo, los tribunales. El sargento solo pretendía conocer la verdad sobre la Mano Negra, apresar a Ajorcajambre, que podría estar conectado con los crímenes de los venteros, y localizar a una mujer, la Rosa, que estuvo en la partida del bandolero junto al Lagartijo.

La Rosa vivía un sinvivir, una pesadilla repetitiva la asediaba. Tan impresionada continuaba por aquellos acontecimientos que su mente estaba confusa. En su memoria encontraba vacíos, hasta el punto de no recordar lo que ocurrió. ¿Se estaba volviendo loca?

En su pesadilla aullaba de dolor, alguien le acercó una bota de vino para que calmara sus penas. Manchada con la sangre del Lagartijo y ciega de furia corría hasta el interior del chozo. Allí la sangre la envolvía, la asfixiaba, hasta despertar sobresaltada con la respiración entrecortada. ¿Cómo iba a recordar hechos tan atroces?

Sabía que un sargento de la Guardia Civil la andaba buscando. Miguelillo la tenía amenazada de muerte para que guardara silencio. La riña mortal fue por culpa de Miguelillo y el Viejo, maldita sean las estampas de los dos. Ojalá se pudran, pensaba la muchacha.

Perdida y sin rumbo, había pagado muy cara sus locuras. Buscó un falso refugio en la prostitución y en el alcohol, pero había tocado fondo. Estaba asqueada y quería salir del hoyo en que se hallaba. Necesitaba aferrarse a lo único bueno que había tenido en su vida, el cariño de su padre y el amor del Lagartijo. Por él tendría que decir toda la verdad que recordase. Debería también buscar al sargento y decirle todo lo que sabía.

Mano Negra o Mano Blanca era el dilema que me planteé durante mucho tiempo, hasta que se celebró el juicio de la Parrilla. Desde entonces, la verdad se fue imponiendo para muchos de nosotros con contundencia. Éramos conscientes de que había un sector minoritario y residual entre los anarquistas andaluces. Lo manifestaron en el congreso de Sevilla. Eran partidarios de la acción violenta y por ello fueron expulsados. Desde entonces, se refugiaron en asociaciones como Los Desheredados en Cádiz o Los Pelaos en Arcos, aunque esta última asociación no cuajó. Con un lenguaje parecido podría haber existido la Mano Negra.

Tras el juicio por el asesinato del Blanco, a él y a otros asistentes al proceso, les debió quedar claro, pese a las contradicciones de los acusados y las mentiras dichas, que la Mano Negra no existió en este asesinato, ni pienso que en los otros crímenes también recientes. Sí existió una Mano Blanca, cuidada y sin callosidades, que con el apoyo del Gobierno de turno estuvo representada en

nuestro proceso por el fiscal Domenech, el capitán Oliver, la sombra del fallecido Monforte...

De lo ocurrido con el Blanco sigo teniendo algunas dudas. Bartolo Gago ha actuado como siempre, protegiendo a su irresponsable hermano y, en conveniencia con la Guardia Civil, ha considerado implicar a la junta de San José del Valle, de manera directa a los hermanos Corbacho, con los que ha tenido algún desencuentro. Mi nombre nunca lo ha mencionado, siempre me ha mantenido al margen, igual que han hecho otros acusados. Nadie, salvo el fiscal, me ha acusado de nada. En mi contra solo estaban las declaraciones forzadas por Monforte sobre las que el tribunal ha pasado de puntillas, sin más comentarios. Bartolo ha pretendido disminuir la culpa de su hermano. Manuelillo y su amigo Cristóbal son los verdaderos culpables, ellos dispararon sus escopetas sobre el Blanco por cualquier disputa que hubiesen sostenido. Así opina también mi amigo Salvador Moreno, compañero de celda y que trabajaba en el molino de la Parrilla.

La actitud encubridora de Bartolo nos ha arrastrado a todos, como quería la Guardia Civil. Imagino que a cambio de alguna falsa promesa de reducción de pena. Su testimonio ha estado lleno de contradicciones y cambios, primero dijo que el parte estuvo firmado por Francisco Corbacho, luego por su hermano Pedro. Es cierto que el Blanco era una persona de mala conducta, pero dictar la pena de muerte a un jornalero va contra los principios elementales de nuestra ideología. También es probable que Pedro Corbacho hubiese querido darle un escarmiento al joven calavera, de ahí la reunión de este en un rancho con trabajadores del molino de la Parrilla. Esto ha dado pie a la posible invención de la nota por parte de Bartolo Gago. No tengo duda de que ha sido un delito común cometido por trabajadores federados, aunque hay algunos puntos confusos. Se habla también de una deuda que tenían los Corbacho con el fallecido, pero estoy seguro de que esta no ha sido la razón para su muerte, como dicen los enemigos de los hermanos, pequeños propietarios. Hemos crecido mucho como asociación, en

concreto la Unión de Trabajadores del Campo, UTC, que es la rama de los jornaleros adscritos a la Federación. Esta realidad les duele a las autoridades y terratenientes, las manos blancas que han presionado para una condena ejemplar sin dejar escapar a los cabecillas de la sociedad obrera de San José.

La educación tan necesaria es aún muy insuficiente en nuestras filas, hay muchos analfabetos y otros oportunistas que no son buenas personas y han buscado el cobijo de nuestras siglas, pero no hay ningún poder central que ordene crímenes, ni Mano Negra. Son barbaridades inventadas. Las torturas de la Guardia Civil han hecho el resto.

¿QUIÉN MATÓ AL LAGARTIJO?

En mi triste celda me ha visitado un sargento de la Guardia Civil. Me ha parecido una persona franca. Quería indagar sobre la Mano Negra, yo le he dicho lo que sabía y lo que se respira en esta cárcel atiborrada de presos de la asociación terrorista. La gran paradoja es que nadie conoce la Mano Negra y que la gran mayoría pertenecemos a la Federación de Trabajadores de la Región Española, que no es ningún delito. Me ha preguntado, además, si Juan Galán era un trabajador con algún vínculo en organizaciones obreras o con la Mano Negra.

—¿De verdad sigue creyendo en la Mano Negra? —le repliqué con ironía—. Sobre Juan Galán, conozco bien a los federados de la comarca y le puedo decir que no tuvo relación con asociaciones obreras. Así me lo han confirmado también algunos trabajadores de Jerez. Era, maldita sean las falsedades, el capataz de viña de un marqués; eso sí, buena persona por lo que me han referido. Por supuesto que no sé qué implicación pudo tener en los hechos del asesinato de los venteros, pero estoy seguro de que no hay relación alguna con la maldita Mano Negra, a la que nadie conoce. Solo el comandante Monforte parecía estar obsesionado con ella. Después, esa asociación se hizo famosa y prendió como el fuego en paja seca.

—No me negará que entre vosotros hay partidarios de acciones violentas.

—Una minoría. Fueron expulsados del congreso de Sevilla. Qué casualidad, se conocen como Los Desheredados, pero no como la

Mano Negra, ni pertenecen a la Federación. Al principio no negamos la existencia de la violenta asociación porque tenía un lenguaje parecido al grupo que le he mencionado. Ahora estoy convencido de que es una invención interesada. Los famosos crímenes de la Mano Negra han sido contra pobres venteros y un jornalero, ¿dónde están los crímenes políticos contra los terratenientes explotadores? Son atroces asesinatos comunes, que en algún caso, como ha ocurrido en el crimen del Blanco, ha sido cometido por dos o tres trabajadores federados. El resto hemos sido implicados hasta alcanzar la locura del Tribunal Supremo, que nos condenó con quince penas de muerte. El Gobierno, ante el escándalo formado, lo va a dejar en ocho; entre ellas la mía, sin que haya tenido ninguna participación en el asesinato. ¿Por qué me quieren matar entonces?

—Nosotros no juzgamos, para eso están los tribunales. Lamento mucho los errores judiciales que desgraciadamente existen, porque son vidas de personas las que están en juego. Sobre actividades terroristas subversivas, me da igual si proceden de la Mano Negra o Los Desheredados que reconoce que sí existe. Me gustaría ayudarle de verdad, no creo que usted sea un asesino. Me recuerda a mi maestro de campo, me enseñó las primeras letras y le estoy muy agradecido por la generosidad que tuvo conmigo. Por desgracia, a estas alturas, poco es lo que yo puedo hacer. Estoy sujeto a una disciplina militar, salvo que se descubriese toda la verdad que usted refiere. Los tribunales y el Gobierno estarían obligados a rectificar.

Después de haber hablado con el sargento, muy correcto y en su papel, quedé convencido de que era necesario contar la verdad. Al principio, con tanto misterio y al mismo tiempo tan extensa difusión en la prensa, todos creímos en la existencia de la Mano Negra. Esa creencia la mantuvimos hasta los célebres juicios cometidos, en teoría, por la asociación terrorista. En el confuso panorama de los procesos, si una verdad quedó clara, pese a los intentos del fiscal y del capitán José Oliver, fue que no hubo ninguna Mano Negra. En

realidad, solo existió en la imaginación interesada. Fue una leyenda de amplia difusión, sin fundamento verídico y magnificada por la prensa, autoridades y sectores conservadores. Pensé en escribir una carta a mi mujer para que la trasladase a los periódicos más independientes de Jerez. El problema era cómo sacar el escrito de la cárcel con el control tan riguroso que había. Mi compañero de celda, Salvador Moreno, se prestó a ayudarme en este empeño. Tal vez no estaba todo perdido y la esperanza para que se supiera toda la verdad renacía con fuerza en nosotros.

Antonia, la mujer de Salvador Moreno, estaba muy nerviosa aquel día. Había visitado por primera vez a su marido en la cárcel desde que el Gobierno le conmutó la pena de muerte por cadena perpetua. Era criminal encerrar para siempre a un inocente, ella conocía bien a su Salvador y sabía que no había hecho mal a nadie. A pesar de los pesares, estaba contenta, quería a su hombre vivo aunque estuviese enjaulado. Su pesadilla dio comienzo el día en que lo apresaron. Lo supo por otros compañeros de su marido, que lo vieron todo, y por él, en la cárcel, con susurros entrecortados por el sufrimiento para que nadie los oyera.

El 29 de enero de 1883 estaban cavando hoyos para plantar olivos cuando fueron rodeados por la Guardia Civil. El oficial al mando gritó:

—Todos bocabajo, al que se mueva le levanto las tapas de los sesos.

Quedaron paralizados y con gran terror. Los fueron atando de uno en uno. Al que preguntaba qué delito había cometido le respondían con golpes de palos y puños. Lo único que se oía entre los guardias eran gritos e insultos de «Canallas, criminales». Tantos garrotazos recibieron camino de la cárcel que el Paperas, como conocían sus amigos a Salvador por los carrillos anchos, pensó que no llegaría vivo. Exhausto por la paliza, cayó al suelo, las piernas no respondían para poder levantarse. Un guardia lo aupó con fuerza y como único sostén le colocó el cañón de la escopeta bajo la barba.

El Paperas lo miró con ojos extraviados haciendo un esfuerzo por mantenerse en pie. Otro tricornio le dijo a su compañero:

—No lo mates todavía, déjalo, que puede sufrir más.

Y tanto que sufrió. Lo apalearon tantas veces, que al curarlo su piel se deshacía, como si lo hubieran despellejado vivo. Lo amedrentaron con descargas de escopetas para obligarlo a hacer una declaración. «¡Cobardes!, ¿qué podía decir si no sabía nada?», pensó muchas veces. Su único delito fue pertenecer a una federación obrera constituida bajo la protección de la ley. Los demás recibieron también el mismo trato¹¹.

Antonia conservaba en su rostro las ojeras del disgusto y de lo que lloró cuando el Tribunal Supremo lo condenó a la pena de muerte. Qué desgracia quedarse viuda de un hombre tan bueno y tan lleno de vida. Cuánto le rogó a la Virgen para que se produjese un milagro. Por una vez su plegaria fue escuchada y, al menos, su hombre viviría aunque estuviese encerrado. Ella se lo agradeció a la Virgen.

Cuál no sería su sorpresa cuando, sentada frente a su marido y bajo la vigilancia de otros guardias, este le tocó los muslos por debajo de la mesa. Se sonrojó y miró a los lados, por si algún carcelero se había dado cuenta. «El pobre estaba muy necesitado y ella le acarició la cara». Él persistía con disimulo en su empeño, hasta que logró susurrarle.

—Aprieta los muslos y, por lo que más quieras, que no se te caiga al suelo. Es una petaca de tabaco para que se la entregues a María Frasca.

Antonia estaba roja de pudor, muy nerviosa, pero no iba a fallar a su marido. La maldita política era la que había arruinado a su hombre, en el fondo sabía que si estaba detenido, incluso si fue condenado a muerte, era por ser internacionalista. Desconocía qué tendría esa petaca..., seguro que no era tabaco. Si la descubrían, sería malo para su Salvador y para ella. Se separó un poco de su marido para evitar sospechas mientras él le seguía hablando con cariño y doble intención. Ella sujetaba con fuerza la petaca entre sus

piernas, se desabrochó la falda como si le apretase y con disimulo, cuando los guardias conversaban, introdujo la petaca en su ropa interior y simuló recomponerse la enagua. Su marido le hablaba con palabras cariñosas.

—Sé que eres muy valiente y que harás lo que debes hacer. Es muy importante para todos nosotros. Mantén en todo momento la tranquilidad. Sé que cuidarás de nuestros hijos; ellos deben saber que su padre no ha cometido delito alguno y que es un trabajador honrado.

A Antonia se le salía el corazón por la boca... Tenía que disimular. Aún le quedaba el último control, antes de salir la iban a registrar seguro. Con las lágrimas saltadas, dijo que estaba muy emocionada, que lloraba de alegría porque por fin no iban a matar a su marido.

—Espere, hay una nueva funcionaria que se encarga del registro de mujeres, es muy eficiente y no deja nada sin comprobar.

—Tengo mi vejiga llena y con tantos nervios se me puede escapar sin querer.

—Está bien, en la cuadra lo puede hacer, pero es un favor que le hago —le respondió un carcelero bonachón con una enorme barriga.

Entre el olor a paja fétida y excrementos de la cuadra y su temor a ser descubierta, se apresuró a coger la petaca de tabaco. Descompuesta, observó que no había nadie a la vista y se acercó a un muro alto que daba al exterior. Con fuerza lanzó la petaca hacia fuera. Cuando por fin salió a la calle y el sol bañó su cara, dio un largo suspiro, se acercó al lugar donde podía haber caído la petaca. Allí no estaba.

La antigua venta de Núñez permanecía cerrada desde el famoso crimen. Era un lugar maldito, con mucha sangre en la memoria de todos. Las señales de abandono se reflejaban en la techumbre del chozo y en la minúscula casita lateral que no había sido encalada en

los últimos años. Un puchero roto contenía una planta de geranio seca, se mantenían lozanas las chumberas de afiladas púas y los higos aún verdes, sin madurar.

—Parece que ha transcurrido mucho tiempo desde la última vez que nos vimos en este asqueroso lugar. ¿Por qué vernos aquí? —preguntó Miguelillo Ajorcajambre a la Rosa.

—Tienes razón, han ocurrido muchas cosas desde entonces. Entre nosotros solo ha habido amenazas e insultos. Es cierto que la mayoría de las veces estaba borracha, ahora procuro no beber, ni tan siquiera probar el vino. Por eso te aseguré que solo quería hablar contigo por el bien de los dos. ¿Por qué en este lugar? Me falta sosiego, necesito recordar y responder a preguntas para las que no tengo respuestas. Estoy confusa, resentida contigo y con el Viejo. Con tu orgullo de macho, de lobo herido, lo tuviste que estropear todo.

—Zorra, siempre yo soy el culpable de todo. Tú me hiciste daño, porque yo te quería cuando te alejaste de mí.

—Lo tuyo son celos y afán de posesión, tú nunca me has querido.

—Te equivocas. Al principio no te quería, después sí. Es cierto que no he sabido decírtelo.

—No me vengas con historias. Te has comportado siempre conmigo como un animal. Sabes que ayer envié un recado a un sargento de la Guardia Civil que me anda buscando y no fui capaz de acudir. Mi cabeza se ha vuelto loca y está a punto de estallar.

—Loca y reloca, ¿quieres que nos encierren a todos? Antes acabo contigo, nadie te va a echar de menos.

—¿Por qué querías matar al Lagartijo?

—El Lagartijo fue un traidor que me robó tu cariño cuando yo estaba dispuesto a dártelo. No me diste la oportunidad de ser otra persona ni de demostrártelo, aunque lo intenté en este mísero lugar. No fuiste capaz de comprender mis verdaderas intenciones, yo no pretendía celebrar nada, solo quería ofrecerte la oportunidad de una vida nueva conmigo. Tú pisoteaste mis intenciones y me humillaste.

—No pretendas ahora ser una víctima. Malditos seáis tú y el Viejo. Ambos tuvisteis la culpa de todo lo que ocurrió.

—Yo me estoy cansando de este juego. Lo mejor para todos es acabar para siempre con tantos reproches.

Miguelillo se acercó a la Rosa y con las dos manos se aferró al cuello. Ella no se resistió. Estaba en aquella aciaga noche, la de su pesadilla, y no le importaba morir.

—Será puta la zorra.

—Serás cabrón, Miguelillo, ¿acaso no me he ganado mi libertad?

—Maldita seas, zorra, a mí no me hables así. —Una banqueta lanzada con furia por Miguelillo rodó por el aire.

—No creas que te tengo miedo —respondió el Lagartijo enfrentándose.

—¡Señores, si quieren pelear salgan fuera ahora mismo de mi venta, o me veré obligado a dar parte a la Guardia Civil! —exclamó con malos modos el ventero.

El maldito Viejo borracho fue el que encendió más la trifulca al preguntar por su hijo. El ventero empeoró la situación.

—Juanito Galán es un buen hombre, pero su padre fue un sinvergüenza y un ladrón. Un *perdío* que mucho daño les hizo a Juanito y a su madre.

—Maldita sea mi sangre —estalló el Viejo fuera de sí—. Eres un canalla y te voy a rajar en canal. Te voy a matar, *joputa*, qué más me da a mí, si ya estoy muerto. —El Viejo sacó su navaja desafiante.

—¡Pero, se ha vuelto loco! ¡Dios mío! ¡Ayuda!

En ese instante asomó por la puerta la ventera, en saya de dormir y con las greñas revueltas de haber estado en el jergón con el niño. Alarmada y con cara de espanto, los apuntaba con un viejo trabuco.

—Fuera de aquí todos. Y tú, suelta la navaja o te mato ahora mismo, desgraciado, que quieres llevar la ruina a mi casa. —El Viejo guardó la navaja abierta bajo su faja y todos salieron fuera.

El más remolón, Miguelillo, se dirigió a la ventera.

—Señora, nos salimos... No crea que le tengo miedo, eso nunca. Esa arma tiene más pinta de reventar que de disparar, así que deje ya de apuntarme si no quiere que la deje con más agujeros que un colador. Lo que haya de ocurrir fuera de su chozo es asunto nuestro. ¡Lagartijo!, tengo una cuenta pendiente contigo, quiero saber de qué madera estás hecho. Supongo que eres un cobarde, seguro que te has meado ya en los pantalones.

—Cuando quieras, Ajorcajambre, mi navaja está lista en mi mano... Por la Rosa estoy dispuesto a morir para que no te interpongas más. Que sea siempre ella la que decida su compañía.

El Lagartijo se desplazó para enfrentarse al bandolero. Muy cercano a la ventera y al ver que continuaba con el arma, le espetó:

—Señora, deje ya el trabuco, que las armas las carga y las dispara el diablo.

El estampido en el silencio de la noche se escuchó a varias leguas a la redonda. El trabucazo a quemarropa dejó en la hondonada, junto a las chumberas, al sorprendido Lagartijo. La Rosa, sin creer lo que había ocurrido, se abalanzó sobre él sin importarle su vestido nuevo. Agonizaba convulso, la sangre escapaba a borbotones. Con ternura lo abrazó sin dejar de llorar. Cuando vio que moría sin remedio, comenzó a gritar de dolor como una loca. Alejó el sombrero, en cuyo interior guardaba una revistilla que le dio el maestro Juan en la playa. Con ella se aplicaba en leer todos los días.

Aturdida, la ventera corrió hacia el interior del chozo, pero antes el Viejo le arrebató el arma aún humeante. Sacó su navaja ya abierta y se dirigió a Núñez que lo miraba todo con ojos sorprendidos.

Un hombre que habría escuchado el estruendo de la pólvora se acercó a la Rosa. Preguntó varias veces: «¿Qué había ocurrido?», sin recibir respuestas. La muchacha con el rostro compungido sostenía entre sus manos el cadáver. El intruso corrió al chozo al escuchar unos gritos agónicos y al rato salió huyendo despavorido con una mano que sangraba.

La Rosa gritaba furiosa de desamparo. Miguelillo se acercó con una bota de vino y le ordenó.

—*Ajoga* tus penas y vente conmigo. La vida es *mu* cabrona.

Ella bebió con una sed insaciable, fuera de sí gritaba e insultaba a Miguelillo Ajorcajambre. Su memoria se nublaba.

Miguelillo seguía con sus manos en el cuello, pero no apretaba para matarla. La Rosa pareció despertar de su ensoñación.

—No logro recordar... lo que ocurrió después de morir por vuestra culpa el Lagartijo. No me importa si me matas después. Necesito conocer la verdad... ¡Ayúdame!

—Estabas muy borracha, apenas te podías mantener en pie y gritabas como una endemoniada.

¹¹ *Tierra y Libertad*, 22 de marzo de 1902. Segunda carta de Salvador Moreno remitida desde el penal de Alhucemas, donde describe su detención y las torturas que sufrieron los presos.

APRISIONABA CON SUS DEDOS LA GARGANTA DE LA ROSA

Don Miguel, después de haber estado la tarde anterior con la Rosa, aún seguía tras la pista del falso Melgares que amenazaba a la familia de don Eugenio. Enterraba en la madrugada de los miércoles una bolsa de dinero junto al manantial de la Fuentesanta. Lo iba a hacer por última vez, porque hasta ahora nadie se había presentado a recoger el botín. Tal vez barruntaron que podría ser una trampa mortal. Este día decidió ocultarse mejor, en lugar más distante, aunque mantenía bien la visibilidad. Para su sorpresa divisó cómo se acercaba el sargento Germán y cuatro guardias civiles más, seguro que pretendían sorprenderle. El Germán de los cojones era un grano en el culo que trataba de localizar a la Rosa y que podría sospechar quién se ocultaba detrás de su fachada de jefe de seguridad.

Lo tenía en su punto de mira, el muy cabrón había rodeado con sigilo el lugar donde solía ubicarse para sorprenderlo por la espalda. El sorprendido fue el suboficial por encontrar un lugar vacío. Todos los picoletos estaban a tiro de escopeta, el primero en caer debía ser el sargento, ¿le disparaba? Él no tenía miedo, seguro que podría acabar con todos. «¿Los mato o no los mato?», se preguntaba como si lo echara a suertes.

El sargento Germán sabía que el maldito don Miguel debía de estar próximo, aunque también se podría haber marchado ya. No sería la

primera vez ni por desgracia la última que un poderoso cacique, como don Eusebio, contratase a un delincuente. Sabía lo que hacía, contratar a un bandolero venía bien para rebajar los humos a más de uno y amañar lo que hubiese que amañar sin escrúpulos. Si Germán arrestaba a su hombre de confianza, protestaría a sus mandos, pero tendría que callar si este demostraba que era Ajorcajambre, acusado de matar a guardias civiles. Las pruebas debían ser muy claras, pues en caso de duda saldría en libertad.

Germán advirtió a los guardias que lo acompañaban, todos de su confianza, de la misión secreta que realizaban para detener a un bandolero muy peligroso y de gran puntería. Se guardó de dar nombres y que el capitán José Oliver conociese la operación.

Era consciente de que se movía en terrenos muy resbaladizos. Estaba cerca de saber la verdad sobre la Mano Negra y de algunos de sus famosos crímenes como el del ventorrillo de Núñez. Sabía que esta asociación criminal fue un descubrimiento del fallecido Monforte. El comandante estaba ofuscado con su existencia, fue él quien encontró en 1878 los famosos reglamentos, escritos a lápiz, bajo una piedra. Los que había en la actualidad eran copias en papel con ligeras diferencias, que indicaban que habían sido manipulados, y con membretes de la Guardia Rural o de la Guardia Civil. En realidad se denominaban Reglamento de la Sociedad de Pobres contra sus Ladrones y Verdugos y se utilizaron en el juicio de la Parrilla. El nombre de la Mano Negra, al parecer, fue una asociación de Monforte al descubrir una mano dibujada con tonos oscuros en una fachada del pueblecito gaditano de Villamartín. Pensó, entonces, que los estatutos que había descubierto eran los de la Mano Negra. Nombre que hizo fortuna y que fueron reutilizados a finales de 1882 por el comandante y Oliver para explicar los crímenes cometidos en la comarca. Todo hacía pensar que su uso en los delitos actuales fue al menos una maniobra intencionada, ya que en los juicios celebrados no se había visto relación alguna.

Tras su sigilosa investigación, todas sus dudas las expuso a un teniente con el que tenía confianza, para que le aconsejara qué debía hacer. Este le sugirió que no removiera más el asunto. Fueran crímenes comunes o políticos, eran asesinatos juzgados por tribunales civiles, con abogados defensores... Nadie podría negar que en Andalucía existía un sector internacionalista, aunque minoritario, que era violento.

—Sabes —le explicó el teniente—, los mosquitos hembras son solo los que pican. Cuando ves un mosquito, como no sabes tampoco diferenciarlo por el sexo, lo aplastas. Igual ocurre con los internacionalistas, el Gobierno los quiere eliminar porque los considera peligrosos, aunque no lo sean todos.

Germán adujo que no eran mosquitos, sino personas con sentimientos, con hijos... No dejaba de reconocer, como también argumentó el teniente, que el asunto tenía sus lados oscuros. Si no existía la Mano Negra, sí era real Los Desheredados, con una práctica parecida. Además, esta teoría de la invención de la Mano Negra era difícil de demostrar. La tesis contraria estaba apoyada por el Gobierno, la mayor parte de la sociedad y toda la cúpula militar. De mantener su denuncia era su carrera profesional la que se jugaba.

El sargento se sentía cerca también de la resolución del crimen de los venteros de Trebujena. La muchacha implicada en la partida del bandolero se había mostrado escurridiza hasta ahora. La otra tarde le mandó un recado, a través de un niño, al que ella había dado una perrilla: «De parte de la Rosa. Que si la andas buscando, que ella le espera a las seis en la taberna del Cojo, en el barrio de Santiago». Allí estuvo el sargento un par de horas, al final no se presentó. Seguro que vacilaba en decir lo que sabía porque tenía miedo de hablar, e intuía que Ajorcajambre debía estar detrás. A través de ella podría llegar a don Miguel.

El sargento Germán, ensimismado en sus pensamientos, de súbito se sintió inseguro. Ajorcajambre no estaba donde debía estar, supuso que se habría marchado ya, aunque cabía también la

posibilidad de que los estuviera observando. Ordenó con gestos a sus hombres para que se pusieran a resguardo.

—Don Miguel, don Miguel... sabemos que nos observa, ya puede salir. Quiero hablar con usted.

Transcurrieron varios minutos sin que hubiera respuesta alguna. El sargento ordenó a dos de sus hombres que buscaran en la tierra removida debajo de la higuera, junto al manantial, por si encontraban la bolsa enterrada. Uno de ellos gritó:

—¡Aquí está!

—¡Rápido, tiraos al suelo, a cubierto! —ordenó el sargento que barruntó el peligro. Un disparo quitó el tricornio a un guardia sin herirlo. Arrojarle a tierra le había salvado la vida. Miguelillo sabía que tenía la excusa perfecta para manejar su fusil.

—Don Miguel, no dispare, somos la Guardia Civil. Quiero hablar con usted.

Miguelillo Ajorcajambre seguía agazapado, sin más respuesta. El sargento ordenó a sus hombres que estuviesen alertas y a cubierto, porque había decidido cambiar de estrategia.

—Don Miguel, usted decide si quiere permanecer agazapado como una liebre asustada. De todas formas sabemos muchas cosas a las que tarde o temprano tendrá que responder. La primera, que usted es Miguelillo Ajorcajambre con delitos de sangre. La segunda..., está implicado en los asesinatos de los venteros de Trebujena.

Juan Ruiz tenía esperanzas en la carta que había enviado. Al menos el escrito pudo salir de la cárcel. El problema era quién lo tenía en su poder..., que un director de periódico lo quisiera publicar..., o que la censura del Gobierno lo permitiera. Muchas barreras. Había que confiar en un milagro, pero mantenía la ilusión. Lo que nunca podía imaginar era ver al capitán Oliver dirigiéndose hasta donde él estaba, con los ojos inyectados en sangre y mirada asesina. Llevaba su carta en la mano e iba acompañado del

presidente de la Audiencia y del director de la cárcel, con semblantes sombríos.

—«Los crímenes de los que nos acusan son comunes y nada tienen que ver con la Mano Negra que es una invención o leyenda». Leyó con voz furiosa el capitán José Oliver ¿Cómo te atreves? ¿Cómo has sacado el escrito, quién te ha ayudado?

—Solo he dado mi parecer.

—Qué nos importa a nosotros tu parecer, ¡escoria! ¿Cómo has sacado la carta? Te he preguntado.

—Yo no lo sé.

—A baquetazos te vamos a refrescar la memoria. «Se ha confundido de manera interesada la Federación de Trabajadores, que es una asociación legal, con la Mano Negra y las juntas directivas con tribunales populares...». Dices con desfachatez, pero ¿qué te has creído, listillo, que sabes tú más que nosotros, acaso no sois todos de la misma jauría de lobos? ¿Nos quieres dejar en ridículo? Eso es lo que pretendes. Te vamos a dar de hostias hasta que se nos pase el caldeo...

¿Dónde empezaba o acababa la verdad? Pedro Holgado no lo sabía. Intuía que todo este río revuelto había servido también para perseguir a los internacionalistas. No todos podían ser asesinos o bandidos. Como pudo comprobar, muchos de los llamados federados no tenían ideas anarquistas ni socialistas. La mayoría eran pobres analfabetos con mucha miseria encima que buscaban refugio en la asociación y ni siquiera sabían cómo se llamaba.

Al moverse sobre los hechos contados por algún compañero, para ilustrarlo con más detalles, pudo confirmar que algunos delitos estaban magnificados con evidentes falsedades. Comprobó que diferentes asaltos y robos cometidos en el campo que aparecían en los medios como tres diferentes, eran en realidad uno solo recogido con distintos nombres, como el que ocurrió en la finca de San Andrés. Lo más grave de algunos de sus colegas era elevar a

categoría de hechos rumores de calle sin fundamento. Podía ser también autocrítico: para que le pagasen tenía que escribir y al principio todo estaba enmarañado en un torrente lóbrego de alarmas, miedos y actos vandálicos. La realidad, vista con perspectiva después de los juicios celebrados, era que la famosa Mano Negra parecía más un montaje de la Guardia Civil y el Gobierno para acabar con la Federación de Trabajadores de la Región Española, con independencia de que algunos de estos crímenes fuesen cometidos por federados y se produjesen asaltos a panaderías, cortes de cepas... La sensación más amarga que tenía era que la prensa había jugado un papel importante en este enjuague para manipular una realidad atroz de hambruna y delitos comunes cometidos. Con tanta expectación causada muchos propietarios se asustaron de verdad y creyeron que la temida revolución había llegado.

La Rosa, el día anterior, junto al abandonado ventorrillo de Núñez, cuando parecía olvidar y entraba en un vacío de angustia sin fondo, sentía con fuerza los dedos de Miguelillo que le aprisionaban la garganta y la ayudaba a recordar. Con una sensación de vértigo volvía a aquella noche de pesadilla.

Chillaba como una perturbada, con su vestido nuevo comprado en Jerez, todo manchado de sangre por el pecho roto del Lagartijo. Miguelillo le acercó una bota de vino y ella bebió un trago profundo hasta perder la conciencia. Estaba sumergida en un vacío oscuro de desamparo. «¡No puedo recordar!», exclamó la muchacha como un lamento desde la ensoñación tenebrosa que vivía. «Continúa», le insistió Miguelillo, apretándole con más fuerza la garganta.

Con jirones rotos, la niebla de su memoria se fue despejando. La Rosa, muy ebria, se vio a sí misma coger la navaja corta de lengua de vaca. El arma punzante la había tenido el Lagartijo en sus manos, cuando iba a enfrentarse a Miguelillo. Ahora estaba en el suelo junto al cadáver. Corrió atormentada hasta el chozo en

penumbra con la luz mortecina de un velón. Tropezó con el cadáver del ventero, sentado en un charco de sangre con los ojos vidriosos. Al lado, el Viejo con la navaja enrojecida en su mano y la cara deshecha como si hubiera visto un fantasma.

Unos lloriqueos llegaban nítidos desde detrás del mostrador. Allí estaba la ventera como un pingajo, acurrucada en una esquina con su saya de dormir, al ver a la Rosa exclamó entre hipidos:

—Ha sido sin querer, se ha disparado sin darme cuenta..., al asustarme... Ha sido sin querer...

La Rosa no escuchaba, no comprendía... Solo vio que allí estaba la culpable, la que había arruinado su vida, la que había matado su ilusión, a la persona que más quería. Ya no podría casarse con la persona que amaba..., ya nada tendría sentido...

—¡Estoy preñada! —llegó a balbucear la pobre ventera, al sentirse amenazada.

La Rosa no oía. Estaba furiosa. Como una loba herida se abalanzó sobre su presa, una y otra vez, para que supiera lo que era sufrir. La apuñalaba de manera frenética, con un impulso demoniaco de venganza, mientras gritaba posesa envuelta en sudor y sangre, sin consuelo posible. Su pena infinita no tenía fondo.

Cuando creyó que estaba bien muerta —le había dado dieciocho puñaladas—, se sentó en el charco de vísceras rotas y comenzó a llorar. Con el dedo índice empapado en sangre dibujó en el tonel un tosco corazón, roto por un rayón en medio.

Miguelillo la recogió a la fuerza como un espectro fantasmal. Se negó después a abandonar el cuerpo de Manuel Lagartijo, ladridos de perros scandalizaban la madrugada. Miguelillo se apresuró, demasiado ruido, solo se llevaron las armas utilizadas.

—Tranquilízate —le susurró Miguelillo—, vente conmigo y lo *jecho*, *jecho* está. No podíamos dejar testigos.

Al resistirse de nuevo a abandonar el lugar, Miguelillo la golpeó con suavidad. La recogió como a un fardo con el sentido perdido.

Al despertar la tarde siguiente, con una fuerte resaca y dolor de cabeza por el golpe recibido, solo recordaba que Miguelillo y el Viejo

habían tenido la culpa de todo su sufrimiento. Al acercarse Miguelillo a la alcoba, donde sola había pasado la madrugada y toda la mañana, lo recibió con insultos. Le arrojó los cachivaches que encontró a su paso, cogió una botella de vino que estaba en el suelo y con un portazo, dando tumbos, se marchó resentida para siempre.

MIGUELILLO AJORCAMIEDO

La Rosa no podía olvidar. Su alucinación había desaparecido, pero ahora vivía despierta en una pesadilla. ¿Qué era peor? Miguelillo no la asfixió. Cuando se deshizo la neblina de su memoria, ella le pidió con los ojos que continuara hasta el final, que ya no deseaba vivir.

—La vida es *mú* cabrona y cada uno tiene su calvario —se carcajeó el antiguo bandolero.

La Rosa se sentía culpable. El recuerdo de todo lo que había ocurrido era una carga demasiado pesada. No sabía dónde podía acudir. ¿Quién la podría ayudar? Miguelillo y ella se habían hecho ya mucho daño. Se alejó de la ciudad y caminó infatigable en dirección sur. Tomó una decisión: se arrojaría a un pozo o se tiraría a un río. Había segado dos vidas en una, había matado a una mujer embarazada. Llegó a un puente que cruzaba el río Guadalete, era su destino.

A Juan Ruiz, incapaz de dar un solo paso, lo arrastraron dos guardias hasta la celda donde estaba Moreno Piñeiro. La nariz era una doble fuente de sangre a causa de la paliza recibida. Como debía estar presentable para su ejecución, se cebaron con el torso, lo tenía cubierto de moratones y dos costillas le dolían al respirar. Salvador se abrazó a su compañero exhausto, recostado en la pared de la celda sin poder decirse nada, con un nudo en la garganta que los atenazaba. Solo podían llorar.

No había prisas por explicar... Había que dejar libre el dolor del cuerpo y del alma... Transcurrió un tiempo largo hasta que Juan Ruiz, muy débil por la paliza y la pérdida de sangre, comenzó a balbucear.

—No les he dicho nada que te pudiera comprometer.

—Calla, no te esfuerces..., eso lo sé, calma tu dolor, que es también el mío. Querido amigo, hemos vuelto a la Inquisición.

Muchos años después, en una carta de Salvador Moreno desde el penal de Alhucemas, escribió:

Quince días antes del acto infame que se iba a realizar, ese compañero, esta víctima, resolvió enviar una carta a la prensa de Jerez, en la cual él hacía conocer la verdad sobre la causa de nuestro sumario, además de todos los abusos y los malos tratos de que éramos objeto. La carta una vez hecha, para hacerla salir del calabozo inquisitorial, decidimos meterla en una petaca de tabaco, para que su familia la recogiera y la dieran a conocer, si es que pudiera hacerla llegar. La carta pudo salir en efecto victoriosamente, pero sin que se supiera qué fue de ella, alguien le llevó la carta al presidente de la Audiencia de Jerez, que vino a la cárcel e hizo salir al pasillo a nuestro inolvidable compañero, y con el capitán Oliver y el director de la cárcel empezaron a atestarlo de golpes y de insultos.

Negro, cubierto de golpes, la nariz parecía ser una doble fuente de sangre, lloraba como una Magdalena en mis brazos; yo lloraba también, viéndolo en ese estado, no pudiendo tenerse en pie...¹².

Miguelillo, como hacía todos los miércoles de madrugada, se había dirigido al manantial de Fuentesanta a enterrar la bolsa de dinero

para el falso Melgares. Allí, antes de marcharse, se encontró con su grano en el culo: el sargento Germán, apoyado por dos parejas de guardias civiles. Ahora lo provocaba con hostilidad para que se entregase como el bandolero que era y por la muerte de los venteros.

—¡Maldita sea mi estampa!, tenía que haberlos matado a todos cuando estaban al descubierto —lamentaba Miguelillo Ajorcajambre.

«Bueno, Miguelillo, parece que ha llegado tu hora, porque a la cárcel no voy, ni a rendirme tampoco. Tarde o temprano esto tenía que llegar. Miedo a la muerte, me he dicho muchas veces, que no tengo. No quiero chochar como el Viejo ni tener achaques que me limiten. A tomar por culo todo, la vida es muy cabrona y yo lo sé. Tal vez si la Rosa me hubiese querido, podría haber tenido una oportunidad de cambiar, pero la muy zorra se encoñó con el Lagartijo. No me lamento más, aprendí de niño cómo es de *joputa* la existencia. He tenido buenos maestros, no me puedo quejar —mientras esbozaba una sonrisa sarcástica—: Mi padre, don Rosendo, valiente putón, violó a mi madre y nunca me reconoció; mi padrastro, Juanón, el muy cabrón, maníaco furioso, le pegó a mi madre hasta dejarla lisiada y a mí y, cómo no, mi asfixiante gemelo, un engendro a la medida de su padre que me quiso arrastrar vivo a los infiernos. La familia me quiere y me reclama. ¡A la mierda todos! —ahora sí soltó una carcajada sarcástica que se despeñó entre las rocas—. La vida sometida a un señorito no es para mí y, con tantos tricornios, tirarse al monte ya no es posible. Desde mi posición podría intentar matarlos de uno en uno... Pero ¿qué gano con eso? Hay que saber reconocer cuando te llega la hora. Hoy es un buen día para morir».

Sin prisas y de manera ceremonial partió con sus manos una mata de romero cercana, se la refregó con fuerza entre las manos y por el rostro alrededor de la nariz. Un olor penetrante a monte y a libertad lo inundó. Cogió un puñado de barro, lo escupió y se restregó la frente y los pómulos. Sintió un retortijón, «Cuanto más ligero vaya, mejor», pensó. Se bajó los pantalones para plantar con

satisfacción su último acebuche caliente en la sierra y se limpió con una piedra plana. Se quitó la chaqueta y el sombrero, quería dejar de ser don Miguel. Se anudó el pañuelo de hierba a la cabeza, cogió la manta alpujarreña, que aún guardaba de los viejos tiempos, se la dispuso alrededor del torso con los dos pistolones. Estaba preparado, revisó por última vez su arsenal. Miró al cielo y murmuró: «Sí, es un día hermoso para morir».

—¡Sargento! —gritó en voz alta—, se equivoca. No soy como comprobará una liebre asustada. Mi nombre real es Miguelillo Ajorcamiedo. No temo a nada. La existencia es muy cabrona y estoy dispuesto a morir matando. Si quiere un buen consejo, corra ahora con el rabo entre las piernas, sus guardias también; si desean vivir, más les vale. Les aviso, a mí la vida me importa un carajo.

Salió de su escondite a cuerpo descubierto gritando a pleno pulmón, así la muerte dolería menos. Con su fusil Berdan disparó y abatió a uno de los civiles. Arrojó el arma y siguió corriendo sin dejar de aullar. Disparó sus dos pistolones a donde estaban sus oponentes.

Germán y los civiles dispararon sus fusiles al cuerpo del bandolero. A pesar de los tres impactos, siguió moviéndose, gritando y disparando con otros dos pistolones que había cogido de la faja. Hirió a otro guardia civil en un hombro. Una nueva descarga de plomo a corta distancia impactó en Miguelillo, continuó tambaleante de pie como un lobo herido de muerte. Agotados sus disparos, arrojó al aire los pistolones y apresó entre los dientes su faca sevillana de cachas de hueso. Era imposible que permaneciera de pie. Emitió un aullido sordo desde la garganta. A solo unos metros del sargento, este le disparó en el entrecejo con su pistola reglamentaria. Dos nuevos impactos de los otros guardias lo sacudieron. Miguelillo cayó de bruces, muerto en el aire antes de tocar la tierra. Su cabeza, al desplomarse, casi rozó al sargento... Al darle la vuelta uno de los guardias, el bandolero mostró su rostro lobuno, con patillas largas de bota, gesto fiero, embarrado, y bajo el pañuelo una cabellera desgredada. Entre los dientes, con un hilillo

de sangre por la comisura de los labios, mantenía su faca sevillana de cachas de hueso.

A la Rosa la sacaron semiahogada del río unos campesinos. Germán supo que su vida había corrido peligro. Al menos la tenía ya localizada. Su hermana Juanita se había hecho cargo de ella. Al enterarse de la noticia fue a verla, pero Juanita, muy dicharachera, le explicó que el médico había prohibido las visitas y que necesitaba descansar al menos tres días seguidos.

—Por la emoción del *ajogamiento*, la chiquilla ha perdido hasta el habla. Ahora está mudita y *esblanquí*a del susto tan grande, sin que sepamos lo que ocurrió en el río. La pobre mía ha sufrido mucho — le dijo Juanita sin dejarlo asomarse para verla.

Dos días después, el sargento German se interesó de nuevo por la muchacha. Del asunto de Miguelillo lo salvó el testimonio de los otros dos guardias civiles que habían sobrevivido, pues uno había muerto y el otro permanecía herido. Don Eusebio había realizado una protesta formal por la encerrona que le tendieron a su jefe de seguridad. El capitán Oliver lo arrestó unas horas por no haber sido informado de la operación. Las evidencias dejaron patente que don Miguel no había muerto como el escolta de don Eusebio, sino de manera fiera como Miguelillo Ajorcajambre o Ajorcamiedo. Este último apodo pareció elegirlo el bandolero a modo de epitafio en sus últimos instantes.

—Mi hermana ya ha recuperado el habla. —Las palabras de Juanita sacaron al sargento de su ensimismamiento—. Con tantas emociones como lleva la pobre se le ha ido la olla. No recuerda nada de lo que pasó. La pobre es una superviviente, que se lo digo yo. Debíamos estar todos locos; si no, dígame usted el mal fario de la cuadrilla de siega de hace dos veranos en la que estuvo la pobre. A mi padre y al *marío convenío* de ella, unos pobrecitos, unos

santos, de lo buenos que son, se los han llevado presos ni más ni menos que a las Filipinas o a la Conchinchina, que vaya usted a saber dónde están. Y que conste que no lo digo porque sean mi padre y el marido de mi hermana... Lo que no está bien, no está bien. Yo soy más clara que el agua. Otro de la cuadrilla, el Petenera, ha estado el pobrecito *pa* morir en el hospital de la paliza que le dieron y, por si acaso se moría, dijeron que quiso suicidarse. Ahora está el pobre mío en la cárcel de Cádiz. Y lo peor de todo, el maestríto Juan Ruiz, que no es capaz de matar una mosca, y los hermanos Gago, más brutos que un terrón, me los quieren matar a garrote vil. No digo yo, este mundo se ha vuelto loco. Mi hermana, *pa* sobrevivir, se ha vuelto majareta. Yo, si me he salvado, ha sido por mi señorito, don Eduardo, que ha sido muy bueno *pa* mí, porque su mujer es una lagartona de mucho cuidado. Decían que yo era una mano negra, hija de mano negra y, para colmo, de Arcos, donde había muchas manos negras. Si no es por mi señorito, a mí me enchironan también. Yo de mano negra no tengo *ná*, que una es *mú* relimpia...

—Está bien, Juanita —dijo Germán con paciencia—. Yo solo quería ver a su hermana Rosa.

—Pase, pase usted, es que yo no sé cómo aguanto el sinvivir tan grande que tengo. Los nervios me comen...

—Voy a pasar, con su permiso —le interrumpió el sargento.

En una alcoba, junto a una ventana, se encontraba la Rosa sentada en una mesa camilla. Aunque estaba ella sola, hablaba con alguien.

—Manuel, querido mío, yo fui a tu encuentro, pero tú acudiste a mí para salvarme. No querías que me ahogara. Eres tan bueno, todavía guardo el caballito de madera que me regalaste, me gusta tanto...

—Aquí hay una persona que quiere verte —le gritó su hermana Juanita para volverla a la realidad.

—Gracias, Juanita, estoy tan contenta de estar contigo y de haber recuperado a mi novio.

—¿Qué novio? —preguntó impaciente el sargento.

—Acaso no lo ve usted, es mi novio Manuel. No crea que es un analfabeto, él sabe leer y escribir.

—Ya se lo dije, la pobre se ha vuelto majareta *perdía*. Ahora se lleva todo el día tan contenta, erre que erre con su Manuel. A mí me falta poco, porque de los nervios estoy muy *estartá*, menudo dúo íbamos a formar las dos.

El sargento Germán no pudo evitar esbozar una sonrisa. Decidió que lo mejor que podía hacer era irse. Miguelillo Ajorcajambre estaba muerto, más adelante se ocuparía del asunto si la muchacha entraba en razón.

En Jerez imperaba un ambiente de expectación ante las ejecuciones previstas. Eran muchas las voces que pedían clemencia y que se librara a la ciudad del horrible espectáculo. El Gobierno presidido ahora por Cánovas del Castillo, dentro del turnismo de poder acordado con Sagasta, podía intervenir en la decisión final. Su majestad, Alfonso XII, podría otorgar hasta última hora el anhelado indulto. La prensa nacional se hacía eco de la prensa jerezana. En *El Cronista de Jerez*:

*Según nuestras noticias, los reos condenados a muerte se hallan muy esperanzados de conseguir el indulto. Esta creencia los anima y les da aliento para soportar la triste situación en que se encuentran. León Ortega, cuya cabeza parecía no estar muy segura, se encuentra algo más aliviado. La ansiedad por saber el resultado es grande, tanto en Jerez como en los pueblos más cercanos. Según nuestra creencia, no se hará esperar el resultado*¹³.

Pedro Holgado, en *El Guadalete*, atizaba al Gobierno para que concediera la conmutación de la pena capital. El mazazo llegó como un ariete para derribar las esperanzas. En la última sesión, el

Consejo de Ministros «en la causa llamada de la Mano Negra resuelve mantener el fallo de la Audiencia de Jerez». Mantuvieron la cifra de siete condenados a muerte, al suspender la ejecución de José León Ortega por enajenación mental y añadir la del maestro de escuela Juan Ruiz. Algunos pensaban que el perdón real todavía era posible, pero otros consideraban que se había engañado al pueblo de Jerez. «De qué repugnante manera han jugado con la credulidad pública»¹⁴.

El viernes 13 de junio, los reos entraron en capilla, como era habitual, veinticuatro horas antes de la ejecución prevista. En un patio de acceso, antes de entrar en la iglesia, los sentaron en un banco donde les fueron colocados los grilletes. Todos permanecían callados, menos Bartolomé Gago que se mostraba irónico.

—Ya nos preparan para el matadero. Eso sí, en gracia de Dios.

En la capilla los presos podían orar y escuchar misa. La sala estaba habilitada para la ocasión con siete camas y sillas para todos. La prensa de Jerez describía el abatimiento de Juan Ruiz, que se suponía por la decisión del Consejo de Ministros de condenarlo a muerte. Lo que no se sabía era la paliza que dos semanas antes le habían propinado y la amenaza velada de que si manifestaba alguna queja, dirían que había intentado suicidarse. «Como era de suponer, al pobre Juan Ruiz Ruiz es a quien más impresiona lo que está pasando. Apenas habla y su aspecto es de lo más abatido»¹⁵.

Había un sacerdote asignado a cada reo. Tres médicos, qué paradoja para cuidar la salud de los acusados en sus últimas horas, cuando había pobres desnutridos que morían de una diarrea sin atención médica. Además, los hermanos de la Caridad. Todos transmitían a los presos mensajes de esperanza: «Hasta última hora era posible un milagro». Al presidente de la hermandad de Paz y Caridad se le ocurrió una idea que alimentó nuevas ilusiones. El viernes, el día de san Antonio, pensó que podía felicitar al presidente de Gobierno, don Antonio Cánovas, en nombre de los

presos, para que solicitase al rey el indulto¹⁶. La felicitación llegó también a otro diputado gaditano, llamado Antonio, para que los parlamentarios intercedieran por los condenados. Los hermanos solícitos, unos estaban en la capilla y otros voceaban y pedían limosnas en la calle para pagar las misas que velarían por el eterno descanso de los ajusticiados.

A última hora del día llegó la respuesta del presidente como un jarro de agua fría para las anheladas esperanzas. «A pesar de mis buenos deseos, no es posible aconsejar a S.M. el Rey el indulto de los reos».

¹² Tercera carta de Salvador Moreno remitida desde el penal de Alhucemas. Literal, citada también por Pantoja, J. L. y Ramírez, M. (2000).

¹³ *La Vanguardia*, 14 mayo de 1884, literal, alude al escrito publicado por *El Cronista*.

¹⁴ *El Guadalete*, 08-06-1884 y 10-06-1884.

¹⁵ Suplemento a *El Cronista*, 13 de junio de 1884.

¹⁶ *Ibidem*. El telegrama decía: «La hermandad de Paz y Caridad al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo. Los reos en capilla desde las ocho de esta mañana interesan a esta hermandad felicite a V.E. por el día de su santo, y le suplique por amor de Dios que interceda cerca de S.M. el Rey para que se digne usar con ellos su regia prerrogativa».

LE DOY UN GUANTAZO QUE LE DESBARATO LA CARA

El sargento Germán sentía una sensación agri dulce. A pesar de haber estado arrestado unas horas, hasta que se aclaró la peligrosa identidad del jefe de seguridad de don Eusebio, salió airoso y reforzado. Había descubierto a Miguelillo Ajorcajambre bajo el ropaje de don Miguel. Había aconsejado también al abogado defensor de León Ortega para que le salvara la vida por enajenación mental y lo había logrado. Lamentaba no haber hecho más por Juan Galán ni por el maestro Juan Ruiz, porque intuía su inocencia.

Sobre la Mano Negra había descubierto más de lo que podía referir en voz alta. En su fuero interno dedujo que la asociación, si existió, fue en el periodo clandestino de la Internacional, a finales de la anterior década. El famoso reglamento dejado como prueba culpatoria en el juicio de la Parrilla así lo confirmaba: «Habiendo sido la Asociación Internacional de los Trabajadores puesta fuera de la ley por los gobiernos burgueses, imposibilitándola por este motivo para resolver pacíficamente la cuestión social»¹⁷. A partir de 1881 la Internacional fue declarada legal. Germán, con un nudo en la garganta, reafirmó su convicción de que los famosos asesinatos posteriores a ese año, atribuidos a la Mano Negra, eran en realidad delitos comunes que se habían juzgado como crímenes políticos.

Supo que a comienzos de 1883 habían tenido lugar varios encuentros al más alto nivel, auspiciados por el Gobierno, entre el recién nombrado capitán general de Andalucía, el general Polavieja,

el Jerarca de Hierro, con los mandos de la Guardia Civil y Rural, los grandes caciques —pilares del nuevo régimen de Cánovas— y los gobernadores civiles y militares, con el fin de combatir por todos los medios el anarquismo y las alteraciones del orden público. Fue el comandante Monforte, obsesionado con la Mano Negra, el que los puso en alerta contra ella. Todos vieron el potencial de esta asociación para justificar la represión contra todas las sociedades obreras y el internacionalismo. Tanto celo puso el gobernador civil de Cádiz, que cualquier hecho delictivo desconocido que se producía en la provincia era atribuido de antemano a la asociación terrorista.

Con las últimas ejecuciones públicas previstas se cerraría un triste capítulo de la ciudad y un ciclo de hambruna terrible. Los asaltos a panaderías y otros actos vandálicos eran ya del pasado. Ante la normalidad esperada, se estaban produciendo traslados del contingente extraordinario de guardias civiles. El suyo también llegó. Su nuevo destino era Logroño. Le sorprendió la lejanía, ¿sería un castigo por su actitud independiente? Tal vez para compensar la distancia o como reconocimiento de sus méritos lo propusieron para un nuevo ascenso. Seguro que el capitán Oliver habría emitido un informe de él con algunas reticencias. Como lo consideraron un héroe por haber desmantelado la Mano Negra, el famoso Contra-Mano, ascendió en la Guardia Civil a la graduación de teniente coronel, rango que ya tenía en el Ejército, y a un destino codiciado por él en Madrid, además de ser condecorado con la Encomienda de Isabel la Católica y la Cruz Blanca del Mérito Militar. Sin duda, sería un ejemplo para los que iniciaran su carrera en el Ejército como soldados y terminaran de general. No podía decir lo mismo el sargento, su destino suponía un alejamiento de Andalucía no deseado. Las razones podrían ser múltiples, un traslado normal en el cuerpo, o bien un castigo: tal vez realizó demasiadas preguntas incómodas, o se empeñó en buscar la verdad con independencia de la opinión de los mandos, o porque sabía demasiado sobre la Mano Negra. Ojalá, pensó molesto, llegue el día en el que los cuerpos

policiales como la Guardia Civil persigan por igual los delitos de guante blanco que otros menores y estén al servicio exclusivo de la ley, sin ser manipulados por nadie.

En la taberna del Cojo, en el barrio de Santiago, la Remolino lució una noche más su arte flamenco. Subida en un pequeño estrado de madera, comenzó a cimbreadse. Holgado admiraba embrujado los bucles agitados de su melena negra azabache, el cuerpo esbelto de guitarra y los ojos de carbón, llenos de sentimiento. No podía negarlo por más tiempo, estaba enamorado. Aquella noche, el cante jondo se hundió en la amargura de la pena de muerte y la tragedia que iba a vivir Jerez al día siguiente. Acompasado con requiebros de baile, ayes del cante y taconeos que por momentos se hacía frenético. Con tanta pasión y expresión de amargura bailó la Remolino que las lágrimas bañaban los ojos de la muchacha, los de Holgado y los de muchos de los presentes, mientras un quejío bronco y los compases de una guitarra rasgaban el aire de la primavera rendida al estío que entraba.

Ay leré, leré, leré... Qué desgrasiaíto han sío... los quieren matar...

Ay leré, leré, leré... Mare, que pena más grande tengo...

Ay leré, leré, leré... Si son pobres jornaleros y al Maestríto que no ha hecho ná..., los quieren matar...

Ay leré, leré, leré... Qué maldito invento ese..., el garrote vil...

En la capilla las horas se sucedían lentas para Juan Ruiz. Siguiendo el ritual para los condenados a muerte, les sirvieron una cena especial, a petición de los comensales, regada con buen vino de Jerez, con el regusto amargo de ser la última de sus vidas. Juan,

alicaído, apenas probó bocado. Le parecía todo una farsa. Pedro Corbacho tuvo la fortaleza de bromear y probar con deleite unas brevas de postre que había solicitado.

Juan Ruiz hizo testamento de sus escasas pertenencias ante notario, como hicieron los demás reos. Escribió con ojos acuosos a su mujer y a sus hijos, no podía dejar de pensar en ellos, a los que nunca vería más. La realidad que encerraba la palabra nunca era muy difícil de asimilar, pero su mensaje no podía ser triste, más bien de esperanza. A sus retoños les pedía que tuvieran la cabeza bien alta y no se avergonzaran de nada. Su padre había vivido siempre con dignidad, había soñado con un mundo mejor para ellos, sin hacer mal a nadie. «Cuidad a vuestra madre», les rogaba.

Bartolomé, al verlo cabizbajo, le dirigió la palabra después de mucho tiempo sin hablarse.

—Te juro que nunca he pretendido hacerte daño. Esta pesadilla se nos ha ido de las manos. Siempre me has parecido una persona buena y te he confiado la educación de mis hijos.

Juan Ruiz pensó que no era el momento de hacer reproches. Miró a Bartolomé a los ojos y esbozó una sonrisa forzada.

—Todos estamos sufriendo unas consecuencias injustas y una persecución por pertenecer a una sociedad de trabajadores.

—Recuerda que todos entramos en la sociedad por ti, desde la situación calamitosa que vivimos tras la siega y el cólera, para ampararnos en el futuro, como tú decías.

—Aquí la gran mayoría somos inocentes, tú bien lo sabes —le replicó molesto Juan Ruiz, que considerada responsable de la magnitud de la condena a las autoridades, con el apoyo inconsciente del manijero por tratar de encubrir a su hermano.

—Lo sé. Yo solo quise amparar a mi hermano, solo eso. Yo no he matado a nadie, ni nunca te he culpado ni mencionado en este asunto del Blanco. Vivimos en una sociedad inquisitorial.

Manuelillo lloroso se acercó a Juan Ruiz.

—¿Tú crees que lo que nos ocurre es por la maldición del brujo de Bolonia, que nos echó mal de ojo?

—No creo que sea ninguna maldición ni mal de ojos. Quieren dar un escarmiento para extirpar de raíz las sociedades de trabajadores internacionalistas y han encontrado las justificaciones que buscaban para dismantelar la nuestra: la muerte del Blanco, que no debía haber ocurrido, y la patraña de la Mano Negra.

Los hermanos Gago, después de esta última afirmación, se retiraron silenciosos. Nadie quería reproches ni más aclaraciones. Era demasiado tarde y las esperanzas de indulto estaban heladas...

Eran las siete de la mañana cuando llegaron los tres verdugos, ceremoniosos y sabedores del oficio. Al mando, el ejecutor de Madrid, de baja estatura, feo y de rostro repulsivo; pese a no ser viejo, pues rozaba la treintena, tenía larga experiencia en el oficio porque había logrado entrar con solo dieciséis años, cuando era oficial carpintero. De los otros dos uno, con aire bobalicón, venía de Burgos, y el tercero, llegado de Albacete, miraba serio con actitud desconfiada y escondía un revólver para su seguridad.

—No soy yo ni mis compañeros quienes os vamos a dar la muerte hoy. Es la ley —dijo como si recitara un verso aprendido el verdugo de Madrid.

—Déjese de pamplinas —le respondió Bartolo enfadado—. A mí no piense tocarme. La mortaja me la pongo yo solito y a quien me dé un beso de Judas, como dan a todos los condenados, le doy una bofetada que le desbarato la cara, o le escupo un salivazo con fuerza, si tengo ya mis manos atadas.

Ninguno de los reos consintió que los verdugos le diesen un beso, pero estos se aseguraron de que todos llevasen la hopa bien puesta ya que era reglamentaria, y de que estuviesen bien maniatados con cuerdas en los brazos y esposas de acero en las manos.

Al abrir la puerta de la cárcel escucharon al gentío que aguardaba expectante. El lugar estaba abarrotado y las fuerzas de la caballería contenían la muchedumbre. Al salir la comitiva, el murmullo en la cercanía fue acallándose, el silencio se hizo espeso.

Los hermanos Gago y Cristóbal se dieron un beso de despedida, al no poder abrazarse. Los Corbacho se transmitieron confianza.

—Que no digan que somos unos cobardes y no sabemos morir —le transmitió con fuerza en los ojos Francisco Corbacho a su hermano.

«Lástima —pensó este con responsabilidad de hijo mayor—, que no haya podido salvarte, la pena para nuestros padres hubiese sido más llevadera».

—Gracias, hermano. Me hallo bien dispuesto y preparado.

A los reos los subieron de dos en dos en carros pintados de negro, con toldos negros y caballos negros. A Juan Ruiz le tocó subir con Pedro Corbacho en el segundo vehículo. En último lugar, Bartolomé Gago iba en solitario en el cuarto carro. El gentío alborotaba de nuevo las calles en un ambiente variopinto de tensión, de dolor y de fiesta.

Los carros colapsados por la multitud apenas podían circular. Un potente grito cruzó como un relámpago ante las fuerzas del orden:

—¡Muera la Inquisición! ¡Viva la libertad! ¡Abajo la represión!

La Guardia Civil, expectante, cargó a caballo hacia el lugar del altercado. Se produjeron carreras, tropiezos, caídas y desmayos de algunas mujeres. Otros se interpusieron con actitud pacífica y valentía al paso de los civiles, pese a que fueron arrollados.

Manuelillo, lloroso, en uno de los carros con su amigo Cristóbal, también gritó.

—¡Muera la Inquisición! ¡Muera la Inquisición!

Holgado no quiso asistir a la ceremonia de la ejecución, le parecía un espectáculo vergonzoso. Decidió entrevistar muy temprano, como habían acordado, a Ramón de Cala, el honrado y prestigioso político jerezano que había sido diputado y senador en el llamado Sexenio Revolucionario y que acababa de publicar un libro.

Vivía con modestia. Decepcionado de la política, rehuía de todo tipo de honores. Le atendió en su despacho, una estancia con

estantes rebosantes de libros, sobre la mesa, la obra que acababa de publicar: *El problema de la miseria*...

Ramón de Cala lucía una luenga barba poblada de canas. En sus ojos de gran viveza había un deje de tristeza. Tras un preámbulo de cortesía, Holgado fue directo al asunto que más le preocupaba.

—¿Qué opina de la Mano Negra y de lo que está ocurriendo en Jerez en estos días?

—La realidad no retrocede aunque se cierren los ojos para no verla. Lo que ocurre en Jerez es muy deplorable. Hay tanto sufrimiento detrás de esta fantasía que no puedo ser banal. Una sociedad de miserables obreros que se propone, como único fin, incendiar las cosechas, destruir las propiedades y asesinar a los ricos. Nadie dudó al principio de su existencia, ni los mismos obreros; por supuesto, fue el clamor unánime de las clases acomodadas el que más se hizo notar. Sus estatutos perversos corren de boca en boca, la prensa confirmó su existencia con corresponsales de todos los lugares que se hacen eco de noticias alarmantes. Los trabajadores callan, con un silencio que los hace cómplices. Después de haber estudiado con detenimiento los hechos, declaro por mi honra, con toda sinceridad afirmo, con la mano en el corazón, que la Mano Negra es un mito, que no ha existido, ni existe, y que es una invención desdichada. Yo afirmo que la diabólica asociación de la Mano Negra no existe ni ha existido en tiempo alguno¹⁸.

Sin lugar a dudas, la opinión de Ramón de Cala fue tajante. Al joven periodista le demostró, a través de su conversación, ser un humanista de gran sensibilidad, preocupado por la extrema pobreza de los jornaleros.

—La situación económica de las clases trabajadoras es nefasta, insoportable e insostenible. Desde mi infancia he asistido al espectáculo horrible de la miseria.

Se mostró muy crítico con los presidentes Cánovas y Sagasta. Con voz rotunda se sinceraba: «Instintivamente soy enemigo de las jerarquías permanentes». Los consideraban también instigadores de

la leyenda de la Mano Negra para restar fuerza al movimiento obrero andaluz.

Holgado, aunque incómodo, aceptó de buen grado la crítica de Ramón de Cala a los periodistas en el asunto de la Mano Negra.

—Es lamentable y causa gran disgusto enterarse de lo que hicieron en Jerez los corresponsales de la prensa, sobre todo los de Madrid. Avivaron el fuego y son también responsables de lo que hoy ocurre en esta ciudad.

¹⁷ Artículo 1 de los Estatutos del Reglamento de la Sociedad de Pobres, contra sus Ladrones y Verdugos.

¹⁸ Basado en las declaraciones de Ramón de Cala sobre la Mano Negra recogidas en su libro: «El problema de la miseria, resuelto por la armonía [sic] de los intereses humanos» (1884). Ampliadas con posterioridad en carta al periódico *Los Dominicales*, marzo de 1900.

GARROTE VIL

En la plaza del Mercado, el patíbulo ocupaba un amplio espacio, siete garrotes con sus siete palos y asientos de muerte. Cuatro compañías del Regimiento de la Reina y una sección de caballería custodiaban el lugar. En la multitud apiñada para ver las ejecuciones imperaba un ambiente de feria. Puestos y vendedores ambulantes voceaban una variedad de mercancías. «Bollos, calentitos, los buenos churros de Jerez». «Buñuelos, a los ricos buñuelos», gritaba una gitana. «Agua y aguardientillo para darle alegría al gusanillo», anunciaba Panduro. «Escapularios bendecidos de la santísima Virgen, bordados a mano», mostraba Jeremías.

Golfillos harapientos asistían divertidos al espectáculo de la muerte. Se consideraban afortunados. Los muy viejos habían visto una o, como mucho, dos ejecuciones. Ellos, en apenas dos meses, una condena a garrote vil y ahora de golpe siete. Por muy mísera que fuese su existencia, les consolaba la idea de que hubiera gente tan desafortunada que hasta perdía su vida. Ellos reían, disfrutaban a su manera, se daban empujones unos a otros, molestaban a conciencia..., incluso uno meaba con descaro en una concurrida esquina sin importarle la presencia del gentío. Los que estaban a su alrededor protestaban sin que sirviera de mucho.

De gañanías, cortijos de la comarca y de pueblos de la provincia habían acudido muchos curiosos. Algunos terratenientes con sus familias al completo habían pagado por sitios de privilegio, para que sus hijos viesen el castigo ejemplar y curtirlos como recios señoritos. Gente sencilla del pueblo de Jerez, mujeres llorosas vestidas de

negro con sus pequeños en brazos, entre ellas algunas de las que quedarían viudas, acompañadas de familiares, amigas y vecinas. En la mezcolanza de la plaza había también carteristas, deseosos de acercarse a algún ricachón forastero; aprovechaban los apretujones para birlar una cartera y pasarla raudo a otro compinche que la llevara a lugar seguro.

La plaza era un mentidero, en corrillos improvisados comentaban las noticias y pareceres sobre las ejecuciones. En un grupo de amigos, menestrales y trabajadores de una bodega, el de mayor edad, de oficio tonelero, refería.

—Mucho hablar del pueblo de Jerez, pero aquí, pese a las peticiones de indulto, no se van a librar los pobrecitos de la condena. ¿Acaso somos menos que el Puerto de Santa María o que el pueblo de Arcos?

—No compares, Estanis, aquí hay mucho señorío que quiere que el Gobierno dé un castigo ejemplar —le replicó un obrero que llevaba una gruesa suela de corcho en un pie para simular la cojera.

—No sé, si hubiese ocurrido como en el Puerto de Santa María, que amenazaron con incendiar las casas de la burguesía si se llevaban a cabo las penas de muerte, otro gallo hubiese cantado —insistió Estanis.

—¡Escuchad! —intervino un tercero, deseoso de llamar la atención sobre la noticia que quería dar—. ¿Os habéis enterado? Lo sé por un vecino de la Dolores, la madre de Juan Galán. ¿Os acordáis de la entereza con la que este se enfrentó a la muerte y cómo mantuvo silencio antes, pese a los palos que le dieron al desgraciado? Pues me han dado la explicación...

—Desembucha ya, *juancojones*, no te hagas rogar más, que te gusta dejarnos en ascuas, picha.

—De buena tinta lo sé. Sé por qué calló... Tenía un motivo: uno de los asesinos de los venteros era su propio padre, un bandolero de mala vida al que llamaban el Viejo, seguro que habrá muerto, porque no se ha vuelto a saber más de él, o anda huido en la sierra. El infeliz quiso guardar lealtad a su padre¹⁹.

Los carros de la muerte avanzaban con lentitud, con paradas bruscas por la gente apiñada. Antes de llegar a la plaza del Mercado, María Frasca, con la pequeña de diecisiete meses en brazos, se acercó al carretón donde estaba Juan Ruiz. Logró esquivar a la temible escolta de fuerzas militares que acompañaba a la comitiva y, aprovechando uno de los momentos de confusión, logró rozar con los dedos las manos maniatadas de Juan que sobresalían con esfuerzo del carro.

Juan estaba cegado por la emoción. Sintió como un calambre la calidez del roce de su mujer y se estremeció con su hijita, que sin comprender lloraba. Detuvo su mirada en ellas y respiró aliviado cuando las vio a salvo. Con fijeza, sin perderlas de vista, hasta que el carro giró hacia la plaza. Imágenes que grabó a fuego en su mente para mantenerlas frescas en su memoria.

«Dolor, ¿cuánto dolor puede sufrir el ser humano? Nunca creí que una persona pudiera soportar tanto dolor sin morir antes», se decía Juan Ruiz, absorto. A su recuerdo vinieron las últimas palabras que escribió a su mujer en la carta que le dirigió desde la capilla: «Educa a tus hijos de la más noble manera; como sabes, ha sido mi objeto principal. Si en algo te he faltado, perdóname. Yo estoy con mi conciencia tranquila y, por lo mismo, en gracia de Dios»²⁰.

María Frasca se sentía deshecha, no tenía más remedio que ver a su hombre, incluso tocarlo, como había hecho, y mostrarle a su hija. No sabía si tendría fuerza para ver cómo lo mataban. «Maldito Monforte, ojalá te pudras en los infiernos. Tú, los tribunales y el Gobierno vais a matar lo que más quiero, vais a matar al padre de mis hijos, vais a matar a un hombre bueno... No vais a matar su dignidad ni su honradez ni honestidad... Malditos todos, capitán Oliver, fiscal Domenech, presidente Cánovas... cuánto daño nos habéis hecho. No quiero errar, como vosotros, que os creéis superiores y tan principales, maldigo solo a los que habéis contribuido para que mueran inocentes como mi marido».

Holgado salió de la entrevista con Ramón de Cala con un cierto complejo de culpa. Sintió alegría cuando al pasar por la calle Consistorio se encontró a Manuel Cancela, director de *El Cronista* e historiador de la ciudad, que vivía en aquella vía. A Cancela lo conoció bien en el célebre juicio de la Parrilla. Trabajó amistad con él desde entonces al coincidir ambos en sus razonamientos. Había leído algunos de sus escritos que firmaba con el curioso pseudónimo de Tirteafuera.

—Triste día hoy para la ciudad, ¿tampoco has querido ir a las ejecuciones?

—Personalmente me revuelven el estómago, pese a mi vocación de cronista de la ciudad. Hay un colega cubriendo la noticia para el periódico. Hoy es un día aciago para Jerez.

Holgado le comentó la entrevista que había mantenido al rayar el alba con Ramón de Cala, la opinión tajante que este mantenía sobre la Mano Negra y el papel de la prensa.

—Ramón es una gran persona, sencilla, intelectual y un político muy honesto, de los que están en peligro de extinción, ya no quedan tan íntegros como él. Es cierto, con el tema de la Mano Negra todos nos hemos equivocado o lo hemos desmesurado, se han vendido más periódicos gracias a este asunto. En la *Guía de Jerez* de este año, lo dejo bien claro cuando expreso: «Con respecto al pasado año de 1883, solo será conocido en la historia de Jerez por el de la Mano Negra, título que imaginaciones calenturientas dieron a los crímenes descubiertos por entonces. La Mano Negra propiamente dicha es un aborto de la imaginación»²¹. Pese a este rotundo y crítico desmentido, pese al de tantos otros como el de Ramón de Cala, te digo que pasarán muchísimos años hasta que la verdad resplandezca. La Mano Negra se ha forjado como una leyenda tejida con muchas mentiras, algunos misterios difíciles de dilucidar y algunas verdades, recordemos que Los Desheredados existe como

asociación aquí en Cádiz y tiene un pelaje parecido a la imaginaria Mano Negra.

—Una leyenda es difícil de desbaratar cuando hay sectores de la sociedad interesados en mantenerla. En el mismo Gobierno, en las autoridades, en la Guardia Civil, ha habido una confusión interesada entre Mano Negra y anarquismo.

—Lástima y horror me causan el reguero de sangre inocente y el sufrimiento que hay detrás de esta falsa leyenda, a la que muchos sin querer hemos contribuido. —Cancela, con aire delicado, casi enfermizo, mostraba su rostro blanquecino, adquirido en muchas horas de archivos y talleres tipográficos. Su semblante triste se desdibujó por una afable sonrisa al darle, a modo de despedida, un abrazo de amigo.

Un silencio eléctrico acalló el murmullo y los pregones de mercancías al asomar los carros de la muerte a la plaza del Mercado. Todos fueron bajando con la ayuda de los sacerdotes y los hermanos de Paz y Caridad, que resaltaban con sus hábitos blancos y grandes escapularios verdes. Todos subieron con dignidad a la tarima de madera, menos Manuelillo, que forcejeaba con los nervios deshechos.

Los cuchicheos arreciaron de nuevo hasta que Bartolomé Gago, antes de ser amarrado a su palo, se levantó dando saltitos y se dirigió decidido hacia la parte exterior de la tarima y con un vozarrón potente, de capataz acostumbrado a mandar, se encaró a la concurrida plaza.

—Pueblo de Jerez, os pido perdón por mi atrevimiento. Pero no quiero morir sin decir unas palabras. Verdades de las que daré cuenta ante Dios. Muero por encubridor, no merezco esta muerte. No os fieis de ningún servilón hipócrita que con palabras amables os diga lo que tenéis que hacer. Yo he sido víctima de trampas, mentiras y promesas que luego no se han cumplido. Que nadie diga a mis hijos que su padre es un criminal, que nadie lo diga —insistía

con furia y levantaba amenazante sus manos y brazos atados. Luego, dando saltitos, se fue con valentía hasta su asiento.

Su hermano Manuelillo, muy nervioso, fuera de sí y con cierto grado de locura, quiso hablar también, pero lo acalló con fuerza un guardia que lo vigilaba. Sí logró decir:

—¡Yo no quiero morir así! ¡Abajo la Inquisición! ¡Qué muera la Inquisición! ¡Yo no quiero morir así!...

Los reos fueron atados por los verdugos a los postes. El primero, a la izquierda, Francisco Corbacho, solicitó ser ejecutado al final; el último, a la derecha, Bartolomé Gago.

Una capucha negra sobre el condenado indicaba el momento de la ejecución, aunque los reos no podían verse por una separación lateral, a modo de biombo.

«¡Cariño mío, no te veo!, pero sé que estás ahí con nuestra pequeña. María Frasca, saca coraje de tu recio carácter campesino para vivir cada día con orgullo, porque no eres la mujer de un criminal. Mis amados niños, mis discípulos, en los que he sembrado semillas de fraternidad y no de odio, ¡creed en la educación, porque ella os ayudará a ser más libres! ¡Hijos míos, vivid en paz!, vuestro padre no es un asesino».

El verdugo de Madrid, ayudado por los otros dos colegas, iba a iniciar las ejecuciones con Gregorio Sánchez Novoa, acusado de tapar la boca del Blanco para que no gritase.

Juan Ruiz miró al cielo azul por última vez, en la plaza el silencio era expectante, sus piernas temblaban, los ojos sumergidos en lágrimas, su respiración agitada, sus pensamientos veloces... «Me encuentro maltrecho, herido, me habéis pegado, humillado, pero no me vais a arrebatar mi dignidad. Quiero morir en paz, con serenidad y con la cabeza bien alta. Soy inocente y sé que sucumbo por mis ideas. ¿Por qué me asesina el Gobierno? ¿Por qué quiere matar

mis ansias de libertad, mis deseos de una sociedad justa en la que no existan parias que mueran de hambre? Consideran una amenaza para mantener sus privilegios mis anhelos de que alcancen la felicidad los más humildes... mi deseo de aspirar a una educación sin barreras de clases».

El chasquido seco del cuello descoyuntado del primer reo ejecutado fue audible para Juan Ruiz, sus vellos se erizaron.

«No voy a dar ningún regocijo a esta barbarie de espectáculo que recuerda a las diversiones sangrientas de Roma y a los autos de fe de la Inquisición. He sufrido mucho, he guardado para mí ese dolor y esa rabia por lo que estaba ocurriendo. Me he acobardado tanto que justo hace un año me intenté suicidar. Fue antes del juicio. Sí, me intenté suicidar, me corté el cuello con unos alambres para provocarme una hemorragia²². Sí, no he tenido valor para sincerarme con nadie y ahora lo hago con mi conciencia. Fui un cobarde porque no quería sufrir más. Ahora sé que el sufrimiento me ha hecho madurar y ser más fuerte como persona. Gracias, Sócrates, por ayudarme a afrontar este paso tan trascendental, pronto los dolores de mi cuerpo se calmarán. Pese a todo lo que he visto y sufrido, quiero confiar en el ser humano. Juan Ruiz, muere en paz, no le has hecho mal a nadie. Juan Ruiz, olvídate de tu rencor. Son los que temen perder sus injustos privilegios los que te asesinan».

Juan Ruiz escuchaba el cuchicheo de los verdugos, se acercaban a él. El murmullo del gentío rebotaba débilmente en sus oídos. Mira por última vez la plaza y al fondo ve a su mujer con la niña dormida en brazos. Se abre paso entre la multitud, que al darse cuenta de que es la mujer de un ajusticiado se aparta y avisa con llamadas de atención a los que se interponen por delante.

«Bendita seas, cariño mío, con vuestra imagen vuelo a la eternidad». Sus pensamientos corren a velocidad de vértigo. Ha llegado su hora, le colocan la capucha negra, es el segundo reo que van a ejecutar. Siente un poco de asfixia, el día va a ser caluroso. Un verdugo está manipulando su torniquete, murmuran entre sí...

«Ante la negrura que me rodea cierro los ojos. Vuelvo para siempre a mi casa, a esos campos hermosos de Andalucía, de olivos, encinares y alcornoques, a esas espigas doradas..., a las rojas amapolas que iluminan mi ánimo, a la luz áurea que ha envuelto mis atardeceres y a los trinos de las avecillas en la primavera... Juan Ruiz, llévate impresa esas imágenes de tu mujer, tus hijos y tu tierra al infinito eterno... Respira hondo, sonríe sin miedos a la vida que tanto has amado y acepta la muerte. Muere en p...».

El verdugo de Madrid ejecutaba a los reos con eficacia, apoyado por los otros dos auxiliares, el de Burgos que parecía disfrutar con el acto de segar de manera fulminante una vida y el de Albacete, que había solicitado permiso para llevar su revólver en la mano, por seguridad decía, ya que un sector de la plaza lo increpó y lo insultó antes de llegar al patíbulo.

Le tocaba el turno a Bartolomé Gago, cinco reos habían sido ejecutados. Después de Juan Ruiz continuaron con Pedro Corbacho, Manuelillo y Cristóbal. Respetaron el deseo de Francisco Corbacho de ser el último. El verdugo de Madrid no olvidaba la ofensa de la mañana, cuando el energúmeno le refirió que le desbarataría la cara si lo besaba y se mostró tan despreciativo con ellos. El rencor le subió a la cabeza cuando asumió el control exclusivo de la ejecución. Apretó y apretó, pero no con la suficiente fuerza. Él era un profesional, lo del beso era una costumbre instaurada por cortesía, no por obligación. A él nadie lo insultaba. Su trabajo era limpiar la escoria de la sociedad y se llevaba una onza de oro por cada ejecución. Era una persona respetada en su oficio y siempre lo avisaban para casos especiales, como fue el de los regicidas que atentaron contra su majestad Alfonso XII. Ahora ya no te ríes de mí, ni te pienso tocar a ti, asesino de la Mano Negra. «Mi oficio es honorable, honrado, si no lo hago yo lo hace otro y se lleva la onza de oro. Sé aceptar una broma, hasta un desdén», recordaba

como en la mañana el maestro le había soltado despreciativo: «¡Vaya criaturas cría la humanidad!», pero supo enmendarlo cuando al ver en la cara del verdugo su contrariedad, le bromeó: «No vayas a apretarme mucho el cuello por eso». Él era un profesional y en el caso del maestro, tras los ajustes necesario, fue una ejecución rápida. «Pero tú, escoria asesina, me has despreciado y vas a sufrir un poco más...».

Bartolomé sufría. Él tenía más fuerza para resistir, más coraje que nadie... Sin querer había arrastrado a otros con sus medias verdades y mentiras para salvar a su hermano, encubrir al principal culpable, que aún no había madurado ni era un hombre de verdad. Era su hermano, sangre de su sangre, siempre había cuidado de él y de sus prontos pendencieros con el vino. ¿No podía hacer otra cosa? Sus padres siempre se lo habían encomendado: «Cuida de tu hermano menor, tiene mala bebida, se mete en líos, pero no es mala persona y no tiene la fortaleza tuya...». Al final, todas las promesas, tratos y buenas palabras que le hicieron fueron mentiras, malditos servilones. No hubo compasión con nadie, la misma jugada que le hicieron al infame del gitano Cayetano. El muy estúpido, que tenía problemas con la justicia, consideró que si daba el chivatazo y se ajustaba a las peticiones de los mandamases, se salvaría.

Bartolomé sufría, el dolor se le hacía ya insoportable y no podía respirar. Todo su cuerpo estaba en tensión, notaba su cara amoratada. A su mente acudió el feo rostro del verdugo de Madrid, ¿se estará vengando el servilón? El dolor seguía insoportable, su garganta, su cabeza, su lengua..., buscaban el aire que le faltaba, los ojos a punto de estallar. El servilón tenía mala leche, el *joputa* lo hacía a propósito²³... Él tenía que morir ya, solo podía apretar con fuerza para liberarse, apretar..., apretar..., hasta reventar.

Tal fuerza descomunal ejerció el vigoroso cuerpo de Bartolomé, que rompió las anillas de hierro que lo sujetaban al madero. El verdugo de Madrid se dio cuenta de que podían achacarle falta de eficacia profesional. En ese mismo instante giró el torniquete hasta el tope máximo que podía, sorprendido de la resistencia del

ajusticiado. Siempre podría aducir para explicar lo ocurrido que el condenado tenía el cuello de un toro y más vidas que un gato.

El tiempo de ejecución duró alrededor de media hora. El verdugo de Burgos mostraba una sonrisa pueril, orgulloso de su protagonismo quiso ofrecer más espectáculo macabro a los que habían venido con espíritu de experimentar sensaciones impactantes. Él lo vio por primera vez, cuando era un rapaz, con otros mozalbetes, se impresionó al principio, pero después siempre disfrutó con lo que pensaba hacer ahora. Raudos, fueron quitando las capuchas que cubrían los rostros desfigurados mientras mostraba su risita orgullosa... El aullido de horror fue inmediato y generalizado, algunas mujeres lloraron con gritos desesperados.

El cura de la parroquia de San Dionisio, lo reprendió con dureza:

—¿Eres bobo? ¿Quién te ha dicho que quitaras las capuchas? ¡Desgraciado! ¿Quieres aumentar el sufrimiento de las familias? ¡Ahora, ya, estás colocándoles de nuevo los velos sobre las caras!

El verdugo, aturdido, atendió con prontitud la demanda del enérgico sacerdote.

Antes del atardecer, sacerdotes y hermanos de Paz y Caridad fueron retirando los cadáveres enganchados a los postes con recogimiento y devoción cristiana para colocarlos en sencillos ataúdes de madera. El día, que había sido tórrido, favorecía la descomposición de los cuerpos. Las moscas revoloteaban persistentes entre los rostros deformados.

María Frasca había dejado a su hijita con su madre. Se había cambiado de ropa en la casa de una vecina de su pueblo, la Juanita, que ahora acogía a su hermana la Rosa. Su padre, el bueno de Casimiro, seguía preso en las Filipinas, igual que el Miserio, por la locura de odio sin sentido desatada en esta tierra. No quiso probar bocado, pese a la insistencia de Juanita. Se fue como una viuda negra, sin más demora, a la plaza para acompañar a su hombre. Por la mañana no quiso que Juan la viera vestida de negro, cuando

él seguía vivo. Las esperanzas nunca se pueden perder, le había dicho tantas veces Juan. Todavía era posible un milagro, un indulto en el último instante...

Con atrevimiento, había besado el rostro de su marido, había adecentado su imagen en la misma caja, como hacían los hermanos que cerraban los ojos, pese a que había guardias que no permitían que se acercase ningún familiar, solo a los religiosos. Ahora seguía detrás del carro, acompañando a su Juan, junto a otras viudas deshechas en lágrimas como ella, familiares, amigos y gentes de hondo penar por lo acaecido que completaban la comitiva.

Desde la plaza del Mercado, el cortejo fúnebre enfiló por la calle Justicia, «Qué triste paradoja, la Justicia era la que había que enterrar», pensó María Frasca. Un pensamiento de desazón le atenazó una vez más hasta exhalar un suspiro de rabia. El duelo silencioso continuó después por otras calles hasta llegar al cementerio. Encabezaba la marcha la cruz del santuario de San Lucas, una de las primeras iglesias de la ciudad tras la conquista cristiana.

Las luces crepusculares vestían de colores el cielo y un rayo de esperanza iluminó el corazón deshecho de María Frasca. Dirigió una mirada intensa a la sencilla caja que contenía los restos de su marido.

—A partir de hoy no quiero llorar más. Seré una mujer fuerte, como decías. No educaré a mis hijos en el odio, tú vivirás con nosotros en la memoria. Lucharé con uñas y dientes y lograremos sobrevivir. Te lo prometo.

Al llegar al cementerio, un profundo hoyo estaba ubicado en el lugar de los ajusticiados, algunos ataúdes fueron colocados de pie. María Frasca siempre diría que su Juan fue enterrado con la cabeza bien alta para escuchar el canto de los pajarillos que tanto apreciaba y para poder transitar con la dignidad que él siempre tuvo toda la eternidad²⁴.

¹⁹ Según el testimonio de muchos jerezanos de la época, la razón del silencio persistente de Juan Galán fue debida a que su padre, un malhechor, participó en el asesinato. Constancio Bernaldo de Quirós en la memoria que presenta, a principios del siglo XX, a la Junta de Ampliación de Estudios (pág. 38) relata: «Juan Galán, naturaleza generosa de la que aún guarda veneración y respeto el pueblo, atribuyendo su triste suerte a la abnegación filial con que se entregó, en plena paz de espíritu, al verdugo por no delatar al verdadero asesino, su propio padre».

²⁰ *El Cronista de Jerez*, en su edición del 8 de agosto de 1884.

²¹ Cancela, M. (1884): *Guía de Jerez*, p. 264.

²² *La Vanguardia*, 1 de junio de 1883: «En la cárcel de Jerez ha querido suicidarse el individuo conocido por el maestro de escuela y que se llama Juan Ruiz, complicado en la causa de la Mano Negra. Se infirió en el cuello varias pequeñas heridas, valiéndose de un alambre, siendo su objeto el de que sobreviniera una hemorragia».

²³ Constancio Bernaldo de Quirós (pág. 42) relata: «El ejecutor de las sentencias, ofendido por la conducta que guardara con él momentos antes, tomó la más criminal de las revanchas, prolongando la obra destructora del garrote de metal sobre el cuello de toro de Bartolomé Gago de los Santos. Sus hercúleas fuerzas hicieron saltar, en la postrera de las convulsiones, las ligaduras de hierro que le ataban».

²⁴ Trabajadores del Ayuntamiento de Jerez, al ser cerrado el antiguo cementerio y trasladar los restos al nuevo, encontraron más de cinco cajas de pie enterradas el mismo día en el sitio destinados para los condenados a muerte. Pantoja, J. L. y Ramírez, M. (2000).

AGRADECIMIENTOS Y NOTAS FINALES

A los primeros lectores de mi novela, Luis Algora, Isabel Alonso, Ignacio Carnero, Alberto García, Mercedes Mondaza, Fernando Montilla, Reyes Mota, Antonio Ortiz y Antonio Pegalajar, a los que agradezco sus aportaciones y orientaciones. Mi reconocimiento a los investigadores e historiadores que me han ayudado a sumergirme en la época y en los hechos ocurridos, entre los que destaco a José Luis Pantoja, Manuel Ramírez, Juan Madrid... Mi afecto a los archiveros de las hemerotecas de Sevilla y Jerez..., a los que han apostado por digitalizar la prensa, o realizar proyectos como la Biblioteca Virtual de Andalucía, pese a ser un proceso muy inacabado. Mi gratitud a las personas de los pueblos, con las que he conectado para indagar sobre la vida antigua campesina, como la ocurrente, entrañable y casi nonagenaria —antes de fallecer—, Isidora, de Almadén de la Plata. De manera especial a mi mujer, María Reyes Morilla, correctora y alma final de todas mis obras.

Expreso mi agradecimiento y mi apoyo, también con los derechos de autor de este libro, a la asociación PHEiPAS, que lucha para que dos tipos de cánceres raros (feocromocitoma y paraganglioma) tengan una oportunidad de investigación y tratamiento. Mi amor a mi familia, maravillosa familia, siempre tan cercana. Mi cariño a antiguos alumnos, compañeros docentes y amigos, con los que conecto en encuentros y a través de las redes sociales. Me siento, además, orgulloso de mis médicos sanadores y a quienes han mejorado mis atenciones como Rocío Iglesias, María Dolores Muñoz, ambas siempre con cariño y una sonrisa, y a mi amigo naturópata José Antonio González. A todos les debo, junto a no haberme rendido nunca, haber sido como el ave fénix que remonta el vuelo sin miedos. La vida no deja de ser una lucha que merece la pena afrontar y ser feliz, a pesar de las dificultades. Cada día es un

don, un regalo, y no renuncio a nada de mi pasado porque no me atormenta. La existencia, a pesar de los muchos pesares, es hermosa.

NOTAS FINALES

Esta novela está escrita en un momento crucial de mi vida, con unos personajes que sufren, mientras yo también sufría. Ese padecimiento que he sentido me ha originado más empatía con los protagonistas. Este relato es también un homenaje a la humanidad de Juan Ruiz, más presentida que conocida al sumergirme bajo los poros de su piel y escribir sus vivencias en primera persona. Pese a las terribles pesadillas que vivió en vida y la impotencia, ante una condena que sabía injusta, quiero pensar que murió en paz. Miguelillo Ajorcajambre es la contrapartida literaria, sin escrúpulos, arrojado, fruto de su tiempo atroz y sin miedos a la muerte.

Con los crímenes del ventorrillo de Núñez se inició la terrible saga de asesinatos atribuidos a la Mano Negra. Salvo alguna pequeña licencia, todo el crudo y macabro cuadro expuesto en el preludio fue real, como lo fueron también los detalles de crónica negra referidos al crimen de la Parrilla y al de la venta de Cuatro Caminos. El más literario en su resolución, núcleo central en esta novela, y al mismo tiempo más envuelto en tinieblas, ha sido el de la venta de Núñez. Sí respeto los datos conocidos, como los de Juan Galán, su detención, tortura y muerte.

A la larga hambruna que culminó en 1882 sucedió una epidemia de cólera. Los estallidos de rebeldía campesina fueron fruto de situaciones extremas y de culmen de desespero, cuando los braceros veían morir de hambre a sus hijos y no tenían nada que perder. Este escenario tan adverso hizo crecer el miedo entre los propietarios, los desmanes y los hurtos al mismo tiempo que se incrementaba la Federación legal de trabajadores, heredera de la

Internacional, como asociación de socorro mutuo. El gran temor de los terratenientes era la revolución que, con el reparto de tierras, pensaban que estaba a un paso de producirse.

En la época que novelo asistimos al final de las partidas de bandoleros, resultado de una mayor eficacia de la Guardia Civil. El bandido era mucho más brutal y terminaba actuando en solitario para sobrevivir. Entre los que se tiraban al monte era frecuente compaginar las tareas de contrabando con las de bandolero, incluso iniciarse como contrabandistas. Existen testimonios históricos de matones con pasado delictivo que han entrado al servicio de poderosos hacendados formando parte de su escolta personal, tanto en la campiña de Jerez como en otras zonas de fuerte implantación del caciquismo.

Novela histórica y negra. Equilibrio entre ficción y realidad con respeto siempre al marco histórico. Las duras condiciones de vida de los jornaleros, los crímenes de la Mano Negra, los juicios y sentencias siguen el curso de mis investigaciones. Las historias de Miguelillo Ajorcajambre, de la Rosa, el Lagartijo, del sargento Germán, del periodista Juan Holgado..., más en la línea literaria creativa. El Vivillo y Frasco Antonio con sus escapularios y su gracia sermonesca fueron bandidos reales de la época.

Para concluir y a modo de epílogo reseño que en 1888 se disolvió la Federación de Trabajadores de la Región Española, en crisis y decadencia tras la fuerte represión en Andalucía contra la llamada Mano Negra. Desaparecida la organización anarquista se abrió el camino a los partidarios de la acción directa, con el predominio de actuaciones individuales de carácter terrorista que proliferaron en los años siguientes.

Ramón de Cala denunció por diversos medios que la Mano Negra fue una invención calumniosa. En 1898 una campaña nacional e internacional promovida por internacionalistas tomó el relevo a favor de los reos que permanecían en la cárcel condenados a cadena perpetua. En 1903 se logró que liberaran a los presos

juzgados por crímenes de la Mano Negra que aún permanecían en prisión. Sus penas de cadena perpetua fueron conmutadas por seis años de destierro de la ciudad de Jerez de la Frontera. La leyenda y la controversia sobre la Mano Negra andaluza persisten en la actualidad, pero todo hace vislumbrar que los asesinatos atribuidos a la Mano Negra fueron crímenes comunes que sirvieron de pretexto para justificar la fuerte represión del movimiento obrero campesino en Andalucía.